STAR WARS™

EPISODIO I: LA AMENAZA FANTASMA™



TERRY BROOKS

BASADA EN EL ARGUMENTO
Y EL GUIÓN DE GEORGE LUCAS

“Darth Sidious invade el planeta Naboo para llevar a cabo su plan de exterminar a todos los caballeros Jedi existentes. Amidala, la joven reina de Naboo, manda a su doncella Padmé en busca de ayuda con Obi-Wan y el Maestro Qui-Gon Jinn. A ellos se unirá un jovencísimo Anakin Skywalker, el muchacho que años más tarde se convertirá en el temido Darth Vader. Cuatro héroes y una misión imposible: devolver a Amidala el mundo que le pertenece.”



Star Wars Episodio I

La amenaza fantasma

Terry Brooks





Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Star wars Episode I The Phantom Menace*

Autor: Terry Brooks

Arte de portada: Nombre del ilustrador

Publicación del original: 1999

32 años antes de la batalla de Yavin

Revisión: LittleAngel

Maquetación: Bodo_Baas

Versión 1.11

13.04.15

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

01

Tatooine.

Los soles ardían en un cielo azul y sin nubes, bañando las inmensas llanuras desérticas del planeta con una intensa luz blanca. Los resplandores que arrancaban al desierto se elevaban de la lisa superficie arenosa en un húmedo rielar de calor abrasador para temblar entre los gigantescos acantilados y los promontorios solitarios de las montañas que constituían el único accidente geográfico del planeta. Nítidamente definidos, los monolitos se alzaban como centinelas que montaran guardia entre una calima acuosa.

Cuando los módulos de carreras pasaban junto a ellos con un fragor de motores, el calor y la luz parecían hacerse añicos, y se hubiese dicho que hasta las mismas montañas temblaban.

Anakin Skywalker llegó a la curva del circuito detrás de la que se alzaba el arco de piedra que marcaba la entrada al Cañón del Mendigo, en la primera vuelta de la carrera, y empujó las palancas impulsoras, transmitiendo un poco más de energía a los motores. Los cohetes en forma de cuña vibraron con un nuevo estallido de impulsión: el derecho se estremeció con mayor violencia que el izquierdo, con lo que el módulo en el que iba sentado Anakin se inclinó hacia la izquierda pues de otra forma habría sido imposible superar la curva. Anakin se apresuró a corregir el rumbo para enderezar el vehículo, dio un poco más de energía a los motores y atravesó el arco. Una estela de arena acompañó su llegada, llenando el aire con relucientes nubes de partículas que giraron y danzaron a través del calor. Anakin entró en el cañón, la palanca de control firmemente empuñada en una mano mientras los dedos de la otra revoloteaban sobre los controles.

Todo era increíblemente rápido. Un solo error, una sola decisión equivocada, y Anakin quedaría fuera de la carrera y tendría mucha suerte si no moría. Y precisamente en ello residía la emoción. ¡Tanta energía y tanta velocidad pendientes de las órdenes de sus dedos, y ningún margen para el error! Dos enormes turbinas impulsaban un frágil módulo y a su conductor sobre llanuras arenosas, alrededor de escarpadas montañas, en vertiginosos descensos por cañadas llenas de sombras y por encima de abismos aterradores en una serie de mareantes curvas y saltos ejecutados a la mayor velocidad posible. El módulo estaba unido a los motores por una serie de cables de control, y hebras de energía corrían de un motor al otro. Si cualquier parte de los tres chocaba contra algo sólido, toda la estructura se desintegraría en una erupción de fragmentos metálicos y una llamarada de combustible para cohetes. Si una sola parte se desprendía, todo habría terminado.

Una sonrisa iluminó el rostro del joven Anakin, que transmitió más energía a los impulsores.

Delante de él, el desfiladero se estrechaba y las sombras se volvían más oscuras. Anakin se lanzó sobre la ranura de claridad que conducía a las llanuras, manteniéndose pegado al suelo allí donde había más espacio. Si volaba alto, corría el riesgo de chocar

contra las paredes del desfiladero. Eso era lo que le había ocurrido a Regga el mes anterior en una carrera y aún estaban buscando los trozos.

A él no le ocurriría.

Anakin volvió a empujar las palancas impulsoras y salió de la brecha para entrar en las llanuras con un aullido de motores.

Sentado en el módulo con las manos sobre los controles, Anakin podía sentir cómo la vibración de los motores se deslizaba a lo largo de los cables de control para llenarlo con su música. Envuelto en su improvisado mono de vuelo, con su casco de carreras, sus anteojos y sus guantes, se hallaba tan incrustado en su asiento que podía sentir el tirón del viento en la piel del módulo debajo del él. Cuando volaba a tales velocidades, Anakin nunca se limitaba a ser el conductor de un módulo de carreras o un mero implemento de éste, sino que se fundía con el todo, y motores, módulo y él quedaban unidos de una manera que era incapaz de explicar. Anakin percibía cada pequeña palpitación, cada bamboleo, cada tirón y temblor de los remaches y las hebras, y siempre sabía qué le estaba ocurriendo a su vehículo de carreras en cada momento. El módulo le hablaba en su propio lenguaje con una mezcla de sonidos y sensaciones, y aunque no usaba palabras, Anakin podía entender lo que le decía.

Y a veces, o eso le parecía a él, incluso sabía lo que iba a decir antes de que hubiera hablado.

Un destello de metal anaranjado adelantó a su módulo por la derecha, y Anakin vio llamear ante él la inconfundible X partida de los motores de Sebulba mientras su módulo le despojaba la delantera que había logrado obtener gracias a una salida más rápida de lo habitual. Anakin frunció el ceño, disgustado consigo mismo por aquella momentánea pérdida de concentración y sin poder evitar la aversión que le inspiraba el otro corredor. Sebulba, larguirucho y patizambo, era un ser tan retorcido por dentro como por fuera, un peligroso adversario que vencía con frecuencia y disfrutaba obteniendo victorias humillantes sobre los demás. Sólo durante el último año aquel dug había causado más de una docena de colisiones, y sus ojos relucían con un perverso placer cuando contaba esas historias a otros corredores en las calles polvorientas de Mos Espa. Anakin conocía muy bien a Sebulba, y sabía que debía tener mucho cuidado con él.

Volvió a empujar las palancas impulsoras, proporcionando todavía más energía a los motores, y salió disparado hacia delante.

Mientras veía reducirse la distancia que los separaba, Anakin pensó que tampoco ayudaba en nada el hecho de que él fuera humano o, lo que era todavía más grave, que fuese el único humano que había llegado a tomar parte en las carreras de módulos. Se suponía que estas, la máxima prueba de valor y habilidad de Tatooine y el espectáculo deportivo favorito de los ciudadanos de Mos Espa, superaba la capacidad de cualquier ser humano. Tener muchos brazos y articulaciones multisegmentadas, zarcillos oculares, cabezas capaces de girar ciento ochenta grados, y cuerpos que se retorcían como si carecieran de huesos proporcionaba unas ventajas que los humanos nunca podrían soñar en superar. Los corredores más famosos, los mejores de una rara estirpe, eran seres de

formas y constituciones extrañísimas acostumbrados a correr riesgos que rozaban la locura.

Pero Anakin Skywalker, aunque no se pareciese en nada a esas criaturas, poseía tal comprensión intuitiva de las habilidades exigidas por aquel deporte y encontraba tan naturales sus exigencias, que el que careciese de esos otros atributos no parecía importar en absoluto. Aquello era un misterio para todos, y una fuente de disgusto y creciente irritación para Sebulba en particular.

El mes anterior, en otra carrera, el astuto dug había intentado empujar a Anakin hacia la pared de un acantilado. Si no lo consiguió fue únicamente porque Anakin notó que Sebulba le estaba aproximando por detrás y desde abajo, con una sierranavaja ilegal extendida para cortar el cable de control derecho de su módulo, y se elevó antes de que la sierra pudiera causar algún daño. Su huida le había costado la carrera, pero le permitió seguir con vida. Anakin aún no había superado la irritación que le produjo tener que cambiar una cosa por la otra.

Los corredores se deslizaron por entre antiguas columnas y entraron en el suelo del estadio erigido junto a Mos Espa. Pasaron bajo el arco del vencedor, dejando atrás hilera tras hilera de gradas llenas de espectadores que los vitoreaban, androides de mantenimiento, centros de reparaciones y los palcos desde los que los hutts contemplaban el espectáculo en aislado esplendor por encima de la plebe. Desde su puesto de observación en una torre centrada sobre el arco, el troig de dos cabezas que desempeñaba las funciones de anunciador estaría gritando sus nombres y posiciones a la multitud. Anakin lanzó una rápida ojeada a las siluetas y entrevió figuras borrosas que se esfumaban detrás de él tan deprisa como si fueran un espejismo. Shmi, su madre, estaría entre ellas, preocupada siempre. No soportaba que su hijo tomara parte en las carreras, pero nunca podía resistir la tentación de ir a verle correr. Shmi jamás lo decía, pero Anakin sospechaba que su madre creía que el mero hecho de que estuviera allí evitaría que se hiciera daño. Hasta el momento, el truco había dado resultado. Anakin había sufrido dos accidentes y en una ocasión no logró llegar a la meta, pero seguía ileso después de más de media docena de carreras. Y, además, al chico le gustaba que su madre estuviera allí. La presencia de Shmi le proporcionaba una extraña confianza en sí mismo a la que prefería no prestar demasiada atención.

Por otra parte, tampoco tenían elección. Anakin corría porque era un gran corredor y porque Watto era perfectamente consciente de ello, y Anakin haría todo lo que Watto le pidiera que hiciese. Ese era el precio que pagaban los esclavos, y Anakin Skywalker llevaba toda la vida siéndolo.

El Cañón del Arco alzaba su enorme boca ante él, una masa de rocas que llevaba a la Garganta de los Riscos, un tortuoso canal que los corredores debían atravesar de camino a las llanuras que había al otro lado. Sebulba se encontraba justo delante de él, manteniendo su módulo pegado al suelo mientras intentaba interponer un poco de distancia entre su vehículo y el de Anakin. Detrás de éste, y siguiéndole de cerca, había tres corredores más desplegados sobre el horizonte. Un rápido vistazo reveló a Mawhonic

y Gasgano, con Rimkar persiguiéndolos en su extraño módulo-burbuja. Los tres estaban ganando terreno. Anakin se dispuso a dar más potencia a los impulsores, pero no llegó a hacerlo. Estaban demasiado cerca de la garganta. Un exceso de impulsión allí, y tendría problemas. Dentro del canal el tiempo de reacción quedaba comprimido hasta casi desaparecer. Era mejor esperar.

Mawhonic y Gasgano parecían opinar lo mismo, y se limitaron a colocar sus módulos detrás del de Anakin mientras se aproximaban a la fisura entre las rocas. Pero Rimkar no quería esperar y rebasó a Anakin con un rugido de motores una fracción de segundo antes de que entraran en el desfiladero, y desapareció en la oscuridad.

Anakin niveló su módulo, elevándose un par de metros por encima del suelo lleno de rocas de canal, y permitió que su memoria y sus instintos guiaran su travesía. Cuando corría, todo lo que le rodeaba parecía ir más despacio en vez de acelerarse. Por mucho que uno intentara imaginárselo, enseguida descubría que la realidad no se parecía en nada a lo que había esperado encontrar. La roca, la arena y las sombras desfilaban a toda velocidad en una loca confusión de formas, y aun así Anakin podía verlo todo con absoluta claridad. Todos los detalles parecían volverse más nítidos, como si estuvieran siendo iluminados por aquello mismo que debería haber hecho que resultaran tan difíciles de distinguir. Anakin pensó que casi habría podido conducir con los ojos cerrados, tan elevado era su nivel de sintonía con cuanto le rodeaba y su conciencia del lugar en el que estaba.

Recorrió el canal a toda velocidad, entreviendo los fugaces destellos carmesíes con que las toberas de Rimkar iluminaban las tinieblas. Muy por encima de ellos, el cielo era una brillante franja azul desplegada sobre el centro de la montaña, con la delgada cinta de claridad que brotaba de él volviéndose un poco más tenue a cada metro que descendía, de tal manera que cuando llegaba hasta Anakin y los otros corredores apenas si conseguía disipar la oscuridad. Y aun así Anakin se sentía en paz, absorto en sí mismo mientras conducía su módulo, con cuyos motores formaba un único ser entregado al zumbido y el palpitar de su vehículo y a la caricia aterciopelada de los pliegues de oscuridad que lo envolvían.

Cuando emergieron nuevamente a la luz, Anakin empujó las palancas impulsoras y se lanzó en pos de Sebulba. Mawhonic y Gasgano le seguían muy de cerca. Rimkar había alcanzado a Sebulba y estaba intentando rebasarlo. El flaco dug elevó ligeramente sus motores para arañar el módulo de Rimkar con ellos, pero la carcasa curvada del vehículo de éste resistió el empujón sin verse afectada. Los dos corredores atravesaron las llanuras a toda velocidad, dirigiéndose hacia el Abismo de Metta. Anakin siguió reduciendo la distancia, alejándose de Mawhonic y Gasgano. La gente podía decir lo que quisiera de Watto —y había muchas cosas malas que decir de él—, pero tenía muy buen ojo para los corredores. Los enormes motores aceleraron obedientemente cuando Anakin aumentó el aflujo de combustible a las toberas, y unos segundos después ya se había puesto a la altura de la X partida de Sebulba.

Lo que uno debía hacer en los abismos, como sabían todos los corredores, era ir acumulando velocidad durante el descenso para sacar ventaja a sus oponentes, pero no hasta el extremo de que después no pudiera salir del picado y volver a nivelar el módulo antes de que se incrustara en las rocas que esperaban abajo. Por eso Anakin se sorprendió cuando vio que Sebulba interrumpía el descenso antes de lo habitual. Un instante después sintió que los gases expulsados por los motores de la X partida chocaban contra su módulo. El traicionero dug sólo había fingido frenar y después se había elevado deliberadamente hasta colocarse por encima de Anakin y Rimkar, usando su estela para lanzarlos contra la cara del risco.

Rimkar, pillado totalmente por sorpresa, empujó las palancas impulsoras en una reacción automática que lo llevó directamente hacia la montaña. Fragmentos metálicos del módulo y los motores salieron despedidos de las rocas en una lluvia de fuego, dejando una larga cicatriz negra sobre la superficie azotada por las tormentas de arena.

Anakin podría haber seguido el mismo destino de no ser por sus instintos. Antes de que atinara a darse cuenta de lo que estaba haciendo, en el instante mismo en que sentía el impacto de los gases expulsados por los motores de Sebulba, Anakin interrumpió su descenso y se alejó de la montaña, y a punto estuvo de chocar contra un sorprendido Sebulba, que se apresuró a virar para ponerse a salvo. La repentina maniobra de Anakin hizo que su módulo se saliera de su trayectoria y quedara fuera de control. Anakin tiró de la palanca de control, redujo la impulsión, cortó el suministro de combustible de los motores y contempló cómo el suelo ascendía hacia él para recibirle con un súbito estallido de arena y luz.

Anakin tomó tierra con un terrible impacto que partió los cables de control, y los motores salieron despedidos en dos direcciones distintas mientras el módulo resbalaba sobre el terreno, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, para acabar dando varias vueltas de campana. Anakin se agarró como pudo a la palanca de control, girando locamente en un torbellino de arena y calor mientras rezaba para no acabar chocando contra una roca. El metal dejó escapar un estridente chillido de protesta, y el módulo se llenó de polvo. En algún lugar a su derecha, un motor estalló con un rugido que hizo temblar la tierra. Los brazos de Anakin, rígidamente extendidos hacia los lados, lo mantuvieron en el asiento durante la serie de sacudidas y golpes que experimentó el módulo mientras seguía rodando por el suelo y daba unas cuantas vueltas de campana más.

El módulo por fin se detuvo escorado hacia un lado. Anakin esperó unos momentos, y después se quitó el cinturón de seguridad y abandonó el vehículo. El calor del desierto se elevó del suelo para recibirle, y la cegadora luz de los soles cayó sobre sus anteojos. El último módulo surcaba el cielo, alejándose hacia el horizonte azul entre un retumbar de motores. Un profundo silencio siguió a su desaparición.

Anakin miró a izquierda y derecha para evaluar los daños y averiguar qué quedaba de sus motores, calculando las reparaciones que necesitarían para volver a funcionar. Después contempló su módulo y torció el gesto. Watto se pondría furioso.

Pero, después de todo, Watto casi siempre estaba furioso.

Anakin Skywalker se sentó y apoyó la espalda contra el módulo destrozado, aprovechando al máximo su escasa sombra para protegerse del resplandor de los soles gemelos de Tatooine. Un deslizador de superficie aparecería en unos minutos para recogerle. Watto y su madre lo estarían esperando; él para gritarle e insultarle; ella para darle un abrazo y llevarlo a casa. Las cosas no habían salido como esperaba, pero tampoco se sentía excesivamente abatido. Si Sebulba hubiera jugado limpio, Anakin habría ganado la carrera sin dificultad.

Suspiró y se echó el casco hacia atrás.

Algún día ganaría un montón de carreras, y ese día no tardaría mucho en llegar. Quizá el próximo año, cuando hubiera celebrado su décimo aniversario...

02

Tienes alguna idea de lo que me va a costar esto, ¿chico? ¿Tienes idea, eh? *Oba chee ka!*

Watto, suspendido ante él, pasó al huttés sin enterarse siquiera de que lo hacía, escogiendo un lenguaje que le ofrecía un vasto surtido de adjetivos insultantes. Anakin permaneció estoicamente inmóvil, con el rostro inexpresivo y los ojos clavados en el gordo cuerpo azulado del toydariano que flotaba ante él. Las alas de Watto, convertidas en una borrosa mancha de movimientos, subían y bajaban con tal frenesí que parecía inevitable que en cualquier momento salieran despedidas de su cuerpecillo regordete. Anakin contuvo el impulso de echarse a reír mientras se lo imaginaba. No era el momento más adecuado para reírse.

—No ha sido culpa mía —dijo en cuanto Watto hizo una pausa para recuperar el aliento—. Sebulba me empujó con la estela de sus toberas en el Abismo de Metta y casi consiguió que me estrellara. Hizo trampa.

Watto movió la boca como si estuviera masticando algo, y su hocico se frunció súbitamente sobre los dientes que sobresalían de ella.

—¡Pues claro que hizo trampa, chico! ¡Sebulba siempre hace trampa! ¡Así es como gana! ¡Quizá deberías empezar a hacer algunas trampas de vez en cuando! ¡Así quizá no estrellarías tu módulo en cada carrera y no me costarías tanto dinero!

Estaban en el taller de Watto, en el distrito de los comerciantes de Mos Espa; era una cabaña de barro y arena delante de la que había un recinto lleno de componentes de cohete y piezas de motor recuperadas de viejas naves inservibles. El interior estaba oscuro y fresco gracias a los gruesos muros que lo protegían del calor del planeta, pero incluso allí el polvo flotaba en el aire, formando hilachas neblinosas en las que se reflejaba la luz, que proyectaban las lámparas. La carrera había terminado hacía rato, y los soles del planeta habían comenzado a descender hacia el horizonte con la lenta aproximación del ocaso. Los androides mecánicos se habían ocupado de transportar el módulo accidentado y sus motores desde las llanuras hasta la parte de atrás del taller. Anakin también había sido llevado hasta allí, aunque con un poco menos de entusiasmo.

—*¡Rassa dwee cuppa, peedunkel!* —aulló Watto, disponiéndose a bombardear a Anakin con otro chorro de huttés.

El cuerpecillo regordete se desplazaba unos cuantos centímetros hacia delante con cada epíteto, lo que obligó a Anakin a retroceder pese a su firme decisión de permanecer inmóvil. Los huesudos brazos y piernas de Watto se bamboleaban con cada movimiento de su cabeza y su cuerpo, confiriéndole una apariencia muy cómica. El toydariano estaba furioso, pero Anakin ya le había visto furioso antes y el espectáculo no tenía nada de nuevo para él. No se encogió ni inclinó la cabeza en señal de sumisión, sino que se quedó quieto y aguantó la reprimenda sin pestañar. Era un esclavo y Watto era su amo. Las reprimendas formaban parte de su vida. Además, Watto no tardaría en calmarse después de haber desahogado su furia de una forma que satisfacía su necesidad de echarle la culpa de lo ocurrido a alguien que no fuera él, y entonces todo volvería a la normalidad.

Watto señaló al chico con los tres dedos de su mano derecha.

—¡No debería permitir que volvieras a conducir para mí! ¡Eso es lo que debería hacer! ¡Debería buscarme otro conductor!

—Creo que es una idea magnífica —dijo Shmi.

La madre de Anakin había permanecido callada en un rincón durante toda la diatriba de Watto, pero se apresuró a sacar provecho de una sugerencia que ella misma habría hecho, en el caso de que le hubiera pedido su opinión.

Watto se volvió hacia ella, girando bruscamente en el aire con un zumbido de alas, y se le plantó delante con un veloz revoloteo. Pero la mirada impasible y tranquila de la mujer le detuvo, dejándolo paralizado en el aire, entre la madre y el hijo.

—Y en cualquier caso es demasiado peligroso —prosiguió Shmi en su tono más juicioso—. No es más que un chico.

Watto enseguida se puso a la defensiva.

—¡Es mi chico, mi propiedad, y hará todo lo que yo quiera que haga!

—Exactamente. —Los oscuros ojos de Shmi contemplaron a Watto con tranquila determinación desde su rostro cansado y surcado de arrugas—. Y por eso no volverá a correr si tú no quieres que lo haga. ¿No es eso lo que acabas de decir?

Su réplica pareció dejar bastante confuso a Watto. La boca y la nariz en forma de trompa del dueño del taller temblaron como si Watto olisquease el aire en busca de raíces, pero ni una palabra salió de ellas. Anakin le dio las gracias a su madre con una rápida mirada. Los oscuros y lacios cabellos de Shmi estaban comenzando a encanecer, y los antes gráciles movimientos de ésta se habían vuelto un poco más lentos, pero su hijo la consideraba tan hermosa y valiente como siempre. Anakin creía que Shmi era perfecta.

Watto avanzó unos cuantos centímetros más hacia ella y volvió a detenerse. Shmi se mantenía erguida de la misma manera en que lo hacía Anakin, negándose a dejarse humillar por su condición. Watto la contempló con amargura durante unos segundos, y después giró sobre sí mismo y fue hacia el muchacho.

—¡Arreglarás todo lo que has destrozado, chico! —ordenó ásperamente, agitando un dedo ante Anakin—. ¡Repararás los motores y el módulo, y los dejarás como nuevos! ¡Mejor que nuevos, de hecho! ¡Y comenzarás ahora mismo! Ahora mismo, ¿entendido? ¡Sal de aquí y ponte a trabajar!

Volvió a encararse con Shmi.

—¡Todavía hay luz de sobras para que un chico pueda trabajar! ¡El tiempo es dinero! —Agitó la mano en el aire, señalando primero a la madre y luego a su hijo—. ¡A trabajar, a trabajar!

Shmi miró a Anakin y le sonrió afectuosamente.

—Ve, Anakin —dijo con dulzura—. La cena te estará esperando.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Watto la siguió después de haber fulminado a Anakin con una última mirada asesina. Anakin, con los ojos fijos en el vacío, se quedó unos instantes más en la habitación en sombras. Estaba pensando que no

debería haber perdido la carrera. La próxima vez —y conociendo a Watto, habría una próxima vez— no la perdería.

Con un suspiro de frustración, se volvió y salió al patio. Anakin, de constitución más bien robusta y no muy alto para sus nueve años, tenía los cabellos rubios, los ojos azules, una nariz respingona y una mirada despierta y vivaz. Era rápido y fuerte para su edad, y poseía un sinfín de habilidades que siempre estaban sorprendiendo a los demás. Ya se había convertido en un excelente conductor de módulos, algo que ningún humano de su edad había conseguido hasta entonces. Sus increíbles dotes para la mecánica le permitían montar prácticamente cualquier aparato. Era muy útil a Watto en ambas áreas, y Watto no era la clase de amo que desperdicia los talentos de sus esclavos.

Pero lo que sólo su madre sabía acerca de él era la forma en que Anakin presentía las cosas. El chico solía presentir lo que ocurriría antes de que nadie supiera que iba a suceder. Era como una repentina agitación en el aire, un susurro de aviso o una sugerencia que sólo él podía percibir. Eso le había sido de gran utilidad en las carreras de módulos, pero también resultaba útil en otros momentos. Anakin poseía la capacidad de percibir cómo eran las cosas, o como debían ser. Sólo tenía nueve años, y ya podía ver el mundo de forma que la mayoría de adultos jamás llegarían a dominar.

Aunque de momento eso no le estaba sirviendo de mucho, claro está.

Anakin pateó la arena del patio mientras iba hacia los motores y el módulo que los androides habían dejado allí hacía un rato. Su mente ya estaba calculando las reparaciones que debería efectuar antes de que volvieran a encontrarse en condiciones de operar. El motor derecho se hallaba casi intacto, siempre que le pasaran por alto los arañazos y desgarrones en la piel metálica. Pero el izquierdo estaba prácticamente inservible, y el módulo lleno de abolladuras, por no hablar del panel de control, que había quedado casi totalmente destruido.

—Reparaciones —murmuró—. ¡Unas cuantas reparaciones!

Los androides mecánicos obedecieron su señal y comenzaron a separar las partes dañadas del vehículo de carreras. Unos minutos después de haber empezado a clasificar la chatarra Anakin ya se había dado cuenta de que necesitaría varias piezas de las que Watto no disponía, varistatos térmicos y difusores de impulsión entre ellas. Tendría que obtenerlas de alguno de los otros talleres antes de poder hincar la fase de reconstrucción, y eso no le iba a gustar nada a Watto. Su dueño odiaba tener que pedir piezas a otros talleres, y a menos que procediera de otro mundo, siempre insistía en que ya tenía absolutamente todo lo que había que tener. El que estuviera satisfaciendo sus necesidades mediante el trueque no parecía calmar la furia que le producía el verse obligado a tratar con los otros comerciantes. Watto hubiese preferido ganar lo que necesitaba en una carrera de módulos, o sencillamente robarlo.

Anakin alzó la mirada hacia el cielo, donde los últimos vestigios de la claridad diurna comenzaban a desvanecerse. Las primeras estrellas ya eran visibles, y semejaban minúsculos alfilerazos esparcidos sobre la negrura que se iba adueñando del cielo

nocturno. Mundos que nunca había visto y con los que sólo podía soñar le esperaban ahí fuera, y algún día los visitaría. Anakin no iba a pasar toda su vida en Tatooine.

—¡Pssst! ¡Anakin!

Una voz le estaba hablando en un cauteloso susurro desde las oscuras sombras del fondo del patio, y un par de pequeñas siluetas se deslizaron por el estrecho hueco de la esquina de la valla en el que se habían soltado los alambres. Eran Kitster, su mejor amigo, que entraba por el hueco con Wald, otro amigo, pegado a él. Kitster, bajito y de piel muy oscura, llevaba los cabellos castaños muy cortos formando un cuenco alrededor de su cabeza, y vestía prendas holgadas y de colores neutros diseñadas para conservar la humedad y rechazar el calor y la arena. Wald, que apenas parecía atreverse a entrar en el patio, había nacido en el planeta Rodia y todavía no llevaba mucho tiempo en Tatooine. Varios años más joven que sus amigos, ya era lo suficientemente atrevido para que éstos permitieran que los acompañase en casi todas sus correrías.

—Eh, Annie, ¿qué estás haciendo? —preguntó Kitster, mirando recelosamente alrededor para ver si Watto andaba por allí.

Anakin se encogió de hombros.

—Watto dice que he de arreglar el módulo. Tengo que dejarlo como nuevo.

—Sí, pero no hoy —le aconsejó Kitster solemnemente—. Hoy ya casi se ha acabado. Venga. Ya tendrás tiempo de repararlo mañana. Vamos a tomar un bliel de rubí.

Era su bebida favorita. Anakin sintió que se le hacía la boca agua.

—No puedo. Debo quedarme aquí y trabajar en esto hasta que...

Dejó la frase sin concluir. «Hasta que oscurezca», iba a decir, pero ya casi había oscurecido, de modo que...

—¿Con qué los pagaremos? —preguntó, no muy convencido.

—Él tiene cinco druggats que, según dice, ha encontrado no sé dónde —repuso, clavando los ojos en Wald.

—Los tengo aquí mismo. —Wald inclinó la extraña cabeza escamosa en un gesto de asentimiento, y sus ojos saltones parpadearon rápidamente—. ¿No me creéis? —preguntó en huttés, tirándose de una oreja verde.

—Sí, sí, te creemos. —Kitster le guiñó un ojo a Anakin—. Venga, larguémonos de aquí antes de que vuelva el viejo alas ruidosas.

Salieron por el hueco en la valla y se metieron por el camino de atrás, torcieron a la izquierda y cruzaron a toda prisa la plaza atestada en dirección a las tiendas de comida que había justo enfrente de ella. Las calles aún estaban llenas, pero todo el mundo volvía a su casa o iba a las madrigueras de placer de los hutts. Los chicos se escurrieron por entre grupos de gente y carretas, adelantaron deslizadores suspendidos a unos centímetros del suelo, bajaron por callejuelas de las que ya se estaban recogiendo los toldos, y dejaron atrás montones de artículos que esperaban ser guardados bajo llave en los comercios.

Unos instantes después ya estaban en la tienda que vendía los bliels de rubí y se habían abierto paso hasta el mostrador.

Wald hizo honor a su palabra extrayendo de un bolsillo los druggats que tuvo que entregar a cambio de los tres refrescos. Tras dar uno a Anakin y otro a Kitster, los chicos se los llevaron fuera, sorbiendo el pegajoso brebaje a través de pajitas y avanzaron sin prisas por la calle, charlando entre ellos sobre corredores, vehículos de superficie y naves espaciales, cruceros de combate, cazas estelares y los pilotos que los capitaneaban. Se prometieron que algún día todos llegarían a ser pilotos, un juramento que sellaron con saliva mientras hacían chocar las palmas de las manos.

Acababan de enzarzarse en una apasionada discusión sobre los méritos de los distintos tipos de cazas espaciales, cuando una voz dijo muy cerca de ellos:

—Si me dejaran elegir, yo siempre me quedaría con el Z-95 Cazador de Cabezas (Headhunter).

Los tres chicos se volvieron al mismo tiempo. Un viejo piloto apoyado contra un remolcador de deslizadores los estaba observando. Los chicos enseguida supieron que era un piloto por su ropa, sus armas y la pequeña y bastante arrugada insignia del cuerpo de cazas cosida a su chaqueta. Era una insignia de la República, y en Tatooine no se veían muchas.

—Hoy te vi correr —le dijo el viejo piloto a Anakin. Era alto, flaco y fibroso, el rostro curtido por la intemperie y bronceado por el sol y los ojos de una extraña variedad del gris. Llevaba el pelo tan corto que parecía erizársele sobre el cuero cabelludo, y su sonrisa era afable e irónica al mismo tiempo—. ¿Cómo te llamas?

—Anakin Skywalker —respondió Anakin tras titubear por un instante— y éstos son mis amigos Kitster y Wald.

El viejo piloto dirigió una silenciosa inclinación de la cabeza a los otros dos chicos sin apartar los ojos de Anakin.

—Skywalker, ¿eh? Sabes hacer honor a tu nombre, Anakin, porque ya he observado que cuando vuelas andas por el cielo como si te perteneciera. Prometes. —Se incorporó, desplazando su peso con la agilidad fruto de una larga práctica mientras su mirada iba de un chico a otro—. Así que queréis pilotar las grandes naves, ¿eh?

Los tres muchachos asintieron a la vez. El viejo piloto sonrió.

—No hay nada comparable. Nada. Cuando era más joven piloté todos los pesos pesados, todo lo que podía volar, tanto dentro del cuerpo como fuera. ¿Reconocéis la insignia, chicos?

Los tres volvieron a asentir, llenos de interés y fascinados por el prodigio que suponía conocer a un verdadero piloto; aquel hombre no era un mero corredor de módulos, sino que había pilotado cazas, cruceros y cargueros comerciales.

—Ya hace mucho tiempo de eso —prosiguió el piloto con voz repentinamente distante y ensimismada—. Dejé el cuerpo hace seis años. Demasiado viejo. El tiempo pasa de largo y te deja atrás, y entonces tienes que encontrar otra cosa a la que dedicar lo que te queda de vida. —Apretó los labios—. ¿Qué tal están esos bliels de rubí? ¿Todavía son tan buenos? Hace años que no tomo uno. Quizá ahora sea un buen momento. ¿Os

apetece tomar una ronda conmigo, chicos? ¿Queréis beber un bliel de rubí con un viejo piloto de la República?

No tuvo que preguntarlo dos veces. El piloto los llevó hasta la tienda de la que acababan de salir y pagó un segundo bliel para cada chico y uno para él. Después buscaron un lugar tranquilo en la plaza y fueron sorbiendo la bebida mientras contemplaban el cielo. Los últimos resplandores de los soles ya se habían disipado y el firmamento ennegrecido estaba lleno de estrellas, como si alguien hubiera esparcido una pincelada de motitas plateadas sobre la negrura.

—Me he pasado toda la vida volando —explicó solemnemente el viejo piloto, con la mirada fija en el cielo—. Acepté todas las misiones que me caían en las manos, y ¿sabéis una cosa?, no he conseguido visitar ni una centésima parte de todos los sitios que hay ahí fuera. ¿Una centésima parte, he dicho? ¡Qué va, ni una millonésima parte! Pero intentarlo fue muy divertido. Oh, sí, divertidísimo. —Volvió a posar sus ojos en los chicos—. Llevé un crucero lleno de soldados de la República a Makem Te durante su rebelión. Pasé mucho miedo, creedme. Y en una ocasión también piloté la nave de unos Caballeros Jedi.

—¡Jedi! —exclamó Kitster—. ¡Jo!

—¿De veras? ¿Realmente pilotaste una nave de los Jedi? —quiso saber Anakin, con los ojos como platos.

El piloto rió ante su asombro.

—Os lo juro por mis muertos, y si estoy mintiendo podéis llamarme alimento de banthas. Hace mucho tiempo de eso, pero llevé a cuatros Caballeros Jedi a un sitio del que se supone que no debo hablar ni siquiera ahora. Ya os dije que he estado en todos los sitios que un hombre puede visitar en el curso de una vida. He estado en todas partes.

—Yo quiero pilotar naves e ir a esos mundos algún día —murmuró Anakin.

Wald soltó un bufido, dubitativo.

—Eres un esclavo, Annie. No puedes ir a ningún sitio.

El viejo piloto bajó los ojos hacia Anakin, y el muchacho descubrió que no podía sostenerle la mirada.

—Bueno, en esta vida sueles nacer siendo una cosa y mueres siendo otra —dijo el piloto con voz queda—. No tienes por qué resignarte a aceptar que lo que recibes cuando entras en ella vaya a ser todo lo que tengas cuando la abandones. —De pronto se echó a reír—. Eso me recuerda algo. Una vez, y ya hace mucho tiempo de eso, piloté una nave por la ruta de Kessel. Todos me decían que no podría hacerlo y que no me molestara en intentarlo, que lo olvidara y que me dedicara a otra cosa, pero yo quería pasar por esa experiencia, así que seguí adelante y encontré una forma de demostrarles que estaban equivocados. —Bajó la mirada hacia Anakin—. Y tú tal vez tendrás que hacer exactamente lo mismo en el futuro, joven Skywalker. Ya he visto cómo manejas un módulo de carreras. Tienes todo lo que hace falta, chico. Eres mejor que yo cuando tenía el doble de tu edad. —Asintió solemnemente. Miró al muchacho, y Anakin le devolvió la mirada. El viejo piloto sonrió y asintió lentamente—. Sí, Anakin Skywalker: me parece que algún día quizá lo hagas.

***

Anakin llegó a casa pasada la hora de cenar y recibió su segunda reprimenda del día. Podría haber tratado de excusarse inventándose que Watto le había obligado a seguir trabajando hasta después de que anocheciera, pero Anakin Skywalker nunca le había mentido a su madre por ningún motivo. Le dijo la verdad, y le contó que se había escapado con Kitster y Wald, que habían estado bebiendo bliels de rubí y que compartieron historias con el viejo piloto. Shmi no pareció muy impresionada. Aunque comprendía cómo eran los chicos y sabía que Anakin era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo, no le gustaba que su hijo fuera por ahí con personas a las que no conocía.

—Si crees que debes negarte a hacer el trabajo que te ha encargado Watto, entonces ven a verme y hablaremos de todo lo que hay por hacer aquí en casa —le riñó severamente.

Anakin no discutió con ella, porque a esas alturas ya era lo suficientemente inteligente para saber que en aquellas situaciones hacerlo rara vez servía de algo. Guardó silencio y cenó con la cabeza gacha, asintiendo cuando había que asentir mientras pensaba que su madre le quería y estaba preocupada por él, y que eso justificaba toda su ira y su frustración.

Después se sentaron en unos taburetes delante de su casa para disfrutar del fresco aire nocturno y contemplar las estrellas. A Anakin le encantaba pasar un rato sentado delante de casa por la noche antes de acostarse. Fuera no se sentía tan atrapado como en el interior de la casa, y allí podía respirar. Su casa era pequeña y vieja y se encontraba rodeada por docenas de casas igual de pequeñas y de viejas, y sus gruesas paredes estaban hechas con una mezcla de barro y arena. La vivienda era el típico alojamiento que se les proporcionaba a los esclavos en aquella parte de Mos Espa, una especie de cabaña con una habitación central y uno o dos catres para dormir. Pero su madre la mantenía muy limpia y Anakin disponía de su propio cuarto, que era un poco más grande de lo habitual en aquellas casas y donde guardaba sus cosas. Un gran banco de trabajo y las herramientas ocupaban la mayor parte del espacio disponible. Anakin estaba construyendo un androide de protocolo para que ayudara a su madre. Iba añadiendo los componentes necesarios uno a uno, recuperándolos de donde podía y restaurando el resto. El androide ya podía moverse, hablar y hacer unas cuantas cosas. Anakin no tardaría en terminarlo.

—¿Estás cansado, Annie? —le preguntó su madre después de un largo silencio.

Anakin negó con la cabeza.

—No mucho —dijo.

—¿Sigues pensando en la carrera?

—Sí.

Y estaba pensando en ella, pero sobre todo pensaba en el viejo piloto, y en sus historias de cómo había pilotado grandes naves que iban a mundos lejanos, de cómo había combatido por la República y había conocido a unos Caballeros Jedi.

—No quiero que vuelvas a tomar parte en las carreras, Annie —dijo su madre—. No quiero que le pidas a Watto que te deje participar en ellas. Prométeme que no se lo pedirás.

Anakin asintió de mala gana.

—Lo prometo —respondió, y después reflexionó durante unos momentos—. Pero ¿y si Watto me dice que he de tomar parte en ellas, mamá? ¿Qué se supone que debo hacer entonces? He de obedecerlo en todo, de modo que si me dice que corra, no podré negarme.

Shmi le puso la mano en el brazo y le dio unas palmaditas.

—Me parece que después de lo que ha ocurrido hoy quizá no vuelva a pedirte que corras. Encontrará a algún otro.

Anakin no lo dijo, pero sabía que su madre estaba equivocada. No había nadie que fuese mejor que él. Ni siquiera Sebulba, si no podía hacer trampas. Y además, Watto nunca pagaría a otro para que condujera su módulo cuando podía obligar a Anakin a pilotarlo sin cobrar. Watto seguiría furioso durante uno o dos días, y después comenzaría a pensar de nuevo en ganar. Antes de que terminara el mes, su esclavo volvería a participar en las carreras de módulos.

Anakin alzó los ojos hacia el cielo —la mano de su madre seguía suavemente posada sobre su brazo—, y pensó en qué se sentiría al estar allí arriba, pilotando cazas y cruceros de combate, yendo a mundos lejanos y lugares extraños. Wald podía decir lo que quisiera, pero Anakin no sería un esclavo toda su vida. Algún día dejaría de ser un niño. Encontraría el modo de salir de Tatooine. Los sueños danzaron locamente en su cabeza en un caleidoscopio de imágenes resplandecientes mientras contemplaba las estrellas. Se imaginó cómo sería estar allá arriba. Podía verlo con toda claridad en su mente, y eso le hizo sonreír.

Algún día haré todo lo que tú has hecho, pensó, viendo el rostro del viejo piloto suspendido en la oscuridad delante de él, la sonrisa burlona y los extraños ojos grises. Todo.

Respiró hondo y contuvo el aliento.

Incluso volaré con los Caballeros Jedi, se dijo.

Después exhaló lentamente, y la promesa quedó sellada.

03

El pequeño crucero espacial de la República, cuyo color rojo era el símbolo de la neutralidad propia de una embajada, hendía la negrura estrellada como un cuchillo mientras avanzaba hacia el planeta verde esmeralda de Naboo y la nube de naves de la flota de la Federación Comercial que lo rodeaba. Las naves eran enormes fortalezas de formas tubular, voluminosas estructuras con un extremo abierto que envolvían la esfera del puente, el centro de comunicaciones y el hiperimpulsor. Sistemas de armamento brotaban de cada hangar y escotilla, y los cazas de la Federación Comercial describían círculos alrededor de las enormes bestias, revoloteando en torno a ellas como enjambres de mosquitos. El crucero de la República, de forma más tradicional con sus tres motores, cuerpo achatado y cabina cuadrada, quedó reducido a la insignificancia apenas entró en la zona de sombra proyectada por los navíos de combate de la Federación Comercial, pero siguió avanzando impertérrito hacia ellos.

La capitana del crucero y su copiloto ocupaban asientos contiguos en la consola delantera, y sus manos se movían rápidamente sobre los controles mientras iban aproximándose a la nave sobre cuyo puente relucía la insignia del virrey de la Federación Comercial. La nerviosa energía que impregnaba sus movimientos saltaba a la vista. De vez en cuando intercambiaban una mirada llena de nerviosismo, y después volvían la cabeza para contemplar a la figura que permanecía inmóvil entre las sombras, detrás de sus asientos.

Desde la pantalla visora que tenían delante, su imagen transmitida por la antena del puente del navío de combate hacia el que se dirigían, los ojos entre anaranjados y rojizos del virrey de la Federación Comercial, Nute Gunray, les dirigía miradas expectantes. El neimoidiano lucía su expresión hosca de costumbre; las comisuras de los labios inclinadas hacia abajo y la frente huesuda subrayaban su descontento. Su piel verde grisácea reflejaba la claridad de las luces ambientales de la nave, que parecía todavía más pálida y fría debido al contraste con los tonos oscuros predominantes en la túnica, el cuello y el tocado de tres picos que llevaba.

—Capitana.

La capitana del crucero se volvió en su asiento para contemplar a la figura oculta en las sombras, detrás de ella.

—¿Sí, señor?

—Dígales que deseamos subir a bordo de inmediato.

La voz era tranquila y melodiosa, pero la firme determinación que contenía no podía estar más clara.

—Sí, señor —repuso la capitana, lanzando una disimulada mirada de soslayo a su copiloto, que se la devolvió. La capitana se encaró con la imagen de Nute Gunray que le estaba mostrando la pantalla—. Con el debido respeto, virrey, los embajadores del canciller supremo han solicitado que se les permita subir a bordo de inmediato.

En neimoidiano se apresuró a asentir.

—Sí, sí, capitana, por supuesto. Nos encantará recibir a los embajadores en el momento que ellos consideren más oportuno. Será un placer, capitana.

La pantalla se oscureció. La capitana titubeó y después volvió la cabeza hacia la silenciosa presencia que aguardaba a su espalda.

—¿Señor?

—Proceda, capitana —dijo Qui-Gon Jinn.

El maestro Jedi contempló en silencio cómo el navío de combate de la Federación Comercial se iba elevando ante ellos hasta llenar todo el visor con su masa reluciente. Qui-Gon era un hombre alto y robusto de rasgos prominentes y leoninos. Su barba y su bigote estaban pulcramente recortados, y llevaba los cabellos largos y recogidos en la nuca. Vestía chaqueta, pantalones y túnica con capucha holgada y cómoda como era habitual entre los Jedi; una banda la ceñía a su cintura, de donde colgaba su espada de luz, oculta pero siempre al alcance de la mano.

Los penetrantes ojos azules de Qui-Gon permanecieron fijos en el navío de combate como si quisieran ver qué les aguardaba dentro de él. Los impuestos sobre las rutas comerciales entre los sistemas estelares decretados por la República no habían dejado de ser discutidos desde que fueron promulgados, pero hasta el momento lo único que había hecho la Federación Comercial fue quejarse. El bloqueo de Naboo era el primer acto de abierto desafío, y aunque el disponer de una flota de guerra y un ejército de androides propios convertía a la Federación en toda una potencia, la acción que había emprendido en Naboo no resultaba muy típica de ella. Los neimoidianos era comerciantes, no guerreros. Carecían del valor necesario para desafiar a la República, pero de alguna manera habían logrado encontrar ese valor. Qui-Gon no atinaba a explicarse cómo lo habían conseguido, y eso le preocupaba.

Qui-Gon desplazó su peso de un pie al otro mientras el crucero se introducía lentamente por la abertura de la rueda exterior del navío insignia de la Federación Comercial para poner rumbo hacia el hangar. Haces tractores envolvieron al crucero y lo guiaron hacia el interior, donde abrazaderas magnéticas aseguraron la nave. El bloqueo llevaba casi un mes en vigor. El Senado de la República seguía discutiendo las acciones a seguir, e intentaba encontrar una manera amistosa de solucionar la disputa; pero todavía no se había hecho ningún progreso, y el canciller supremo acabó informando en secreto al Consejo Jedi de que había pedido a dos Jedi que establecieran contacto con los neimoidianos, los iniciadores ostensibles del bloqueo, en un esfuerzo por resolver el problema de la manera más directa posible. La medida era bastante osada, desde luego. En teoría, los Caballeros Jedi servían al canciller supremo y, siguiendo sus instrucciones sólo intervenían cuando había vidas en peligro. Sin embargo, cualquier interferencia en la política interna del Senado, especialmente cuando había un conflicto armado entre planetas de por medio, debía contar con la aprobación de éste. El canciller supremo estaba peligrosamente cerca de rebasar los límites de su autoridad. En el mejor de los casos, se trataba de una acción encubierta que acabaría suscitando encendidos debates en el Senado cuando fuera hecha pública.

El maestro Jedi suspiró. Aunque ese asunto no fuera de su incumbencia, tampoco podía ignorar las implicaciones que traería consigo el que fracasara. Los Caballeros Jedi mantenían la paz: ésa era la naturaleza de su orden y el dictado de su credo. Llevaban millares de años sirviendo a la República y siendo una fuente constante de estabilidad y orden en un universo cambiante. Fundados como un grupo de estudios teológicos y filosóficos en una fecha tan remota que sus orígenes habían acabado volviéndose míticos, los Jedi tardaron mucho tiempo en comenzar a ser conscientes de la presencia de la Fuerza. Tras dedicar largos años a su estudio, la contemplación de su significado y el dominio de su poder, la orden evolucionó lentamente, abandonando su creencia en una vida de meditación aislada y la práctica de esa forma de vida a favor de un compromiso con la responsabilidad social más abierto al exterior. Comprender la Fuerza en la medida suficiente para utilizar su poder requería algo más que el estudio en soledad. Requería servir a la comunidad y la aplicación de un sistema de leyes que garantizara una justicia igual para todos. Aquella batalla aún no había sido ganada, y probablemente nunca lo sería, pero nadie podría acusar a los Caballeros Jedi de no haber intentado vencer por todos los medios a su alcance.

En tiempos de Qui-Gon Jinn, diez mil Caballeros Jedi al servicio de la República seguían librando esa batalla cada día de sus vidas en cien mil mundos distintos esparcidos a través de una galaxia tan vasta que apenas podía abarcarse.

Qui-Gon se volvió cuando su compañero en la misión actual entró en el puente y se detuvo junto a él.

—¿Vamos a subir a bordo? —preguntó Obi-Wan Kenobi.

Qui-Gon Jinn asintió.

—El virrey nos recibirá.

Volvió los ojos hacia su protegido por un instante, evaluándolo con la mirada. Obi-Wan, de veintipocos años, tenía treinta menos que él y todavía estaba aprendiendo. Aún no era un Jedi de pleno derecho, pero ya le faltaba muy poco para serlo. Aunque un poco más bajo que Qui-Gon, Obi-Wan era robusto y muy rápido de reflejos. Su rostro de muchacho sugería una inmadurez de la que en realidad ya se había librado hacía mucho tiempo. Vestía el mismo tipo de prendas que Qui-Gon, pero se cortaba el cabello al estilo de los estudiosos padawanos, muy corto salvo por la coleta minuciosamente trenzada que colgaba sobre su hombro derecho. Cuando volvió a hablar, Qui-Gon estaba observando el interior del navío de combate de la Federación Comercial por la pantalla visora.

—¿Por qué Naboo, mi joven discípulo? ¿Por qué bloquear este planeta en particular, cuando hay tantos entre los que escoger, la mayoría más grandes y con más probabilidades de notar los efectos de semejante acción?

Obi-Wan no dijo nada. Naboo, un planeta situado en los confines de la galaxia y que no tenía nada que lo hiciera especialmente importante, realmente era una elección muy extraña para aquella clase de acción. Amidala, su gobernante, era una incógnita. Acababa de acceder al trono y sólo llevaba unos meses reinando cuando comenzó el bloqueo. Era joven, pero se rumoreaba que tenía un talento prodigioso y que había sido

extremadamente bien instruida. Se decía que era capaz de plantar cara a cualquier adversario dentro de la arena política, que podía ser circunspecta u osada según las circunstancias, y que era mucho más sabia de lo que podía esperarse en alguien de su edad.

Los Jedi tuvieron ocasión de examinar un holograma de Amidala antes de abandonar Coruscant. La reina solía recurrir a las pinturas faciales y los trajes complicados, envolviéndose en maquillaje y atuendos que disimulaban su verdadera apariencia al tiempo que le conferían un aura de esplendor y belleza. Era una especie de camaleón que trataba de ocultarse a los ojos del mundo y cuyas relaciones con los demás se reducían casi exclusivamente a una comitiva de doncellas que nunca se separaban de ella.

Qui-Gon dedicó unos momentos más a reflexionar sobre el asunto, y después se volvió hacia Obi-Wan.

—Bien, vamos allá.

Descendieron a través de las entrañas de la nave hasta llegar a la escotilla principal, esperaron a que las luces pasaran al verde y desactivaron la barra de bloqueo para permitir el descenso de la rampa. Subiéndose las capuchas para ocultar sus caras, los dos Jedi emergieron a la luz.

Un androide de protocolo llamado TC-14 estaba esperándolos para llevarlos al lugar en que se celebraría la reunión. El androide los condujo por una serie de pasillos hasta una sala de conferencias vacía y les invitó a entrar en ella.

—Espero que sus honorables señorías estén cómodos aquí. —Su vocecita estridente reverberaba dentro del caparazón metálico—. Mi amo enseguida se reunirá con ustedes.

El androide giró sobre sus talones y salió de la sala, cerrando la puerta sin hacer ruido detrás de él. Qui-Gon lo vio marchar, lanzó una rápida mirada a las exóticas criaturas parecidas a pájaros enjauladas junto a la puerta, y después fue a reunirse con Obi-Wan delante de un ventanal que, más allá del laberinto de navíos de combate de la Federación, permitía contemplar la resplandeciente esfera verde de Naboo suspendida sobre las tinieblas del cielo.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Obi-Wan después de haber contemplado el planeta durante unos momentos.

Qui-Gon meneó la cabeza.

—No percibo nada.

Obi-Wan asintió.

—No es nada relacionado con este lugar o con la misión, maestro. Es algo que... está en otro sitio. Algo escurridizo...

El Maestro Jedi puso la mano sobre el hombro del joven.

—No te concentres en tu ansiedad, Obi-Wan. Dirige tu concentración hacia el aquí y el ahora, que es donde debe estar.

—El Maestro Yoda dice que debo prestar atención al futuro...

—Pero no a expensas del presente. —Qui-Gon esperó hasta que su joven discípulo volvió la mirada hacia él—. Sé consciente de la Fuerza viva, mi joven padawano.

Obi-Wan esbozó una sonrisa.

—Sí, maestro. —Miró nuevamente más allá del ventanal con expresión distante y absorta—. ¿Cómo crees que reaccionará el virrey en cuanto le hayamos comunicado las exigencias del canciller supremo?

Qui-Gon se encogió de hombros despreocupadamente.

—Los neimoidianos son unos cobardes. No será difícil persuadirlos. Las negociaciones no durarán mucho.

En el puente del navío de combate de la Federación Comercial, el virrey neimoidiano Nute Gunray y su lugarteniente, Daultay Dofine, contemplaban con ojos llenos de horror al androide de protocolo que habían enviado a recibir a los embajadores del canciller supremo.

—¿Qué has dicho? —siseó furiosamente Gunray.

TC-14 sostuvo sin inmutarse la mirada que le estaba lanzando el neimoidiano.

—Los embajadores son Caballeros Jedi. Uno de ellos es un Maestro Jedi. Estoy totalmente seguro de ello.

Dofine, que tenía el rostro muy chato y se ponía nervioso por cualquier cosa, parecía consternado.

—¡Lo sabía! —exclamó, volviéndose hacia el virrey—. ¡Los han enviado para obligarnos a aceptar un acuerdo! ¡La partida ha terminado! ¡Que me cieguen, estamos perdidos!

—¡No pierdas la calma! —dijo Gunray, intentando tranquilizarlo—. Apostaría a que el canciller supremo no ha informado al Senado de sus movimientos en lo que concierne a este asunto. Ve y entretén a los embajadores mientras contacto a Lord Sidious.

El otro neimoidiano lo miró boquiabierto.

—¿Se te ha podrido el cerebro? ¡No pienso encerrarme en una sala de conferencias con dos Caballeros Jedi! ¡Envía al androide!

Le hizo una rápida seña a TC-14, que se inclinó, emitió un tenue graznido a modo de respuesta y se fue.

Cuando el androide de protocolo se hubo marchado, Dofine hizo venir a Rune Haako, el tercer miembro de la delegación, llevó a sus dos compatriotas a una zona reservada del puente en la que no podrían ser vistos ni oídos por nadie más, y activó un comunicador holográfico.

El holograma tardó unos momentos en aparecer. Cuando lo hizo, una silueta de hombros encorvados vestida de negro y envuelta en una capa cuya capucha ocultaba todo su rostro cobró forma dentro de él.

—¿Qué sucede? —preguntó una voz con impaciencia.

Nute Gunray descubrió que tenía la garganta tan reseca que por un instante fue incapaz de hablar.

—Los embajadores de la República son Caballeros Jedi.

—¿Jedi? —Darth Sidious pronunció la palabra en un tono casi reverencial, y pareció aceptar la noticia con inmensa calma—. ¿Estás seguro?

Nute Gunray descubrió que el escaso valor que había logrado reunir para enfrenarse a aquel momento se desvanecía rápidamente, y contempló la negra forma de Señor del Sith con fascinado terror.

—Han sido identificados, mi señor.

Como si fuera incapaz de soportar el silencio que siguió a aquellas palabras, Daultay Dofine se apresuró a irrumpir en él con los ojos desorbitados por la desesperación.

—¡Vuestro plan ha fracasado, lord Sidious! ¡El bloqueo ha terminado! ¡No podemos enfrentarnos a los Caballeros Jedi!

La oscura silueta del holograma se volvió unos centímetros hacia él.

—¿Me estás diciendo que preferirías enfrentarte a mí, Dofine? Eso sí que es gracioso. —La capucha se inclinó hacia Gunray—. ¡Virrey!

Nute dio un rápido paso adelante.

—¿Sí, mi señor?

La voz de Darth Sidious cambió de repente para hacerse lenta y silbante.

—No quiero volver a ver a este montón de viscosidad contrahecha. ¿Me has entendido?

Nute advirtió que le temblaban las manos y se apresuró a estrechárselas para controlarse.

—Sí, mi señor.

Miró hacia Dofine, pero su lugarteniente ya estaba saliendo del puente, con expresión de terror y la túnica ondulando detrás de él igual que un sudario.

En cuanto Dofine se hubo marchado, Darth Sidious dijo:

—Es un contratiempo, desde luego, pero no tiene por qué ser fatal. Debemos acelerar nuestros planes, virrey. Comienza a desembarcar tus tropas. De inmediato.

Nute lanzó una rápida mirada a Rune Haako, que estaba haciendo todo lo posible por desaparecer en el éter.

—Ah. Por supuesto, mi señor, pero... ¿esa acción es legal?

—Yo haré que lo sea, virrey.

—Sí, claro. —Nute hizo una rápida inspiración de aire—. ¿Y los Jedi?

Darth Sidious pareció volverse todavía más oscuro dentro de su túnica, y su rostro descendió hacia las sombras.

—El canciller supremo nunca debería haber involucrado a los Jedi en este asunto. Mátalos sin pérdida de tiempo.

—Sí, mi señor —repuso Nute Gunray, pero el holograma del Señor del Sith ya se había desvanecido. El virrey contempló durante unos momentos el vacío que había dejado tras de sí y después se volvió hacia Haako—. Destruye su nave. Enviaré un pelotón de androides de combate para que acabe con ellos.

En la sala de conferencias a la que habían sido conducidos, Qui-Gon y Obi-Wan se miraban mutuamente desde los extremos de una larga mesa.

—¿Es costumbre de los neimoidianos hacer esperar a sus invitados durante tanto tiempo? —preguntó el Jedi más joven.

Antes de que Qui-Gon pudiera responder, la puerta se abrió para dar entrada al androide de protocolo, que traía una bandeja de refrescos y comida. TC-14 fue hasta la mesa de los Jedi, dejó la bandeja delante de ellos y le entregó un refresco a cada uno. Después retrocedió, esperando. Qui-Gon le hizo una seña a su joven compañero, y los dos cogieron los refrescos y los probaron.

Qui-Gon dirigió una inclinación de la cabeza al androide y después miró a Obi-Wan.

—Percibo un nivel de actividad inusualmente elevado para algo tan nimio como esta disputa comercial. También percibo miedo.

Obi-Wan dejó su refresco encima de la mesa.

—Quizá...

Una explosión hizo vibrar la sala, derramando los refrescos y haciendo que la bandeja de la comida resbalara hacia el borde de la mesa. Los Jedi se levantaron de un salto, las espadas de luz empuñadas y activadas. El androide de protocolo se apresuró a retroceder, alzando los brazos y murmurando disculpas mientras intentaba mirar en todas las direcciones a la vez.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Obi-Wan.

Qui-Gon titubeó; después cerró los ojos y se sumió en sí mismo. Abrió los ojos de repente y dijo:

—Han destruido nuestra nave. —Miró rápidamente alrededor, y sólo necesitó un instante para detectar un débil silbido procedente de los respiraderos que habían junto a la entrada—. Gas —añadió, previniendo a Obi-Wan.

En la jaula que colgaba junto a la puerta, las criaturas con aspecto de pájaros comenzaron a caer como piedras.

En el puente, Nute Gunray y Rune Haako contemplaban a través de una pantalla visora cómo un pelotón de androides de combate avanzaba por el pasillo que conducía a la sala de conferencias en la que estaban atrapados los Jedi. Moviéndose rápidamente sobre sus largas piernas metálicas, los androides siguieron las instrucciones del holograma de Nute, que los dirigía desde atrás, y fueron hacia la puerta con los desintegradores preparados para abrir fuego.

—Ya deben de estar muertos, pero aseguraos de todas maneras —les ordenó Nute, y desconectó el holograma.

Los neimoidianos vieron que el primer androide de combate abría la puerta y retrocedía. Una nube verdosa de gas tóxico brotó de la sala, y una figura que agitaba los brazos salió de ella.

—Discúlpeme, señores, lo siento muchísimo —balbuceó TC-14 mientras se escurría por entre los androides de combate con la bandeja de refrescos derramados y comida dispersa sostenida en un precario equilibrio ante él.

Al instante siguiente los Jedi salieron de la sala llena de gas y se lanzaron a la carga con las espadas de luz activadas. El arma de Qui-Gon hizo que un par de androides estallaran en una erupción de chispas y componentes metálicos que se esparcieron por todas partes. La espada de luz de Obi-Wan interceptó los haces desintegradores

disparados contra él, desviándolos hacia los androides más cercanos. El joven Jedi alzó la mano con la palma vuelta hacia delante, y otro androide voló por los aires y se estrelló contra una pared.

—¿Qué novas está pasando ahí abajo? —logró balbucear Nute Gunray mientras se volvía hacia su socio.

Rune Haako sacudió la cabeza como si no supiera qué responder. Había miedo en sus ojos rojos anaranjados.

—Nunca habías tenido que enfrentarte a unos Caballeros Jedi, ¿verdad?

—Bueno, no exactamente, pero no entiendo... —Las alarmas seguían sonando, y de repente el pánico más absoluto se adueñó de Nute Gunray—. ¡Sellad el puente! —gritó frenéticamente.

Rune Haako retrocedió mientras las puertas del puente comenzaban a cerrarse.

—Eso no será suficiente —se dijo a sí mismo con un hilo de voz, pero nadie lo oyó.

Unos segundos después los Jedi ya estaban en el pasillo del puente y eliminaban al último androide de combate que se interponía en su camino. Como una fuerza incontenible, los dos hombres luchaban codo con codo contra sus adversarios, y parecían ser capaces de anticiparse a cada forma de ataque antes de que se produjese. Las espadas de luz relucían y giraban en deslumbrantes estallidos de color, y androides y desintegradores quedaban hechos pedazos ante ellas.

—¡Quiero androides destructores aquí arriba de inmediato! —chilló Nute Gunray al ver que uno de los Jedi comenzaba a abrirse paso por la puerta del puente con su espada de luz. Un escalofrío recorrió su piel, y sintió que se le hacía un nudo en la garganta—. ¡Cerrad las puertas blindadas!

Una tras otra, las puertas blindadas se cerraron y fueron selladas entre sonidos sibilantes. La tripulación, paralizada, contempló por la pantalla visora cómo los Jedi proseguían su ataque: las espadas de luz caían una y otra vez sobre las enormes puertas, derritiendo el acerocreto como si fuese mantequilla. Se oyeron unos cuantos murmullos de incredulidad, y Nute les gritó que se callaran. De la puerta blindada, que estaba siendo atacada por los Jedi, volaban chispas, y un punto rojo apareció en su centro cuando el Jedi más alto hundió casi hasta la empuñadura su espada de Luz en el metal.

La pantalla se oscureció de repente. En el centro de la puerta, el metal comenzó a derretirse y goteó sobre el suelo.

—Siguen viniendo —murmuró Rune Haako, envolviéndose en su túnica mientras retrocedía unos centímetros más.

El virrey Nute Gunray no dijo nada. ¡Imposible!, estaba pensando. ¡Imposible!

Qui-Gon golpeaba la puerta blindada con todas sus fuerzas, decidido a abrirse paso hasta los traicioneros neimoidianos, cuando sus instintos le advirtieron de un nuevo peligro.

—¡Obi-Wan! —le gritó a su compañero, quien se volvió inmediatamente hacia él—. ¡Androides destructores!

El joven Jedi sonrió y asintió.

—Por cierto, yo diría que esta misión ha superado la fase de negociaciones.

Diez androides destructores entraron en el pasillo y avanzaron hacia el área en que estaban luchando los Jedi. Cuando doblaron una esquina parecían relucientes ruedas metálicas, veloces y silenciosas. Después los androides comenzaron a desplegarse uno a uno, liberando trípodes de patas tan delgadas como las de una araña y brazos cortos rematados en cañones láser. Sus largas columnas vertebrales segmentadas adoptaron la posición vertical y los androides fueron irguiéndose hasta quedar de pie, con las cabezas blindadas estiradas hacia delante. Su aspecto era tan amenazador como mortífero, y habían sido construidos para un único propósito.

Doblando la última esquina antes de la entrada del puente con un veloz correteo, los androides activaron sus cañones láser y llenaron toda la zona con un letal fuego cruzado. Cuando los cañones láser volvieron a guardar silencio, los androides destructores avanzaron en busca de su presa.

Pero la antesala estaba vacía, y los Caballeros Jedi habían desaparecido.

En el puente, Nute Gunray y Rune Haako vieron que la pantalla visora volvía a cobrar vida con un parpadeo. Los androides destructores adoptaron otra vez su forma rodante y se alejaban de la entrada para lanzarse pasillo abajo en persecución de los Jedi.

—Los hemos hecho huir —jadeó Rune Haako, que apenas podía creer en su buena fortuna.

Nute Gunray, pensando que se habían salvado por los pelos, no dijo nada. Y en cualquier caso, toda aquella batalla con un par de Caballeros Jedi era francamente ridícula. La Federación Comercial estaba en su derecho de resistirse a la insensata decisión de cobrar un impuesto sobre las rutas comerciales adoptada por el Senado de la República cuando no existía ninguna base legal para hacerlo. El que los neimoidianos hubieran encontrado un aliado dispuesto a apoyarlos, y el que dicho aliado les hubiera aconsejado que impusieran un bloqueo y obligaran a retirar las sanciones, no era ninguna razón para llamar a los Jedi.

El virrey encorvó los hombros y se apresuró a alisarse la túnica para ocultar sus temblores, pero unos instantes después una llamada del centro de comunicaciones hizo que se olvidara de su aspecto.

—Una transmisión de la ciudad de Theed en Naboo, señor.

La pantalla visora del planeta cobró vida con un parpadeo, y un rostro de mujer apareció en ella. Era joven, hermosa y serena. Una marca cosmética de color escarlata dividía su labio superior, y un tocado dorado enmarcaba su rostro empolvado de blanco. La mujer contempló al virrey y a su socio desde la pantalla como si se encontrara tan por encima de los neimoidianos que cualquier clase de contacto entre ella y los comerciantes fuera prácticamente inconcebible.

—Es la reina Amidala en persona —susurró Rune Haako, manteniéndose fuera del campo visual de la holocámara.

El virrey asintió y se acercó un poco más a la pantalla.

—Por fin estamos obteniendo resultados —murmuró.

Nute Gunray entró en el campo de transmisión para que la reina pudiera verle. Envuelta en sus ropajes ceremoniales, Amidala estaba sentada en su trono, un sillón tallado colocado sobre un estrado delante del que se alzaba una pequeña mampara de superficie plana. Las cinco doncellas que rodeaban a la reina llevaban largas capas de color escarlata cuyas capuchas ocultaban sus facciones. Amidala escrutó el arrugado rostro del virrey con una mirada tan impasible como directa.

—La Federación Comercial se alegra de que hayáis decidido comparecer ante nosotros, alteza, ya que... —comenzó a decir Nute Gunray.

—No os alegraréis tanto cuando oigáis lo que tengo que deciros, virrey —le interrumpió ásperamente la reina—. Vuestro boicot comercial ha terminado.

Nute, muy sorprendido, logró recuperar la compostura y dirigió una sonrisita burlona a Rune.

—¿De veras, alteza? No sabía que...

—He sido informada de que el Senado por fin ha sometido el asunto a votación —prosiguió Amidala sin prestarle la menor atención.

—En ese caso, supongo que ya conoceréis el resultado de la votación —dijo Nute, quien ya no se sentía tan seguro de sí mismo como lo había estado hacía unos momentos—. Me pregunto por qué se han molestado en votar.

Amidala se inclinó ligeramente hacia delante, y el neimoidiano pudo ver el fuego que ardía en sus ojos pardos.

—Basta de mentiras, virrey. Sé que los embajadores del canciller supremo se encuentran a bordo de vuestra nave en estos momentos, y también sé que os han ordenado que lleguéis a un acuerdo. ¿En qué va a consistir dicho acuerdo?

Nute Gunray sintió abrirse un profundo agujero en su ya muy debilitada confianza.

—No sé nada sobre ningún embajador. Deben de haberos informado mal.

La reina estudió atentamente al virrey disimulando apenas una expresión de sorpresa.

—Cuidado, virrey —dijo en voz baja—. Esta vez la Federación ha ido demasiado lejos.

Nute se apresuró a menear la cabeza y se irguió, adoptando una postura defensiva.

—Alteza, nunca osaremos desafiar la voluntad del Senado. ¿Cómo podéis creernos capaces de hacer algo semejante?

Amidala permaneció inmóvil, con los ojos fijos en él, como si Nute estuviera hecho de cristal y revelara con toda claridad la verdad que estaba intentando ocultarle.

—Ya veremos —murmuró.

La pantalla visora se oscureció. Nute Gunray respiró hondo e intentó olvidar lo nervioso que había conseguido ponerle aquella mujer.

—Tiene razón —dijo Rune Haako junto a él—. El Senado nunca consentirá...

Nute alzó una mano para interrumpirle.

—Ya es demasiado tarde. La invasión acaba de comenzar.

Rune Haako guardó silencio durante unos momentos.

—¿Crees que sospecha que estamos a punto de atacar?

El virrey le dio la espalda.

—No lo sé, pero no quiero correr ningún riesgo. ¡Debemos actuar rápidamente para interferir todas las comunicaciones hasta que hayamos terminado!

En el hangar principal de la nave, Qui-Gon Jinn y Obi-Wan Kenobi se agazaparon sin hacer ruido en la entrada de un gran conducto de ventilación situado justo encima de los enormes cascos de seis naves de desembarco de ala doble rodeadas por un gran número de transportes de la Federación, grandes vehículos con forma de bota rematados por una proa bulbosa. Las puertas que formaban las proas se abrieron, largas rampas surgieron de ellas y miles de esbeltas siluetas plateadas comenzaron a avanzar en perfecta formación para ser estibadas a bordo.

—Androides de combate —anunció Qui-Gon, y en su voz había tanto sorpresa como consternación.

—Es un ejército de invasión —dijo Obi-Wan.

Siguieron observando el hangar durante un rato, contando transportes y androides mientras éstos iban llenando la media docena de navíos de desembarco para hacerse una idea de las dimensiones del ejército.

—La Federación nunca había actuado de esta manera anteriormente —observó Qui-Gon—. Debemos advertir a Naboo y ponernos en contacto con el canciller Valorum.

Obi-Wan asintió.

—Y será mejor que vayamos a otro sitio para hacerlo.

Su mentor le miró.

—Bueno, siempre podemos pedir a nuestros amigos de ahí abajo que nos lleven.

—Es lo mínimo que pueden hacer después de la forma en que nos han tratado hasta ahora. —Obi-Wan apretó los labios—. Tenías razón en una cosa, maestro: las negociaciones han sido muy cortas.

Qui-Gon Jinn sonrió y le hizo una seña de que le siguiera.

04

Un crepúsculo neblinoso que parecía perpetuo había comenzado a desplegarse sobre el frondoso verdor de Naboo formando capas de un gris plateado, cuando las naves de desembarco de la Federación surgieron de la negrura infinita del espacio para iniciar una lenta trayectoria de aproximación a la superficie. Tres naves se separaron de las demás y descendieron silenciosamente a través de nubes interminables suspendidas por encima de la superficie esmeralda del planeta. Convertidas en fantasmas mientras atravesaban la calima, y con las alas dobles dispuestas de tal manera que formaban una I gigante, las naves se materializaron una detrás de la otra en las inmediaciones de un vasto pantano cenagoso.

Mientras se posaban con suavidad junto a las oscuras aguas y los macizos de árboles y matorrales, sus cuerpos metálicos se abrieron para permitir que los transportes de proa bulbosa bajaran a la superficie y comenzaran a disponerse en formación.

La cabeza de Obi-Wan Kenobi emergió de las aguas del pantano a una distancia prudencial de la nave más cercana. Una rápida aspiración de aire, y Obi-Wan volvió a sumergirse. Después emergió de nuevo, ahora un poco más lejos, y esta vez se permitió lanzar una rápida mirada a la fuerza de invasión. Docenas de transportes repletos de tanques y androides de combate estaban desplegándose delante de las naves de desembarco. Algunas flotaban sobre las aguas del pantano, en tanto que otras habían encontrado un suelo sobre el que desplazarse. Lejos y a su izquierda, Obi-Wan entrevió una silueta que corría a través de la niebla y los árboles. Qui-Gon. Obi-Wan volvió a tragar aire, se sumergió rápidamente y comenzó a nadar.

Qui-Gon Jinn avanzaba como un espectro a través del pantano, escuchando el estrépito de ramas rotas y pesados movimientos que resonó de repente detrás de él cuando los transportes de la Federación Comercial empezaron a avanzar. Mezclado con el gemido quejumbroso de los motores de los transportes se oía el zumbido más agudo y estridente de las PAM —plataformas aéreas monoplaza—, pequeñas unidades móviles artilladas pilotadas individualmente utilizadas para transportar androides de batalla que servirían de avanzadilla exploratoria al contingente principal. Las PAM se elevaron sobre el terreno acuoso de Naboo, como sombras huidizas que, avanzando velozmente, precedían a los transportes pesados.

Animales de todas las formas y tamaños comenzaron a salir de sus escondites y echaron a correr, dejando atrás a Qui-Gon en busca de un lugar seguro. Ikopis, fulumpasets, motts, peko pekos... Los nombres aprendidos mientras se preparaba para aquel viaje acudieron de inmediato a la memoria del Maestro Jedi. Esquivando a las asustadas criaturas que se mostraban espantadas alrededor de él, Qui-Gon buscó a Obi-Wan con la mirada y después apretó el paso cuando la oscura silueta de un transporte surgió de la niebla directamente a sus espaldas.

Había comenzado a quedarse sin tierra firme y estaba buscando una forma de rodear un gran lago cuando vio a una extraña criatura parecida a una rana inmóvil delante de él.

La criatura, cuyo cuerpo era de aspecto gomoso, estaba encogida sobre un molusco que acababa de abrir, y lamía el interior de las valvas con veloces y grandes lametazos mientras tragaba convulsivamente. Tras arrojar a un lado las valvas vacías, la criatura se incorporó y se volvió hacia Qui-Gon. Sus largas orejas planas colgaban de su cabeza de anfibio como gruesos faldones carnosos mientras su hocico de pato se estremecía lentamente en torno al manjar que acababa de extraer de las valvas. Los ojos que sobresalían de la parte superior de su cabeza parpadearon, escrutando a Qui-Gon y los animales que corrían en torno a él y, después de unos momentos de confusión inicial, detectaron la gigantesca sombra de la que estaban huyendo.

—Oh, oh —murmuró la criatura; las sílabas sonaron algo deformadas, pero reconocibles.

Qui-Gon pasó junto a ella, ansioso por salir de la ruta del transporte que se aproximaba. La criatura, los ojos muy abiertos y llenos de terror, le agarró de la túnica.

—¡Ayúdame, ayúdame! —chilló en tono quejumbroso y el rostro contorsionado por una mueca de sorpresa y desesperación.

—¡Suéltame! —repuso Qui-Gon, haciendo vanos intentos de liberarse.

El transporte venía hacia ellos a gran velocidad, flotando sobre la superficie del pantano mientras dejaba tras de sí una estela de hierba aplastada y lanzaba chorros de agua hacia el cielo. Se precipitó sobre Qui-Gon mientras el Maestro Jedi intentaba quitarse de encima a la criatura que se aferraba a él y acababa arrastrándola consigo en un inútil esfuerzo para huir.

Finalmente, con el transporte a escasos metros de distancia y alzándose sobre él como un edificio a punto de derrumbarse, el Maestro Jedi arrojó a la criatura a las aguas del pantano y se zambulló encima de ella. El transporte de la Federación Comercial pasó sobre ellos, sacudiendo sus cuerpos echados boca abajo con una oleada de vibraciones que los incrustó en el barro.

Cuando el transporte los hubo dejado atrás, Qui-Gon emergió del barro, respiró hondo y dejó escapar un suspiro de gratitud. La extraña criatura, de cuya cara y su pico de pato goteaba agua fangosa y todavía se aferraba a su brazo, se levantó con él. Lanzó una rápida mirada al transporte que se alejaba y después saltó sobre Qui-Gon para envolverlo en un abrazo extasiado.

—¡Oh chico, oh chico! —jadeó con una especie de suspiro estridente y tembloroso —. ¡Yo te amo, te amo y por siempre te amo!

La criatura comenzó a besarle.

—¡Suéltame! —resolló Qui-Gon—. ¿Eres idiota o qué? ¡Casi consigues que nos maten!

La criatura puso cara de ofendida.

—¿Idiota? ¡Yo hablo!

—¡El que puedas hablar no significa que seas inteligente! —replicó Qui-Gon, que sólo quería librarse de ella—. ¡Y ahora suéltame y vete de aquí!

Se quitó de encima a la criatura y echó a andar, mirando nerviosamente alrededor cuando el estridente zumbido de las PAM resonó en la lejanía.

La criatura titubeó y después echó a andar detrás de él.

—¡No, no, yo quedo contigo! ¡Yo quedo! Jar Jar ser leal, humilde sirviente gungano. Ser tu amigo, yo.

El Maestro Jedi, que estaba muy ocupado escrutando las sombras en busca de Obi-Wan, apenas si le miró.

—Gracias, pero no es necesario. Y ahora será mejor que te vayas.

Jar Jar, el gungano, le siguió, chapoteando ruidosamente en las aguas del pantano mientras agitaba los brazos y abría y cerraba la boca.

—¡Oh, pero es que esto ser necesario! Esto exigido por los dioses. Esto deuda de vida. ¡Yo saber esto tan seguro como que yo llamarme Jar Jar Binks!

El pantano retumbó con el sonido de los motores de las PAM y un instante después dos plataformas artilladas surgieron de la niebla, iniciando un rápido picado sobre Obi-Wan Kenobi, que trataba de huir mientras los androides conductores hacían girar sus vehículos para lanzarse al ataque.

Qui-Gon empuñó su espada de luz e intentó apartar a Jar Jar con la mano libre.

—Ahora no tengo tiempo para esto...

—Pero tienes que llevarme contigo, cuidarme y... —Jar Jar se calló, al oír a las PAM. Se volvió para ver a las plataformas descendiendo hacia ellos, y abrió los ojos como platos

—Oh, oh, vamos a...

Qui-Gon agarró al gungano y lo sumergió nuevamente en las aguas del pantano.

—No te muevas de ahí —dijo, activando la espada de luz y tensando sus músculos mientras Obi-Wan y las PAM que lo perseguían se aproximaban a ellos.

Jar Jar alzó la cabeza.

—¡Vamos a morir! —gritó.

Los androides de combate abrieron fuego con sus cañones láser desde las plataformas artilladas en el mismo instante en que Obi-Wan se reunía con su amigo. Qui-Gon detuvo los haces con su espada de luz y se los devolvió a los vehículos atacantes. Las PAM estallaron en fragmentos de metal recalentado que llovieron sobre el pantano.

Obi-Wan, agotado, se limpió la frente llena de barro mientras jadeaba intentando recuperar el aliento.

—Lo siento, maestro. El pantano ha freído mi espada de luz —dijo el joven Jedi, empuñando su arma.

El orificio del que brotaba el haz de energía estaba ennegrecido y quemado. Qui-Gon cogió la espada de luz y la examinó. Detrás de él, Jar Jar Binks emergió de las fangosas aguas del pantano para contemplar con ojos parpadeantes y llenos de curiosidad al Jedi recién llegado.

—Olvidaste desconectarla después de haberla activado, ¿verdad, Obi-Wan? —preguntó su amigo maliciosamente.

Obi-Wan asintió, muy avergonzado.

—Eso parece, maestro.

—Pronto estará recargada, pero se necesitará un tiempo para limpiarla. Confío en que por fin habrás aprendido la lección, mi joven padawano.

—Sí, maestro —repuso Obi-Wan, aceptando con expresión apenada la espada de luz que le ofrecía Qui-Gon.

Jar Jar fue hacia ellos; sus pies de anfibio chapoteaban en el agua, sus orejas se bamboleaban de un lado a otro y sus largos y desgarbados miembros parecían estar tratando de decidir en qué dirección llevarían a su propietario.

—Tú has vuelto a salvarme, ¿eh? —le preguntó a Qui-Gon, como si necesitara que el Maestro Jedi le confirmara que eso era exactamente lo que acababa de hacer.

Obi-Wan miró a la criatura.

—¿Qué es?

—Es un gungano, uno de los nativos. Se llama Jar Jar Binks —contestó Qui-Gon, cuya atención volvió a concentrarse en el pantano—. Venga, salgamos de aquí antes de que aparezcan más PAM.

—¿Más? —dijo Jar Jar, muy preocupado—. ¿Tú haber dicho más?

Qui-Gon ya se había puesto en movimiento y avanzaba con un rápido trote a través del cenegal. Obi-Wan seguía a su maestro a un paso de distancia y Jar Jar, volviendo los ojos de un lado a otro mientras sus largas piernas subían y bajaban frenéticamente, necesitó unos momentos para alcanzar a los Jedi.

—Perdón, pero el sitio más seguro es Otoh Gunga —jadeó, intentando atraer su atención.

Alrededor de ellos, invisibles entre la neblina, las PAM hacían vibrar el aire con su estridente zumbido—. Otoh Gunga —repitió Jar Jar—. Allí es donde crecer yo. ¡Esta ciudad ser segura!

Qui-Gon se detuvo y miró fijamente al gungano.

—¿Qué has dicho? ¿Una ciudad? —Al ver que Jar Jar asentía, preguntó—. ¿Puedes llevarnos hasta ella?

El gungano pareció ponerse bastante nervioso.

—Ah, oh, oh... Quizá yo realmente no llevaros… No realmente, no.

Qui-Gon se inclinó sobre él, los ojos repentinamente ensombrecidos.

—¿No?

Jar Jar parecía estar deseando desaparecer en el pantano sin dejar rastro. Tragó con dificultad, y su pico se abrió y cerró como la boca de un pez.

—Esto ser embarazoso, pero... Yo temer que yo haber sido expulsado. Despedido. Echado, eso. Yo olvidar que jefe Nass hacer terrible daño a mí si yo volver. Terrible daño.

Una especie de palpitar ahogado se abrió paso a través del zumbido de las PAM, elevándose por entre la niebla y la penumbra para volverse un poco más intenso a cada momento que pasaba. Jar Jar miró nerviosamente alrededor.

—Oh, oh.

—¿Oyes eso? —preguntó Qui-Gon en voz baja y suave, poniendo un dedo sobre el flaco pecho del gungano. Jar Jar asintió a regañadientes—. Mil cosas terribles vienen hacia aquí, mi amigo gungano...

—Y cuando te encuentren, pasarán por encima de ti, te harán pedacitos y te desintegrarán —señaló Obi-Wan con maliciosa alegría.

Jar Jar puso los ojos en blanco y tragó saliva.

—Oh, oh. Mucha razón tener tú. ¡Por aquí! ¡Por aquí! —dijo, agitando los brazos frenéticamente—. ¡Rápido y deprisa!

Los tres echaron a correr y desaparecieron entre la neblina crepuscular.

Después de haber atravesado masas de matorrales, juncos y hierbas del pantano, los Jedi y el gungano salieron de la espesura para encontrarse con un lago de aguas tan fangosas que no había forma de distinguirlas entre los reflejos del crepúsculo sobre la superficie. Jar Jar se dobló sobre sí mismo, apoyando sus manos de tres dedos en las huesudas rodillas mientras intentaba recuperar el aliento. Su cuerpo viscoso se retorció como si fuera de goma cuando volvió la cabeza para mirar en la dirección en que habían venido, y el movimiento hizo bailar sus largas orejas. Obi-Wan miró a Qui-Gon Jinn y sacudió la cabeza con gesto de desaprobación. El maestro Jedi parecía decidido a hacerse acompañar por aquella criatura de ridículo aspecto, pero el joven Obi-Wan no estaba muy seguro de que eso fuese una buena idea.

El palpitar de los motores de los transportes de la Federación seguía resonando en la lejanía.

—¿Cuánto falta? —preguntó Qui-Gon a su más bien reacio guía gungano.

Jar Jar señaló el lago.

—Vamos por debajo del agua, ¿bien, sí?

Los Jedi se miraron y luego extrajeron de entre los pliegues de sus ropajes unos pequeños contenedores de los que sacaron dos respiradores portátiles del tamaño de las palmas de sus manos.

—Yo advierto a vosotros. —Los ojos de Jar Jar fueron de un Jedi al otro—. A gunganos no gustar gentes de fuera. Vosotros no recibir cálida bienvenida.

Obi-Wan se encogió de hombros.

—No te preocupes. Hoy no es nuestro día de ser bienvenidos.

—Vamos —dijo Qui-Gon, introduciendo el aparato entre sus dientes.

El gungano se encogió de hombros, como declinando cualquier responsabilidad por lo que pudiera ocurrir a partir de aquel momento, se volvió hacia el lago y, dando un vertiginoso salto mortal, desapareció en la penumbra.

Los Jedi le siguieron.

Descendieron a través de las sucias aguas, siguiendo la delgada forma del gungano, que parecía sentirse mucho más a gusto en aquel elemento que en la tierra. Jar Jar nadaba con grácil elegancia, los largos miembros extendidos y el cuerpo moviéndose con agilidad que daba una larga práctica. Nadaron durante largo rato, descendiendo cada vez

más y más mientras la claridad de la superficie iba disipándose poco a poco detrás de ellos. La escasa luz que existía en aquel lugar procedía de fuentes situadas debajo de la superficie, y no todas ellas eran visibles. Los minutos pasaban y Obi-Wan comenzó a ponerse un poco nervioso.

De repente apareció un resplandor procedente de algún lugar situado delante de ellos y, poco a poco, Otoh Gunga fue haciéndose visible ante los nadadores. La ciudad consistía en un conjunto de burbujas, unidas unas a otras igual que globos y ancladas a varias enormes columnas de piedra. Una por una, las burbujas fueron adquiriendo nitidez a medida que se aproximaban a ellas, y no tardaron en poder distinguir los detalles de las estructuras que contenían y las siluetas de los gunganos ocupados en sus quehaceres cotidianos.

Jar Jar nadó hacia una de las burbujas de mayores dimensiones, con los Jedi pegados a sus talones. Cuando llegó a la burbuja, el gungano la empujó con las manos y ésta cedió ante él, aceptando sus brazos primero, su cabeza y su cuerpo después y sus piernas en último lugar, engullendo a Jar Jar y cerrándose detrás de él sin haber estallado. Los asombrados Jedi siguieron a Jar Jar a través de la extraña membrana y entraron en la burbuja sin que ésta opusiera resistencia alguna.

Una vez dentro, se encontraron en una plataforma que descendía hacia una plaza rodeada de edificios. Las paredes de la burbuja emanaban un intenso resplandor que iluminaba el espacio interno, y los Jedi descubrieron que el aire era respirable. En cuanto comenzaron a bajar hacia la plaza, con las ropas goteando agua, los gunganos les vieron y se apresuraron a dispersarse entre chillidos de alarma.

Unos instantes después un pelotón de soldados gunganos uniformados llegó al galope sobre bestias de dos patas cuyo rostro, terminado en un gran pico de palmípedo, era bastante parecido al de sus jinetes. Eran kaadus, recordó Qui-Gon, animales de los pantanos dotados de robustas patas, agudos sentidos y una gran resistencia física. Los gunganos enarbolaban largas electrovaras de aspecto mortífero con las que hicieron retroceder a los asustados habitantes de la ciudad al mismo tiempo que avanzaban hacia los intrusos.

—¡Buenos días se tengan, capitán Tarplas! —dijo Jar Jar, saludando alegremente al oficial que mandaba el pelotón—. ¡Yo he vuelto!

—¡Otra vez no, Jar Jar Binks! —repuso el capitán, visiblemente irritado—. Tienes que ir a ver al jefe Nass, y él dirá. Esta vez tú quizá metido en grandes problemas.

Haciendo caso omiso de los Jedi, el capitán rozó a Jar Jar con el extremo de su electrovara, asestándole una descarga tan potente que el cuerpo del infortunado gungano se levantó medio metro del suelo. Jar Jar, mascullando entre dientes, se frotó el trasero con expresión apenada.

Los soldados gunganos los condujeron por los edificios de la ciudad, a lo largo de varios pasadizos de conexión y, finalmente, al interior de lo que Jar Jar explicó en susurros a sus compañeros era la Sala de Reuniones de la Gran Torre. Todas las paredes de la estancia eran transparentes, y pequeños peces luminosos nadaban al otro lado de la

membrana, semejantes a minúsculas estrellas sobre un telón de fondo, más oscuro. Un largo banco circular con una sección situada por encima del resto dominaba un extremo de la estancia. Todos los asientos estaban ocupados por líderes gunganos ataviados con su vestimenta oficial, y los gunganos ya presentes en la estancia que habían acudido allí para atender otros asuntos se apresuraron a abrir paso a los recién llegados.

El corpulento y achaparrado ejemplar de gungano que ocupaba el asiento superior había quedado tan comprimido por la edad y el peso que resultaba imposible imaginar que hubiera podido ser tan esbelto como Jar Jar Binks. Pliegues de piel colgaban de su cuerpo formando flácidas capas, el cuello quedaba comprimido entre sus hombros, y su expresión era tan sombría y amenazadora que incluso el mismo Jar Jar pareció encogerse sobre sí mismo cuando les indicaron que fueran hacia él.

Los lideres de los gunganos comenzaron a hablar en susurros entre ellos, sin apartar los ojos de los Jedi que avanzaban hacia el consejo.

—¿Qué queréis, gente de fuera? —gruñó el jefe Nass después de haberse identificado.

Qui-Gon Jinn comenzó por exponerle la razón de su presencia en Naboo, después le previno de la invasión que estaba teniendo lugar en la superficie y concluyó pidiendo a los gunganos que les ayudaran. El consejo gungano escuchó pacientemente y en silencio hasta que Qui-Gon hubo terminado de hablar.

El jefe Nass sacudió la cabeza, y el movimiento hizo temblar las carnes de su grueso cuello.

—Vosotros aquí no podéis estar. Ese ejército de mecánicos de ahí arriba no es nuestro problema.

Qui-Gon no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente.

—Ese ejército de androides de batalla se dispone a atacar a los habitantes de Naboo. Debemos advertirles.

—¡A nosotros no gustan los naboos! —exclamó el jefe Nass con irritación—. Y a ellos no gustan nosotros los gunganos. Los naboos se piensan más listos que nosotros. Creen que tienen cerebros muy grandes. No quieren tener nada que ver con nosotros porque nosotros vivimos en pantano y ellos viven ahí arriba. Mucho tiempo hace que no nos hablamos ni vemos. Eso no va a cambiar a causa de mecánicos.

—Después de que ese ejército haya tomado el control de Naboo, los androides vendrán aquí y tomarán el control en vuestra ciudad —dijo Obi-Wan.

El jefe Nass soltó una risita.

—No, eso no creer yo. Yo hablar una, quizá dos veces, con Naboo en toda mi vida, y nunca hablar con mecánicos. ¡Mecánicos no venir aquí! ¡Ellos ni siquiera saber que gunganos existir!

Los otros miembros del consejo asintieron, añadiendo varios murmullos de aprobación verbal a la sabiduría del jefe Nass.

—Vosotros y los habitantes de Naboo formáis parte del mismo todo —insistió Obi-Wan con su joven rostro lleno de apasionada seriedad, negándose a darse por vencido—. Lo que les ocurra a unos afectará a los otros. Debéis entenderlo.

El jefe Nass le miró despectivamente y agitó una manaza carnosa.

—Nada sabemos de vosotros, gentes de fuera, y nos da igual lo que pasar a los naboos.

Qui-Gon dio un paso adelante antes de que Obi-Wan pudiera seguir insistiendo.

—Entonces ayudadnos a seguir nuestro viaje —pidió, alzando una mano y pasándola por delante de los ojos del jefe gungano en una rápida invocación del poder mental de los Jedi.

El jefe Nass le miró y asintió.

—Os ayudaremos a seguir vuestro viaje.

Qui-Gon sostuvo su mirada.

—Necesitamos un medio de transporte que nos lleve a Theed.

—Bien, y estamos de acuerdo —dijo el jefe Nass, volviendo a asentir—. Os damos un bongo. El camino más rápido para llegar a los naboos es a través del núcleo. Vosotros marchar ahora.

Qui-Gon dio un paso atrás.

—Gracias por vuestra ayuda. Nos vamos en paz.

—¿Qué es un bongo, maestro? —susurró Obi-Wan mientras los Jedi se volvían para irse.

Qui-Gon le miró y enarcó una ceja con gesto pensativo.

—Alguna clase de nave, espero.

Ya habían comenzado a alejarse del jefe Nass y los otros líderes gunganos cuando vieron a Jar Jar Binks de pie en un rincón de la estancia, esperando melancólicamente su destino con las muñecas aprisionadas por dos inmovilizadores.

—Maestro... —le advirtió Obi-Wan, conociendo a Qui-Gon e imaginándose lo que iba a ocurrir.

El Maestro Jedi fue hasta Jar Jar y se detuvo delante de él.

—¡Os preparan terrible destino! —anunció sombríamente el gungano, mirando alrededor para ver si alguien más podía escucharle—. Atravesar el núcleo es mal peligro.

Qui-Gon asintió.

—Gracias, amigo mío.

Jar Jar se encogió de hombros y puso cara de pena.

—Ahhh, no ser necesario agradecer. —Después lanzó una mirada esperanzada al Maestro Jedi e intentó sonreír—. Cualquier ayuda estaría bienvenida aquí.

Qui-Gon titubeó.

—Andamos escasos de tiempo, maestro —le aconsejó Obi-Wan en voz baja, acercándose a él.

El Maestro Jedi se volvió hacia su protegido y lo contempló con expresión pensativa.

—El tiempo que invirtamos aquí puede ayudarnos más tarde. Jar Jar podría sernos de cierta utilidad.

Obi-Wan sacudió la cabeza, con sentimiento de frustración. Su mentor siempre estaba dispuesto a involucrarse cuando no era necesario hacerlo, y abrazaba con demasiada rapidez las causas de los demás. Eso le había valido más de una reprimenda del Consejo Jedi, y algún día acabaría siendo su perdición.

—Percibo una pérdida de concentración —dijo, inclinándose hacia su mentor.

Qui-Gon lo miró fijamente.

—Cuidado, joven Obi-Wan —le riñó con afabilidad—. La sensibilidad a la Fuerza viva no es tu punto fuerte.

El joven Jedi le sostuvo la mirada durante un momento y después se apresuró a desviarla, herido por su crítica. Qui-Gon le dio la espalda y fue hacia el jefe Nass.

—¿Qué será de Jar Jar Binks? —preguntó.

El jefe Nass, que estaba hablando con otro líder gungano, se volvió hacia él para lanzarle una mirada llena de irritación.

—Binks ha roto ley del no regresar —repuso, hinchando sus gruesas mejillas—. Él ser castigado.

—Confío en que no demasiado severamente —dijo el Maestro Jedi—. Nos ha sido de gran ayuda.

Una lenta y estruendosa carcajada brotó de la garganta del jefe Nass.

—Golpeado hasta morir, eso ser lo que pasar a él.

Jar Jar Binks dejó escapar un ruidoso gemido detrás de ellos, y la sala se llenó de murmullos. Incluso Obi-Wan, que había vuelto con su maestro, pareció sorprenderse.

Qui-Gon estaba pensando a toda velocidad.

—Necesitamos un navegante para que nos conduzca hasta Theed a través del núcleo. Le salvé la vida a Jar Jar en la superficie, y me lo debe. Reclamo una deuda de vida sobre él.

El jefe Nass miró al Jedi sin decir nada e hizo una mueca de contrariedad. Su cabeza pareció hundirse un poco más entre sus hombros. Después sus ojillos buscaron al infortunado Jar Jar.

—¿Binks? —dijo, haciéndole una seña con la mano.

Jar Jar avanzó obedientemente y se detuvo junto al Jedi.

—¿Tienes deuda de vida con esta gente de fuera? —preguntó el jefe Nass con voz ominosa.

Jar Jar asintió con la cabeza y las orejas gachas, y un destello de esperanza apareció en sus ojos.

—Vuestros dioses exigen que pague esa deuda —insistió Qui-Gon, pasando la mano por delante de los ojos del jefe Nass mientras volvía a invocar su poder Jedi—. Ahora su vida me pertenece.

El líder gungano reflexionó por unos instantes y acabó asintiendo.

—Su vida ser de ti. De todas maneras, no tiene ningún valor. Vete con él.

Un guardia avanzó y le quitó los inmovilizadores a Jar Jar.

—Ven, Jar Jar —dijo Qui-Gon, llevándoselo consigo.

—¿A través del núcleo? —resopló Jar Jar, comprendiendo lo que acababa de ocurrir—. ¡Conmigo no contar para eso! ¡Mejor muerto aquí que muerto en el núcleo! Yo no ir...

Pero los Jedi ya lo estaban sacando de la sala, alejándolo a toda prisa del jefe Nass.

***

En el puente del navío insignia de la Federación Comercial, Nute Gunray y Rune Haako permanecían inmóviles ante un holograma de Darth Sidious. Los neimoidianos evitaban mirarse, y tanto el virrey como su socio esperaban que el Señor del Sith no captase sus pensamientos.

—La invasión sigue el curso previsto, mi señor —estaba diciendo el virrey, su túnica y su tocado ocultaban los ocasionales temblores de sus miembros mientras se enfrentaba a la silueta encapuchada que se alzaba ante él—. Nuestro ejército se aproxima a Theed.

—Bien. Muy bien —repuso Darth Sidious con voz suave y tranquila—. Por el momento el Senado se encuentra muy ocupado discutiendo cuestiones de procedimiento. Cuando el incidente acabe siendo sometido a votación, no tendrán más remedio que aceptar que vuestro bloqueo ha triunfado.

Nute Gunray lanzó una rápida mirada a su compatriota.

—La reina parece estar muy segura de que el Senado se pondrá de su parte.

—La reina Amidala es joven e ingenua. Descubriréis que es mucho más fácil de controlar de lo que aparenta. —El holograma tembló—. Lo habéis hecho muy bien, virrey.

—Gracias, mi señor —murmuró Nute Gunray mientras el holograma se desvanecía ante él.

En el silencio subsiguiente, los neimoidianos se volvieron el uno hacia el otro para intercambiar una mirada llena de sobrentendidos.

—No se lo has contado —dijo Rune Haako en tono acusador.

—¿Te refieres a lo de que los Jedi han desaparecido? —Nute Gunray agitó la mano—. No había ninguna necesidad de hacerlo. Hasta que no estemos seguros de qué ha ocurrido exactamente, no veo que haya ninguna necesidad de contárselo.

Rune Haako contempló al virrey en silencio durante unos momentos interminables antes de volverse.

—No, no hay ninguna necesidad de contárselo —murmuró, y salió del puente.

05

Inclinado sobre los controles del bongo, Obi-Wan Kenobi intentaba familiarizarse con sus funciones mientras Jar Jar Binks, de pie junto a él, parloteaba incesantemente de nada en concreto. Qui-Gon, sentado entre las sombras detrás de ellos, los observaba con expresión pensativa.

—¡Esto ser una locura! —gimió Jar Jar mientras el bongo se alejaba de las rielantes burbujas iluminadas de Otoh Gunga y comenzaba a adentrarse en las aguas de Naboo.

El bongo era un pequeño y nada maniobrable vehículo submarino que consistía básicamente en un propulsor, un sistema de guía y asientos para los pasajeros. Sus aletas inclinadas hacia atrás y los tentáculos que giraban sobre la popa para impulsar el vehículo daban a éste el aspecto de una especie de calamar. Los tres compartimentos para pasajeros recubiertos por otras tantas burbujas se hallaban dispuestos simétricamente, uno sobre cada ala y el tercero encima de la proa.

Los Caballeros Jedi y el gungano ocupaban el compartimiento de proa, donde Obi-Wan había asumido el mando de los controles mientras Jar Jar recibía instrucciones de guiarlos en cuanto iniciaran la travesía del núcleo. Al parecer el planeta estaba lleno de pasajes subacuáticos, y si sabías por cuál tenías que ir, podías acortar considerablemente la duración del viaje.

Y si no sabes por dónde has de ir, pensó sombríamente Obi-Wan, siempre te queda el recurso de cortarte el cuello.

—Estamos perdidos —murmuró Jar Jar con voz quejumbrosa, levantando su picudo rostro del sistema de guía direccional para volverlo hacia el Jedi mientras sus largas orejas oscilaban grotescamente de un lado a otro—. ¿Qué pasar, eh? ¿Adónde vamos, capitán Quiggon?

—Tú eres el navegante —observó Qui-Gon.

Jar Jar menó la cabeza.

—¿Yo? Soñando estar tú. De esto nada saber yo.

Qui-Gon puso la mano sobre el hombro del gungano.

—Tranquilízate, amigo mío. La Fuerza nos guiará.

—¿La Fuerza? ¿Qué ser eso de la Fuerza? —Jar Jar no parecía muy impresionado—. Cosa muy grande eso de la Fuerza, apostaría yo. Va a salvar a mí, a vosotros y a todos, ¿eh?

Obi-Wan cerró los ojos y puso cara de consternación. Aquello era un desastre esperando la ocasión de ocurrir. Pero se trataba del desastre de Qui-Gon, y Obi-Wan no podía interferir en él.

Después de todo, era Qui-Gon quien había decidido que Jar Jar Binks les acompañara en su viaje. No lo había hecho porque el gungano fuera navegante competente o porque hubiera dado muestras de poseer algún talento particular en cualquier otro terreno, sino porque Jar Jar era otro proyecto que Qui-Gon, con su tozuda determinación de pasar por

alto los dictados del Consejo, había decidido que encerraba un cierto valor y podía ser asumido.

Eso constituía una fuente incesante de perplejidad y frustración para Obi-Wan. Su mentor quizá fuera el Jedi más grande de cuantos existían en la actualidad: Qui-Gon era una presencia respetada en el Consejo, un valiente guerrero capaz de enfrentarse sin vacilar a los más temibles desafíos, y un hombre afable y bondadoso. Tal vez fuera eso último lo que le había metido en tantos líos. Qui-Gon había desafiado repentinamente al Consejo en cuestiones que Obi-Wan apenas consideraba dignas de ser defendidas. Qui-Gon estaba poseído por su propia visión del propósito de los Jedi, de la naturaleza de su servicio y de las causas que debía defender, y seguía esa visión con determinación implacable.

Obi-Wan era joven, terco e impaciente, y todavía no estaba tan unido a la Fuerza como su mentor, pero entendía mejor, o eso creía, los peligros que suponía el ir demasiado lejos y asumir excesivas tareas. Cuando encontraba un desafío que le interesaba, Qui-Gon podía atreverse a todo..., incluso si el hacerlo significaba arriesgar su propia vida.

Y eso era lo que estaba ocurriendo allí. Jar Jar Binks constituía un riesgo de la máxima magnitud, y no había ninguna razón para creer que el asumir tal riesgo fuera a verse recompensado de alguna manera.

El gungano siguió parloteando sin dejar de lanzar continuas miradas alrededor, como si estuviera buscando algún letrero indicador que al menos le permitiría fingir que sabía lo que estaba haciendo. Obi-Wan rechinó los dientes. No te metas en esto —se dijo—. No te metas en esto, ¿de acuerdo?

—Eh, toma los controles —le ordenó ásperamente a Jar Jar, y se levantó de su asiento para arrodillarse junto a Qui-Gon—. Maestro —añadió después sin poder contenerse—, ¿por qué te empeñas en seguir recogiendo todas estas patéticas formas de vida cuando son de tan poca utilidad?

Qui-Gon Jinn esbozó una sonrisa.

—Ahora quizá te parezca que Jar Jar no tiene ninguna utilidad, pero debes mirar más adentro, Obi-Wan.

—¡Ya lo he hecho, y no hay nada que ver! —exclamó Obi-Wan, enrojeciendo de irritación—. ¡Es una distracción innecesaria!

—Por el momento tal vez sí, pero eso puede cambiar con el transcurso del tiempo. —Obi-Wan se dispuso a agregar algo pero el Maestro Jedi se le adelantó—. Escúchame, mi joven padawano: la Fuerza esconde secretos que no se descubren fácilmente. La Fuerza es vasta y está por todas partes, y todos los seres vivos forman parte de ella. Pero su propósito no siempre salta a la vista. A veces ese propósito debe ser percibido antes de que pueda quedar revelado.

A Obi-Wan se le ensombreció el rostro.

—Hay secretos que es mejor no descubrir, maestro. —Meneó la cabeza—. Y además, ¿por qué siempre tienes que ser tú el que los saque a la luz? Ya sabes qué opina el

Consejo de estos... desvíos. Aunque sólo fuese por una vez, quizá deberías dejar que fueran otros quienes se encargaran de descubrirlos.

—No, Obi-Wan —repuso Qui-Gon, y una repentina tristeza se adueñó de él—. Cuando te encuentras con un secreto debes sacarlo a la luz, y cuando te encuentras con un desvío debes ir por él. Y si has llegado a la encrucijada o al lugar que oculta un secreto, nunca debes permitir que otro actúe por ti.

La última luz de Otoh Gunga fue escabullida por las tinieblas, y las aguas se cerraron alrededor de él en una nube oscura. Jar Jar Binks, que ya no murmuraba ni se removía, dirigía el vehículo submarino en un lento pero incesante avance con las manos firmemente posadas sobre los controles. El gungano encendió las luces ante la oscuridad creciente, y los haces amarillos revelaron vastas extensiones de corales multicolores que serpenteaban a través de la negrura.

—Respeto tu juicio en esto, maestro —acabó diciendo Obi-Wan—, pero eso no me impide preocuparme.

Como todos los Caballeros Jedi, Obi-Wan Kenobi fue confiado a la orden por sus padres biológicos después de que hubiera sido identificado cuando todavía era muy pequeño. Ya no guardaba ningún recuerdo de ellos, y los Caballeros Jedi habían pasado a ser su familia. Qui-Gon, su mentor desde hacía más de una docena de años, se había convertido en su más íntimo amigo, y Obi-Wan se sentía muy unido a él.

Qui-Gon comprendía ese sentimiento y lo compartía. Obi-Wan era el hijo que nunca tendría. Aquel joven era el futuro que dejaría tras de sí cuando muriera. Qui-Gon tenía grandes esperanzas depositadas en él, pero no siempre compartía las creencias de su estudiante.

—Ten paciencia conmigo, Obi-Wan —murmuró—. A veces un poco de fe puede llevarte muy lejos.

El bongo había entrado en un túnel de corales, y las luces del pequeño vehículo revelaron las estructuras del puente convirtiéndolas en profundas fisuras de tonos malva y carmesí. En torno a ellos, bancos de peces multicolores nadaban entre las rocas.

—¿Estáis en guerra con los naboos? —le preguntó Qui-Gon a Jar Jar en tono pensativo.

El gungano negó con la cabeza.

—No guerra. Gunganos y naboos no luchan. Hace mucho tiempo, quizá. Ahora, naboos no se acercan al pantano y gunganos no se acercan a las llanuras. Ellos ni siquiera se ven unos a otros.

—Pero no se aprecian mucho, ¿verdad? —insistió el Maestro Jedi.

Jar Jar soltó un bufido.

—¡Naboos tienen grandes cabezas, y ellos siempre están pensando que son mucho mejores que gunganos! ¡Naboos grandes nadas!

Obi-Wan se inclinó sobre Jar Jar Binks y alzó los ojos hacia el ventanal.

—¿Por qué te echaron, Jar Jar? —preguntó.

El gungano abrió y cerró los largos labios que formaban su pico, produciendo una especie de chasquidos.

—Ser historia bastante larga, pero resumiendo, yo... Oh, oh, ahhh... Yo ser algo torpe.

—¿Te echaron porque eres torpe? —preguntó Obi-Wan con incredulidad.

El bongo estaba atravesando una zona de aguas despejadas entre dos grandes cornisas de coral. Ni los Jedi ni el gungano vieron la forma oscura que se apartó del más grande los dos promontorios y comenzó a seguir al vehículo.

Jar Jar se movió nerviosamente en el asiento.

—Yo causar tal vez uno o dos pequeños incidentes. Romper el gaseador, estrellar el heyblidador del jefe. Luego me echaron.

Obi-Wan no estaba muy seguro de qué les estaba diciendo exactamente Jar Jar, pero antes de que pudiera pedirle que se lo aclarase, se produjo un gran estrépito cuando algo chocó contra el bongo, haciendo que éste se desviara hacia un lado. Un enorme crustáceo dotado de múltiples patas y gigantescas mandíbulas erizadas de dientes acababa de rodearlos con su larga lengua y los arrastraba hacia sus fauces abiertas de par en par.

—¡Un opee asesino del mar! —exclamó Jar Jar, horrorizado—. ¡Estamos perdidos!

—¡Adelante a toda máquina, Jar Jar! —ordenó Qui-Gon al ver que las poderosas mandíbulas se abrían detrás de ellos.

Pero en vez de empujar las palancas hacia delante, el aterrorizado Jar Jar lo hizo al revés, con lo que consiguió que la pequeña nave submarina saliera disparada hacia la boca de su atacante. El bongo se incrustó en el paladar del monstruo con un violento impacto que hizo que los Jedi salieran despedidos por encima de los asientos y chocaran con las paredes. Hileras de afilados dientes comenzaron a cerrarse sobre ellos mientras las luces del panel de control parpadeaban erráticamente.

—Oh, oh —dijo Jar Jar Binks.

Obi-Wan se apresuró a ocupar el asiento del copiloto.

—¡Pásame los controles!

Empuñó las palancas y el sistema de guía y ajustó todos los controles en la posición de avanzar a máxima potencia. Para su sorpresa, la boca del opee asesino del mar se abrió con una convulsión espasmódica y el bongo salió despedido a través de sus dientes como si acabara de ser disparado por un cañón láser.

—¡Nosotros estar libres! ¡Nosotros estar libres! —Jar Jar daba botes en su asiento, extasiado ante su buena fortuna.

Una rápida mirada atrás, sin embargo, les reveló que su buena suerte se debía a una razón muy distinta de la que habían imaginado en un principio. El opee asesino del mar se encontraba atrapado entre las mandíbulas de una criatura tan enorme que empequeñecía incluso a la bestia que estaba devorando. Un cazador subacuático que combinaba un largo cuerpo de anguila con aletas posteriores, patas delanteras terminadas en garras y un temible par de mandíbulas estaba masticando al asesino del mar, convirtiéndolo en pedacitos que se apresuraba a tragar ávidamente.

—¡Sando acuamonstruo, oh, oh! —gimoteó Jar Jar Binks, tapándose el rostro con las manos.

Obi-Wan aumentó la potencia, intentando interponer un poco más de distancia entre el bongo y aquella nueva amenaza. El Sando Acuamonstruo desapareció detrás de ellos, pero las luces del bongo parpadeaban ominosamente. El pequeño vehículo submarino siguió sumergiéndose, penetrando en el núcleo del planeta. De repente algo estalló dentro de un panel de control detrás de ellos, llenando la cabina de chispas, y el agua empezó a filtrarse a través de la piel exterior del bongo.

—Estamos perdiendo potencia, maestro —señaló Obi-Wan mientras el zumbido de los motores se debilitaba súbitamente.

Qui-Gon, la cabeza inclinada sobre el panel de control, estaba trabajando en él.

—Mantén la calma. Todavía no estamos en apuros.

—¡Todavía no! —Jar Jar había renunciado a toda pretensión de mantener la calma y manoteaba con desesperación en su asiento—. ¡Monstruos ahí fuera! Agua entrando aquí dentro. ¡Nos hundimos sin ninguna energía! ¡Tú loco! ¿Cuándo pensar tú que estaremos en apuros?

Un instante después las luces se apagaron y el interior del bongo quedó sumido en la oscuridad. Jar Jar Binks ya tenía su respuesta.

En la sala de conferencias del navío insignia de la flota de la Federación Comercial, un holograma de Darth Sidious se alzaba sobre Nute Gunray y Rune Haako. El virrey neimoidiano y su lugarteniente permanecían inmóviles ante él, los ojos rojo anaranjados clavados en la imagen mientras sus rostros de reptil mostraban hasta el último átomo del miedo que los mantenía paralizados.

La negra figura encapuchada de Darth Sidious los contemplaba en silencio. Su rostro envuelto en sombras, la mayor parte del cual quedaba oculto por los pliegues de la capucha, era totalmente inexpresivo. Pero la rígida postura del cuerpo del Señor del Sith hablaba por sí sola.

—Me decepcionas, virrey —siseó Darth Sidious, mirando a Nute Gunray.

—Mi señor, estoy seguro de que todo... —intentó explicarse inútilmente el objeto de su ira.

—¡Peor aún, me desafías!

El rostro del neimoidiano sufrió una aterradora transformación.

—¡No, mi señor! ¡Nunca! Esos Jedi... Tienen muchos recursos, eso es todo. No se los destruye fácilmente...

—¿Entonces siguen con vida, virrey?

—No, no, estoy seguro de que están muertos. Tienen que estarlo. Nosotros... Lo que pasa es que no hemos podido confirmarlo..., todavía.

Darth Sidious pareció no oírle.

—Sí, están vivos, ya se dejarán ver tarde o temprano. Cuando lo hagan, virrey, quiero saberlo de inmediato. Me ocuparé personalmente de ellos.

Nute Gunray parecía estar a punto de derrumbarse bajo el peso de la penetrante mirada del Señor del Sith.

—Sí, mi señor —logró balbucear mientras el holograma se desvanecía.

Dentro del bongo en apuros, Obi-Wan luchaba para conservar el control del pequeño vehículo mientras éste iniciaba una rápida deriva. Un instante después los motores cobraron vida con un súbito gemido, y las aletas impulsoras de popa comenzaron a girar.

—Volvemos a tener energía —jadeó Obi-Wan con un suspiro de alivio.

Las luces del panel de control se encendieron, parpadearon y permanecieron encendidas. Las luces direccionales exteriores las siguieron, cegando durante unos momentos a los tres pasajeros cuando los haces se reflejaron en las paredes rocosas y los promontorios submarinos. Y entonces Jar Jar gritó. Otro monstruo estaba inmóvil delante de ellos, una criatura toda espinas, escamas y dientes, con sus patas delanteras rematadas en garras alzadas en una postura defensiva ante ella.

—¡Pez Garra Colo! —chilló el gungano—. ¡Haced algo, Jedi! ¿Dónde pensáis que está la Fuerza ahora?

—Cálmate —dijo Qui-Gon Jinn suavemente.

El Maestro Jedi puso la mano sobre el tembloroso hombro de Jar Jar, y el gungano se convulsionó y perdió el conocimiento.

—Te has excedido un poco —observó Obi-Wan, haciendo girar el bongo y acelerando a través de la oscuridad.

No necesitaba mirar para saber que el Pez Garra Colo los perseguía. Estaban dentro de un túnel que probablemente servía como guarida a la criatura, y había tenido la suerte de pillarlo desprevenido. Obi-Wan dirigió el bongo hacia la entrada de la caverna y una serie de salientes que quizá pudieran proporcionarles un poco de protección mientras salían de allí. Algo chocó contra el bongo, lo retuvo por unos instantes y luego lo soltó. Obi-Wan transmitió más energía a las aletas impulsoras.

—¡Vamos, vamos! —jadeó.

Salieron de la cueva para ir directamente hacia las fauces del Sando Acuamonstruo, que se había mantenido al acecho delante de ellos. La criatura retrocedió ante aquella inesperada invasión, lo que proporcionó a Obi-Wan el instante que necesitaba para virar hacia la derecha.

Las mandíbulas del Sando aún seguían abiertas cuando aceleraron por entre dientes del tamaño de edificios.

Jar Jar abrió los ojos, vio los dientes y volvió a desmayarse.

Emergieron de las fauces a través de una brecha entre los colmillos del Sando Acuamonstruo, el bongo temblando con la frenética aceleración de su unidad propulsora. Pero el Pez Garra Colo, que no había dejado de perseguir al vehículo submarino, no cambió de rumbo lo bastante deprisa y se metió en la boca del enorme cazador. Las mandíbulas se cerraron sobre él y lo engulleron.

Obi-Wan dio más energía a las aletas impulsoras mientras fragmentos del Pez Garra Colo reaparecían por un instante a través de los dientes del Sando Acuamonstruo para volver a ser engullidos de inmediato.

—Esperemos que no necesite un segundo plato —observó el joven Jedi con una rápida mirada hacia atrás.

Al parecer no lo necesitaba, ya que no los persiguió. Hizo falta un buen rato para revivir a Jar Jar y todavía más tiempo para completar su viaje a través del núcleo, pero con la no siempre muy fiable ayuda del gungano, por fin dejaron atrás la oscuridad de las aguas más profundas y pusieron rumbo hacia la luz del sol. El bongo emergió a la superficie de un lago azul rodeado de árboles y verdes colinas sobre el que se divisaban nubes y un cielo muy azul. Obi-Wan dirigió el pequeño vehículo submarino hacia la orilla más cercana, desconectó los motores y abrió la escotilla de proa. Qui-Gon se levantó y miró alrededor.

—Ahora estamos a salvo —observó Jar Jar con un suspiro de gratitud, recostándose en su asiento—. Estar a salvo ser bueno, ¿eh?

—Eso está por ver —respondió el Maestro Jedi—. Vayamos fuera.

Salió por la escotilla del bongo, saltó a la orilla y echó a andar. Obi-Wan miró significativamente a Jar Jar y siguió a su mentor.

El gungano contempló a los Jedi con expresión dubitativa.

—Yo venir, yo venir —masculló, y echó a correr detrás de ellos.

06

Una semana después de la carrera de módulos y el encuentro con el viejo piloto, Watto hizo acudir al pequeño Anakin al interior de su oscuro y polvoriento taller y le dijo que cogiera un deslizador de superficie y fuera al Mar de las Dunas para hacer unos trueques con los Jawas.

Los Jawas disponían de unos cuantos androides, algunos de ellos programados para trabajar como mecánicos, que estaban dispuestos a vender o cambiar por otras mercancías, y aunque Watto no pretendía gastarse su dinero en ellos, tampoco quería dejar escapar una ganga si podía obtenerla mediante un trueque razonable. Anakin ya había hecho aquella clase de operaciones comerciales en nombre de Watto con anterioridad, y el toydariano sabía que al chico también se le daban muy bien los negocios.

Con el rostro azul casi pegado al de Anakin, Watto batía frenéticamente las alas sin apartar la mirada del niño.

—¡Tráeme lo que necesito, chico! ¡Y no me falles!

Confió a Anakin una serie de componentes motrices y sistemas de guía difíciles de encontrar que eran muy solicitados por los Jawas y que Watto podía permitirse entregar a cambio de los androides que deseaba obtener. Anakin iría al Mar de las Dunas con el deslizador para reunirse con los Jawas al mediodía, haría el trueque y estaría de vuelta antes del crepúsculo. Nada de perder el tiempo dando vueltas por ahí, y nada de tonterías. Watto aún no le había perdonado que perdiera la carrera y estrellara su mejor módulo, y quería que el chico se enterara.

—Si no puedes conseguir una plataforma antigravitatoria para los androides, haz que vengan andando. —Watto revoloteaba de un lado a otro, como un manchón azul que no paraba de dar órdenes—. Si no son capaces de recorrer esa distancia, no me sirven de nada. *Peedunkel*! ¡Y asegúrate de que no te timan! ¡Mi reputación está en juego!

Anakin escuchó a Watto con atención y asintió en los momentos adecuados, tal como había aprendido a hacer con el paso de los años. La mañana todavía no estaba muy avanzada, y tenía tiempo de sobra. Anakin ya había hecho negocios con los Jawas en muchas ocasiones, y sabía cómo evitar que se aprovecharan de él.

Mientras salía por la puerta para ir a recoger el deslizador e iniciar su viaje, el niño pensó que había muchas cosas que Watto no sabía sobre Anakin Skywalker. Si un esclavo quería triunfar, debía saber cosas que su amo ignoraba y utilizar aquellos conocimientos cuando podía obtener algún beneficio de ello. Anakin poseía un don natural para las carreras de módulos y para desmontar artilugios y volverlos a montar de manera tal que funcionaran mejor que antes; pero de todas sus capacidades, la que le resultaba más útil era su extraña habilidad para percibir cosas y detectar lo que no saltaba a la vista a través de los cambios en el temperamento, las reacciones y las palabras. Anakin era capaz de establecer una extraña sintonía con otras criaturas, y eso le permitía desarrollar un vínculo tan estrecho con ellas que podía percibir lo que estaban pensando y

lo que harían casi antes de que lo hicieran. Esa habilidad le había resultado muy útil a la hora de hacer tratos con los demás, especialmente con los Jawas, y le proporcionaba una considerable ventaja siempre que debía hacer negocios en nombre de Watto.

Anakin tenía un par de secretos importantes que también ocultaba a Watto. El primero era el androide de protocolo que estaba reconstruyendo en su banco de trabajo del dormitorio. Aunque todavía le faltaba la piel y un ojo, el androide ya podía desplazarse, y sus circuitos de inteligencia y sus procesadores de comunicaciones funcionaban a la perfección. Anakin se lo pensó un poco y acabó por llegar a la conclusión de que ya estaba en condiciones de hacer el trabajo que pensaba encargarle, el cual consistiría básicamente en servirle de acompañante durante su misión de trueque. El androide podría escuchar a los Jawas mientras hablaban en su peculiar idioma, del que Anakin apenas tenía unas cuantas nociones rudimentarias, y así podría advertirle en el caso de que intentaran gastarle alguna jugarreta. Watto no estaba al corriente de sus grandes progresos con el androide, y Anakin no creía que hubiese mucho peligro de que los descubriera mientras estaban en el Mar de las Dunas.

El segundo y más importante de los dos secretos era que estaba construyendo un módulo de carreras. Llevaba casi dos años trabajando en él, consiguiendo piezas y componentes a medida que los necesitaba y ensamblándolos bajo la protección de una vieja lona en el vertedero que había detrás de las viviendas de los esclavos. Su madre, que conocía su interés por desmontar cosas y volverlas a montar, nunca había intentado impedírselo. No veía que hubiera nada de malo en permitir que dedicara sus horas libres a trabajar en aquel proyecto, cuya existencia Watto ignoraba.

Ese subterfugio era otro tributo a la astucia de Anakin. Igual que con el androide, el chico sabía que Watto se apropiaría del proyecto apenas éste pareciese tener algún valor y por eso se había asegurado de que pareciese un mero montón de chatarra, disfrazando su valor de varias ingeniosas maneras. Bastaba con verlo para comprender que aquel módulo nunca llegaría a correr. Sólo era otro proyecto infantil, el sueño de un niño.

Pero para Anakin Skywalker se trataba del primer paso en el plan que había trazado para su vida. Construiría el módulo más rápido que hubiera existido jamás, y ganaría todas las carreras en las que participara. Después construiría un caza estelar, y despegaría de Tatooine en él para pilotarlo hacia otros mundos. Se llevaría consigo a su madre, y encontrarían un nuevo hogar. Llegaría a ser el piloto más grande de la historia y pilotaría todas las naves de las grandes rutas, y su madre se sentiría muy orgullosa de él.

Y un día, cuando Anakin hubiera hecho todo aquello, ya no serían esclavos. Serían libres.

Anakin solía pensar en ello, no porque su madre lo animara a hacerlo o porque tuviera alguna razón para pensar que podía ocurrir, sino sencillamente porque en lo más profundo de su ser, que era donde realmente importaba, creía que tenía que ocurrir.

Volvió a pensar en ello mientras pilotaba su deslizador por las calles de Mos Espa, con el androide de protocolo sentado en el compartimiento trasero, esquelético sin su piel e inmóvil porque Anakin lo había desactivado para el viaje. Pensó en todas las cosas que

haría y en todos los sitios a los que iría, las aventuras que viviría y los éxitos de los que disfrutaría, así como en los sueños que vería hacerse realidad. Anakin salió de la ciudad y aceleró bajo los soles de Tatooine, internándose en el calor que se elevaba de las arenas del desierto en una oleada rielante mientras la luz se reflejaba con destellos de fuego en la superficie metálica del deslizador.

Siguió avanzando hacia el este durante dos horas estándar hasta que llegó al límite del Mar de las Dunas. Watto había acordado la reunión con los Jawas el día anterior, a través del transmisor. Éstos estarían esperándolo junto a las Cimas de Mochot, una singular formación rocosa que surgía del suelo en el centro del mar. Con los anteojos y los guantes puestos y el casco firmemente calado, Anakin transmitió más potencia a los motores del deslizador y aceleró a través del calor del mediodía.

Encontró a los Jawas esperándole; su monstruoso tractor de las arenas se hallaba estacionado a la sombra de las cimas, con los androides que deseaban intercambiar alineados junto a la rampa del vehículo. Anakin se detuvo cerca del sitio en el que le aguardaban las pequeñas figuras envueltas en túnicas marrones, cuyos relucientes ojos amarillos lo observaban entre las sombras de sus capuchas, y salió del vehículo. Activó al androide de protocolo y le ordenó que lo siguiera. Con el androide avanzando obedientemente detrás de él, Anakin recorrió lentamente la hilera de mecánicos y fue examinándolos de la manera más ostentosa posible.

Cuando hubo terminado, llamó a su androide.

—¿Cuáles son los mejores, C-3PO? —preguntó.

Le había puesto número la noche anterior, escogiendo el tres porque, después de su madre y de él mismo, el androide era el tercer miembro de su pequeña familia.

—Oh, bueno, amo Anakin, me honra que me lo pregunte, pero jamás me atrevería a dudar de sus capacidades, especialmente teniendo en cuenta lo ínfimas y limitadas que son las mías, a pesar de lo cual debo decirle que dispongo de datos sobre cincuenta y una mil variedades de androides, más de cinco mil procesadores internos de distintos tipos y diez veces ese número de chips, así como...

—¡Limítate a decirme cuáles son los mejores! —siseó Anakin. Había olvidado que C-3PO era, en primer lugar y por encima de todo, un androide de protocolo y que, pese a disponer de una gran base de datos, siempre tendía a delegar la responsabilidad de tomar decisiones en los humanos a los que servía—. ¿Cuáles, C-3PO? —repitió—. Numéralos de izquierda a derecha, ¿quieres?

C-3PO así lo hizo.

—¿Desea que le refiera las capacidades y las particularidades de diseño de cada uno, amo Anakin? —preguntó solícito, ladeando la cabeza.

Al advertir que el jefe de los Jawas venía hacia ellos, Anakin se apresuró a hacerle callar con un gesto de la mano. Los dos estuvieron regateando durante un buen rato, que Anakin aprovechó para hacerse una idea de hasta dónde podía presionar a los Jawas, qué subterfugios estaban utilizando para sacar el máximo provecho posible del trueque, y hasta qué punto necesitaban los artículos que Anakin les ofrecía a cambio de los

androides. Consiguió determinar que varios de los mejores androides todavía estaban dentro del tractor, un hecho que C-3PO descubrió gracias a un comentario que se le escapó a un Jawa cuando estaba hablando con los demás. Su jefe se volvió hacia él para soltarle unos cuantos graznidos llenos de furia, naturalmente, pero el daño ya estaba hecho.

Tres androides más fueron sacados del tractor y, de nuevo, Anakin invirtió unos momentos en inspeccionarlos, con C-3PO junto a él. Eran unos modelos bastante buenos, y los Jawas no parecían dispuestos a desprenderse de ellos a menos que recibieran un poco de dinero además de los artículos. Anakin y el jefe de los Jawas, que medía y pesaba prácticamente lo mismo que el chico, estuvieron discutiendo apasionadamente durante un buen rato.

De acuerdo con los términos del trueque, Anakin se comprometía a entregar un poco más de la mitad de los artículos que había llevado para comerciar a cambio de dos androides mecánicos en excelente estado, tres androides multiuso en condiciones de operar, y un conversor de hiperimpulsión averiado que le costaría nada reparar. Podría haber conseguido dos o tres androides más, pero la calidad de los modelos restantes no era lo suficientemente elevada para justificar la entrega de ninguna otra de las mercancías de Watto, y el toydariano enseguida se hubiese percatado de ello.

No hubo forma de conseguir una plataforma antigravitatoria, por lo que Anakin dispuso a los androides que acababa de adquirir en una hilera detrás del deslizador, colocó a C-3PO en el compartimiento posterior no sin antes decirle que no los perdiera de vista, y puso rumbo hacia Mos Espa. Pasaban unos minutos del mediodía. La pequeña comitiva ofrecía un curioso espectáculo: el deslizador abría la marcha con las toberas a mínima potencia lo que lo mantenía unos centímetros por encima de la arena, y los androides avanzaban detrás de él; sus miembros articulados subían y bajaban rítmicamente para no quedarse atrás.

—Ha estado usted verdaderamente magnífico, amo Anakin —exclamó C-3PO alegremente, contemplando las adquisiciones con su único ojo—. ¡Realmente, debo felicitarlo! ¡Me parece que hoy esos Jawas se han llevado una buena lección! ¡Les ha enseñado un par de cosas sobre cómo se hacen los negocios, créame! Vaya, pero si sólo ese androide de ahí ya vale mucho más que...

C-3PO siguió parloteando, pero Anakin dejó de prestar atención y, haciendo caso omiso de la mayor parte de lo que decía, permitió que sus pensamientos vagaran a su antojo ahora que lo más difícil ya estaba hecho. Aun cuando a causa de los androides tuvieran que ir más despacio, debían salir del Mar de las Dunas antes de media tarde y llegar a Mos Espa antes de que oscureciese. Anakin tendría tiempo de meter a C-3PO en su dormitorio sin que nadie lo viera y entregar los androides que había adquirido y la relación de mercancías sobrantes a Watto. Eso tal vez volviera a congraciarlo con el toydariano, quién, estaba seguro, quedaría encantado con el conversor. Los conversores eran muy difíciles de encontrar en Tatooine, y si se podía conseguir que funcionara —y

Anakin estaba seguro de poder repararlo— valdría más que el resto de las adquisiciones juntas.

Atravesaron las llanuras centrales y subieron por la suave pendiente que llevaba a la cañada de Xeldric, un estrecho desfiladero que partía en dos la cordillera de Mospic justo por dentro del labio del Mar de las Dunas. El deslizador entró en el desfiladero, seguido por los androides, que constituían una reluciente hilera mecánica detrás de él, y pasó de la luz del sol a la sombra. La temperatura descendió unos cuantos grados, y el silencio pareció experimentar un repentino cambio. Anakin miró cautelosamente alrededor: el chico era tan consciente de los peligros del desierto como cualquier otro habitante de Mos Espa, pero aun así de vez en cuando se sentía inclinado a pensar que se estaba más seguro allí que en la ciudad.

—...cuando la colonia comenzó a adquirir el aspecto y la atmósfera de un centro comercial, había cuatro rodianos por cada hutt; pero por aquel entonces ya no cabía duda de que los hutts eran la especie dominante, y los rodianos quizá hubieran hecho mejor quedándose en casa en vez de enfrentarse a un viaje muy largo y un tanto carente de propósito que...

C-3PO siguió hablando, cambiando de tema por sí solo y sin pedir nada a cambio de su incesante relato, aparte de que se le permitiera seguir hablando. Anakin se preguntó si no estaría sufriendo alguna clase de privación sensorial vocal debido a haber pasado mucho tiempo desactivado. Todo el mundo sabía que los androides de protocolo eran bastante temperamentales.

Y entonces la mirada de Anakin se volvió súbitamente hacia la derecha, atraída por algo extraño y fuera de lugar. Al principio sólo distinguió una forma y una coloración casi perdida entre el desierto y las rocas, pero su descubrimiento adquirió un nuevo significado apenas lo hubo examinado con mayor atención. Anakin ejecutó un viraje tan brusco que la hilera de androides se inclinó en torno a él.

—¿Se puede saber qué está haciendo, amo Anakin? —protestó C-3PO, clavando su único ojo en Anakin—. A Mos Espa se va por el desfiladero, no a través de... ¡Oh, cielos! ¿Eso es lo que creo que es? Amo Anakin, la prudencia aconseja dar la vuelta de inmediato y...

—Ya lo sé —le interrumpió Anakin—. Sólo quiero echar un vistazo.

—Debo protestar, amo Anakin —dijo C-3PO con nerviosismo—. Es una temeridad. Si estoy en lo cierto, y le aseguro que he calculado ese grado de probabilidad en un noventa y nueve coma siete por ciento, entonces vamos directamente hacia un...

Pero Anakin no necesitaba que C-3PO le dijera qué había delante de ellos, pues ya había determinado de qué se trataba. Un incursor Tusken yacía en el suelo, el cuerpo medio enterrado bajo un montón de rocas junto a la pared del desfiladero. La apariencia y el atuendo del Pueblo de las Arenas —holgadas prendas de color marrón claro, gruesos guantes y botas de cuero, bandolera y cinturón, cabeza envuelta en vendajes y provista de lentes de protección y máscara de respiración, y un rifle desintegrador de cañón largo que se empuñaba con ambas manos caído en el suelo a un metro de distancia de un brazo

extendido— eran inconfundibles incluso desde esa distancia. La cicatriz reciente que surcaba la pared del acantilado indicaba que se había producido un desprendimiento. El incursor probablemente se hallaba escondido en las alturas cuando el risco cedió bajo sus pies y lo enterró bajo las rocas que cayeron con él.

Anakin detuvo el deslizador y se apeó.

—¡Me parece que no es una buena idea, amo Anakin! —declaró C-3PO, empleando el tono de advertencia más serio que era capaz de adoptar.

—Sólo quiero echar un vistazo —dijo el chico.

Lo que iba a hacer le asustaba un poco, pero nunca había visto a un incursor Tusken de cerca, aunque llevaba toda la vida oyendo historias sobre ellos. Los Tuskens era un pueblo de nómadas tan misteriosos como feroces que, convencidos de que el desierto les pertenecía, vivían de quienes eran los bastante estúpidos para aventurarse a entrar en su territorio sin ir debidamente preparados. A pie o montados es banthas salvajes que habían capturado en los eriales, los Tuskens vagabundeaban por el desierto saqueando hogares aislados y estaciones de tránsito, atacando caravanas, robando mercancías y equipo, y aterrorizando a todo el mundo en general. En ocasiones incluso se habían atrevido a atacar a los hutts. Los residentes de Mos Espa, que no eran precisamente unos ciudadanos muy respetables, odiaban con toda su alma al Pueblo de las Arenas.

Anakin no sabía qué pensar de ellos. Las historias eran aterradoras, pero el niño ya sabía lo suficiente de la vida para ser consciente de que toda historia tenía dos lados y que en la mayor parte de ocasiones sólo se estaba considerando uno. La existencia libre y salvaje de los Tuskens despertaba un agudo interés en él, y no podía evitar sentirse fascinado por la idea de una comunidad en la que todos eran considerados iguales y donde no había responsabilidades ni límites.

Echó a andar hacia el incursor caído. C-3PO lo siguió riñéndole y sin dejar de advertirle que estaba cometiendo un error. A decir verdad, Anakin sospechaba que el androide quizá tuviera razón, pero la curiosidad se impuso a sus temores. ¿Qué mal podía haber en echar una miradita? Su naturaleza infantil acabó por imponerse. Podría decir a sus amigos que había visto a un miembro del Pueblo de las Arenas de cerca. Podría decirles qué aspecto tenía.

El incursor Tusken yacía de bruces en el suelo, los brazos extendidos y la cabeza vuelta hacia un lado. Las rocas y los restos de vegetación cubrían la mayor parte de la mitad inferior de su cuerpo, y una pierna estaba atrapada debajo de un gran peñasco. Anakin fue cautelosamente hacia el rifle desintegrador, se inclinó y lo levantó. Pesaba mucho y parecía bastante difícil de manejar. Anakin pensó que un hombre tendría que ser muy fuerte y hábil para utilizarlo. Se fijó en las extrañas tallas que adornaban la culata, y pensó que tal vez fueran símbolos tribales, algo muy propio de un pueblo como los Tuskens.

Y entonces el incursor caído se movió y, echando un brazo hacia atrás, se apoyó en él y levantó su cabeza envuelta en vendajes. Los cristales opacos de sus lentes de protección se elevaron para contemplar a Anakin. El chico retrocedió automáticamente. Pero el

Tusken se limitó a observarle por unos instantes, determinando quién era y qué estaba haciendo, y después volvió a apoyar la cabeza en el suelo.

Anakin Skywalker esperó, al tiempo que se preguntaba qué debía hacer. Sabía qué habría dicho Watto. Sabía qué hubiese dicho prácticamente todo el mundo. «¡Sal de aquí ahora mismo!» Volvió a dejar el rifle desintegrador en el suelo. Aquello no era asunto suyo. Dio un paso atrás, y luego otro más.

El incursor Tusken volvió a levantar la cabeza y le miró. Anakin le devolvió la mirada. Podía percibir que estaba sufriendo. Podía sentir su desesperación, atrapado e impotente bajo aquel peñasco, despojado de su arma y de su libertad.

Anakin frunció el entrecejo. ¿Qué le diría su madre si estuviera allí? ¿También le habría dicho que se fuera?

—¡Tráelos a todos aquí, C-3PO! —le ordenó al androide de protocolo.

Protestando vehementemente a cada paso que daba, C-3PO reunió a los androides que acababan de adquirir y los llevó al lugar en el que el chico seguía contemplando al Tusken caído.

Anakin ordenó a los androides que comenzaran a apartar las rocas más pequeñas, y después improvisó una palanca y usó el peso del deslizador para inclinar el peñasco hasta que consiguieron liberar al incursor atrapado debajo de él. El Tusken recobró el conocimiento durante unos momentos, pero enseguida volvió a perder el sentido. Anakin hizo que los androides lo registraran para ver si llevaba más armas y mantuvo el rifle desintegrador lejos de su alcance.

Mientras el incursor Tusken seguía inconsciente, los androides lo pusieron boca arriba para poder examinar su cuerpo en busca de heridas. El Peñasco le había aplastado la pierna, y tenía los huesos rotos en varios lugares. Anakin vio las lesiones a través de los desgarrones de la tela.

Pero no estaba familiarizado con la fisiología de los Tuskens, y no sabía qué hacer para curarle. Anakin se conformó con inmovilizarle la pierna, para lo cual se la entablilló con un molde de sellado rápido que sacó del botiquín del deslizador, y no volvió a tocarla.

Después se sentó para pensar qué debía hacer a continuación. Cada vez había menos luz. Le había llevado demasiado tiempo liberando al Tusken y no podía llegar a Mos Espa antes de que anocheciera. Todavía podía salir del Mar de las Dunas antes de que fuese noche cerrada, pero sólo si dejaba al Tusken en el desfiladero, abandonado y sin nadie que cuidara de él. Anakin frunció el entrecejo. Dada la clase de criaturas que vagaban por el desierto durante la noche, quizá sería mejor que enterrara al incursor y se olvidara de él.

Finalmente, Anakin ordenó a los androides que sacaran una pequeña unidad iluminadora del deslizador. Cuando llegó el crepúsculo, activó la unidad y la conectó a una célula de energía auxiliar para asegurarse de que permanecería encendida durante toda la noche. Después abrió un viejo paquete de raciones deshidratadas y masticó distraídamente algunas de éstas mientras contemplaba al Tusken dormido. Su madre

estaría preocupada por su ausencia. Watto estaría furioso. Pero los dos sabían que Anakin era un chico muy inteligente que sabía cuidar de sí mismo, y aguardarían a que hubiese amanecido antes de empezar a hacer algo al respecto.

Anakin esperaba que para entonces ya estaría cerca de casa.

—¿Crees que se pondrá bien? —le preguntó a C-3PO.

Había dejado el deslizador y a los otros androides debajo de una cornisa detrás de la unidad iluminadora, asegurándose de que quedaban lo más ocultos posible, pero se había quedado con C-3PO para que le hiciera compañía. El chico y el androide estaban sentados a un lado de la unidad iluminadora mientras el incursor Tusken seguía durmiendo al otro lado.

—Me temo que carezco de la información y los conocimientos médicos necesarios para responder a esa pregunta, amo Anakin —dijo C-3PO, ladeando la cabeza—. Aun así, estoy convencido de que ha hecho todo lo posible.

El chico asintió con expresión pensativa.

—No deberíamos estar aquí de noche, amo Anakin —observó el androide pasados unos momentos—. Estos lugares son muy peligrosos.

—Pero no podíamos dejarlo abandonado, ¿verdad?

—Oh, bueno, es una decisión muy difícil de tomar —repuso C-3PO con voz pensativa.

—Tampoco podíamos llevárnoslo con nosotros.

—¡Desde luego que no!

El chico guardó silencio y contempló dormir al Tusken. Anakin le estuvo observando durante tanto rato, de hecho, que se sorprendió un poco cuando el Tusken despertó por fin. Todo ocurrió en cuestión de segundos, y le pilló desprevenido. El incursor Tusken rodó sobre sí mismo con un movimiento convulsivo, resopló y, apoyándose en un brazo, se examinó y después miró al chico.

El chico no se movió ni habló. El Tusken contempló a Anakin durante un minuto interminable y después, moviéndose lenta y penosamente, se sentó en el suelo con la pierna lesionada extendida ante él.

—Eh... Hola —dijo Anakin, intentando sonreír.

El incursor Tusken no abrió la boca.

—¿Tienes sed? —preguntó el chico.

No hubo respuesta.

—Me parece que no le caemos muy bien —observó C-3PO.

Anakin hizo varios intentos en entablar conversación, pero el incursor Tusken no le prestó ninguna atención. Sus ojos sólo se movieron una vez, y fue para posarse en el rifle desintegrador apoyado en las rocas, detrás del chico.

—Dile algo en tusken —acabó ordenándole Anakin a C-3PO.

El androide así lo hizo. C-3PO comenzó a hablarle al Tusken en su lengua, pero éste se limitó a seguir mirando al chico, en silencio. Al fin, después de que C-3PO hubiera estado hablando durante un rato, el Tusken le miró y ladró una palabra.

—¡Oh, cielos! —exclamó el androide.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el chico, muy excitado.

—Pues... Pues... ¡Me ha dicho que me callara!

Eso puso fin a los intentos de conversación. El chico y el Tusken siguieron contemplándose en silencio, sus rostros bañados por el resplandor de la unidad iluminadora con la oscuridad del desierto extendiéndose a su alrededor. Anakin se preguntó qué haría en el caso de que el Tusken intentara atacarle. No había muchas probabilidades de que lo hiciera, por supuesto, pero el Tusken era un salvaje alto y robusto, y si conseguía llegar hasta el chico y luchaban, lo vencería sin problemas. Después podría recuperar su rifle desintegrador y hacer lo que quisiera con Anakin.

Pero Anakin ya se había dado cuenta de que el incursor no tenía ninguna intención de atacarle. No había intentado moverse, y nada indicaba que fuera a tratar de hacerlo. Se limitaba a permanecer sentado, envuelto en sus ropas del desierto, una silueta absorta en sus pensamientos con el rostro oculto por los vendajes.

De repente el Tusken volvió a hablar, y Anakin miró rápidamente a C-3PO.

—Quiere saber qué va a hacer usted con él, amo Anakin —tradujo el androide.

Anakin, desconcertado, miró al Tusken.

—Dile que no voy a hacer nada con él —repuso—. Sólo estoy tratando de ayudarlo a recuperarse.

C-3PO tradujo sus palabras al Tusken. El hombre le escuchó y después guardó silencio. No volvió a hablar.

Y entonces Anakin comprendió que el Tusken estaba asustado. Lo percibió en su forma de hablar y en la manera en que permanecía inmóvil, a la espera. No podía moverse y no tenía armas. Se encontraba a merced de Anakin. El chico entendía el miedo del Tusken, pero aun así le sorprendió. Aquella reacción no parecía encajar con lo que sabía de ellos. Se suponía que el Pueblo de las Arenas no conocía el miedo. Y además, él no tenía miedo del Tusken. Quizá debería haberlo tenido, pero no estaba asustado.

Anakin Skywalker no le tenía miedo a nada.

¿A nada?

Sin apartar la mirada de las lentes protectoras opacas que ocultaban los ojos del incursor Tusken, Anakin comenzó a reflexionar. Cuando pensaba en esas cosas, siempre se decía que no había nada que pudiera asustarle y que era tan valiente que nunca llegaría a conocer el miedo.

Pero la parte más secreta de su ser, aquella en la que escondía las cosas que no estaba dispuesto a revelar a nadie, sabía que en realidad no era así. Anakin tal vez nunca llegase a temer por él mismo, pero a veces temía por su madre. ¿Y si le ocurría algo a su madre? ¿Y si le ocurría algo horrible, que no tuviera modo de evitar?

Anakin sintió que un estremecimiento recorría su columna vertebral.

¿Y si la perdía? ¿Qué sería de su valor si su madre, la persona a quien más quería en todo el vasto e infinito universo, le era arrebatada de repente? Eso nunca ocurriría, por supuesto. No podía ocurrir.

Pero ¿y si ocurría?

Siguió contemplando al incursor Tusken y, en el silencio absoluto de la noche, Anakin sintió que su confianza temblaba como una hoja sacudida por el viento.

Acabó quedándose dormido, y soñó cosas muy extrañas. Los sueños cambiaban incesantemente y sin ningún aviso previo, adquiriendo nuevos significados y líneas argumentales mientras lo hacían. Anakin fue varias cosas durante el curso de sus sueños. En un momento dado era un Caballero Jedi que se enfrentaba a criaturas tan oscuras e insustanciales que no consiguió identificarlas. En otro sueño pilotaba un crucero estelar, y lo llevaba al hiperespacio para ir de un sistema estelar a otro. En un tercer sueño era un gran comandante temido por todos, y volvía a Tatooine al frente de un gran ejército de naves y soldados para liberar a los esclavos del planeta. Su madre lo estaba esperando, sonriendo y con los brazos abiertos para darle la bienvenida. Pero cuando Anakin intentaba abrazarla, ella desaparecía.

El Pueblo de las Arenas también estaba presente en sus sueños. Aparecieron casi al final, un puñado de incursores inmóviles junto a él que le apuntaban con sus rifles desintegradores y enarbolaban largos palos graffi listos para ser utilizados. Los Tuskens contemplaron a Anakin en silencio, como si estuvieran preguntándose qué debían hacer con él.

Anakin despertó en ese momento, arrancado del sueño por una intensa sensación de peligro. Se incorporó, confuso y asustado, y miró alrededor. La unidad iluminadora había consumido toda su energía y estaba apagada. Bañado por el incierto resplandor plateado que precedía al amanecer, Anakin se encontró contemplando las oscuras siluetas sin rostro del Pueblo de las Arenas de sus sueños.

El chico tragó saliva con dificultad. Recortadas sobre la tenue claridad del horizonte, vio las figuras de los incursores Tusken, que habían formado un círculo en torno a él. Anakin pensó en echar a correr, pero enseguida comprendió que sería una locura. Estaba atrapado. Lo único que podía hacer era esperar y ver que pretendían.

Un murmullo gutural resonó entre los tuskens, y todos volvieron la cabeza en esa dirección. A través de una brecha entre sus filas, Anakin vio que una figura era levantada del suelo y llevada hacia las sombras. Se trataba del incursor a quien había ayudado, que le hablaba a su gente.

Los otros incursores vacilaron, y después comenzaron a retroceder lentamente.

En cuestión de segundos, todos habían desaparecido.

La luz de los soles gemelos comenzó a coronar la oscura masa de la cordillera Mospic, y de repente C-3PO le estaba hablando, dirigiéndole un torrente de palabras que se atropellaban unas a otras mientras agitaba frenéticamente sus esqueléticos brazos metálicos.

—¡Se han ido, amo Anakin! ¡Oh, tenemos mucha suerte de estar vivos! ¡Menos mal que no le han hecho nada!

Anakin se levantó. Había pisadas de incursores por todas partes. Lanzando una rápida mirada a su alrededor, Anakin vio que el deslizador y los androides obtenidos de los

Jawas seguían debajo de la cornisa donde los había dejado. El rifle desintegrador de Tusken había desaparecido.

—¿Qué cree que deberíamos hacer, Amo Anakin? —gimoteó C-3PO con voz llena de consternación.

Anakin contempló el desfiladero vacío, las escarpadas laderas de la pared rocosa y el cielo cada vez más lleno de luz del que estaban comenzando a desaparecer las estrellas. Escuchó el profundo silencio y se sintió imposiblemente solo y vulnerable.

—Deberíamos volver a casa —murmuró y, sin perder ni un instante, se dispuso a regresar.

07

Nute Gunray aguardaba en silencio en el centro de la sala del trono de Theed, la capital de Naboo, escuchando pacientemente mientras el gobernador Sio Bibble expresaba su más enérgica protesta ante la presencia de la Federación Comercial. Rune Haako permanecía inmóvil junto a él. La expresión de los dos era inescrutable y ambos lucían los ropajes oficiales de la Federación. Dos docenas de androides de combate apuntaban con sus armas a los naboos presentes en la sala del trono. La ciudad había caído poco después de la puesta del sol. Los naboos era un pueblo pacífico, por lo que apenas opusieron resistencia. La Federación Comercial había invadido el planeta por sorpresa, y el ejército androide cruzó las puertas de la ciudad antes de que sus habitantes hubieran tenido tiempo de organizar la defensa. Las escasas armas encontradas habían sido confiscadas, y se internó a los naboos en campos de prisioneros. Los androides de combate todavía estaban registrando la ciudad para aplastar cualquier conato de resistencia.

Gunray contuvo una sonrisa. Al parecer la reina había creído hasta el último momento que las negociaciones acabarían prevaleciendo y que el Senado se encargaría de proporcionar protección al pueblo de Naboo.

—Que hayan osado interferir las comunicaciones entre la reina y el senador Palpatine mientras éste intentaba defender nuestra causa ante el Senado de la República me parece tan escandaloso como el que pretendan que este bloqueo constituye una acción legal, virrey. ¡Pero desembarcar todo un ejército en nuestro planeta y ocupar nuestras ciudades sencillamente roza lo inconcebible!

Sio Bibble, alto y ya un poco calvo, lucía una barba terminada en una afilada punta y poseía una lengua todavía más afilada que su barba. Por el momento tenía la palabra, pero Gunray ya se estaba hartando de escucharle.

Miró a los otros cautivos. El capitán Panaka, el jefe de seguridad de la reina, y cuatro de los guardias personales de ésta permanecían de pie a un lado de la sala, despojados de sus armas y reducidos a la impotencia. Panaka contemplaba a los neimoidianos con expresión impasible y ojos sombríos. Alto, robusto, de piel oscura e impecablemente afeitado, sus sagaces ojos no pasaban por alto ningún detalle de lo que le rodeaba. Al neimoidiano no le gustaba nada la forma en que aquellos ojos permanecían clavados en él.

La reina estaba sentada en su trono, rodeada por sus doncellas. Amidala mantenía una expresión de serena y altiva indiferencia, como si lo que estaba ocurriendo a su alrededor no tuviera absolutamente nada que ver con ella y no pudiera afectarla en lo más mínimo. Vestía de negro, y la blancura de su rostro pintado contrastaba agudamente con el negro tocado de plumas que lo envolvía y lo enmarcaba. Una cadenilla dorada ceñía su regia frente, y la marca cosmética de color rojo dividía su labio superior. A Gunray le habían dicho que se la consideraba hermosa, pero el virrey era totalmente incapaz de apreciar la

belleza humana y, según los patrones neimoidianos, la reina sólo era una joven de rasgos demasiado pequeños y piel excesivamente pálida.

Lo que le interesaba era su juventud. Amidala acababa de salir de la adolescencia y aún no era una mujer, y sin embargo los habitantes de Naboo la habían elegido como su reina. Aquélla no era una de esas monarquías donde la sangre determinaba el derecho a reinar y prevalecían las dinastías. Los naboos elegían por aclamación popular a los más sabios de entre ellos para que los gobernaran, y Amidala gobernaba gracias al consentimiento de su pueblo. El por qué habían elegido a alguien tan joven e ingenuo era un misterio para Gunray y, por lo menos desde su punto de vista, resultaba evidente que esta vez no habían sabido escoger a la persona adecuada.

La voz del gobernador Sio Bibble resonaba en la cavernosa estancia, ascendía hacia el techo abovedado y rebotaba en las lisas paredes bañadas por el sol. Theed era una ciudad opulenta y próspera, y la sala del trono reflejaba su larga historia de éxitos.

—Voy a hacerle una pregunta, virrey, y no me andaré con rodeos. —Sio Bibble estaba a punto de concluir su discurso—. ¿Cómo pretenden explicar esta invasión al Senado?

Gunray consiguió que su chato rostro de reptil adoptara una expresión de afable buen humor.

—Los naboos y la Federación Comercial negociarán un acuerdo que legitimará nuestra ocupación de Theed. Se me ha asegurado que dicho tratado será ratificado de inmediato por el Senado en cuanto le sea entregado.

—¿Un tratado? —exclamó el gobernador con asombro—. ¿Ante esta acción totalmente ilegal?

Amidala se levantó de su trono y dio un paso adelante, rodeada por su séquito de doncellas encapuchadas. Sus ojos brillaban de ira.

—No cooperaré.

Nute Gunray cambió una rápida mirada con Rune Haako.

—Vamos, vamos, alteza... —dijo—. No toméis decisiones apresuradas de las que luego podríais arrepentiros. El destino que le tenemos a vuestro pueblo no os gustará nada, y con el tiempo sus sufrimientos os persuadirán de que debéis aceptar nuestra propuesta. Basta de charla —añadió volviéndose hacia los androides y agitando una mano—. ¿Comandante? —El androide de combate OOM-9 fue hacia él, inclinando ligeramente su delgado hocico metálico en respuesta a su llamada—. Procésalos —ordenó.

OOM-9 llamó a uno de los sargentos con su estridente voz metálica y le ordenó que llevara a los prisioneros al Campamento Cuatro. Los androides de combate sacaron de la sala a la reina, sus doncellas, el gobernador Bibble, el capitán Panaka y los guardias.

Los ojos anaranjados de Nute Gunray siguieron la marcha de los naboos mientras eran conducidos hacia la salida, y después volvieron a posarse en Haako y la sala. El virrey se sintió invadido por una profunda satisfacción. Todo estaba yendo exactamente según lo previsto.

El sargento y una docena de androides de combate hicieron avanzar a los prisioneros por los relucientes salones de piedra del palacio de Theed y, una vez fuera de él, los condujeron por una serie de escaleras que descendían a través de estatuas y baluartes hasta terminar en una gran plaza. Ésta se hallaba repleta de androides de combate y tanques de la Federación, y vacía de ciudadanos de Naboo. Los tanques eran vehículos de escasa altura y proa en forma de pala armados con un cañón principal instalado en una torreta situada detrás de la cabina, a la que flanqueaban dos desintegradores de pequeño calibre. Alineados a lo largo del perímetro de la plaza, parecían escarabajos que se dispusieran a buscar alimento.

Más allá de la plaza, los edificios de Theed se alejaban hacia el horizonte formando un enorme conglomerado de muros de piedra, cúpulas doradas, torres rematadas por pináculos y arcos esculpidos. Los rayos de sol bañaban los relucientes edificios, creando un contrapunto arquitectónico al frondoso verdor del planeta. El incesante estruendo de las cascadas se combinaba con el burbujeo de las fuentes para ofrecer un suave y lejano telón de fondo al extraño silencio creado por la ausencia de población.

Los prisioneros fueron conducidos a través de la plaza y dejaron atrás las máquinas de guerra de la Federación Comercial. Nadie hablaba. Incluso el gobernador Bibble guardaba silencio, sumido en sombrías meditaciones. Salieron de la plaza y echaron a andar por una ancha avenida que llevaba a la periferia de la ciudad y los campos de concentración recién construidos por la Federación Comercial. Las relucientes estructuras metálicas de las PAM, que zumbaban en las alturas, proyectaban sombras que revoloteaban sobre las paredes de los edificios mientras iban de un lado a otro.

Los androides estaban llevando a sus prisioneros hacia una calle tan silenciosa y desierta como las demás cuando su sargento, que abría la marcha, los detuvo de repente.

Dos hombres se interponían en su camino: los dos vestían holgadas túnicas ceñidas por una banda; el más alto llevaba los cabellos bastante largos, mientras que el joven, de cabellos más cortos, lucía una delgada coleta. Sus brazos colgaban relajadamente a los costados del cuerpo, pero parecían preparados para enfrentarse con cualquier eventualidad.

Por un instante, cada grupo observó al otro sin pronunciar palabra. Después el estrecho rostro de un gungano asomó por detrás de las dos figuras para contemplar a los androides con ojos desorbitados y expresión de miedo.

Qui-Gon Jinn avanzó un paso.

—¿Sois la reina Amidala de los naboos? —le preguntó a la joven del tocado emplumado.

—¿Quiénes sois? —quiso saber la reina, vacilante.

—Embajadores del canciller supremo —repuso el Maestro Jedi con una leve inclinación de la cabeza—. Pedimos audiencia a vuestra majestad.

El sargento androide pareció acordarse de pronto de dónde se encontraba y qué estaba haciendo, e hizo una seña a sus soldados.

—¡Acabad con ellos!

Cuatro androides de batalla se dispusieron a ejecutar su orden. Los androides todavía estaban alzando sus armas para abrir fuego cuando los Jedi activaron sus espadas de luz y los hicieron pedazos. Mientras los androides destrozados caían al suelo, los Jedi entraron en acción sin perder ni un instante para acabar con los demás. Los haces láser quedaron bloqueados y las armas fueron apartadas a un lado, y los androides restantes no tardaron en quedar reducidos a un montón de chatarra.

El sargento se volvió para huir, pero Qui-Gon alzó la mano y lo inmovilizó con el poder de la Fuerza. Unos instantes después el sargento, hecho pedazos, yacía junto a sus efectivos.

Los soldados naboos se apresuraron a recoger las armas caídas. Los Caballeros Jedi desactivaron sus espadas de luz, los sacaron a todos de la calle y buscaron refugio en un callejón entre dos edificios. Jar Jar los siguió, soltando murmullos de asombro ante la impasible eficiencia con que los Jedi habían eliminado a sus enemigos.

Una vez en el callejón, Qui-Gon se volvió hacia la reina.

—Soy Qui-Gon Jinn y mi compañero es Obi-Wan Kenobi, alteza. Además de embajadores del canciller supremo, también somos Caballeros Jedi.

—Vuestras negociaciones parecen haber fracasado, embajador —observó Sio Bibble con un bufido.

—Las negociaciones no llegaron a tener lugar. —Qui-Gon no apartaba la mirada de la reina, cuyo rostro pintado no mostraba ninguna reacción—. Debemos contactar con la República, alteza —añadió.

—Imposible —intervino el capitán Panaka, dando un paso adelante—. Han bloqueado todas nuestras comunicaciones.

Una sirena estaba dando la alerta en algún lugar cerca de ellos, y se oía ruido de carreras.

Qui-Gon volvió la mirada hacia los androides caídos en la calle.

—¿Disponen de transportes?

El capitán de Naboo asintió, comprendiendo de inmediato cuál era la intención del Jedi.

—En el hangar principal. Por aquí.

Condujo al pequeño grupo hasta el final del callejón, desde el que pasaron a otros callejones y calzadas sin encontrarse con nadie. Siguieron adelante, andando deprisa y en silencio a través del creciente estrépito de las alarmas y el amenazador zumbido de las PAM. Los naboos no se resistieron a que Qui-Gon asumiera el liderazgo ni se preguntaron de dónde había salido, lo cual decía mucho a su favor. Con Panaka y sus hombres nuevamente armados, la reina de Naboo y sus súbditos volvían a sentirse dueños de su destino y estaban dispuestos a confiar en sus rescatadores.

No tardaron en llegar a su destino. Una serie de enormes edificios interconectados rematados por cúpulas dominaba un extremo de una gran avenida. Cada estructura central estaba rodeada por arcos de entrada y cobertizos de paredes lisas. Había androides de combate en todas partes con sus armas listas para abrir fuego, pero el capitán Panaka

consiguió encontrar una forma de acceder al hangar sin ser vistos a través de un estrecho pasillo entre dos edificios contiguos.

Panaka detuvo al grupo delante de una de las puertas laterales del hangar principal. Después de lanzar una rápida mirada por encima del hombro para averiguar si había androides cerca, desactivó la cerradura y abrió la puerta. Con la ayuda de Qui-Gon Jinn inspeccionó el interior.

Unas cuantas naves naboo ocupaban el centro del hangar; eran transportes esbeltos, de casco reluciente con la proa dirigida hacia una gran abertura de la pared del fondo. Los transportes estaban vigilados por androides de combate repartidos estratégicamente por todo el hangar de manera tal que nadie pudiera aproximarse a las naves sin ser visto.

Panaka señaló una larga y esbelta nave provista de potentes motores Headcon-5 y alas inclinadas hacia atrás estacionada al fondo del hangar.

—El transporte personal de la reina —le murmuró al Maestro Jedi.

Qui-Gon asintió. El transporte era del tipo J-327 y había sido construido en los astilleros nubianos. Las alarmas seguían entonando su monótono quejido en la lejanía.

—Servirá —dijo.

Panaka examinó el interior del hangar.

—Los androides de combate. Hay demasiados.

El Jedi se apartó de la puerta.

—Eso no constituirá ningún problema —dijo, volviéndose hacia la reina—. Dadas las circunstancias, alteza, sugiero que vengáis a Coruscant con nosotros.

La joven meneó la cabeza, y el movimiento hizo que las plumas de su tocado crujieran suavemente. Su rostro pintado de blanco no se inmutó, y en sus ojos no había ni la menor sombra de vacilación.

—Gracias, embajador, pero mi sitio está aquí con mi gente.

—Yo no opino lo mismo, alteza —repuso Qui-Gon, sosteniéndole la mirada—. La Federación Comercial tiene otros planes. Si os quedáis os matarán.

Sio Bibble se acercó a la reina.

—¡No se atreverán!

—¡La necesitan para que firme un tratado que legalice esta invasión suya! —observó el capitán Panaka—. ¡No pueden permitirse acabar con su vida!

La mirada de la reina fue de un rostro a otro, y un destello de incertidumbre apareció en sus ojos.

—La situación no es lo que parece —insistió Qui-Gon—. Está ocurriendo algo más, alteza. Las acciones de la Federación carecen de lógica. Mi instinto me dice que os descubrirán.

Una sombra de auténtica alarma cruzó por el rostro de Sio Bibble mientras el Jedi terminaba de hablar, y sus hoscas facciones se dulcificaron levemente.

—Quizá tenga razón, alteza —murmuró—. Nuestra única esperanza es que el Senado se ponga de nuestra parte en este asunto. El senador Palpatine necesitará vuestra ayuda.

El capitán Panaka no pensaba lo mismo.

—Aunque lográramos salir del planeta no podríamos atravesar su bloqueo, alteza. Un intento de huida sería demasiado peligroso...

—Me quedaré aquí y haré lo que esté en mi mano, alteza —le interrumpió Sio Bibble, mirando a Panaka y sacudiendo la cabeza—. Si quieren mantener alguna apariencia de orden, entonces deberán permitir que el Consejo de Gobernadores continúe ejerciendo sus funciones. Pero vos debéis iros...

La reina Amidala alzó la mano para poner punto final a la discusión. Dando la espalda a su gobernador y su jefe de seguridad, y también a los Jedi, se volvió hacia sus doncellas, que no se habían separado de ella en ningún momento.

—Hagamos lo que hagamos, todas correremos un gran riesgo... —dijo en voz baja y suave mientras su mirada iba de un rostro a otro.

Qui-Gon la contempló, perplejo e incapaz de imaginarse qué clase de ayuda esperaba obtener de sus doncellas.

Las doncellas, cuyos rostros eran apenas visibles dentro de los confines de sus capuchas rojas y doradas, cambiaron rápidas miradas. Ninguna dijo nada.

Finalmente, una de ellas habló.

—Somos valientes, alteza —anunció Padmé con voz firme y decidida.

Las alarmas seguían sonando.

—Si vais a marcharos, alteza, tendrá que ser ahora —la apremió Qui-Gon.

La reina Amidala se irguió y asintió.

—Que así sea. Compareceré ante el Senado y le expondré nuestra situación. —Miró a Sio Bibble—. Tened mucho cuidado, gobernador.

Sostuvo la mano del gobernador entre sus dedos por unos segundos y después hizo una seña a tres de sus doncellas. Las que no habían sido elegidas se echaron a llorar. Amidala las abrazó y les dirigió palabras de ánimo. El capitán Panaka, a su vez, ordenó a dos de sus guardias que se quedaran con las doncellas y Sio Bibble.

Los Caballeros Jedi entraron por la puerta lateral y echaron a andar hacia el transporte, disponiéndose a abrir paso a Jar Jar y los naboos.

—No os alejéis de nosotros —les advirtió Qui-Gon por encima del hombro.

El capitán Panaka, con expresión de solemne seriedad, se puso a su lado.

—Necesitaremos un piloto para la nave. —Señaló a un grupo de prisioneros naboos que estaban siendo vigilados por un pelotón de androides de combate en un rincón del hangar. Las insignias de sus uniformes indicaban una mezcla de guardias, pilotos y mecánicos—. Ahí.

—Yo me ocuparé de eso —declaró Obi-Wan, y fue hacia los cautivos.

Qui-Gon y los demás siguieron avanzando y comenzaron a cruzar el hangar, dirigiéndose en línea recta hacia el navío de la reina sin prestar ninguna atención a los androides de combate que ya se habían puesto en movimiento para interceptarlos. Qui-Gon se percató de que la rampa de abordaje del transporte estaba bajada. Más androides de combate convergían hacia ellos, curiosos pero todavía sin alarmarse.

—No os detengáis por nada —le dijo a la reina, sacó su espada de luz de debajo de la capa.

Estaban a unos veinte metros del transporte de la soberana cuando fueron interceptados por el androide de combate más cercano, quien con voz metálica preguntó:

—¿Adónde vais?

—Quítate de en medio —le ordenó Qui-Gon—. Soy un embajador del canciller supremo, y voy a llevar a estas personas a Coruscant.

El androide alzó rápidamente su arma y se interpuso en el camino del Maestro Jedi.

—¡Quedas arrestado!

Unos segundos después la espada de luz de Qui-Gon lo había convertido en chatarra. Más androides de combate llegaron a la carrera para detener al Jedi, quien les plantó cara en solitario mientras sus protegidos subían a bordo de la nave nubiana. El capitán Panaka y los guardias naboos formaron un escudo protector para la reina y sus doncellas mientras éstas subían corriendo por la rampa. Jar Jar Binks las siguió, sujetándose la cabeza con sus largos brazos.

Haces láser procedentes de todas las direcciones hendieron el aire, y nuevas alarmas comenzaron a sonar.

En el otro extremo de hangar, Obi-Wan Kenobi se lanzó sobre los androides de combate que mantenían cautivos a los pilotos naboos y se abrió paso entre ellos con una feroz serie de mandobles. Qui-Gon siguió su avance, enfrentándose a otra acometida de los androides de combate que intentaban recuperar el transporte de la reina y detenía sus haces láser en un desesperado esfuerzo por mantener despejada la rampa de abordaje. Obi-Wan ya corría hacia él seguido de unos naboos que le pisaban los talones. Una estela de explosiones tembló a su alrededor, abrasando el metal y la carne de una mortífera erupción de llamas láser. Varios naboos cayeron, pero los androides de combate no lograron detener al Jedi.

Mientras Obi-Wan pasaba corriendo junto a él, Qui-Gon le gritó que despegara cuanto antes.

Más androides de combate estaban apareciendo en las puertas del hangar y abrían fuego con sus armas. Qui-Gon retrocedió a lo largo de la rampa de abordaje, subiendo por ella hacia el interior tenuemente iluminado del transporte. La rampa se elevó una vez que hubo entrado y se cerró con un suave siseo.

Los motores Headcon-5 comenzaron a funcionar antes de que el Maestro Jedi pudiera llegar a la cabina principal para dejarse caer sobre un asiento. Un diluvio de haces láser golpeó los flancos de la nave, pero ésta ya estaba deslizándose sobre el suelo del hangar. El piloto, con la frente reluciente de sudor y un gesto de concentración en el curtido rostro de veterano, se inclinó sobre el panel de mandos y extendió las manos hacia las palancas de control.

—Agarraos —dijo.

El transporte nubiano salió disparado por las puertas del hangar y, abriéndose paso a través de los androides de combate y los haces láser, despegó de la ciudad de Theed para

elevarse hacia el cielo azul bañado por el sol. El planeta de Naboo quedó atrás en cuestión de segundos y la nave siguió subiendo en dirección a la oscuridad del espacio, avanzando en un veloz arco hacia la formación repentinamente visible de navíos de combate de la Federación Comercial que se interponía en su camino.

Qui-Gon se levantó de su asiento, fue a la cabina y se detuvo junto al piloto.

—Ric Olié —anunció éste, alzando los ojos hacia el Jedi—. Gracias por habernos ayudados ahí fuera.

Qui-Gon asintió.

—Más vale que te guardes la gratitud para cuando nos hayamos ocupado de lo que hay ahí arriba.

El piloto sonrió animosamente.

—Entendido. ¿Qué hacemos con esos chicarrones? Nuestras comunicaciones siguen estando interferidas.

—Limítate a mantener el rumbo. —Qui-Gon se volvió hacia Obi-Wan—. Asegúrate de que todo el mundo está bien sujeto —añadió mientras su mirada se posaba en Jar Jar Binks, que ya estaba de pie y había comenzado a inspeccionar todo cuanto lo rodeaba.

El joven Jedi cogió al gungano de la mano y, tirando de ella, se lo llevó consigo a través de la puerta de la cabina principal hasta el compartimiento contiguo. Haciendo caso omiso de las protestas de Jar Jar, Obi-Wan miró alrededor en busca de un sitio donde confinar a aquella criatura tan molesta. Una pequeña puerta de seguridad encima de la que había escrito ANDROIDES ASTROMECÁNICOS atrajo su atención, y Obi-Wan desactivó el pestillo y empujó al gungano al interior del compartimiento que había al otro lado.

—No te muevas de ahí —le ordenó, fulminándolo con la mirada—. Y no te metas en líos.

Jar Jar Binks vio que la puerta se cerraba detrás de él y después miró alrededor. Cinco androides astromecánicos R2 idénticos —pequeñas unidades de distintos colores— estaban alineados junto a una pared, con las luces apagadas y los motores desconectados. Las cinco unidades, cuyo grueso cuerpo cilíndrico aparecía flanqueado por dos sólidos brazos de sujeción, no dieron ninguna señal de que fueran conscientes de la presencia de Jar Jar. El gungano se paseó por delante de ellas, esperando ser detectado. Quizá no estar activadas, pensó. Quizá ni siquiera estar vivas.

—Hola. Eh, vosotros —dijo, agitando las manos—. Éste ser un largo viaje a algún sitio, ¿verdad?

No obtuvo respuesta. Jar Jar extendió la mano hacia la unidad R2 más cercana, un androide de un vivo color rojo, y le golpeó suavemente la cabeza con la punta de sus dedos. El contacto produjo un sonido a hueco, y la cabeza ascendió unos cuantos centímetros sobre el cuerpo cilíndrico.

—¡Vaya! —exclamó Jar Jar, muy sorprendido.

Miró en torno, preguntándose por qué el Jedi le había metido allí dentro cuando todo el mundo estaba arriba. Aquí abajo no haber mucho que hacer, pensó desconsolado. Al parecer no haber mucha actividad, ¿eh?

Lleno de curiosidad, puso las manos sobre la cabeza del androide rojo y tiró suavemente de ella.

—¿Esto abrirse? —murmuró. Tiró un poco más. Algo pareció atascarse, y Jar Jar tiró con más fuerza—. Esto... ¡Ooops!

La cabeza se soltó de su marco sustentador y un amasijo de cables e hilos metálicos brotó del orificio de conexión de la cabeza. Jar Jar se apresuró a volver a ponerla en su sitio y apartó cautelosamente sus manos de tres dedos de la cabeza del androide rojo.

—Oh, oh, oh —murmuró, mirando alrededor con nerviosismo para cerciorarse de que nadie le había visto.

Jar Jar recorrió la hilera de androides, todavía buscando algo con lo que ocupar su tiempo. No quería estar en aquel compartimiento, pero sospechaba que no debía tratar de salir de allí. El más joven de los dos Jedi, el que le había encerrado, no parecía tenerle mucho aprecio. Si lo sorprendía intentando huir de allí, aún le cogería más manía.

Unas explosiones resonaron cerca del transporte; eran disparos de cañón. La nave se bamboleó en respuesta a una serie de andanadas que habían fallado el blanco por muy poco.

Jar Jar miró desesperadamente en torno y descubrió que aquel sitio había dejado de gustarle.

Las luces ambientales comenzaron a parpadear, y el transporte se estremeció. Jar Jar gimoteó y se hizo un ovillo en un rincón. Se produjeron más explosiones, y el transporte fue zarandeado de un lado a otro.

—Estamos perdidos —balbuceó el aterrorizado gungano—. Mal asunto ser éste, sí.

Y de repente la nave comenzó a girar como si estuviera atrapada en un remolino. Jar Jar gritó y se abrazó a una vigueta para evitar ser arrojado contra las paredes. Todas las luces del compartimiento se encendieron, y los androides se activaron de pronto. Uno a uno, comenzaron a soltar pitidos y zumbidos. Liberados de sus soportes de sujeción, salieron de sus huecos para rodar hacia la escotilla que había en un extremo del compartimiento..., todos salvo el R2 rojo, que rodó en línea recta hacia una pared, chocó con ella y se desplomó, perdiendo unos cuantos componentes más debido al impacto.

La unidad R2 pintada de azul se detuvo por un momento delante de su congénere rojo cuando pasó por delante de él y después se alejó a toda prisa, soltando un estridente chirrido que hizo que el gungano se apresurara a apartarse de su camino.

Una tras otra, las cuatro unidades R2 entraron en el ascensor y fueron aspiradas hacia la parte superior de la nave.

Abandonado en el compartimiento de almacenaje con el androide que había saboteado sin querer, Jar Jar Binks soltó un gemido de desesperación.

08

Obi-Wan Kenobi acababa de volver a entrar en la sala de control del transporte cuando las explosiones comenzaron a hacer vibrar la nave. Por el ventanal vio a un gigantesco navío de combate de la Federación Comercial acercarse a ellos con todos sus cañones disparando. Las detonaciones sacudieron al transporte de la reina con tal violencia que lo desviaron de su trayectoria. Las manos enguantadas de Ric Olié se tensaron sobre las palancas de dirección en un desesperado esfuerzo por recuperar el control de la esbelta nave.

—¡Deberíamos abortar la maniobra, señor! —le gritó el piloto a Qui-Gon, que permanecía inmóvil a su lado con la mirada fija en el navío de combate—. ¡Nuestros escudos deflectores no podrán seguir soportando semejante castigo durante mucho tiempo!

—Mantén el curso —ordenó el Maestro Jedi sin inmutarse, echando un vistazo a los controles—. ¿Dispones de un sistema de enmascaramiento?

—¡Esto no es una nave de guerra! —rugió el capitán Panaka, fulminando al Maestro Jedi con la mirada como si le estuviera acusando de haberlos traicionado—. ¡No tenemos armas, embajador! ¡Somos un pueblo pacífico, lo que explica por qué la Federación Comercial se ha atrevido a atacarnos!

Una serie de explosiones zarandeó al transporte nubiano y las luces del panel de control parpadearon. Una alarma comenzó a sonar, estridente y furiosa. El transporte se estremeció y los niveles de energía propulsora fluctuaron por unos segundos, arrancando un zumbido quejumbroso a los motores.

—No tenemos armas —jadeó Qui-Gon. Obi-Wan, inmóvil junto a él, sintió el peso de la impasible pero decidida mirada de su mentor cuando éste se volvió hacia él. Una mano se posó sobre el hombro de Ric Olié. La Federación Comercial utiliza las ondas de pulsación para hacer puntería. Haz que la nave gire sobre su eje. Eso hará que les resulte más difícil obtener una lectura de nuestra posición.

El piloto asintió, accionó una serie de palancas e hizo que el transporte nubiano iniciara una lenta rotación. El navío de combate ocupó todo el ventanal delante de ellos, y de repente pareció volverse borroso. El vehículo de la reina aceleró y salió disparado hacia la nave enemiga, dejando atrás torteas y portillas, hangares y estabilizadores, para meterse por un pasadizo de cañonazos y afiladas protuberancias metálicas. Un haz láser les dio de lleno, arrancando un chorro de chispas y humo a una de las planchas del casco y haciendo que la nave se saliera del curso. Por un instante giraron por el espacio, dando tumbos y totalmente fuera de control.

Después Ric Olié tiró enérgicamente de las palancas de dirección y el casco del navío de combate comenzó a alejarse de ellos.

—Algo va mal —anunció el piloto, luchando con los controles mientras sentía que la nave se estremecía debajo de él—. ¡Los escudos han caído!

Siguieron dando vueltas alrededor del descomunal casco del navío de combate de la Federación Comercial, volando tan cerca de él que el enemigo ya no podía utilizar las baterías de mayor calibre sino sólo las piezas más pequeñas. Pero sin escudos, incluso un impacto parcial podía resultar desastroso.

—¡Enviando a la dotación de reparaciones! —gritó Olié, y accionó una palanca.

Una compuerta se abrió junto al ventanal y una hilera de androides astromecánicos emergió de ella para salir al casco del transporte. La nave por fin se enderezó y recuperó el curso. Los androides rodaron rápidamente por el casco, localizando los daños mientras Ric Olié trataba de mantenerse dentro de la sombra del navío de combate en un esfuerzo por protegerlos.

Sin embargo, surgió una nueva amenaza. Incapaz de utilizar el armamento de su navío de combate de manera efectiva, los comandantes de la Federación Comercial lanzaron al espacio una escuadrilla de cazas estelares. Los cazas, pequeñas y esbeltas naves de ataque robotizadas, consistían en dos compartimientos gemelos unidos a una cabeza redondeada. Conforme salían de los hangares del navío de combate entre un rugir de motores, los compartimientos se iban abriendo para revelar unos peligrosos cañones láser. Los cazas avanzaron a lo largo de la nave madre, buscando al transporte de la reina. Veloces y altamente maniobrables, eran capaces de operar muy cerca del casco del navío de combate. Unos segundos después ya estaban encima del transporte y abrían fuego sobre él. Ric Olié intentó ponerse a cubierto y ganar velocidad. Dos de las unidades R2 quedaron destruidas de inmediato, una por un impacto directo y la segunda cuando no pudo seguir agarrándose al casco del transporte.

En la pantalla visora se podía ver que la unidad R2 azul trabajaba frenéticamente para conectar los cables dejados al descubierto por una plancha agujereada. Los haces láser destellaban a su alrededor, pero la unidad no interrumpió sus esfuerzos. El cuarto androide, que estaba trabajando cerca de ella, desapareció entre una nube de fragmentos metálicos y llamas láser.

Ahora sólo quedaba la unidad azul, todavía ocupada entre la acometida de los cazas estelares de la Federación Comercial. Algo cambió en las lecturas de la cabina, y Ric Olié dejó escapar un grito de aprobación.

—¡Los escudos vuelven a estar levantados! ¡Ese pequeño androide lo ha conseguido!

El piloto empujó las palancas de control y el transporte salió disparado hacia delante para alejarse en una vertiginosa trayectoria, no tardando en dejar atrás al navío de combate y los cazas estelares mientras el bloqueo de la Federación Comercial y el planeta de Naboo iban empequeñeciéndose rápidamente detrás de ellos.

La unidad R2 giró sobre sí misma, rodó rápidamente hacia la escotilla y desapareció por ella.

Apenas estuvieron lo bastante lejos de cualquier presencia de la Federación Comercial, Ric Olié llevó a cabo un concienzudo examen de los controles, evaluando los daños e intentando determinar qué reparaciones sería preciso efectuar. Obi-Wan, sentado en el asiento del copiloto, le ayudaba en lo que podía. Qui-Gon y el capitán Panaka

permanecían de pie detrás de ellos, esperando su informe. La reina y el resto de los naboos habían sido llevados a otros compartimientos.

—No podemos ir muy lejos —anunció Ric Olié, meneando la cabeza con expresión dubitativa—. El hiperimpulsor pierde.

Qui-Gon Jinn asintió.

—Tendremos que aterrizar en algún sitio para hacer las reparaciones necesarias. ¿Qué hay por ahí afuera?

Ric Olié cargó una carta estelar, y todos se inclinaron sobre el monitor y comenzaron a estudiarla.

—Aquí maestro —dijo Obi-Wan, sus agudos ojos detectando la única opción que tenía algún sentido—. Tatooine. Es pequeño y pobre, y está muy lejos de las grandes rutas. Atrae muy poca atención. La Federación Comercial carece de presencia allí.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó el capitán Panaka.

Qui-Gon le miró.

—Tatooine se halla bajo el control de los hutts.

—¿Los hutts? —admitió Panaka, sobresaltado.

—Es arriesgado —admitió Obi-Wan—, pero no hay ninguna alternativa razonable.

El capitán Panaka no parecía muy convencido.

—¡No pueden llevar a su alteza real allí! ¡Los hutts son unos delincuentes que trafican con esclavos! Si descubrieran quién era...

—Si fuéramos a un planeta de un sistema controlado por la Federación Comercial estaríamos exactamente igual —le interrumpió Qui-Gon—. La diferencia reside en que los hutts no están buscando a la reina, lo cual nos proporciona una ventaja.

El jefe de seguridad de la reina abrió la boca para replicar, pero después se lo pensó mejor. El capitán Panaka se limitó a respirar hondo, con evidente frustración, y se volvió.

Qui-Gon Jinn miró a Ric Olié y le dio una palmadita en el hombro.

—Pon rumbo a Tatooine.

En una remota sala de conferencias del navío insignia de la Federación Comercial, Nute Gunray y Rune Haako ocupaban asientos contiguos en una larga mesa y contemplaban nerviosamente un holograma de Darth Sidious proyectado sobre la cabecera de la mesa. El holograma rielaba con los movimientos de la oscura capa del Señor del Sith, creando un mosaico de pequeños matices que los neimoidianos eran incapaces de interpretar.

El Señor del Sith no había sido convocado. Los neimoidianos habrían estado encantados de que Darth Sidious hubiera decidido no comunicarse con ellos durante todo aquel día. Pero el Señor del Sith, que siempre parecía presentir de alguna manera inexplicable cuándo algo no iba bien, había aparecido sin que se lo llamara. Después de pedir que le informaran de los progresos de la invasión, Darth Sidious se sentó para escuchar el relato de Nute Gunray, y desde entonces había permanecido en silencio.

—Controlamos todas las ciudades de los sectores norte y oeste del territorio de Naboo —estaba explicando el virrey—, y hemos comenzado a registrar la zona en busca de cualquier otro centro urbano donde pueda organizarse alguna clase de resistencia...

—Sí, sí —le interrumpió Darth Sidious de pronto, con cierto tono de impaciencia en su voz suave y melodiosa—. Lo habéis hecho muy bien. Y ahora, ejecutad a todos sus altos cargos. Hacedlo discretamente, pero que no quede ni uno solo con vida. —Hizo una pausa—. ¿Y la reina Amidala? ¿Ha firmado el tratado?

Nute Gunray tragó saliva y dijo con un hilo de voz:

—Ha desaparecido, mi señor. Una nave logró huir...

—¿Que una nave logró huir? —siseó amenazadoramente el Señor del Sith.

—Un crucero naboo consiguió eludir el bloqueo...

—¿Y cómo escapó Amidala, virrey?

Nute Gunray miró a Rune Haako en busca de ayuda, pero su congénere estaba paralizado de terror.

—Los Jedi, mi señor. Lograron llegar hasta ella, acabaron con sus guardias...

Darth Sidious se estiró dentro de los pliegues de su túnica como un enorme felino, y un destellar de sombras tembló dentro de la capucha que ocultaba su rostro.

—¡Encuéntrela, virrey! ¡Quiero que ese tratado sea firmado!

—No hemos podido localizar la nave que escapó, mi señor —admitió el neimoidiano, deseando que el suelo se lo tragara allí mismo.

—¡Virrey!

—¡Apenas hubo atravesado el bloqueo intentamos perseguirla, pero consiguió huir! Ahora está fuera de nuestro alcance...

Un brazo envuelto en pliegues oscuros hendió el aire, interrumpiéndole.

—No para un Señor del Sith —murmuró Darth Sidious.

Algo rieló en el fondo del holograma, y una figura surgió de la oscuridad detrás de Darth Sidious. Nute Gunray quedó paralizado de horror, pues estaba contemplando a un segundo Señor del Sith. Pero allí donde Darth Sidious era una vaga presencia que se confundía con las sombras, aquel nuevo Señor del Sith constituía una visión realmente aterradora. Su rostro era una máscara de dibujos rojos y negros como tatuados en su piel, y su cráneo desprovisto de pelo terminaba en una corona de cuernos cortos y curvos. Sus relucientes ojos amarillos se clavaron en los neimoidianos, atravesando sus defensas, desnudándolos y olvidándose desdeñosamente de ellos en cuanto vieron lo insignificantes y estúpidos que eran.

—Éste es lord Maul, mi aprendiz —dijo Darth Sidious en voz baja y suave, rompiendo el repentino silencio—. Él encontrará vuestra nave perdida, virrey.

El holograma tembló y desapareció, sumiendo en el silencio la sala de conferencias. Los neimoidianos siguieron sentados sin moverse, sin mirarse siquiera el uno al otro, con sus ojos de reptil fijos en el espacio que había ocupado el holograma.

—Esto se nos está yendo de las manos —dijo finalmente Nute Gunray con voz estrangulada por la tensión, mientras pensaba que sus planes para sabotear el impuesto

sobre las rutas comerciales nunca habían contemplado la posibilidad de que muriesen durante el proceso.

Rune Haako consiguió asentir.

—No deberíamos haber hecho este trato. ¿Qué pasará cuando los Jedi se enteren de que estamos haciendo negocios con esos Señores del Sith?

Nute Gunray, con las manos tensamente entrelazadas delante de él, no se atrevió a aventurar una respuesta.

A bordo del transporte de la reina, los Jedi aguardaban junto al capitán Panaka y la unidad R2 superviviente mientras el capitán informaba a la reina de los acontecimientos que habían acompañado a su huida a través del bloqueo de la Federación Comercial. Amidala, sentada entre sus tres doncellas con su blanco rostro enmarcado por el tocado negro, escuchaba atentamente al capitán sin apartar los ojos de su cara.

—Somos muy afortunados al poder contar con los servicios de esta unidad astromecánica, alteza —concluyó Panaka, bajando la mirada hacia la cúpula azul del androide—. Es pequeño pero está extremadamente bien programado. Sin duda salvó la nave, por no mencionar nuestras vidas.

Amidala asintió y volvió la mirada hacia el androide.

—Un comportamiento encomiable, desde luego. ¿Cuál es su número?

El pequeño androide azul, cuyas luces se encendían y apagaban conforme procesaba la conversación, emitió una serie de pitidos y zumbidos. El capitán Panaka se inclinó sobre él, limpió un gran manchón negro que oscurecía la carcasa metálica del androide y volvió erguirse.

—R2-D2, alteza.

La reina Amidala se inclinó hacia delante y una esbelta mano blanca se extendió para acariciar la cúpula del androide.

—Gracias, R2-D2. Has demostrado que eres tan leal como valiente. —Amidala miró por encima del hombro—. Padmé.

Una de sus doncellas se adelantó. Qui-Gon Jinn, que había estado escuchando la conversación sin prestarle demasiada atención mientras pensaba en los problemas que les esperaban en Tatooine, vio que era la joven que había apoyado a la reina cuando ésta decidió huir de Naboo. Frunció el entrecejo. Aunque en realidad las cosas no habían ocurrido exactamente de aquella manera...

—Ocúpate de limpiar a este pequeño androide —le estaba diciendo la reina a la joven—. R2 se ha ganado nuestra gratitud. —Se volvió hacia Panaka—. Siga con su informe, capitán.

Panaka, visiblemente incómodo, miró a los Caballeros Jedi.

—Nos dirigimos hacia un planeta remoto llamado Tatooine —explicó, y luego se calló, pues no quería decir nada más sobre el tema.

—Ese sistema queda fuera del alcance de la Federación Comercial —intervino Qui-Gon—. Una vez allí, podremos efectuar las reparaciones necesarias; después seguiremos viaje hacia Coruscant.

—Tatooine es muy peligroso, alteza —señaló el capitán Panaka, que seguía teniendo sus propias ideas acerca de aquella cuestión—. Está controlado por los hutts, y los hutts son unos delincuentes que trafican con esclavos. Los Jedi han decidido ir allí, pero yo no estoy de acuerdo con ellos.

La reina miró a Qui-Gon. El Maestro Jedi le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Debéis confiar en mí, alteza.

—¿Debo hacerlo? —preguntó Amidala suavemente. Volvió la mirada hacia sus doncellas, y sus ojos fueron de un rostro a otro para acabar posándose en el de Padmé. La joven no se había movido de su lado, pero de repente pareció recordar que se le había encomendado una tarea.

Padmé dirigió una rápida inclinación de la cabeza a la reina y se dispuso a ocuparse de la unidad R2. Amidala se dirigió nuevamente a Qui-Gon—. Estamos en vuestras manos —dijo, y ya no se volvió a hablar del asunto.

Jar Jar Binks seguía encerrado en el almacén de androides cuando la unidad R2 volvió a entrar en él a través de la escotilla y los naboos aparecieron unos instantes después para llevársela. Al parecer no habían recibido ninguna clase de órdenes acerca del gungano, por lo que se fueron sin decirle nada. Al principio Jar Jar no se atrevió a abandonar su encierro, pues todavía se acordaba de la mirada que le había lanzado el joven Jedi al ordenarle que se quedara allí y no se metiera en líos. El gungano sólo había obedecido la primera parte de la orden, y no estaba muy seguro de querer tentar al destino.

Pero la curiosidad y el nerviosismo pudieron más que él. El transporte había dejado de dar vueltas, el ataque de la Federación Comercial había cesado, y las alarmas de advertencias habían sido desconectadas. Todo estaba tranquilo, y el gungano no veía ninguna razón por la que tuviera que seguir encerrado en aquel compartimiento minúsculo ni un solo segundo más.

Jar Jar abrió la puerta, asomó su picudo rostro por el hueco para echar un vistazo y, después de dirigir cautelosamente de un lado a otro sus zarcillos oculares sin ver a nadie, tomó una decisión. Salió del depósito de androides y fue a dar un paseo por los corredores de la nave, asegurándose de escoger una ruta que le mantuviera lo más alejado posible de la cabina, donde era más probable que estuvieran los Jedi. Esperaba que en cualquier momento alguien le dijese que volviera al sitio del que había salido, pero nadie lo hizo, por lo que Jar Jar comenzó a inspeccionar todo lo que encontraba en su camino, teniendo mucho cuidado con lo que tocaba pero, aun así, incapaz de resistir la tentación de investigar todos aquellos misterios.

Estaba siguiendo un estrecho pasillo que comunicaba los niveles inferiores del transporte con el compartimiento principal cuando pasó por delante de una escotilla. Jar Jar metió la cabeza por el hueco y vio que una doncella de la reina estaba limpiando a la unidad astromecánica R2 con un trapo viejo.

—¡Eh, hola! —gritó.

Tanto la doncella como la unidad R2 se sobresaltaron, la joven dejó escapar un chillido y el androide emitió un estridente pitido. Después de sobresaltarse a su vez, Jar Jar se deslizó cautelosamente por la abertura.

—Yo lamentar —se disculpó, avergonzado por haberles dado tal susto—. Yo no pretendía asustaros. ¿Todo bien?

La joven sonrió.

—Oh, sí. Ven aquí.

Jar Jar se acercó a ella, estudiando el estado del androide mientras lo hacía.

—Yo encontrar aceitador ahí atrás. ¿Tú necesitarlo?

La joven asintió.

—No me iría mal. Nuestro pequeño amigo está hecho un auténtico desastre.

Jar Jar volvió a deslizarse por el hueco de la escotilla, buscó a tientas por unos instantes, localizó el aceitador que recordaba haber visto y se lo llevó a la joven.

—¿Esto ayudar?

—Gracias —dijo la joven, tomando el aceitador que le ofrecía.

Padmé levantó la tapa, echó un poco de aceite en el trapo y comenzó a frotar la cúpula de la unidad R2 con él.

—Yo Jar Jar Binks —se presentó Jar Jar pasados unos momentos, decidiendo que aquella naboo era muy agradable y que correría el riesgo de tratar de seguir conversando con ella.

—Yo soy Padmé —repuso la joven—. Sirvo a su alteza la reina Amidala. Éste es R2-D2. —Quitó una mancha negra de la carcasa del androide—. Eres un gungano, ¿verdad?

Jar Jar asintió, y sus largas orejas chocaron con su cuello.

—¿Cómo has acabado aquí con nosotros? —preguntó ella.

Jar Jar reflexionó brevemente antes de contestar.

—Yo no saber con exactitud. El día comenzar bien con la salida del sol. Yo estar comiendo almejas y entonces de repente, ¡bum! Haber mecánicos por todas partes, volando y buscando... Yo asustarme mucho. Entonces un Jedi llegar corriendo, y yo agarrarme a Quiggon, y luego mecánicos pasarnos por encima y después los tres bajar por el fondo del lago hasta Otoh Gunga y el jefe Nass... —Se calló, pues no sabía qué más podía decir. Padmé asentía, animándole a continuar. R2 emitió un pitido—. Esto ser todo. Yo no saber qué estar pasando, pero, ¡pum! ¡Yo aquí! —Se sentó en el suelo y se encogió de hombros—. Asustarme mucho, mucho.

Su mirada fue de la joven al androide. Padmé seguía sonriendo y R2 soltó otro pitido, y Jar Jar pensó que se sentía muy a gusto con ellos.

En la cabina, Ric Olié estaba dirigiendo el transporte hacia un voluminoso planeta amarillo que iba llenando el ventanal a medida que se aproximaban a su superficie. Los Jedi y el capitán Panaka estaban junto a él, examinando por encima de su hombro los mapas de superficie que Olié había hecho aparecer en los monitores.

—Tatooine —confirmó Obi-Wan, sin dirigirse a nadie.

Ric Olié señaló uno de los mapas de las pantallas.

—Ahí hay una población que debería tener lo que necesitamos... Parece un espaciopuerto —dijo—. Se llama Mos Espa —añadió, alzando la mirada hacia los Jedi.

—Aterriza cerca de la ciudad —ordenó Qui-Gon Jinn—. No queremos atraer la atención.

El piloto asintió e inició la trayectoria de descenso. Unos momentos bastaron para que guiara al transporte a través de la atmósfera del planeta hacia una extensión desértica junto a la ciudad.

La nave nubiana aterrizó en medio de un torbellino de polvo y quedó suspendida sobre sus soportes de descenso. Mos Espa brillaba tenuemente en la lejanía, a través del reverbero del calor del mediodía.

Qui-Gon Jinn envió a su protegido a desconectar el hiperimpulsor y al capitán Panaka a que informara a la reina de que habían llegado. Después salió de la cabina para cambiarse de ropa e ir al espaciopuerto y se encontró con Jar Jar Binks, Padmé y la pequeña unidad R2.

Qui-Gon se detuvo ante ellos, y comprendió que si iba a la ciudad solo, sus habitantes quizá se fijaran más en él que si iba acompañado.

—Prepárate, Jar Jar —dijo tras reflexionar por unos segundos—. Vas a venir conmigo. El androide también vendrá.

Qui-Gon siguió andando sin mirar atrás. El gungano le vio alejarse, primero con incredulidad y luego con horror. Cuando consiguió reaccionar, el Jedi ya había desaparecido. Jar Jar echó a correr detrás de él soltando un gemido de consternación, y nada más entrar en el compartimiento principal se encontró con Obi-Wan, que estaba sacando el hiperimpulsor de las entrañas de la nave.

—¡Obi-señor! —jadeó, cayendo de rodillas delante del joven Jedi—. ¡Por favor, yo no quiero ir con Quiggon!

Obi-Wan tampoco quería que el gungano acompañe a su maestro, pero sabía que el decirlo no serviría de nada.

—Lo siento, pero Qui-Gon tiene razón. Mos Espa es un espaciopuerto multinacional y un centro comercial. Si le acompañáis, Qui-Gon no llamará tanto la atención como si fuera solo —explicó, volviendo nuevamente la cabeza hacia el hiperimpulsor y frunciendo el entrecejo—. Espero... —murmuró.

Jar Jar se levantó y se acercó lentamente a R2-D2, con los labios apretados en un gesto de preocupación. El androide astromecánico emitió un zumbido de simpatía, y después trató de darle ánimos soltando una serie de chasquidos.

Qui-Gon reapareció, vestido ahora como un granjero con pantalones, túnica y un poncho. Pasó junto a ellos y se inclinó sobre Obi-Wan, que estaba estudiando el hiperimpulsor.

—¿Qué has descubierto?

El joven rostro de Obi-Wan se ensombreció.

—El generador está destrozado. Necesitaremos uno nuevo.

—Ya me lo imaginaba. —El Maestro Jedi se arrodilló junto a su protegido—. Bueno, estamos tan cerca del extremo de la galaxia que no podemos arriesgarnos a hablar con Coruscant. La comunicación podría ser interceptada, y eso revelaría nuestra posición. Tendremos que confiar en nuestros propios recursos. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. No permitas que nadie envíe una transmisión mientras estoy fuera. Ten mucho cuidado, Obi-Wan. Percibo una perturbación en la Fuerza.

Obi-Wan levantó la vista hasta que sus ojos se encontraron con los de Qui-Gon.

—Yo también la percibo, maestro. Tendré cuidado.

Qui-Gon se incorporó, llamó a Jar Jar y a la unidad R2 con un ademán y bajó por la rampa de abordaje hasta el suelo del planeta. Una alfombra de arena desierta se alejaba en todas direcciones, interrumpida únicamente por gigantescas formaciones rocosas y el lejano horizonte urbano de Mos Espa. Los soles gemelos que daban vida al planeta azotaban la superficie con un resplandor tan intenso y abrasador como si estuvieran decididos a recuperar toda la vida que le habían concebido. El calor brotaba de la arena en temblorosas oleadas, y el aire era tan seco que absorbía la humedad de la garganta y las fosas nasales.

Jar Jar lanzó la mirada hacia el cielo, estirando los zarcillos oculares mientras fruncía el pico en una mueca de consternación.

—Este sol va a dejar sin pieles a este gungano —masculló.

A una señal de Qui-Gon, echaron a andar..., o, en el caso de la unidad R2, a rodar. Una extraña caravana de animales, jinetes, carros y plataformas antigravitatorias apareció recortada sobre el lejano horizonte como un tembloroso espejismo, siluetas deformadas y contrahechas que amenazaban con evaporarse en un abrir y cerrar de ojos. Jar Jar siguió mascullando entre dientes, pero nadie le prestaba atención.

No habían llegado muy lejos cuando un grito les hizo volverse. Dos figuras corrían hacia ellos desde el transporte. Cuando estuvieron más cerca, Qui-Gon distinguió al capitán Panaka y a una joven vestida con toscas ropas de campesina. Se detuvo y esperó a que los alcanzaran, un fruncimiento de ceño oscureciendo sus rasgos leoninos.

Panaka estaba sudando.

—Su alteza le ordena que se lleve a la doncella con usted —dijo—. Quiere que Padmé le acompañe para que, de ese modo, después pueda informar a su alteza de todo lo que hagan en...

—Su alteza ya ha dado suficientes órdenes por hoy, capitán —le interrumpió Qui-Gon, sacudiendo la cabeza—. Mos Espa no va a ser un sitio agradable para...

—La reina así lo desea —dijo hoscamente Panaka a su vez, decidido a no aceptar una negativa por respuesta—. No ha podido ser más clara. Desea saber todo lo posible sobre este planeta.

La joven dio un paso adelante y clavó sus oscuros ojos en el rostro de Qui-Gon.

—He recibido clases de defensa personal. Hablo varias lenguas. No tengo miedo. Sé cuidar de mí misma.

El capitán Panaka suspiró y contempló la nave por encima del hombro.

—No me obligue a volver allí para decirle que se niega a obedecer sus órdenes.

Qui-Gon titubeó, dispuesto a hacer precisamente eso. Después volvió a mirar a Padmé, vio fortaleza en sus ojos y cambió de parecer. Quizá les fuese útil. Viajando con una joven darían la impresión de que eran una familia que había decidido cambiar de domicilio y presentarían un aspecto menos agresivo.

El Maestro Jedi asintió.

—No dispongo de tiempo para discutir este asunto, capitán. Sigo pensando que no es una buena idea, pero que venga con nosotros. —Lanzó una mirada de advertencia a Padmé—. No te alejes de mí.

Reanudó la marcha y los demás le siguieron. El capitán Panaka, visiblemente aliviado, siguió con la mirada a la extraña comitiva formada por un Maestro Jedi, una doncella, un gungano y una unidad astromecánica mientras los cuatro se alejaban por el paisaje desértico en dirección a Mos Espa.

09

La tarde todavía no estaba muy avanzada cuando los integrantes del pequeño grupo mandado por Qui-Gon Jinn llegaron a Mos Espa y se dirigieron hacia el centro del espaciopuerto. Mos Espa era muy grande, y la confusión de abigarradas estructuras y construcciones de distintos estilos le conferían la forma de una serpiente que se hubiera enroscado sobre la arena en un intento de escapar del calor. Los edificios rematados por cúpulas tenían gruesos muros curvados que servían como protección contra las altas temperaturas, y las tiendas y los puestos callejeros disponían de toldos y pequeños porches cubiertos que proporcionaban un poco de sombra a sus vendedores. Las anchas calles estaban llenas de seres de todas las formas y tamaños, la mayoría procedentes de otros planetas. Algunos montaban eopies del desierto. Banthas domesticados, enormes y con grandes cuernos, y pesados herbívoros de las llanuras tiraban de carretas, plataformas y carros que avanzaban sobre ruedas u orugas mecánicas, desplazando de un lado a otro las mercancías y artículos del intenso tráfico comercial que unía los pequeños puertos de Tatooine con los planetas de otros sistemas estelares.

Qui-Gon decidió mantener los ojos bien abiertos. Allí había rodianos, dugs y otras criaturas cuyos propósitos siempre eran sospechosos. La mayoría de los transeúntes no parecían prestarle ninguna atención. Uno o dos se volvieron para mirar a Jar Jar, pero se apresuraron a olvidarse de él apenas le hubieron echado un vistazo. La pequeña comitiva no tendría que hacer ningún esfuerzo para pasar inadvertida. En Mos Espa eran tantas las criaturas de todas las especies que la aparición de una más no significaba nada.

—Tatooine es la base de operaciones de Jabba el Hutt, quien controla la mayor parte del tráfico de artículos ilegales, esclavos y mercancías robadas, que constituye la primera fuente de riqueza del planeta —le estaba explicando Qui-Gon a Padmé. Ya había estado en Tatooine, aunque hacía varios años de eso—. Jabba controla los espaciopuertos y las ciudades, así como todas las zonas habitadas. El desierto pertenece a los jawas, que recogen todo lo que pueden encontrar para venderlo o cambiarlo por otras mercancías, y a los tuskens, un pueblo nómada que cree tener derecho a robar a cuantos se cruzan en su camino.

El Maestro Jedi hablaba en voz baja y suave. La joven caminaba en silencio a su lado, fijándose en cuanto les rodeaba. Androides de todos los tamaños trabajaban diligentemente al servicio de alienígenas vestidos con ropajes del desierto, y los deslizadores iban y venían junto a ellos.

—También hay unas cuantas granjas —prosiguió Qui-Gon—, pequeñas instalaciones aisladas que aprovechan el clima; en su mayor parte son granjas de humedad cultivadas por nativos de otros planetas que no forman parte de los recuperadores de chatarra y las tribus indígenas y no están relacionados con los hutts. —Recorrió la calle con la mirada—. Tatooine es un lugar inhóspito y peligroso, y casi nadie viene aquí. Los tres o cuatro espaciopuertos de que dispone se han convertido en el refugio ideal para aquellos que no desean ser encontrados.

Padmé alzó los ojos hacia él.

—Como nosotros —dijo.

Las moles peludas de un par de banthas domesticados que parecían estar medio dormidos avanzaban pesadamente por la ancha avenida, abriendo paso a un tren de plataformas cargadas de bloques de piedra y vigas metálicas, con las cabezas cornudas inclinadas hacia el suelo y levantando espesas nubes de polvo y arena con cada torpe paso que daban con sus patas almohadilladas. Su conductor dormitaba sobre la primera plataforma, minúsculo e insignificante bajo la sombra de los banthas.

Jar Jar Binks, que volvía la cabeza de un lado a otro como si intentara desprendérsela de los hombros y dirigía la mirada en todas direcciones, intentaba no separarse del Jedi y la joven.

Nada de lo que veía le resultaba familiar o agradable. Miradas amenazadoras le seguían al pasar. Ojos penetrantes le medían de arriba abajo, intentando determinar si podrían utilizarlo de maneras en las que no quería ni pensar. Las expresiones eran desafiantes en el mejor de los casos, y abiertamente hostiles en el peor. Aquel sitio no le gustaba nada, y Jar Jar habría preferido estar en cualquier parte antes que en Mos Espa.

—Esto ser muy malo. —Tragó saliva, intentando disipar una repentina sequedad de garganta causada por algo más que el calor—. ¡Nada de bueno tener este lugar! —Jar Jar dio un paso sin mirar por donde iba y se encontró hundido hasta los tobillos en una hedionda sustancia viscosa—. Oh, oh. ¡Esto ser asqueroso!

R2 rodaba animadamente junto a él, soltando pitidos y trinos mecánicos en un fútil intento de convencer al gungano de que todo iba bien.

Llegaron al final de la calle principal del espaciopuerto y enfilaron una calleja lateral que llevaba a una pequeña plaza llena de chatarrerías y tiendas que vendían componentes usados.

Qui-Gon contempló los montones de partes motrices, paneles de control y chips de comunicaciones recuperados de deslizadores y naves estelares.

—Bien, vamos a probar suerte con alguno de esos traficantes de piezas —dijo, señalando una tienda al lado de la que había una especie de vertedero lleno de transportes viejos y pilas de componentes.

Entraron por la puerta de la tienda y fueron recibidos por una regordeta criatura de color azul que se precipitó sobre ellos como una sonda espacial fuera de control, agitando las minúsculas alas a tal velocidad que apenas si eran visibles.

—*Hi chubba da nago?* —preguntó ásperamente con una vocecita gutural, curioso por saber cuál era el motivo de su presencia allí.

Un toydariano, pensó Qui-Gon. Podía reconocer a un toydariano en cuanto lo veía, pero no sabía gran cosa sobre la especie.

—Necesito piezas para un transporte nubiano J tipo 327 —repuso.

Irradiando un deleite casi palpable, esbozó una especie de sonrisa que dejó sus dientes al descubierto y emitió una serie de extraños chasquidos.

—¡Ah, sí! ¡Un transporte nubiano! Tenemos montones de componentes para esos modelos. —Sus sagaces ojos bulbosos fueron de un rostro a otro, y acabaron posándose en el del gungano—. ¿Qué es eso?

Jar Jar se ocultó temeroso, detrás de Qui-Gon.

—Oh, nadie importante —dijo el Maestro Jedi, evitando responder a la pregunta del toydariano—. ¿Puedes ayudarnos o no?

—¿Puedes pagarme o no? ¡Eso es lo que quiero saber! —Los flacos brazos azules se cruzaron desafiantemente sobre el rechoncho torso mientras el toydariano los contemplaba con desdén—. ¿Qué clase de chatarra buscas exactamente, granjero?

—Mi androide tiene un listado de lo que necesito —contestó Qui-Gon, bajando la mirada hacia la unidad R2.

—*Peedunkel! Nada dee unko!* —chilló el toydariano, volviendo la cabeza para mirar por encima del hombro mientras seguía batiendo las alas delante de la nariz de Qui-Gon.

Un chiquillo despeinado y bastante sucio vino corriendo del recinto donde se acumulaba la chatarra y se detuvo delante de ellos. Vestía unos harapos manchados de grasa y a juzgar por su expresión parecía temer que fueran a darle una paliza en cualquier momento. El toydariano se encaró con él y alzó una mano, y el chico se apresuró a encogerse ante su amo.

—¿Por qué has tardado tanto?

—*Mel tass cho-pass kee* —respondió el chico, examinando a los recién llegados con una rápida mirada de sus ojos azules—. Estaba limpiando el vertedero tal como me dijiste que...

—*Chut-chut!* —El toydariano alzó las manos en un gesto de irritación—. ¡Olvídate del vertedero! ¡Vigila la tienda! ¡He de hacer unas cuantas ventas! Bien, vayamos fuera —añadió, volviéndose hacia sus clientes—. Enseguida encontraréis lo que os hace falta.

Salió disparado hacia el recinto de la chatarra, haciendo frenéticas señas con las manos a Qui-Gon de que lo siguiera. El Jedi así lo hizo, con R2 rodando detrás de él. Jar Jar fue hasta un estante y cogió un trozo de metal de aspecto bastante extraño, intrigado por su forma, y comenzó a preguntarse qué sería.

—No toques nada —le advirtió, tajante, Qui-Gon por encima del hombro.

Jar Jar dejó el trozo de metal en el estante y, clavando la mirada en la espalda de Qui-Gon, le sacó la lengua en señal de desafío. Cuando el Jedi hubo salido de la tienda, Jar Jar volvió a coger el trozo de metal.

Anakin Skywalker no podía apartar los ojos de la joven. Se había fijado en ella nada más entrar en la tienda de Watto e incluso antes de que éste dijera nada, y desde entonces no había podido dejar de mirarla. Apenas oyó al toydariano cuando éste le dijo que vigilara la tienda. Apenas reparó en la criatura de extraño aspecto que había entrado con ella y que estaba husmeando por los estantes y los cubos llenos de piezas. La joven acabó por percatarse de que Anakin la estaba observando, pero ni siquiera entonces pudo dejar de mirarla.

Anakin fue hasta una sección despejada del mostrador, se subió a ella y se dedicó a contemplarla mientras fingía limpiar una célula transmisora. La joven había comenzado a devolverle la mirada, y su incomodidad inicial estaba convirtiéndose en curiosidad. Era esbelta y no muy alta, con largos cabellos castaños trenzados, ojos pardos y un rostro que a Anakin le parecía tan hermoso que no había nada con lo que pudiera compararlo. Vestía las toscas ropas de una campesina, pero parecía muy segura de sí misma.

La joven le dirigió una sonrisa afable y divertida, y Anakin, confuso y asombrado, pensó que iba a derretirse allí mismo y tragó aire.

—¿Eres un ángel? —susurró.

La joven lo miró extrañada.

—¿Cómo has dicho?

—Te he preguntado si eres un ángel. —Anakin se irguió—. Me parece que viven en las lunas de Iego. Son las criaturas más hermosas del universo. Son buenas y amables, y tan bonitas que incluso los piratas espaciales más crueles se echan a llorar como niños en cuanto las ven.

—Nunca había oído hablar de ellas —repuso la joven, poniendo cara de no entender nada.

—Debes de ser un ángel —insistió Anakin—. Lo que pasa es que quizá no lo sepas.

—Eres un chico muy raro. —La sonrisa de diversión volvió a aparecer en sus labios—. ¿Cómo es que sabes tantas cosas?

Anakin le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros.

—Escucho a todos los comerciantes y pilotos que vienen a la tienda. —Volvió la mirada hacia el patio de la chatarra—. Soy piloto, ¿sabes? Algún día subiré a una nave y me iré de este lugar.

La joven fue hasta un extremo del mostrador, desvió la mirada y después volvió a contemplarle.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde que era muy pequeño... Me parece que entonces tenía tres años. Mi mamá y yo fuimos vendidos a Gardulla la Hutt, pero nos apostó en una carrera de módulos y Watto acabó quedándose con nosotros. Watto es mucho mejor amo que ella, ¿sabes?

La joven lo miró, horrorizada.

—¿Eres un esclavo?

La forma en que lo preguntó hizo que Anakin se sintiera avergonzado y furioso a la vez.

—¡Soy una persona! —exclamó en tono desafiante.

—Perdona —se apresuró a disculparse ella, al parecer muy incómoda—. Supongo que no lo acabo de entender. Nunca había estado aquí antes, y todo me parece muy extraño.

Anakin la estudió en silencio por unos instantes, pensando en otras cosas y queriendo decírselas, pero al final no se atrevió.

—Yo también te encuentro un poco extraña —se limitó a decir—. Me llamo Anakin Skywalker —añadió, bajando las piernas del mostrador.

La joven se alisó los cabellos.

—Y yo me llamo Padmé Naberrie.

La criatura que la acompañaba volvió a la parte delantera de la tienda y se inclinó sobre un grueso cuerpo de androide con una nariz bulbosa. Llena de curiosidad, la criatura empujó la punta de la nariz con un dedo. Varias armazones se extendieron instantáneamente en todas las direcciones posibles, y largos miembros metálicos giraron para ocupar sus posiciones prefijadas.

Los motores del androide vibraron y zumbaron, y la máquina cobró vida y comenzó a avanzar. El extraño compañero de Padmé la siguió con un gemido de consternación y la rodeó con los brazos para tratar de detenerla, pero el androide siguió avanzando por la tienda, tirando al suelo todo aquello con lo que entraba en contacto.

—¡Dale en la nariz! —gritó Anakin sin poder contener la risa.

La criatura siguió sus instrucciones y comenzó a descargar frenéticos puñetazos sobre la nariz del androide. El efecto fue inmediato: el androide se detuvo, y sus brazos y piernas se retrajeron y sus motores se desconectaron automáticamente. Tanto Anakin como Padmé se estaban riendo, y su hilaridad aumentó todavía más cuando vieron la expresión que acababa de aparecer en el picudo rostro de la infortunada criatura.

Anakin y Padmé se miraron a los ojos. Poco a poco, los dos dejaron de reír. Padmé alzó la mano para alisarse nerviosamente los cabellos, pero no desvió la mirada.

—Voy a casarme contigo —declaró el chico de repente.

Se produjo un breve silencio, después del cual Padmé volvió a soltar una risa musical que Anakin encontró deliciosamente agradable. La criatura que la acompañaba hizo girar sus zarcillos oculares de un lado a otro.

—Hablo en serio —insistió Anakin.

—Eres un chico muy raro —señaló Padmé, dejando de reír—. ¿Por qué dices eso?

Anakin titubeó.

—Supongo que porque lo pienso... —murmuró él, deslumbrado por la sonrisa de Padmé.

—Bueno, pues me temo que no puedo casarme contigo... —repuso Padmé, y después hizo una pausa al ver que no podía recordar su nombre.

—Anakin —dijo él.

—Anakin —Padmé ladeó la cabeza—. No eres más que un chiquillo.

Anakin se encaró con ella y clavó los ojos en su rostro.

—No siempre lo seré —replicó suavemente.

***

En el patio donde estaba la chatarra, Watto estudiaba la pantalla de un banco portátil de memoria que sostenía en una mano mientras repasaba su inventario con un dedo de la

otra. Qui-Gon, con los brazos cruzados sobre su poncho de granjero y la unidad R2 junto a él, esperaba pacientemente.

—Ah, aquí está. ¡Un generador de hiperimpulsión T-14! —Las alas del toydariano zumbaban frenéticamente mientras éste flotaba delante de la cara del Jedi y señalaba la pantalla visora con un dedo nudoso—. Estás de suerte. Soy el único comerciante de la zona que dispone de uno. Pero ya puestos, también podrías comprar una nave nueva. Te saldría más barato. Y hablando de barato, ¿cómo vas a pagar todo esto, granjero?

Qui-Gon reflexionó por unos segundos antes de contestar.

—Tengo unos veinte mil datarios de la República que puedo...

—¿Créditos de la República? —exclamó Watto, hecho una furia—. ¡Aquí los créditos de la República no sirven de nada! Necesito algo mejor que eso, algo de valor...

El Maestro Jedi meneó la cabeza.

—No tengo nada más. —Alzó una mano y la agitó ante el rostro del toydariano—. Pero los créditos servirán.

—¡No, no sirven! —replicó ásperamente Watto con irritación.

Qui-Gon frunció el entrecejo y después volvió a agitar la mano ante el rostro del alienígena regordete, recurriendo a todo el poder de su sugestión Jedi.

—Los créditos servirán —repitió.

Watto soltó un bufido.

—¡No, no sirven! —repitió—. ¿Y qué te crees que estás haciendo, moviendo la mano de un lado a otro de esa manera? ¿Te piensas que eres un Jedi o qué? ¡Ja! ¡Soy un Toydariano! Los trucos mentales no funcionan conmigo. ¡Conmigo lo único que funciona es el dinero! ¡Si no hay dinero, no hay piezas y no hay trato! ¡Y nadie más tiene un generador de hiperimpulsión T-14, eso puedo garantizártelo!

Qui-Gon, furioso y disgustado, echó a andar hacia la tienda con la unidad R2 pegada a los talones. El toydariano les gritó que volvieran cuando tuvieran algo de valor que ofrecerle, y después comenzó a acusar al Maestro Jedi de haber intentado timarlo con sus créditos de la República. Qui-Gon entró en la tienda en el instante mismo en que Jar Jar cogía una pieza de la base de un montón, con lo que todas las demás cayeron con estrépito. Sus esfuerzos por solucionar el problema hicieron que el contenido de un segundo estante también acabara esparcido por el suelo.

El chico y la doncella de la reina estaban hablando sin prestar la menor atención al gungano.

—Nos vamos —le anunció Qui-Gon a la joven, mientras se disponía a abandonar la tienda con la unidad R2 rodando detrás de él.

Jar Jar, que sólo pensaba en huir del escenario de su último desastre, se apresuró a seguirlos.

Padmé miró al chico y sonrió.

—Me alegro de haberte conocido, Anakin —dijo, y echó a andar detrás de sus compañeros.

—Yo también —repuso Anakin, y su tono dejó muy claro lo mucho que lamentaba verla partir.

Watto llegó volando desde el patio donde estaba la chatarra, sacudiendo la cabeza con expresión de disgusto.

—¡Ah, estas gentes de fuera! ¡Se creen que como vivimos tan lejos de todo somos unos ignorantes!

Anakin, con los ojos clavados en el hueco de la puerta de entrada, seguía lanzando miradas anhelantes a la joven que se alejaba.

—Pues a mí me han parecido muy agradables.

Watto resopló y se le plantó delante de la cara.

—¡Recoge todo eso, y luego puedes irte a casa!

A Anakin se le iluminó el rostro y, soltando un grito de alegría, se puso a trabajar.

Qui-Gon condujo a sus compañeros a través de la pequeña plaza de las chatarrerías en dirección a la avenida principal. Cuando llegaron a un sitio en el que dos edificios se dividían para formar un hueco oscuro, el Maestro Jedi los llevó a todos hacia las sombras y sacó su comunicador de debajo de su poncho. Padmé y la unidad R2 esperaron pacientemente sin moverse, pero Jar Jar se dedicó a ir de un lado a otro como si estuviera enjaulado, mirando con nerviosismo la calle llena de vehículos y transeúntes.

Cuando Obi-Wan respondió a la llamada del comunicador, Qui-Gon le informó rápidamente de la situación.

—¿Estás seguro de que no queda nada de valor a bordo? —concluyó.

Se produjo una pausa al otro extremo de la línea.

—Unos cuantos contenedores de suministros, el guardarropa de la reina y tal vez unas cuantas joyas. No tenemos nada lo bastante valioso para que consigas llegar a un acuerdo con ese comerciante, y menos con las cantidades de las que me has hablado.

—Muy bien —repuso Qui-Gon, ceñudo—. Ya encontraremos otra solución. Me mantendré en contacto.

Se guardó el comunicador debajo del poncho e hizo una seña a los demás. Qui-Gon ya había echado a andar hacia la calle cuando Jar Jar lo cogió del brazo.

—Otra vez no, señor —suplicó el gungano—. Aquí todos estar muy locos. ¡Vamos a ser robados y aplastados!

—No lo creo —replicó Qui-Gon con un suspiro, soltándose—. No tenemos nada de valor. Ése es nuestro problema.

Mientras andaban calle abajo, Qui-Gon intentaba pensar qué harían a continuación. Padmé y R2 trataron de mantenerse lo más cerca posible de él al tiempo que se abrían paso a través de la multitud, pero Jar Jar, distraído por todos aquellos olores y formas extraños, comenzó a quedarse rezagado. Pasaron por delante de un café al aire libre cuyas mesas estaban ocupadas por alienígenas de aspecto bastante temible, entre los que había un dug que intentaba convencer a los demás de lo maravillosas que eran las carreras de módulos. Jar Jar echó a correr para alcanzar a sus compañeros, pero entonces vio una hilera de ranas colgada de un alambre delante de un puesto callejero cercano. Se detuvo,

pues sintió que se le hacía la boca agua. Llevaba algún tiempo sin comer. Jar Jar miró alrededor para comprobar si alguien le estaba observando, y después extendió su larga lengua y cogió una de las ranas, que desapareció dentro de su boca en un abrir y cerrar de ojos.

Por desgracia la rana todavía estaba atada al alambre y Jar Jar, por cuya boca salía el cordel, descubrió que no podía moverse.

El vendedor corrió hacia él.

—¡Eh, eso serán siete truguts!

Jar Jar buscó a sus compañeros con la mirada, pero éstos ya habían desaparecido.

Desesperado, decidió olvidarse de la rana, que salió de su boca como disparada por una catapulta y quedó suspendida del extremo del cordel repentinamente tensado. Después comenzó a rebotar de un lado a otro hasta que, finalmente liberada, aterrizó en la sopa del dug para cubrirlo de líquido viscoso.

El flaco y desgarbado dug se levantó de un salto, hecho una furia, y vio al desgraciado Jar Jar cuando éste intentaba alejarse del vendedor de ranas. Cruzó la mesa a cuatro patas y un instante después estaba encima del gungano y lo agarraba por el cuello.

—*Chubba!* ¡Tú! —gruñó el dug, agitando su hocico fibroso en una temblorosa convulsión de palpos y mandíbulas—. ¿Esto es tuyo?

El dug agitó amenazadoramente la rana delante de la cara del gungano. Jar Jar, que tosía y boqueaba intentando recuperar el aliento mientras trataba de soltarse, no podía articular palabra.

Sus ojos giraron frenéticamente de un lado a otro en busca de una ayuda que no estaba allí.

Otras criaturas, entre las que se encontraban varios rodianos, avanzaron hasta formar un corro en torno a él. El dug tiró a Jar Jar al suelo, comenzó a gritarle y se inclinó sobre él. El gungano se debatió desesperadamente, tratando de ponerse a salvo.

—No, no —gimoteó en tono quejumbroso mientras buscaba el modo de escapar—. ¿Por qué siempre yo?

—Porque estás asustado —repuso calmosamente una voz.

Anakin Skywalker se abrió paso a través del gentío y se detuvo junto al dug. El chico no parecía tenerle ningún miedo, y tampoco se dejó impresionar por las miradas amenazadoras de la multitud. En lugar de ello, tranquilo e impasible, lanzó una mirada de advertencia al dug.

—*Chess ko*, Sebulba —dijo—. Ten cuidado. Tu amigo está muy bien relacionado.

Sebulba se volvió hacia Anakin, y una mueca de desdén retorció sus crueles facciones cuando vio al recién llegado.

—*Tooney rana dunko, shag?* —preguntó con aspereza, exigiendo saber a qué se refería el chico.

Anakin se encogió de hombros.

—Digamos que es uña y carne con... los hutts. —Los ojos azules se clavaron en el dug y percibieron un destello de miedo en su rostro—. Tu pequeño amigo tiene

conexiones en los niveles más altos, Sebulba. No quiero ver cómo te hacen picadillo antes de que hayamos tenido ocasión de volver a correr.

El dug soltó un bufido de furia.

—*Neek me chawa!* ¡La próxima vez que corramos será la última para ti, *wermo! Uto notu wo shag!* —chilló, gesticulando violentamente—. ¡Si no fueras un esclavo, te aplastaría aquí mismo!

Tras lanzar una última mirada al tembloroso Jar Jar, Sebulba giró sobre sus talones, y él y sus compañeros volvieron a sus mesas, su comida y sus bebidas. Anakin siguió al dug con la mirada.

—Sí, sería una pena que tuvieras que indemnizar a Watto por mi culpa —murmuró.

Estaba ayudando a Jar Jar a levantarse cuando Qui-Gon, Padmé y R2, que por fin habían echado de menos al gungano, reaparecieron a toda prisa por entre la multitud.

—¡Hola! —los saludó jovialmente Anakin, alegrándose de volver a ver a Padmé tan pronto—. Vuestro amigo estaba a punto de ser convertido en puré anaranjado. Se le ocurrió meterse con un dug especialmente peligroso.

—¡No señor, no señor! —insistió el consternado gungano, sacudiéndose el polvo y la arena—. Yo odio aplastamientos. ¡Eso ser última cosa que yo querer!

Qui-Gon examinó a Jar Jar, contempló a la multitud y cogió del brazo al gungano.

—Aun así, el chico te ha salvado de recibir una paliza —dijo—. Veo que tienes una gran habilidad para meterte en líos, Jar Jar. Gracias, mi joven amigo —añadió, dirigiendo una inclinación de cabeza a Anakin.

Padmé le sonrió, y el chico sintió que se ruborizaba de puro orgullo.

—¡Yo no hacer nada! —insistió Jar Jar, alzando las manos para dar más énfasis a sus palabras mientras seguía tratando de defenderse.

—Estabas asustado —le dijo el chico, alzando los ojos para contemplar solemnemente el rostro terminado en un largo pico—. El miedo atrae a los que tienen miedo. Sebulba intentaba vencer su miedo haciéndote puré. —Ladeó la cabeza y agregó—: Tener menos miedo evitaría que te metieras en tantos líos.

—¿Y a ti te da resultado? —preguntó Padmé en tono de escepticismo, lanzándole una mirada maliciosa.

Anakin sonrió y se encogió de hombros.

—Bueno... Hasta cierto punto.

Anakin, que quería pasar el mayor tiempo posible con la joven, persuadió al grupo de que lo siguiera por la calle hasta un puesto de frutas, una precaria estructura formada por un improvisado toldo lleno de agujeros extendido sobre un armazón de postes medio torcidos. Una plataforma inclinada hacia la calle contenía cajas llenas de fruta de vivos colores. Una anciana canosa y encorvada, que vestía ropas gastadas y muy remendadas, se levantó de un taburete para saludarles en cuanto vio que venían hacia ella.

—¿Qué tal te encuentras hoy, Jira? —preguntó Anakin, dándole un rápido abrazo.

La anciana sonrió.

—Ya sabes que el calor nunca me ha sentado bien, Annie.

—Ah, pues tengo una sorpresa para ti —repuso el chico con una sonrisa de oreja a oreja—. He encontrado esa unidad refrigeradora que andaba buscando. Está hecha un desastre, pero te prometo que no tardaré en tenerla reparada. Eso debería ayudar.

Jira tendió el brazo para acariciarle la rosada mejilla con una mano arrugada, y con una amplia sonrisa dijo:

—Eres un chico estupendo, Annie.

Anakin quitó importancia al elogio encogiéndose de hombros y comenzó a examinar la fruta.

—Me llevaré cuatro pallies, Jira —dijo, volviendo la mirada hacia Padmé—. Te gustarán.

Metió la mano en el bolsillo para coger los truguts que había estado ahorrando, pero cuando los sacó para pagar a Jira, uno de ellos se le cayó al suelo. El granjero, que estaba junto a él, se agachó para recogerlo. Cuando lo hizo, el poncho se le entreabrió lo suficiente para que el chico pudiera ver la espada de luz colgada del cinturón.

Anakin abrió desmesuradamente los ojos pero disimuló su sorpresa concentrándose en las monedas. Descubrió que sólo tenía tres.

—Creía tener más —se apresuró a decir sin levantar la mirada—. Que sean tres pallies, Jira. De todos modos no tengo mucha hambre.

La anciana entregó sus pallies a Qui-Gon, Padmé y Jar Jar y tomó las monedas que le ofrecía Anakin. Una ráfaga de viento bajó por la calle, haciendo temblar los postes e hinchando el toldo. Una segunda ráfaga levantó nubes de polvo que se arremolinaron en el aire.

Jira se restregó los brazos con las nudosas manos.

—Vaya, me duelen los huesos. Se aproxima una tormenta, Annie. Será mejor que te vayas a casa.

El viento se intensificó en una serie de bruscas ráfagas que llenaron el aire de arena y papeles. Anakin echó un vistazo al cielo y después miró a Qui-Gon.

—¿Tenéis algún sitio donde poneros a cubierto?

El Maestro Jedi asintió.

—Volveremos a nuestra nave. Gracias de nuevo, mi joven amigo, por...

—¿Está muy lejos vuestra nave? —le interrumpió el chico.

Tenderos y vendedores cerraban puertas y ventanas, recogían sus puestos, llevaban las mercancías al interior de los locales y tapaban los expositores y las cajas.

—Está junto a las afueras de la ciudad —repuso Padmé, volviendo la cabeza para protegerse los ojos de las nubes de arena.

Anakin la cogió de la mano y tiró de ella.

—Nunca llegaréis allí a tiempo. Las tormentas de arena son muy peligrosas. Venid conmigo.

Podéis quedaros en mi casa hasta que se haya calmado el viento. No está muy lejos, y a mi madre no le importará. ¡Vamos, deprisa!

Con el vendaval aullando a su alrededor y el aire lleno de arena, Anakin Skywalker le gritó un adiós a Jira y se apresuró a alejarse por la calle con sus recién adoptadas responsabilidades.

A poca distancia de Mos Espa, Obi-Wan Kenobi esperaba junto a la proa del transporte nubiano mientras el viento, que arreciaba, agitaba su túnica y azotaba las extensiones desérticas de Tatooine. Inquieto, miraba fijamente la lejanía, donde Mos Espa comenzaba a desaparecer detrás de una cortina de arena. Obi-Wan se volvió hacia la rampa del transporte cuando el capitán Panaka bajó para reunirse con él.

—Esa tormenta los obligará a ir más despacio —observó el joven Jedi con evidente preocupación.

Panaka asintió.

—Parece bastante violenta. Será mejor que sellemos la nave antes de que empeore.

El comunicador del soldado emitió un pitido y Panaka lo descolgó de su cinturón.

—¿Sí?

La voz de Ric Olié brotó de la rejilla del aparato.

—Estamos recibiendo un mensaje de casa.

Panaka y Obi-Wan cambiaron una rápida mirada.

—Ahora mismo vamos —dijo el capitán.

Subieron a toda prisa por la rampa y, una vez en el interior de la nave, sellaron la entrada. La transmisión había sido recibida en los aposentos de la reina. Ric Olié les indicó por dónde tenían que ir, el joven Jedi y el capitán se encontraron a Amidala y sus doncellas, Eirtaé y Rabé, contemplando un holograma de Sio Bibble que rielaba tenuemente en un extremo del compartimiento, mientras la voz del gobernador temblaba entre interferencias.

—...cortado todos los suministros de comida hasta que regreséis... situación catastrófica, y cada vez hay más muertos... debo inclinarme ante sus deseos, alteza... —La imagen y la voz de Sio Bibble se esfumaron por un instante y luego volvieron a aparecer, todavía enturbiadas por las interferencias—. ¡Os suplico que nos digáis qué debemos hacer! Si podéis oírme, alteza, poneros cuanto antes en contacto conmigo...

La transmisión se interrumpió con un último parpadeo, y el silencio engulló la voz del gobernador. La reina Amidala permaneció inmóvil, mirando fijamente el vacío dejado por el holograma, con cara de preocupación. Movía nerviosamente las manos sobre el regazo, sin poder evitarlo.

La reina volvió la mirada hacia Obi-Wan, y el joven Jedi se apresuró a menear la cabeza.

—Es una treta. No respondáis, alteza. No enviéis ninguna clase de transmisión.

Amidala le contempló en silencio por unos segundos como si no supiera qué hacer, y después asintió. Obi-Wan salió de sus aposentos sin decir palabra, esperando fervientemente haber tomado la decisión correcta.

10

La tormenta de arena aullaba a través de las calles de Mos Espa en un torbellino asfixiante y cegador que tiraba de la ropa y desnudaba la piel con una fuerza implacable. Anakin llevaba cogida de la mano a Padmé para no perderla, mientras el granjero, la criatura anfibia y la unidad R2 avanzaban detrás de ellos, tratando de llegar a la vivienda del barrio de esclavos en que vivía el chico antes de que fuera demasiado tarde. Otros residentes y visitantes pasaban con paso vacilante por su lado, con la misma intención; llevaban la cabeza gacha, el rostro tapado y el cuerpo encorvado como bajo el peso de la edad. Un eopie asustado chillaba en algún lugar.

Oscurecida por la arena y las partículas de roca, la luz había adquirido una extraña tonalidad gris amarillenta, y los edificios de Mos Espa habían desaparecido tras una cortina de polvo.

Mientras luchaba por abrirse paso a través de la tormenta, los pensamientos de Anakin no podían estar más alejados de ella. Pensaba en Padmé, en que tenía la ocasión de llevarla a su hogar para que conociera a su madre, y en cómo podría mostrarle sus proyectos y seguir cogiéndola de la mano durante un rato más. Anakin se sintió invadido por una oleada de emoción deliciosamente intensa y, al mismo tiempo, levemente inquietante. Se sentía orgulloso de sí mismo. También estaba pensando en el granjero..., suponiendo que fuera un granjero, porque Anakin estaba casi seguro de que no lo era. Llevaba una espada de luz, y sólo los Jedis llevaban espadas de luz. El chico apenas se atrevía a albergar la esperanza de que un auténtico Jedi visitase su casa, pero el instinto de Anakin insistía en que eso era exactamente lo que había ocurrido, y que aquel pequeño grupo había sido conducido hasta él por algún motivo misterioso y emocionante.

Finalmente, pensó en sus sueños y en todas las esperanzas que abrigaba para él y su madre, y se dijo que de aquel encuentro inesperado quizá surgiese algo maravilloso, algo que cambiara su vida para siempre.

Llegaron al barrio de los esclavos, una aglomeración de viviendas miserables amontonadas una sobre la otra de tal manera que parecían hormigueros y donde cada complejo compartía los mismos muros y una serie de pequeñas escaleras. La plaza que se extendía delante de ellas estaba casi vacía, pues la tormenta de arena obligaba a todo el mundo a buscar refugio. Anakin guió a sus compañeros hasta la puerta de su hogar, en el que se apresuró a entrar.

—¡Mamá! ¡Ya estoy en casa, mamá! —anunció con gran excitación.

Las paredes de adobe, encaladas y muy limpias, brillaban bajo la mezcla de claridad solar enturbiada por la tormenta que entraba a través de las pequeñas ventanas protegidas por arcos, y el difuso resplandor eléctrico de las lámparas del techo. Se hallaban en la habitación principal, una pequeña estancia dominada por una mesa y varias sillas. Una cocina ocupaba una pared, y un área de trabajo otra. Varias puertas llevaban a los dormitorios y los cuartos contiguos.

Fuera, el viento aullaba junto a las puertas y las ventanas arrancando una nueva capa de piel al enlucido de las paredes.

Jar Jar Binks miró alrededor con una mezcla de curiosidad y alivio.

—Esto ser muy acogedor —murmuró.

La madre de Anakin entró en la habitación procedente de un área de trabajo contigua, limpiándose las manos en su vestido de tela barata. Shmi tenía cuarenta años, y se había recogido la larga cabellera castaña en la nuca para que no le cayera sobre el rostro cansado y surcado de arrugas. Había sido hermosa, y Anakin hubiese dicho que lo seguía siendo, pero el tiempo y las penalidades ya habían dejado su marca en ella. Shmi acogió a su hijo con una sonrisa afable, que se esfumó en cuanto vio que no estaba solo.

—¡Oh, cielos! —exclamó, volviendo la vista de un rostro a otro—. ¿Qué es todo esto, Annie?

Anakin estaba radiante.

—Son unos amigos míos, mamá. —Miró a Padmé con una sonrisa—. Ésta es Padmé Naberrie. Y éste es... —Se calló—. Vaya, me parece que no sé cómo os llamáis —admitió.

Qui-Gon se adelantó.

—Soy Qui-Gon Jinn, y éste es Jar Jar Binks —dijo el Jedi señalando al gungano, que agitó las manos en una especie de rápido aleteo.

La unidad R2 emitió un suave pitido.

—Y éste es R2, nuestro androide —informó Padmé.

—Estoy construyendo un androide —dijo Anakin, que ardía en deseos de enseñarle su proyecto—. ¿Quieres verlo?

—¡Anakin! —La voz de su madre dejó paralizado al chico—. ¿Por qué están aquí, Anakin? —preguntó Shmi con expresión hosca.

Anakin la miró, desconcertado.

—Hay una tormenta de arena, mamá. Escucha.

Su madre alzó la cabeza hacia la puerta y después miró por las ventanas. El viento aullaba en torno a la casa.

—Su hijo ha tenido la amabilidad de ofrecernos refugio —explicó Qui-Gon—. Nos conocimos en la tienda en la que trabaja.

—¡Vamos! —insistió Anakin, volviendo a coger de la mano a Padmé—. Deja que te enseñe mi androide.

Tiró de Padmé para llevarla a su dormitorio, iniciando una detallada explicación de lo que estaba haciendo mientras andaba. La joven le siguió de buena gana, escuchándole atentamente. R2 fue con ellos, emitiendo pitidos en respuesta a las palabras del chico.

Jar Jar se quedó donde estaba, sin dejar de mirar alrededor como si quisiera que alguien le indicara qué debía hacer. Qui-Gon y la madre del chico se contemplaban en un incómodo silencio. Los granos de arena golpeaban el grueso cristal de las ventanas con un rápido e incesante repiqueteo.

—Soy Shmi Skywalker —se presentó la mujer, ofreciéndole la mano—. Anakin y yo estamos encantados de tenerlos en casa.

Qui-Gon, que ya había evaluado la situación y sabía lo que requería, metió la mano debajo de su poncho y sacó cinco pequeñas cápsulas de una bolsa que colgaba de su cinturón.

—Ya sé que no nos esperaba. Tome estas cápsulas: contienen comida suficiente para una cena.

Shmi las cogió.

—Gracias —dijo, levantando la vista y volviendo a bajarla—. Muchísimas gracias. Siento haber estado un poco brusca. Supongo que nunca me acostumbraré a las sorpresas de Anakin.

—Es un chico muy especial —dijo Qui-Gon.

Shmi volvió a alzar los ojos hacia él, y la mirada que le lanzó sugería que compartían un secreto de gran importancia.

—Sí —murmuró Shmi—. Ya lo sé.

En su dormitorio, Anakin le estaba enseñando C-3PO a Padmé. El androide yacía sobre su banco de trabajo, momentáneamente desactivado porque Anakin todavía estaba fabricando su piel metálica. Ya había completado el cableado interno, pero el torso, los brazos y las piernas de C-3PO aún no disponían de ninguna cobertura. Un ojo también estaba fuera de su hueco, esperando allí donde lo había dejado Anakin después de atornillar el refractor visual la noche anterior.

Padmé se inclinó sobre el hombro del chico y estudió minuciosamente al androide.

—¿Verdad que es magnífico? —preguntó Anakin, esperando nerviosamente su reacción—. Todavía no está terminado, pero pronto lo estará.

—Es maravilloso —repuso la joven, sinceramente impresionada.

Anakin se ruborizó, orgulloso.

—¿De verdad te gusta? Es un androide de protocolo..., para ayudar a mamá. ¡Mira!

Activó a C-3PO accionando su interruptor de energía, y el androide se irguió de inmediato.

Anakin corrió de un lado a otro en una apresurada búsqueda, acabó encontrando el ojo que faltaba encima de su banco de trabajo y lo introdujo en la cuenca correspondiente.

C-3PO los miró.

—¿Cómo están? Soy un androide de protocolo entrenado en y diestro sobre parientes de los organismos cibernéticos..., costumbres y humanos...

—Bien —se apresuró a decir Anakin—, aún está un poco desorientado.

Cogió una herramienta de largo mango terminada en un designador electrónico, la introdujo con sumo cuidado en una toma de la cabeza de C-3PO y después dio unas cuantas vueltas al mango, estudiando las lecturas mientras lo hacía girar. Cuando lo tuvo ajustado en la posición deseada, pulsó un botón del mango y C-3PO reaccionó estremeciéndose unas cuantas veces.

Cuando Anakin extrajo el designador, el androide se levantó del banco de trabajo y se volvió hacia Padmé.

—¿Qué tal está? Soy C-3PO, relaciones humanos-organismos cibernéticos. ¿En qué puedo servirla?

Anakin se encogió de hombros.

—Le puse nombre hace un par de días, pero no me acordé de introducir el código en sus bancos de memoria para que pudiera contártelo él mismo.

—¡Es perfecto! —exclamó Padmé con una sonrisa.

R2 rodó hacia ellos y emitió una seca serie de pitidos y zumbidos.

C-3PO bajó la mirada hacia él.

—Disculpa, pero... ¿qué quieres decir exactamente con eso de que estoy desnudo?

R2 soltó unos cuantos pitidos más.

—¡Cielos! ¡Qué embarazoso! —exclamó C-3PO, recorriendo con la mirada sus miembros esqueléticos—. ¿Se me ven las piezas? ¡Cielos, cielos!

Anakin apretó los labios.

—Más o menos; pero no te preocupes, que enseguida lo arreglaré. —Condujo al androide hasta el banco de trabajo, mirando a Padmé por encima del hombro mientras andaba—. Cuando la tormenta haya amainado podrás ver mi vehículo. Estoy construyendo un módulo de carreras, pero Watto no lo sabe. Es un secreto.

—Oh, no te preocupes —lo tranquilizó Padmé—. Sé guardar un secreto.

La tormenta siguió abatiéndose sobre Mos Espa durante el resto del día, y la arena que traía del desierto se amontonó junto a los edificios cerrados, formando rampas sobre las puertas y las paredes, nublando el aire y ocultando los soles gemelos. Shmi Skywalker usó las cápsulas de comida que le había dado Qui-Gon para prepararles la cena. Mientras ella trabajaba en la cocina y Padmé estaba ocupada con Anakin en la otra habitación, Qui-Gon fue a un rincón y contactó sigilosamente con Obi-Wan a través del comunicador. La conexión no era muy buena, pero aun así les permitió comunicarse lo suficiente para que el Maestro Jedi pudiera enterarse de que habían recibido una transmisión de Naboo.

—Hiciste bien, Obi-Wan —le aseguró a su joven protegido sin levantar la voz.

—La reina está muy preocupada —le informó Obi-Wan, y su respuesta apenas si logró abrirse paso a través de la tormenta.

Qui-Gon volvió la mirada a Shmi. La madre de Anakin, concentrada en la superficie preparadora de alimentos, le daba la espalda.

—Estoy seguro de que esa transmisión sólo era un cebo para localizar nuestra posición.

—Pero ¿y si el gobernador Bibble decía la verdad y los naboos están muriendo?

Qui-Gon suspiró.

—En cualquier caso, se nos está acabando el tiempo —murmuró, y cortó la transmisión.

Un rato después se sentaron a comer la cena preparada por Shmi. La tormenta seguía aullando en la calle, creando un fondo fantasmagórico para el silencio que reinaba en el interior de la casa. Qui-Gon y Padmé ocuparon los extremos de la mesa, mientras Anakin, Jar Jar y Shmi se sentaban en los lados. Anakin, como suelen hacer los niños, comenzó a hablarles de lo que suponía vivir siendo un esclavo sin avergonzarse en absoluto de ello; para él la esclavitud sólo constituía un hecho más de su vida, y quería compartir ésta, tal como era, con sus nuevos amigos. Shmi, siempre deseosa de proteger a su hijo, hizo todo lo posible para que sus invitados entendieran la terrible situación en que se hallaban.

—Todos los esclavos llevan un transmisor implantado en el cuerpo —estaba explicando Shmi.

—He estado trabajando en un sensor para tratar de localizarlos, pero de momento no he tenido suerte —explicó Anakin solemnemente.

Shmi sonrió.

—Si intentas huir...

—¡... estallan y te hacen pedazos! —concluyó el chico—. ¡Pum!

Jar Jar había estado sorbiendo su sopa con gran entusiasmo, escuchando distraídamente la conversación mientras devoraba aquel sabroso líquido. Pero la estruendosa aclaración de Anakin hizo que se excediera en su entusiasmo, y su largo pico produjo un ruido lo bastante intenso e inesperado para poner punto final a la conversación. Los ojos de todos los presentes se volvieron hacia él por unos instantes. El gungano, muy avergonzado, inclinó la cabeza y fingió que no se había dado cuenta de que todos le estaban mirando.

Padmé miró a Shmi.

—No puedo creer que la esclavitud siga estando permitida en la galaxia —dijo—. Las leyes contra la esclavitud de la República deberían...

—Aquí la República no existe —la interrumpió Shmi en un tono repentinamente áspero—. Estamos solos, y sobrevivimos como podemos.

Se produjo un silencio tenso mientras Padmé desviaba la mirada sin saber qué decir.

—¿Has visto alguna carrera de módulos? —preguntó Anakin, intentando sacarla del apuro.

Padmé negó con la cabeza. Miró a Shmi y advirtió la repentina preocupación que acababa de aparecer en su arrugado rostro. Jar Jar disparó su lengua hacia un trozo de comida olvidado en el fondo de un cuenco al otro extremo de la mesa y, extrayéndolo hábilmente de él, se lo tragó y chasqueó los labios con gran satisfacción. La mirada de desaprobación con que lo fulminó Qui-Gon disuadió al gungano de seguir haciendo ruido.

—En Malastare también organizan carreras de módulos —observó el Maestro Jedi—. Son muy rápidas, y muy peligrosas.

Anakin sonrió.

—¡Soy el único humano capaz de pilotar un módulo de carreras! —Una rápida mirada de su madre borró la sonrisa de su cara—. ¿Qué pasa, mamá? No estoy presumiendo. ¡Es verdad! Watto asegura que nunca ha oído hablar de un humano capaz de hacerlo.

Qui-Gon le estudió atentamente.

—Si pilotas módulos de carreras debes de tener los reflejos de un Jedi.

Su elogio hizo que Anakin sonriera de oreja a oreja. La lengua de Jar Jar serpenteó hacia el cuenco en un intento de capturar otro trozo de comida, pero esta vez Qui-Gon la estaba esperando. Su mano se movió rápidamente y en un abrir y cerrar de ojos sujetó la lengua del gungano entre el pulgar y el índice. Jar Jar se quedó paralizado, con la boca abierta, la lengua atrapada y los ojos como platos.

—No vuelvas a hacer eso —le advirtió Qui-Gon, tajante.

Jar Jar intentó decir algo, pero sólo consiguió emitir un balbuceo ininteligible. Qui-Gon le soltó la lengua, y ésta volvió a su sitio habitual. Jar Jar se frotó el pico con gesto de consternación.

Anakin alzó su joven rostro hacia el de Qui-Gon y dijo con voz temblorosa:

—Me estaba... preguntando si...

Qui-Gon le animó a seguir con una inclinación de la cabeza.

Anakin carraspeó, armándose de valor.

—Eres un Caballero Jedi, ¿verdad?

Se hizo el silencio mientras el hombre y el chico se contemplaban fijamente.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó finalmente Qui-Gon.

Anakin tragó saliva con dificultad.

—Vi tu espada de luz —respondió—. Sólo los Caballeros Jedi usan esa clase de arma.

Qui-Gon se retrepó en su asiento y sonrió sin apartar la mirada de él.

—Quizá maté a un Jedi y se la robé.

Anakin sacudió la cabeza.

—No lo creo. Nadie puede matar a un Jedi.

Qui-Gon dejó de sonreír, y una sombra de tristeza veló sus oscuros ojos.

—Ojalá fuera así...

—He soñado que era un Jedi —dijo el chico, que sólo pensaba en hablar de ello—. Volvía aquí y liberaba a todos los esclavos. Lo soñé anoche, cuando estaba en el desierto. —Hizo una pausa, expectante—. ¿Has venido a liberarnos?

—No, me temo que no... —murmuró Qui-Gon Jinn, y después se calló, sin saber qué decir.

—Pues yo creo que has venido para eso —insistió el chico, desafiante—. ¿Para qué ibas a venir si no?

Shmi se disponía a hablar, tal vez para reñir a su hijo por su descaro, pero Qui-Gon se le adelantó.

—Ya veo que no se te puede engañar, Anakin —dijo, inclinándose hacia el chico y bajando la voz como si estuvieran urdiendo una conspiración—, pero no debes permitir que nadie se entere de que estamos aquí. Vamos a Coruscant, el sistema central de la República, para una misión muy importante que debe permanecer en secreto.

Anakin abrió los ojos como platos.

—¿Coruscant? ¿Y cómo habéis acabado aquí, en el Borde Exterior?

—Nuestra nave sufrió serios daños —intervino Padmé—. Hasta que consigamos repararla, estaremos atrapados aquí.

—¡Puedo ayudar! —anunció el chico, deseoso de serles útil—. ¡Puedo arreglar cualquier cosa!

Su entusiasmo hizo sonreír a Qui-Gon.

—Lo creo, pero lo primero que debemos hacer, como sabes por nuestra visita a la tienda de Watto, es obtener los componentes que nos hacen falta.

—Pero no tener qué dar a cambio —observó Jar Jar con amargura.

Padmé estaba observando a Qui-Gon con expresión pensativa.

—Esos chatarreros deben de tener algún punto flaco.

—El juego —dijo Shmi de inmediato. Se levantó y comenzó a recoger los platos de la mesa—. En Mos Espa todo gira alrededor de las apuestas en esas horribles carreras de módulos.

Qui-Gon se levantó, fue a la ventana y a través del grueso cristal contempló las nubes de arena que el viento arrastraba.

—Las carreras de módulos —murmuró—. Si se la usa correctamente, la codicia puede ser un poderoso aliado.

Anakin se levantó de un salto.

—¡He construido un módulo de carreras! —declaró en tono triunfal. Su joven rostro irradiaba orgullo—. ¡Es el módulo más rápido jamás construido! Pasado mañana habrá una gran carrera en Boonta Eve. ¡Podríais inscribir mi módulo! Ya casi está terminado...

—¡Basta, Anakin! —le ordenó su madre, que no podía ocultar su preocupación—. ¡Watto no permitirá que corras!

—¡Watto no tiene por qué saber que el módulo es mío! —replicó el chico, pensando a toda velocidad para encontrar una solución al problema. Se volvió hacia Qui-Gon—. ¡Podríais hacerle creer que es vuestro! ¡Podríais conseguir que me dejara pilotarlo para vosotros!

Al Maestro Jedi no le había pasado inadvertida la expresión que acababa de aparecer en los ojos de Shmi. Qui-Gon le sostuvo la mirada, diciéndole en silencio que comprendía su consternación, y esperó pacientemente su respuesta.

—No quiero que corras, Annie —murmuró Shmi, que sacudió la cabeza para dar más énfasis a sus palabras—. Es horrible. Cada vez que Watto te obliga a correr me siento morir...

Anakin se mordió el labio inferior.

—¡Pero es que a mí me encanta correr, mamá! —Señaló a Qui-Gon—. Y ellos necesitan mi ayuda. Tienen problemas. El dinero del premio pagaría de sobra los componentes que necesitan.

Jar Jar Binks asintió.

—Nosotros metidos en lío muy malo.

Qui-Gon se acercó a Anakin y dijo:

—Tu madre tiene razón. Vamos a olvidarnos del asunto. —Se volvió hacia Shmi y preguntó—: ¿Sabes de algún partidario de la República que pueda ayudarnos?

Shmi reflexionó en silencio y finalmente negó con la cabeza.

—Tenemos que ayudarlos, mamá —insistió Anakin, sabiendo que tenía razón y que había nacido para ayudar al Jedi y sus compañeros—. ¿Te acuerdas de lo que dijiste? Según tú, el gran problema del universo es que nadie ayuda a nadie.

Shmi suspiró.

—Anakin, no...

—Pero lo dijiste, mamá.

Anakin se negaba a darse por vencido.

Y esta vez Shmi Skywalker, con la frente fruncida y el cuerpo inmóvil, guardó silencio.

—Estoy segura de que Qui-Gon no quiere poner en peligro a tu hijo —señaló Padmé de repente, incómoda al ver el enfrentamiento entre madre e hijo que habían provocado y tratando de aliviar la tensión—. Encontraremos otra manera...

Shmi miró a la joven y sacudió la cabeza.

—No, Anakin tiene razón. Es la única manera. Quizá no me guste, pero puede ayudaros. —Hizo una pausa—. Tal vez ése sea su destino.

Lo dijo como si acabara de llegar a una conclusión que se le había escapado hasta entonces, como si hubiera descubierto una verdad que, aunque dolorosa, resultaba evidente.

El rostro de Anakin se iluminó.

—¿Eso es un sí? —exclamó, dando palmadas de alegría—. ¡Eso es un sí!

***

La noche se extendía sobre el vasto paisaje urbano de Coruscant, cubriendo con un manto aterciopelado el interminable horizonte de pináculos relucientes. Las luces resplandecían en las ventanas. Hasta donde llegaba la vista, y hasta donde se podía ir, los edificios de la ciudad brotaban de la superficie del planeta como agujas de acero y cristal. Coruscant cubría el planeta por completo, y ahora sólo existía la ciudad, el centro de la galaxia, el pulso del gobierno que algunos despreciaban.

Darth Sidious aguardaba en un balcón desde el que se dominaba Coruscant; las negras ropas que ocultaban su cuerpo hacían que pareciese una criatura producida por la noche. Vuelto hacia la ciudad, contemplando las luces y el tenue movimiento de su

tráfico aéreo, no prestaba la menor atención a su discípulo Darth Maul, que esperaba junto a su señor.

Darth Sidious estaba pensando en los Sith y en la historia de su orden.

Los Sith habían aparecido hacía casi dos mil años. Integraban un culto entregado al lado oscuro de la Fuerza, firmemente convencido de que todo poder negado era un poder desperdiciado. Los Sith fueron fundados por un Caballero Jedi que dio la espalda al camino del bien, un disidente singular en una orden de armoniosos seguidores, un rebelde que había comprendido desde el principio que el verdadero poder de la Fuerza no residía en la luz, sino en la oscuridad. Cuando el Consejo se negó a aprobar sus creencias, rompió con la orden y se fue muy lejos, llevándose consigo su conocimiento y sus habilidades después de haberse jurado en secreto que acabaría con quienes lo habían rechazado.

Al principio estuvo solo, pero otros miembros de la orden Jedi que compartían sus creencias y le habían seguido en su estudio del lado oscuro no tardaron en agruparse en torno a él. Otros fueron reclutados, y la orden de los Sith no tardó en contar con más de cincuenta miembros.

Despreciando los conceptos de la cooperación y el consenso, y guiándose por la creencia de que la adquisición del poder en cualquiera de sus formas otorga fortaleza y confiere el control, los Sith comenzaron a desarrollar su culto en una actitud de clara oposición a los Jedi. Su orden no había sido creada para servir, sino para dominar.

Su guerra con los Jedi fue salvaje y encarnizada, pero estuvo condenada al fracaso desde el primer instante. Aunque el Jedi rebelde que había fundado la orden de los Sith era su líder nominal, su ambición excluía cualquier posibilidad de compartir el poder. Sus discípulos comenzaron a conspirar contra él y contra ellos mismos, con el resultado de que la guerra que desencadenaron fue librada tanto contra los Jedi como contra otros Sith.

Finalmente, los Sith se destruyeron a sí mismos. Primero destruyeron a su líder, y después se destruyeron los unos a los otros. Los pocos que sobrevivieron al baño de sangre inicial fueron eliminados rápidamente por los Jedi que protegían la galaxia. En cuestión de semanas, todos habían muerto.

Todos salvo uno.

Darth Maul se removió con impaciencia. El joven Sith aún no había aprendido a tener la paciencia de su señor, pero eso llegaría con el tiempo y el adiestramiento. Al final fue la paciencia lo que salvó a la orden de los Sith, y la paciencia era lo que les proporcionaría la victoria sobre los Jedi.

El Sith que sobrevivió cuando todos sus compañeros murieron había comprendido eso. Adoptó la paciencia como virtud allí donde los demás habían renunciado a ella. Adoptó la astucia, el sigilo y el subterfugio, esas antiguas virtudes Jedi que los demás habían desdeñado, como cimientos de su camino. Se hizo a un lado mientras los Sith se despedazaban entre sí como una bandada de kriks y eran destruidos. Cuando la carnicería concluyó, se escondió para aguardar su momento y su oportunidad.

Y cuando todos creyeron que los Sith habían sido destruidos, salió de su escondite. Al principio actuó en solitario, pero se estaba haciendo viejo y era el último de su especie. Pasado un tiempo, comenzó a buscar un discípulo. Encontró uno y lo adiestró para que fuera un maestro primero y encontrara a su propio discípulo después, continuando así su obra. Pero nunca habría más de dos Sith. Los errores de la antigua orden no se repetirían, y no habría más contiendas entre Sith que luchaban por el poder dentro del culto. Su enemigo común no eran otros Siths sino los Jedi, y debían reservar sus energías para su guerra con los Jedi.

El Sith que reinventó la orden se hacía llamar Darth Bane. Habían transcurrido mil años desde que se creyó que los Sith habían sido destruidos, y el momento que el sobreviviente aguardaba por fin había llegado.

—Tatooine tiene muy pocos habitantes. —La áspera voz de su estudiante interrumpió el curso de sus pensamientos, y Darth Sidious alzó los ojos hacia el holograma—. Los hutts gobiernan. La República no tiene ninguna presencia en ese planeta. Si la localización era correcta, mi señor, los encontraré rápidamente y sin ninguna dificultad.

Los ojos amarillos relucieron con un destello de nerviosa expectación en el extraño mosaico que era la cara de Darth Maul, que aguardaba con impaciencia una respuesta. Darth Sidious se sintió muy complacido.

—Empieza por ocuparte de los Jedi —le aconsejó en voz baja y suave—. Después no tendrás ninguna dificultad para llevar a la reina de regreso a Naboo, donde firmará el tratado.

Darth Maul dejó escapar el aliento que había estado conteniendo, y en tono de satisfacción, dijo:

—Por fin revelaremos nuestra existencia a los Jedi. Por fin podremos vengarnos.

—Se te ha adiestrado bien, mi joven discípulo —le calmó Darth Sidious—. Los Jedi no podrán hacer nada contra ti. Ya es demasiado tarde para que puedan detenernos. Todo se desarrolla según habíamos planeado, y no tardaré en controlar la República.

En el silencio que siguió a sus palabras, el Señor del Sith sintió que lo invadía una oleada de intenso placer.

En el hogar de Anakin Skywalker, Qui-Gon Jinn contemplaba dormir al chico desde la puerta de su dormitorio. La madre de Anakin y Padmé ocupaban el otro dormitorio y Jar Jar Binks, hecho un ovillo sobre el suelo de la cocina en postura fetal, roncaba ruidosamente.

Pero Qui-Gon no lograba conciliar el sueño. Era aquel chico..., ¡aquel chico! Había algo extraño en él. El Maestro Jedi lo observó mientras Anakin descansaba sin enterarse de la presencia de Qui-Gon. El Maestro Jedi le había dicho a Shmi Skywalker que su hijo era especial, y la mujer había asentido. Ella también lo sabía. Lo percibía, igual que lo percibía él. Sí, Anakin Skywalker era distinto.

Qui-Gon alzó los ojos hacia una ventana en sombras. La tormenta se había calmado, y ya no soplaba el viento. Fuera reinaba la calma y el silencio, y la noche parecía envolverlos a todos con su apacible manto. El Maestro Jedi dedicó unos instantes a

pensar en su vida. Sabía lo que decían acerca de él en el Consejo. Era terco e impetuoso, y a veces tomaba decisiones temerarias. Era fuerte, pero disipaba su fortaleza en causas que no merecían la pena. Pero las reglas eran creadas para proporcionar un mapa que permitiera llegar a entender la Fuerza. ¿Tan mal hacía al infringir aquellas reglas cuando su conciencia le susurraba que debía hacerlo?

El Jedi se cruzó de brazos. La Fuerza era un concepto complejo y difícil. Tenía su origen en el equilibrio de las cosas, y cada movimiento que se producía dentro de su flujo podía trastornar ese equilibrio. Los Jedi trataban de mantener el equilibrio, y siempre intentaban actuar de manera acorde con su ritmo y su voluntad. Pero la fuerza existía en más de un plano, y llegar a dominar sus múltiples caminos exigía toda una vida de trabajo..., o todavía más tiempo. Qui-Gon era muy consciente de sus propias debilidades. Se encontraba demasiado unido a la Fuerza viva, cuando debería haber prestado más atención a la Fuerza unificadora. Siempre trataba de establecer contacto con las criaturas del presente, con aquellos que vivían en el aquí y el ahora.

Eso hacía que saliera a olvidarse del pasado y del futuro, así como de las criaturas que habían ocupado u ocuparían aquellos tiempos y espacios.

La Fuerza viva era su mundo, y era ella la que le daba mente, espíritu y valor. Por eso se sentía unido a Anakin Skywalker de maneras que otros Jedi hubieran ignorado, y por eso veía en él una promesa que no podía pasar por alto. Obi-Wan vería al chico y a Jar Jar bajo la misma luz, como cargas inútiles, proyectos sin sentido, distracciones innecesarias. Obi-Wan siempre necesitaba centrar su atención en lo que se encontraba por encima de los individuos, y su afinidad con la Fuerza unificadora hacía que careciese de la naturaleza intuitiva de Qui-Gon. No poseía la compasión hacia las cosas vivas y el interés por ellas que distinguían a su maestro. No veía las mismas cosas que veía Qui-Gon.

Qui-Gon suspiró. Aquello no era una crítica, sino una observación. El que Qui-Gon y Obi-Wan interpretaran las exigencias de la Fuerza de distinta manera no significaba que uno fuese mejor Jedi que el otro. Pero a veces eso hacía que no consiguieran ponerse de acuerdo, y la postura que acababa por recibir el apoyo del Consejo casi siempre era la de Obi-Wan, no la de Qui-Gon.

El Maestro Jedi sabía que esta vez ocurriría lo mismo, y que volvería a ocurrir muchas veces en el futuro.

Pero eso no lo disuadiría de hacer lo que creía que debía hacer. Sacaría a la luz la verdad sobre Anakin Skywalker. Descubriría cuál era su lugar en la Fuerza, tanto en la viva como en la unificadora. Averiguaría quién estaba destinado a ser aquel chico.

Unos minutos después, Qui-Gon dormía acostado en el suelo.

11

El nuevo día amaneció despejado y radiante, con los soles gemelos de Tatooine brillando en un límpido cielo azul. La tormenta de arena se había alejado hacia otras regiones, barriendo a su paso el paisaje, hasta que en él sólo quedaron las montañas, los promontorios rocosos del desierto y los edificios de Mos Espa. Anakin ya estaba levantado y vestido antes de que sus invitados comenzaran a despertar, impaciente por ir a la tienda e informar a Watto de sus planes para la próxima carrera de módulos. Qui-Gon le había aconsejado que no expusiera su sugerencia al toydariano con excesivo entusiasmo, y advirtió al chico de que debía conservar la calma y permitir que Qui-Gon se encargara de cerrar el trato. Pero Anakin estaba tan excitado que apenas se enteró de lo que le decía. El Maestro Jedi enseguida comprendió que el chico no le sería de mucha ayuda a la hora de combinar la astucia y la diplomacia para alcanzar sus metas.

Y, naturalmente, quien tuviera que hacer tratos con Watto siempre debería confiar en la astucia, ya que ésa era la única llave capaz de abrir las puertas que el toydariano estaba más interesado en cerrar.

Salieron del barrio de los esclavos y cruzaron la ciudad en dirección a la tienda de Watto, con Anakin encabezando la comitiva, Qui-Gon y Padmé siguiéndole y Jar Jar y R2 cerrando la marcha. La ciudad ya estaba despierta y había iniciado su actividad: los tenderos y comerciantes empuñaban las palas para apartar los montones de arena, colocaban en su sitio los toldos y los puestos volcados, y enderezaban los carros y las vallas que el vendaval había derribado. Los carros traían nuevos suministros y mercancías desde los almacenes y los depósitos de provisiones, y los hangares del espaciopuerto volvían a abrir sus puertas para acoger a las naves procedentes de otros planetas.

Qui-Gon permitió que Anakin echara a correr hacia la tienda en cuanto la tuvieron a la vista, pues pensaba que así el chico tendría ocasión de hablar de las carreras de módulos con Watto sin que sus nuevos amigos estuvieran presentes. Con los demás detrás de él, el Maestro Jedi se detuvo delante de un puesto callejero, convenció a un vendedor de que se desprendiera de unos cuantos dweezels que rezumaban aceite y dejó transcurrir unos minutos. Una vez consumidos los dweezels, condujo a su grupo a través de la plaza hasta la entrada de la tienda de Watto. Jar Jar, que ya comenzaba a ponerse un poco nervioso con toda aquella actividad, se apostó al lado de una caja depositada junto a la entrada de la tienda, con la espalda pegada a la pared, mirando frenéticamente a un lado y a otro a la espera de la nueva e inminente catástrofe que no tardaría en abatirse sobre él. R2 fue hacia el gungano y comenzó a emitir suaves zumbidos, tratando de persuadirlo de que todo iría bien.

Qui-Gon le dijo a Padmé que no perdiera de vista al gungano, pues no quería que volviera a meterse en líos. Se disponía a entrar en la tienda cuando la joven le puso la mano en el brazo y, en tono de duda, preguntó:

—¿Estás seguro de lo que haces? ¿Realmente crees que debemos confiar nuestro destino a un chico al que apenas conocemos? —Una arruga de preocupación surcó su tersa frente—. La reina no lo aprobaría.

Qui-Gon la miró a los ojos sin inmutarse.

—La reina no tiene por qué saberlo.

—Bueno, pues yo no lo apruebo —repuso ella con expresión de desafío.

Qui-Gon le lanzó una mirada interrogativa y después se volvió sin decir palabra.

Una vez dentro de la chatarrería, se encontró con Watto y Anakin enzarzados en una feroz discusión: el toydariano flotaba a unos centímetros del rostro del chico, con las alas convertidas en un borroso manchón y el hocico curvado hacia dentro mientras gesticulaba salvajemente con las manos.

—*Patta go bolla!* —chilló en huttés, y su cuerpecito regordete tembló debido a la violencia de su grito.

El chico parpadeó, pero no se dio por vencido.

—*No batta!*

—*Peedunkel!*

Watto revoloteó hacia delante y hacia atrás, subiendo y bajando tan deprisa que todas las partes de su cuerpo parecían moverse simultáneamente.

—*Banyo, banyo!* —replicó Anakin.

Qui-Gon salió de las sombras y avanzó hacia la luz, deteniéndose allí donde los dos pudieran verlo. Watto se olvidó inmediatamente de Anakin y voló hacia Qui-Gon, abriendo y cerrando la boca en un frenesí de mal disimulada excitación.

—¡El chico me dice que quieres inscribirlo en la carrera de mañana! —resopló—. Si no estás en condiciones de pagar las piezas que necesitas, ¿cómo puedes permitirte inscribirlo en la carrera? ¡Imagino que no lo harás con créditos de la República!

Soltó una ronca risotada, pero a Qui-Gon no le pasó inadvertido el destello de curiosidad que ardía en sus ojillos entrecerrados.

—Mi nave servirá para pagar la cuota de inscripción —dijo ásperamente.

Deslizó la mano debajo de su poncho y sacó un diminuto proyector holográfico. Accionando el interruptor, Qui-Gon hizo aparecer delante de Watto un holograma del transporte de la reina. El toydariano fue hacia él y estudió atentamente la proyección.

—No está mal, no está mal. —La arrugada probóscide azul subió y bajó lentamente—. Nubiano, ¿eh?

—Se encuentra en muy buen estado, salvo por los componentes que necesitamos.

Qui-Gon le concedió otro momento, y luego apagó el proyector holográfico y se lo guardó debajo del poncho.

—Pero ¿qué pilotaría el chico? —preguntó Watto con irritación—. Estrelló mi módulo en la última carrera. No estará reparado a tiempo para correr en Boonta.

Qui-Gon miró a Anakin, que estaba bastante avergonzado.

—Oh, en realidad yo no tuve la culpa. Sebulba me empujó con la estela de sus toberas. Y además salvé el módulo..., o la mayor parte de él.

Watto soltó una estridente carcajada.

—¡Desde luego que sí! ¡El chico es bueno, eso está claro! —Meneó la cabeza—. Pero aun así...

—He ganado un módulo en una partida de cartas —lo interrumpió Qui-Gon, lo que hizo que el toydariano volviera a dirigir la atención hacia él—. Es el vehículo de carreras más rápido jamás construido. —No miró a Anakin, pero se imaginó la expresión que habría en el rostro del chico.

—¡Espero que no hayas matado a nadie que yo conozca para obtenerlo! —repuso Watto, y prorrumpió en nuevas carcajadas—. Bien —añadió—, así que tú pones el módulo y la cuota de inscripción, y yo pongo al chico. En cuanto a las ganancias, creo que deberíamos repartírnoslas al cincuenta por ciento.

—¿Mitad y mitad? —Qui-Gon desestimó la sugerencia con un gesto de la mano—. Si va a ser mitad y mitad, entonces sugiero que pagues la inscripción. Si ganamos, te quedas con todas las ganancias menos el coste de los componentes que necesito. Si perdemos, te quedas con mi nave.

Su respuesta pilló desprevenido al toydariano. Watto reflexionó por unos momentos, frotándose el hocico con una mano mientras sus alas zumbaban frenéticamente. La oferta era demasiado buena, y Watto recelaba de ella. Con el rabillo del ojo, Qui-Gon vio que Anakin lanzaba una nerviosa mirada a su amo.

—Ocurra lo que ocurra, sales ganando —observó Qui-Gon.

Watto se golpeó la palma con el puño.

—¡Trato hecho! —Se volvió hacia Anakin, riendo suavemente—. ¡Tu amigo ha hecho un mal negocio, chico! ¡Más vale que le enseñes a regatear como sabes hacerlo!

Cuando Qui-Gon salió de la tienda, Watto aún se estaba riendo.

***

El Maestro Jedi recogió a Padmé, Jar Jar y R2 y le dijo a Anakin que se reuniera con ellos en cuanto Watto le dejara salir de la tienda para trabajar en el módulo de competición. Como Watto estaba más interesado en la inminente carrera que en la marcha del negocio, despidió al chico con instrucciones de que se asegure que el vehículo que iba a pilotar podría hacer un buen papel y no era un montón de chatarra espacial que haría que todos se rieran del toydariano por haberse atrevido a inscribirlo.

Como resultado, Anakin llegó a casa un poco antes que Qui-Gon y los demás, y se apresuró a llevarlos al rincón de los patios del barrio de los esclavos en el que tenía escondido su proyecto.

El módulo de carreras era un semicilindro con un patín sustentador en el fondo plano, una pequeña cabina en la curva superior y brazos direccionales conectados a los lados. Unos potentes motores de caza Radon-Ulzer con estabilizadores de aire comprimido instalados al final de un armazón de cables de aceratón impulsaban el vehículo. El efecto general hacía pensar en una oruga dopo unida a un par de banthas.

Trabajando bajo la dirección de Anakin, los cuatro activaron las plataformas antigravitatorias y sacaron el módulo y sus enormes motores al patio trasero de la casa del chico. Con Padmé, Jar Jar y R2 ayudando y dándole ánimos, el chico se dispuso a preparar el módulo para la inminente carrera.

Mientras Anakin y sus ayudantes trabajaban, Qui-Gon fue al porche del lugar de los Skywalker, miró alrededor para asegurarse de que estaba solo y activó el comunicador para contactar con Obi-Wan. Su protegido respondió al instante, impaciente por ser informado, y Qui-Gon le contó lo que estaba ocurriendo.

—Si todo va bien, mañana por la tarde tendremos el generador de hiperimpulsión y podremos seguir nuestro camino —concluyó Qui-Gon.

El silencio de Obi-Wan no pudo ser más revelador.

—¿Y si este plan fracasa, maestro? Podríamos quedar atrapados aquí durante mucho tiempo.

Qui-Gon contempló los míseros recintos de Mos Espa que se alzaban más allá de él y los soles que ardían en el cielo.

—Una nave sin impulsor no nos llevará a ningún sitio. No tenemos elección —dijo, y a continuación desactivó el comunicador y se lo guardó debajo del poncho—. Y hay algo en este chico... —murmuró para sí, sin llegar a concluir el pensamiento.

Shmi Skywalker salió por la puerta trasera y fue hacia él. La mujer y el Maestro Jedi contemplaron la actividad que estaba teniendo lugar en el patio.

—Deberías sentirte muy orgullosa de tu hijo —dijo Qui-Gon pasados unos momentos—. Anakin sabe dar sin pensar en recompensa alguna.

Shmi asintió, y en su cansado rostro se dibujó una sonrisa.

—Nunca ha conocido la codicia. Anakin sólo piensa en sus sueños. Tiene...

—Poderes especiales.

La mujer le miró, y de repente pareció ponerse en guardia.

—Sí.

—Puede ver cosas antes de que ocurran —prosiguió el Maestro Jedi—. Eso es lo que hace que parezca poseer unos reflejos tan rápidos. Es una característica Jedi.

Los ojos de Shmi estaban clavados en él, y a Qui-Gon no le pasó inadvertido el destello de esperanza que brillaba en ellos.

—Anakin se merece algo mejor que una vida de esclavo —murmuró Shmi.

Qui-Gon mantuvo la mirada fija en el patio.

—La Fuerza es inusualmente intensa en él, eso está claro. ¿Quién fue su padre?

Se produjo un largo silencio, lo suficientemente prolongado para que el Maestro Jedi comprendiera que acababa de formular una pregunta para la que Shmi no estaba preparada. Le dio tiempo para llegar a una decisión, sin acosarla y sin crear la impresión de que era necesario que respondiese a ella.

—No hay ningún padre —repuso Shmi por fin, sacudiendo la cabeza—. Lo llevé dentro de mis entrañas y lo traje al mundo. Lo he criado. Es lo único que puedo decirte.

—Le tocó el brazo con los dedos, atrayendo su mirada hacia sus ojos—. ¿Puedes ayudarle?

Qui-Gon reflexionó en silencio durante unos momentos interminables. Se sentía unido a Anakin Skywalker por un extraño vínculo que no atinaba a explicarse. Era como si presintiese que estaba destinado a hacer algo por aquel chico, y una voz interior le decía que debía tratar de ayudarle. Pero todos los Jedi eran identificados y comenzaban a recibir adiestramiento durante los primeros meses de su vida. Así había ocurrido con él, con Obi-Wan y con todos los Jedi que conocía o de los que había oído hablar. Nunca había habido excepciones.

«¿Puedes ayudarle?» Qui-Gon quería hacerlo, pero no sabía cómo.

—No estoy seguro —le dijo con suave firmeza—. No he venido aquí para liberar a los esclavos. Si Anakin hubiera nacido en la República, le habríamos identificado cuando sólo era un bebé y quizá hubiera acabado convirtiéndose en un Jedi. Creo que tiene las dotes necesarias, pero... No sé si podré hacer algo por él.

Shmi asintió con resignación, pero un destello de esperanza iluminó su rostro bajo la máscara de la aceptación.

Un grupo de amigos de Anakin entró en el patio cuando el chico estaba ajustando el cableado de los difusores de gases del motor izquierdo. Los mayores eran Kitster y Seek, la chica era Amee y el rodiano Wald. Anakin dejó de trabajar sólo el tiempo suficiente para presentarles a Padmé, Jar Jar y R2.

—¡Caray, pero si es un auténtico androide astromecánico! —exclamó Kitster, y dejó escapar un suave silbido—. Menuda suerte, ¿no?

Anakin se encogió de hombros.

—Pues todavía no sabes ni la mitad —declaró, incapaz de resistir la tentación de presumir un poco—. Mañana participaré en la carrera de Boonta.

Kitster torció el gesto y se echó hacia atrás los negros cabellos.

—¿Qué? ¿Con esto?

—Ese montón de chatarra nunca ha despegado del suelo —declaró Wald, asestándole un codazo a Amee—. ¿A quién intentas engañar, Annie?

—Llevas años trabajando en ese cacharro —observó Amee, con una mueca de desaprobación mientras sacudía la cabeza—. Nunca correrá.

Anakin abrió la boca para defenderse, pero después se lo pensó mejor. Que pensaran lo que quisieran, y luego ya verían.

—Venga, vamos a jugar a la pelota —sugirió Seek, volviéndose, con una sombra de aburrimiento en la voz—. Y tú sigue con eso, Annie, o acabarás convertido en comida para banthas.

Seek, Wald y Amee se marcharon corriendo entre carcajadas; pero Kitster era su mejor amigo y sabía que cuando Anakin decía que iba a hacer algo, al final siempre acababa saliéndose con la suya. Por eso no hizo caso de los demás y se quedó.

—¿Qué saben ellos? —murmuró.

Anakin le miró y sonrió, agradeciéndole su confianza. Entonces advirtió que Jar Jar estaba husmeando en la placa cohesora del motor izquierdo, la fuente de energía que mantenía sincronizados los motores, y la sonrisa se borró de sus labios.

—¡Eh! ¡Jar Jar! ¡No te acerques a esos cohesores de energía! —le advirtió a gritos.

El gungano, que ya se había inclinado sobre la placa, alzó la mirada y puso cara de culpabilidad.

—¿Quién, yo?

Anakin apoyó los brazos en jarra.

—Si ese haz te pilla la mano, tardarás horas en recuperar la sensibilidad.

Jar Jar torció el gesto y después se llevó las manos a la espalda y pegó su picudo rostro a la placa. Una corriente eléctrica describió un arco desde la placa hasta su boca, y el gungano soltó un grito y saltó hacia atrás poniendo cara de sorpresa. Jar Jar se llevó las manos a la boca y contempló al chico con expresión de incredulidad.

—¡No la noto! ¡No la noto! —farfulló, con la larga lengua colgando fláccidamente de su boca—. Mi lengua estar gorda. Ay, ay, mucho ay.

Anakin meneó la cabeza y siguió trabajando en el cableado.

Kitster fue hacia él y le contempló en silencio por unos momentos, muy serio.

—Ni siquiera sabes si este trasto funcionará, Annie —observó con el entrecejo fruncido.

Anakin no apartó la mirada del cableado.

—Funcionará.

Qui-Gon apareció junto a su hombro.

—Me parece que ya va siendo hora de que lo averigüemos —dijo, entregándole un grueso cilindro—. Usa esta célula de energía. La cogí hace un rato. Watto no la necesita tanto como tú —añadió.

Anakin sabía lo que valía una célula de energía. El chico no tenía ni idea de cómo se las habría arreglado el Jedi para agenciársela delante de las narices de Watto, y tampoco estaba interesado en descubrirlo.

—¡Sí, señor! —exclamó, con una sonrisa de oreja a oreja.

Subió de un salto a la cabina, metió la célula de energía en el hueco del panel de control destinado a ella y colocó el activador en la posición de ENCENDIDO. Después se puso los guantes y su viejo casco de carreras lleno de abolladuras. Mientras lo hacía, Jar Jar, que había estado husmeando detrás de uno de los motores, consiguió que la mano se le quedara atascada en una de las ranuras del quemador. El gungano, con la boca todavía entumecida por la descarga de los cohesores de energía y el pico oscilando de un lado a otro sin ningún propósito discernible, comenzó a dar saltos de terror. Padmé lo vio en el último momento —Jar Jar ya estaba agitando frenéticamente el brazo libre— y consiguió liberarlo de un tirón antes de que los motores entraran en ignición.

Un chorro de llamas surgió de las toberas y los motores Radon-Ulzer emitieron un rugido ensordecedor que se fue volviendo cada vez más intenso hasta que Anakin redujo el nivel de emisión de las toberas, con lo que se convirtió en una especie de gruñido

gutural. Los espectadores prorrumpieron en vítores, y Anakin respondió a ellos agitando la mano.

En el porche de su casa, Shmi Skywalker contempló a su hijo sin decir nada, con cara de tristeza y la mirada distante.

El ocaso trajo consigo una llamarada de oro y carmesí que tiñó el horizonte con una larga pincelada de color, como si quisiera despedir a los soles de Tatooine antes de que hubieran desaparecido del todo. Con la llegada de la noche las estrellas se asomaron al cielo, semejantes a partículas de cristal esparcidas sobre la negrura. Bajo la creciente oscuridad, el desierto esperaba sumido en un silencio pensativo.

Un destello de metal capturó los últimos rayos de los soles gemelos, y un pequeño transporte surgió del Mar de las Arenas en dirección a Mos Espa. Desplegando sus líneas afiladas como cuchillos terminadas en una proa con forma de pala, las alas extendidas hacia atrás y los estabilizadores verticales inclinados en un pronunciado ángulo que descendía incesante que escalaba promontorios y descendía hasta el fondo de los valles. Oscuro e inmutable, parecía un depredador, un cazador que anduviera al acecho de su presa.

Después de haber atravesado el Mar de las Dunas siguiendo la cada vez más tenue claridad, el vehículo avanzó hacia el centro de una meseta que permitía divisar el terreno en todas direcciones. Su llegada dispersó a una manada de banthas salvajes que, sacudiendo sus peludas cabezas y sus enormes cuernos, se alejaron entre bramidos de desaprobación. El transporte se detuvo, desconectó sus motores y permaneció inmóvil, esperando en el silencio.

La compuerta trasera se abrió, unos peldaños metálicos se desplegaron hacia el suelo y Darth Maul bajó por ellos. El Señor del Sith había sustituido su oscura vestimenta por holgadas prendas del desierto y una chaqueta ceñida por un cinturón del que colgaba su espada de luz. Sus cuernos, al descubierto debido a la ausencia de la capucha, formaban una amenazadora corona sobre su extraño rostro negro y rojo. Haciendo caso omiso de los Banthas, Darth Maul fue hasta el borde de la meseta, sacó de un bolsillo unos electrobinoculares provistos de intensificador lumínico, y comenzó a examinar el horizonte.

Arena del desierto y rocas, pensó. Un erial. Pero allí hay una ciudad, y un poco más allá otra. Y una tercera.

Apartó los electrobinoculares de sus ojos. Las luces de las ciudades eran claramente visibles sobre la creciente oscuridad. Si había más ciudades, estaban en el lado del Mar de las Dunas que ya había visitado o más allá del horizonte, aún más lejos, en un lugar al que tendría que ir más tarde.

Pero creía que los Jedi estaban allí.

El mosaico de su rostro siguió vacío de toda expresión, pero un destello de expectación ardió en sus ojos amarillos. Pronto. Muy pronto...

Alzó la mano para inspeccionar el panel de control sujeto a su antebrazo, seleccionó las coordenadas que deseaba examinar y tecleó los cálculos necesarios para identificar al

enemigo que estaba tratando de localizar. Los Caballeros Jedi manifestarían una presencia particularmente intensa dentro de la Fuerza. Toda la operación apenas requirió un minuto. Darth Maul se volvió hacia su nave. Varias sondas androide de forma esférica salieron de la escotilla una detrás de otra. Cuando hubieron ganado la altura suficiente, activaron sus toberas y se alejaron hacia las ciudades que habían identificado.

Darth Maul las siguió con la mirada hasta que se perdieron de vista entre la creciente negrura.

El Señor del Sith sonrió. Pronto.

Después regresó a su nave para comenzar a monitorizar las respuestas de sus sondas.

La oscuridad envolvió a Mos Espa en capas progresivamente más gruesas conforme iba anocheciendo. Anakin estaba sentado en la barandilla del porche trasero mientras Qui-Gon examinaba un profundo corte en el brazo del chico. Anakin se lo había hecho mientras trabajaba en el módulo de carreras aquella tarde y, a la manera típica de los niños, no se había dado cuenta hasta aquel momento.

Anakin echó un vistazo a la herida mientras el Jedi se disponía a limpiarla, y después apoyó la espalda contra el poste para contemplar el manto de estrellas que cubría el cielo.

—No te muevas, Annie —dijo Qui-Gon.

El chico apenas le prestó atención.

—¡Hay tantas! ¿Todas tienen un sistema de planetas?

—La mayoría —respondió Qui-Gon, cogiendo un trapo limpio.

—¿Y alguien ha estado en todos ellos?

Qui-Gon rió.

—No lo creo.

Anakin asintió sin dejar de mirar hacia arriba.

—Entonces quiero ser el primero en verlos todos... ¡Ay!

Qui-Gon limpió la sangre del brazo del chico y después aplicó un poco de antiséptico.

—Listo. Ha quedado como nuevo.

—¡Hora de acostarse, Annie! —gritó Shmi desde dentro de la casa.

Qui-Gon sacó un chip de comunicador de debajo de su poncho y extendió una muestra de sangre de Anakin sobre su superficie. El chico se inclinó, muy interesado.

—¿Qué estás haciendo?

El Jedi apenas alzó la mirada.

—Examinar tu sangre para ver si hay alguna infección.

Anakin frunció el ceño.

—Nunca había visto...

—¡Annie! —volvió a llamarle su madre, esta vez en un tono más perentorio—. ¡No te lo volveré a decir!

—Anda, vete —le apremió Qui-Gon, señalándole la puerta—. Mañana te espera un gran día. —Se guardó el trapo debajo de la túnica—. Buenas noches.

Anakin titubeó y miró fijamente al Maestro Jedi; sus ojos eran penetrantes y estaban llenos de preguntas. Después se volvió y entró corriendo en la casa. Qui-Gon dejó

transcurrir unos momentos para asegurarse de que estaba solo, y luego introdujo el chip con la muestra de sangre del chico en una ranura de transmisión del comunicador y contactó con Obi-Wan.

—¿Sí, maestro? —respondió su protegido, que seguía despierto pese a lo tardío de la hora.

—Voy a transmitirte una muestra de sangre —dijo Qui-Gon, mirando disimuladamente alrededor mientras hablaba—. Sométela a la prueba del cloriano medio.

Envió las lecturas sanguíneas a través del comunicador y esperó en el silencio de la noche. El corazón le latía con fuerza. Si estaba en lo cierto...

—Esa muestra tiene que estar contaminada, maestro —dijo Obi-Wan, interrumpiendo sus cavilaciones.

Qui-Gon respiró hondo y preguntó:

—¿Qué dicen las lecturas, Obi-Wan?

—El recuento de cloriano medio es de alrededor de veinte mil —respondió Obi-Wan, repentinamente tenso—. Nadie tiene un índice tan elevado..., ni siquiera el maestro Yoda.

«Nadie...» Qui-Gon permaneció inmóvil, con los ojos clavados en la noche, abrumado por la inmensidad de su descubrimiento. Después permitió que su mirada volviera a posarse en la casucha dentro de la que dormía el chico, y su cuerpo se envaró de repente.

Shmi Skywalker estaba observándolo desde el umbral. Sus ojos se encontraron, y por un instante el Maestro Jedi tuvo la impresión de que el futuro acababa de serle revelado en su totalidad. Después Shmi se volvió, como avergonzada de que la hubiera sorprendido espiándolo, y desapareció entre las sombras del interior.

Qui-Gon siguió contemplando la puerta durante unos momentos, y después se acordó de que el comunicador todavía estaba activado.

—Buenas noches, Obi-Wan —murmuró, y desconectó el transmisor.

Faltaba poco para medianoche. Anakin Skywalker, que no podía dormir, se levantó de la cama y bajó al patio para hacer una última comprobación del módulo, decidido a inspeccionar sus controles, cableados, relés, fuente de energía y todo lo que se le ocurriera. De pie delante del vehículo, intentaba determinar qué se le podía haber pasado por alto y en qué no había pensado. No podía permitirse ni un solo error. Debía estar seguro de que había hecho cuanto estaba en sus manos.

Para de ese modo ganar la carrera del día siguiente.

Porque debía ganar.

Tenía que hacerlo.

Contempló cómo R2 se deslizaba rápidamente alrededor del módulo, aplicando grandes pinceladas de pintura a su reluciente cuerpo metálico ayudado por la luz que emanaba de un receptáculo instalado encima de sus sensores visuales y el incesante chorro de consejos de C-3PO. El chico había activado al androide de protocolo, siguiendo el consejo de Padmé. «Cuatro manos hacen más trabajo que dos», dijo la joven solemnemente, y después sonrió. C-3PO no era muy eficiente con las manos, pero no

cabía duda de que su vocalizador era incansable. En cualquier caso, a R2 parecía gustarle tenerlo cerca, ya que no paraba de intercambiar pitidos y zumbidos con su protocolario congénere mientras iba y venía en torno al módulo. El pequeño androide astromecánico trabajaba con alegre e incansable diligencia. Nada lo ponía nervioso.

Anakin lo envidiaba. Los androides o estaban bien programados y construidos, o no lo estaban.

A diferencia de los humanos, eran inmunes al cansancio, la desilusión o el miedo...

Se apresuró a expulsar aquellos pensamientos de su cabeza y alzó la mirada hacia el cielo estrellado. Después de contemplarlo durante unos instantes se sentó, con la espalda apoyada en una caja de componentes viejos y con sus anteojos y su casco de carreras junto a él. Anakin acarició distraídamente el japor a medio tallar que se había metido en el bolsillo, el que estaba haciendo para Padmé. Sus pensamientos comenzaron a vagar. No habría podido explicarlo con exactitud, pero sabía que el próximo día cambiaría su vida. Aquella extraña capacidad para ver lo que otros no podían ver, la misma que a veces le revelaba lo que iba a ocurrir, así se lo decía.

Anakin sentía que su futuro estaba a punto de caer sobre él. Se estaba aproximando tan deprisa que no daría tiempo a pensar, y ya podía ver cómo se elevaba sobre el horizonte de sus días con la implacable certeza de un amanecer.

—¿Qué le depararía? El cambio, sí, pero ¿bajo qué forma? Qui-Gon y sus compañeros eran los portadores de aquel cambio, pero Anakin sospechaba que ni siquiera el Caballero Jedi sabía cuál sería el resultado final.

Tal vez la libertad que he soñado para mí y para mi madre, pensó, esperanzado. Quizá una huida a una nueva vida para los dos. Si ganaba la carrera de Boonta, todo, absolutamente todo se volvería posible.

Y ese pensamiento seguía ocupando su cansada y confusa mente cuando sus ojos se cerraron y se quedó dormido.

12

En el sueño que tuvo aquella noche, Anakin Skywalker aparentaba una edad distinta, aunque indeterminada. Todavía era joven, aunque no tanto como ahora, y sin embargo también era viejo. Estaba tallado en piedra, y sus pensamientos ardían con una visión tan aterradoramente penetrante que era incapaz de enfrentarse a ellos y tenía que dejar que siguieran donde estaban, lejos de su alcance e hirviendo sobre un fuego de ambición y esperanza. El sueño transcurría en un lugar y un tiempo distintos, en un mundo que no reconoció, en un paisaje que no había visto nunca. Todo era confuso y oscuro, llano y escarpado a la vez, y cambiaba tan deprisa como un espejismo surgido de las llanuras desérticas de Tatooine.

En el sueño, unas voces suaves y distantes llegaron hasta él. Anakin se volvió hacia el lugar de donde procedían, alejándose de una oscura ola de movimiento que había aparecido de repente ante él y del sueño que daba vida a sus ilusiones.

—Espero que te falte poco para terminar —le oyó decir a Padmé.

Pero Padmé andaba al frente de la ola oscura de su sueño, y la ola era un ejército que venía hacia él...

R2 soltó una rápida serie de pitidos y zumbidos y C-3PO se apresuró a asegurar que todo estaba terminado y listo para ser utilizado. Anakin se removió.

Una mano le rozó suavemente la mejilla, y el sueño se disipó. Anakin parpadeó y, frotándose los ojos, bostezó y se volvió a un lado. En vez de estar tumbado junto a la caja de componentes allí donde se había quedado dormido la noche anterior, yacía en su cama.

La mano se apartó de su mejilla y Anakin alzó la mirada para encontrarse con Padmé, y con un rostro que le pareció tan hermoso que se le hizo un nudo en la garganta al verlo. No pudo evitar, sin embargo, sentirse perplejo y confuso, pues Padmé había sido la figura central de su sueño, distinta de cómo era ahora, mayor, más triste..., y algo más.

—Estabas en mi sueño —dijo, y tuvo que tragar saliva para poder hablar—. Conducías un gran ejército a la batalla.

La joven lo miró con asombro y después sonrió.

—Espero que no. Odio luchar —dijo en un tono jovial, y al chico le molestó un poco que diera tan poca importancia a su sueño—. Tu madre quiere que te levantes ahora mismo. Tenemos que irnos.

Anakin se levantó, completamente despierto. Fue a la puerta de atrás y contempló el hormiguero formado por el complejo del barrio de los esclavos, el ajetreo de éstos, que se disponían a iniciar sus labores cotidianas, y el cielo matinal despejado que prometía buen tiempo para la carrera de Boonta Eve. El módulo flotaba ante él sobre sus soportes antigravitatorios, recién pintado y reluciente bajo la luz del nuevo día. R2 iba y venía en torno a él armado con un pincel y una lata de pintura, dando los últimos toques al vehículo. C-3PO, con su piel exterior todavía por instalar y la mayor parte de sus componentes móviles a la vista, seguía a la unidad astromecánica, señalando las zonas que faltaban por pintar y dando consejos y opiniones no solicitadas.

La áspera tos de un eopie hizo que Anakin se volviera para ver a Kitster acercarse a ellos montado sobre la primera de las dos bestias que había requisado para ayudarlos a remolcar el módulo hasta el estadio. El oscuro rostro de Kitster estaba encendido por la emoción, y el muchacho saludó alegremente a Anakin con la mano.

—¡Engánchalos, Kitster! —gritó Anakin, devolviéndole el saludo—. ¿Dónde está Qui-Gon? —preguntó, mirando a Padmé.

—Se fue al estadio con Jar Jar —repuso la joven—. Han ido a ver si encuentran a Watto.

Anakin fue corriendo a su dormitorio para lavarse y vestirse.

Qui-Gon Jinn paseaba por el hangar principal del estadio para las carreras de módulos de Mos Espa, observando sin excesivo interés la actividad que se desarrollaba alrededor de él. El hangar era una construcción cavernosa que albergaba módulos de carreras y equipo durante todo el año y servía como zona de concentración para los vehículos y las dotaciones de técnicos los días de las carreras. Un puñado de corredores ya estaba aguardando en las zonas de servicio, y docenas de alienígenas llegados a Tatooine desde cada rincón de la galaxia se afanaban sobre los módulos y los motores mientras los jefes de equipo y los pilotos les daban instrucciones a voz en cuello. El estrépito y los chirridos metálicos llenaban el enorme hangar con un fragor ensordecedor, obligando a todos a comunicarse a gritos.

Jar Jar se agarraba a un hombro del Maestro Jedi mientras Watto zumbaba junto al otro. El gungano se mostraba inquieto y nervioso como siempre, Jar Jar estiraba los zarcillos oculares para no perderse nada y volvía la cabeza en todas direcciones con un interés tan frenético que parecía que en cualquier momento se le desprendería del tronco. Watto revoloteaba de un lado a otro sin prestar atención a nada que no fuera su propia conversación, la cual volvía una y otra vez a los mismos temas.

—Que quede bien claro que hemos hecho un trato, hombre de fuera —estaba diciendo Watto mientras agitaba el hocico azulado para dar más énfasis a su advertencia, como ya había hecho como mínimo tres veces en los últimos diez minutos—. Quiero ver tu nave espacial delante de mí en cuanto termine la carrera.

Watto ni siquiera intentaba ocultar su firme convicción de que no debería esperar mucho tiempo para hacerse con el transporte naboo. Desde que Qui-Gon dio con él en las casetas de apuestas, el toydariano no había sugerido ni una sola vez que el día pudiera terminar de otra manera.

El Maestro Jedi se limitó a encogerse de hombros.

—Paciencia, mi azul amigo. Antes de que se pongan los soles, tú tendrás tus ganancias y mis compañeros y yo estaremos muy lejos de aquí.

—¡No si tu nave me pertenece! —resopló Watto, soltando una carcajada llena de satisfacción. Sus agudos ojos se clavaron en el Jedi—. ¡Y nada de tretas, te lo advierto!

Qui-Gon siguió andando, mirando en otra dirección mientras cebaba cuidadosamente el anzuelo que había preparado para el toydariano.

—¿Piensas que Anakin no ganará?

Watto los detuvo a todos plantándose delante de él. Con las alas batiendo furiosamente, señaló un módulo anaranjado estacionado cerca de ellos cuyos motores habían sido modificados de tal manera que los cohesores de energía, una vez activados, hacían que éstos adquiriesen una inconfundible forma de X. Sebulba, el dug que había atacado a Jar Jar hacía dos días, estaba sentado junto al vehículo de carreras, con los malévolos ojos fijos en ellos y los delgados miembros levantados en una postura vagamente amenazadora. Dos esbeltos twi'leks daban un diligente masaje a los hombros y el cuello del dug. Los twi'leks eran alienígenas humanoides del planeta Ryloth: tenían los dientes largos y puntiagudos, la piel azul y dos tentáculos gemelos que descendían grácilmente de su cabeza, desprovista de cabello, para curvarse sobre sus sedosas espaldas. Un chispazo de interés destelló en las profundidades de sus ojos rojizos cuando alzaron la vista hacia Qui-Gon, y después los twi'leks volvieron a concentrar toda su atención en su dueño y señor.

Watto resopló.

—No me malinterpretes —anunció, meneando la cabeza—. Tengo mucha fe en el chico. Vuestra especie puede estar orgullosa de él, créeme. —Apretó la boca y, tras una pausa, añadió—: Pero me parece que Sebulba va a ganar la carrera.

Qui-Gon fingió estudiar al dug.

—¿Por qué?

—¡Porque siempre gana! —El toydariano prorrumpió en carcajadas, extasiado ante su propia astucia—. ¡He apostado mucho dinero por Sebulba!

—Acepto la apuesta —dijo Qui-Gon de inmediato.

Watto dejó de reír y se convulsionó como si acabaran de echarle encima aceite hirviendo.

—¿Qué? —Meneó la cabeza, visiblemente asombrado—. ¿Qué quieres decir?

Qui-Gon dio un paso adelante, obligando a retroceder al toydariano.

—Apostaré mi nuevo módulo de carreras contra... —Hizo una pausa mientras Watto le observaba con creciente tensión—. Contra, digamos, el chico y su madre.

Watto se quedó atónito.

—¡Un módulo de carreras por esclavos! ¡Ah, no! —Las alas azules se convirtieron en una borrosa mancha mientras el toydariano echaba a volar con la cabeza ladeada—. Bueno, tal vez. Pero sólo uno: la madre, quizá. El chico no está en venta.

Qui-Gon frunció el ceño.

—El chico todavía es muy pequeño. No puede valer mucho.

Watto negó eufóricamente con la cabeza.

—¿Por el módulo más rápido jamás construido?

Watto volvió a sacudir la cabeza.

—Los dos, o no hay apuesta.

Estaban junto a la entrada principal del hangar, y las cuadrillas de técnicos ya no hacían tanto ruido. Detrás de ellos, las gradas del estadio se recortaban sobre el cielo formando un vasto complejo redondeado que incluía palcos para los hutts, una garita para

el comentarista de las carreras, el equipo de seguimiento de los módulos y puestos de comida. Éstos comenzaban a llenarse a medida que la población de Mos Espa acudía en masa para presenciar el gran acontecimiento debido al cual incluso habían cerrado las tiendas y los comercios, dejando la ciudad desierta como en un día de fiesta. Gallardetes y banderolas de vivos colores ondeaban en el aire, y los módulos que avanzaban hacia la línea de salida llameaban al reflejar el brillo de los soles gemelos.

Qui-Gon vio aparecer a Anakin por entre la multitud. El chico y Padmé montaban un eopie que tiraba de uno de los enormes motores Radon-Ulzer, y su amigo Kitster les seguía sobre un segundo eopie, remolcando el otro motor. Los eopies eran unos animales flacos y desgarbados de largo hocico, pelaje corto y piel de aspecto coriáceo capaces de resistir los peores calores de los desiertos de Tatooine. R2 y C-3PO cerraban la pequeña comitiva con el módulo y Shmi. El Maestro Jedi se volvió hacia ellos, atrayendo deliberadamente la mirada de Watto. Un destello de interés iluminó los ojos del toydariano en cuanto vio al chico y el módulo.

Watto clavó los ojos en Qui-Gon y soltó un tembloroso bufido.

—Ningún módulo vale dos esclavos... ¡Ah, no, ni soñarlo!¡Un esclavo o nada!

Qui-Gon se cruzó de brazos.

—Entonces, el chico.

Watto resopló y sacudió la cabeza, estremeciéndose con la tensión que sus tribulaciones estaban generando dentro de su regordete cuerpecillo azulado.

—No, no... —Metió bruscamente la mano en un bolsillo, extrajo de él un pequeño cubo y comenzó a pasárselo de una mano a otra como si estuviese demasiado caliente—. Dejaremos que el destino decida. Azul, es el chico. Rojo, la madre.

Watto lanzó el cubo al suelo del hangar. Mientras lo hacía, Qui-Gon movió la mano en un gesto casi imperceptible, invocando sus poderes Jedi para producir una pequeña inflexión en la Fuerza.

El cubo rebotó en el suelo y cayó con el lado azul vuelto hacia arriba. Watto alzó las manos al cielo, hecho una furia, y entornó los ojos.

—¡Has ganado, hombre de fuera! —siseó despectivamente—, pero no ganarás la carrera, así que no creo que eso vaya a cambiar las cosas.

—Ya veremos —replicó Qui-Gon sin inmutarse.

Anakin y los demás llegaron hasta ellos y entraron en el hangar con el módulo y los motores.

Watto se apartó de Qui-Gon y se detuvo junto al chico el tiempo suficiente para soltarle unos cuantos gruñidos.

—¡Si no consigues que tu amigo deje de apostar, él también acabará siendo de mi propiedad! —declaró con un resoplido de irritación.

Un eopie comenzó a olisquearlo con expresión expectante, y Watto le lanzó tal torrente de maldiciones en huttés que el animal retrocedió asustado. Mientras hacía batir frenéticamente las alas, Watto fulminó a Qui-Gon con la mirada y desapareció entre las sombras del hangar.

—¿Qué quería decir con eso? —preguntó Anakin, deteniendo al eopie junto a Qui-Gon mientras seguía al toydariano con la mirada.

—Ya te lo explicaré luego —repuso Qui-Gon.

Kitster se detuvo junto a Anakin y miró alrededor con el rostro encendido de emoción.

—¡Eh, esto es magia pura! ¡Ya verás cómo esta vez sí que lo consigues, Annie!

Padmé miró a los chicos.

—¿Qué es lo que va a conseguir? —preguntó, recelosa.

—¡Pues terminar la carrera, por supuesto! —contestó Kitster con una amplia sonrisa.

La joven palideció y clavó los ojos en Anakin.

—¿Nunca has llegado a terminar una carrera? —preguntó con incredulidad. El chico se ruborizó.

—Bueno..., no exactamente... —repuso; sin embargo, con renovada determinación, añadió—: pero Kitster tiene razón. Esta vez ganaré.

Qui-Gon cogió las riendas del eopie y le dio unas palmaditas en la pierna a Anakin.

—Pues claro que ganarás —afirmó.

Desde lo alto del eopie, Padmé Naberrie se limitó a mirarlo en silencio.

***

En el centro de Mos Espa, el gentío comenzaba a dispersarse a medida que la población avanzaba hacia el estadio. En su mayor parte las tiendas y puestos callejeros ya estaban cerrados, y el resto no tardaría en estarlo. Propietarios y vendedores completaban las últimas transacciones y lanzaban nerviosas miradas al tráfico que fluía incesantemente hacia el estadio.

Y avanzando lentamente entre la confusión y el ajetreo, una sonda androide de los Sith flotaba de un lado a otro deslizando su ojo mecánico sobre las tiendas y los rostros en una minuciosa búsqueda.

A media mañana más de cien mil seres habían llenado el estadio de los módulos de carreras, apretándose en los asientos de las gradas, atestando las espaciosas plataformas de observación y ocupando todo el espacio disponible. El estadio se convirtió en un vasto mar de color, sonido y movimiento en el vacío del desierto que lo rodeaba. Banderas y estandartes adornados con las insignias de los corredores y sus patrocinadores tremolaban sobre el público, indicando la identidad de los favoritos y creando secciones de partidarios que los animaban ruidosamente.

Grupos y bandas musicales comenzaron a tocar en apoyo de algunos corredores, y tambores y trompetas pregonaban su ruidoso entusiasmo ante el espectáculo general. Los vendedores corrían por los pasillos, cargados con comida y bebidas procedentes de los puestos protegidos por toldos del nivel inferior para vendérselas a la multitud. La emoción y la impaciencia aumentaban por momentos.

Un rugido hizo temblar el aire cuando los corredores comenzaron a salir del hangar principal que se alzaba al fondo de la línea de partida. Los módulos de carreras fueron apareciendo uno a uno, algunos remolcados por eopies, otros empujados por los técnicos o sostenidos por plataformas antigravitatorias, y todos formando parte de una larga procesión de pilotos, técnicos y mirones. Los portaestandartes, cada uno de los cuales empuñaba una bandera que identificaba al piloto y su patrocinador, se pusieron en movimiento, formando una abigarrada hilera delante de los corredores. Los soles gemelos de Tatooine derramaban su implacable resplandor desde las alturas.

Los corredores estaban entrando en la pista por delante de las gradas del estadio cuando una repentina agitación en el palco real señaló la llegada de Jabba el Hutt y su amiga Gardulla. Los dos hutts reptaron por el interior refrigerado del palco, dejando un rastro viscoso en el suelo hasta que llegaron a sus asientos de honor entre las sedas de vivos colores que adornaban la piedra. Jabba entró en el palco precediendo a Gardulla, y fue directamente a la balconada protegida por un arco desde la que podría ser visto por los habitantes de Mos Espa. Alzando su gordo brazo en un gesto de saludo, el hutt disfrutó del murmullo extasiado de la multitud.

Gardulla murmuró algo en gesto de aprobación, mientras su cabeza carente de cuello se sacudía sobre un cuerpo obeso e informe al tiempo de sus ojillos entornados reflejaban una profunda satisfacción. Los humanos y alienígenas que habían sido invitados a compartir un día de carreras con los gobernantes de Mos Espa entraron en el palco detrás de los dos hutts y se dispusieron a saborear aquel codificado honor. Una fila de esclavas de distintas especies encadenadas entre sí entró en último lugar, aportando una presencia obligada que serviría de diversión a todos los espectadores voluntarios del gran acontecimiento.

Los pilotos de los módulos se alienaron delante del palco real y, a una orden silenciosa, se inclinaron ante él en reconocimiento de su benefactor y para rendirle homenaje.

—*Chowbasso!* —gruñó Jabba, y su ronca voz brotó de los amplificadores de sonido para retumbar sobre las llanuras entre un sinfín de ecos—. *Tam ka chee Boonta rulee ya, kee madd ahdrudda du wundee!* ¡Bienvenidos!

La multitud volvió a rugir, y las banderas y los brazos se agitaron en el aire. Un coro de trompetas acompañó a la voz de Jabba en cuanto inició la presentación de los corredores.

—*Kubba tee*. Sebulba *tuta*. ¡Pixelito!

El dug se alzó sobre sus extremidades posteriores al lado de Anakin y dirigió un saludo a las gradas. Una banda comenzó a tocar para expresarle su apoyo, y los seguidores de Sebulba y aquellos cuya fortuna dependía de las apuestas que daban como favorito al dug gritaron vítores y aclamaciones.

Uno a uno, Jabba fue nombrando a los pilotos de los módulos de carreras. Gasgano. Boles Roor. Ben Quadinaros. Aldar Beedo. Ody Mandrell. Xelbree. Marte Guo. Clegg Pieseguro. Bozzie Baranta. Wan Arenaje... Anakin escuchó los nombres, removiéndose

nerviosamente, impaciente por empezar. Lanzando una rápida mirada por encima del hombro, el chico vio que Kitster acababa de unir los motores Radon-Ulzer al módulo con los cables de aceratón y aseguraba las conexiones con un último y enérgico tirón.

—...Mawhonic *tuta* Hok —dijo Jabba—. Teemto Pagalies *tuta* Moonus Mandel. Anakin Skywalker *tuta* Tatooine...

Una oleada de aplausos brotó de la multitud, aunque no fue tan entusiasta como la que había acogido a Sebulba, Gasgano u otros corredores. Anakin respondió a ella agitando la mano; sus ojos recorrieron los miles de siluetas apiñadas en las gradas, pero su mente ya estaba en las llanuras.

Cuando se volvió para ir a su módulo, vio a su madre delante de él. Con una expresión de tranquila decisión en su rostro cansado, Shmi se inclinó hacia él para darle un beso y abrazarle.

Después dio un paso atrás, con los ojos fijos en su rostro y apretándole los hombros con las manos, y no logró ocultar del todo lo preocupada que se sentía.

—Ten cuidado, Annie —le dijo.

El chico asintió.

—Lo tendré, mamá. Te lo prometo.

Su madre le sonrió cariñosamente y se fue. Anakin siguió andando y vio que Kitster y Jar Jar desenganchaban los eopies para que aquél pudiera llevárselos. R2 se deslizó hasta Anakin y emitió un suave pitido de aprobación. C-3PO advirtió solemnemente a su amo de los peligros del exceso de velocidad y le deseó suerte. Todo estaba preparado.

Jar Jar le dio unas palmaditas en la espalda, el picudo rostro convertido en una máscara de inquietud y consternación.

—Esto ser locura muy grande, Annie. Que los dioses sean buenos contigo, amigo mío.

Mirando con el rabillo del ojo, Anakin observó que Sebulba se apartaba de su módulo y comenzaba a examinar el de su contrincante. Desplazándose rápidamente sobre sus flacas piernas, el dug se paseó alrededor de los Radon-Ulzer contemplándolos con un nada disimulado interés. Sebulba acabó deteniéndose junto al motor izquierdo, y de repente alzó el brazo y golpeó un estabilizador con el puño, tras lo cual se apresuró a mirar alrededor para ver si alguien se había dado cuenta de lo que acababa de hacer.

Padmé apareció junto a Anakin y se inclinó sobre él para besarle la mejilla.

—Llevas contigo todas nuestras esperanzas —murmuró, clavando en él sus oscuros ojos.

—No os decepcionaré —repuso Anakin.

Padmé lo miró en silencio por unos instantes y después se marchó. Mientras se alejaba, Sebulba fue hacia Anakin y acercando su rostro arrugado y erizado de pelos al del chico, siseó con una sonrisa.

—Ésta será tu última carrera, escoria esclava. Ya hueles a estiércol de banthas.

Anakin le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—No cuentes con ello, cara viscosa.

Qui-Gon venía hacia ellos y Sebulba retrocedió hacia su módulo, con una mirada de profunda maldad en sus ojillos. Las trompetas volvieron a sonar, y un nuevo rugido brotó de la multitud.

Jabba el Hutt fluyó hasta la barandilla del palco real y levantó sus gruesos brazos.

—*Kaa bazza kundee da tam brurdda!* —gruñó—. ¡Que comience el desafío!

El rugido de la multitud escaló nuevas cimas. Qui-Gon ayudó a Anakin a subir a su módulo. El chico se instaló en el asiento, se abrochó el arnés de seguridad, ajustó su viejo y abollado casco de carreras sobre su cabeza y se bajó los anteojos.

—¿Estás preparado, Annie? —preguntó el Maestro Jedi en tono suave y tranquilo. El chico asintió, clavando sus penetrantes ojos en su rostro—. Recuerda —agregó Qui-Gon— que debes concentrarte en el momento. No pienses: siente. Confía en tus instintos. —Le puso la mano en el hombro y sonrió—. Que la Fuerza te acompañe, Annie.

Después retrocedió, y Anakin Skywalker se quedó solo.

***

Qui-Gon se abrió paso rápidamente a través de la multitud hasta llegar a la plataforma de observación junto a la que le esperaban Shmi, Padmé y Jar Jar. Sólo miró atrás una vez, y vio que el chico se estaba poniendo bien los anteojos. El Maestro Jedi asintió. Anakin sabría cuidar de sí mismo.

Subió a la plataforma con Jar Jar y las mujeres en el instante mismo en que ésta comenzaba a ascender para colocarse en posición. Shmi le lanzó una nerviosa mirada interrogativa.

—Está perfectamente —le aseguró Qui-Gon, rozándole el hombro con la mano.

Padmé sacudió la cabeza, no muy convencida.

—Vosotros los Jedi sois demasiado temerarios —murmuró—. La reina...

—La reina confía en mi capacidad para tomar decisiones, joven doncella —la interrumpió Qui-Gon, dirigiendo sus palabras únicamente a ella—. Quizá tú también deberías hacerlo.

Padmé lo miró fijamente.

—Me parece que estás demasiado seguro de ti mismo.

La plataforma de observación llegó al final de su trayecto, y todas las miradas se volvieron hacia los corredores. Los cohesores de energía fueron activados, y poderosas corrientes electromagnéticas atravesaron el aire entre las placas coaxiales, uniendo los motores gemelos de cada módulo de carreras para convertirlos en una unidad. Los motores comenzaron a funcionar y sus toses y gruñidos retumbaron en el estadio, confundiéndose con el rugido de la multitud primero e imponiéndose rápidamente a él después. Portaestandartes y técnicos se apresuraron a hacerse a un lado, despejando la línea de salida bajo el arco que marcaba el inicio y el final de la carrera. En lo alto del arco, una luz roja mantenía inmóviles a los corredores en sus puestos. Anticipándose al verde, los pilotos comenzaron a transmitir potencia a sus motores; las gigantescas

estructuras temblaron bajo el impulso de la energía que generaban, y los cables que las unían a los módulos y sus conductores se tensaron como si fueran a partirse de un momento a otro.

Jar Jar, horrorizado, se tapó los ojos.

—Yo no mirar —dijo a Qui-Gon, que estaba a su lado—. ¡Esto ir a ser terrible!

Y aunque no quiso decirlo en voz alta, el Maestro Jedi también temía que fuera a serlo.

Mantén la calma, Anakin Skywalker, pensó. Concéntrate.

La luz instalada encima de la línea de salida emitió un intenso destello verde, y comenzó la carrera.

13

Cuando la luz de partida pasó al verde, Anakin Skywalker empujó las palancas impulsoras gemelas hasta el final de su recorrido, poniendo los motores Radon-Ulzer a la máxima potencia posible. Los gigantescos cohetes temblaron, rugieron como un animal enjaulado..., y no tardaron en detenerse.

El chico se quedó paralizado. En torno a él los corredores salían como una exhalación de la línea de partida con un estallido de destellos metálicos. Chorros de arena brotaban del suelo detrás de ellos, nublando el aire con un torbellino de partículas en suspensión. En cuestión de segundos el chico se quedó solo salvo por el tetramódulo de Ben Quadinaros, igualmente inmóvil en la línea de salida como si fuera la imagen del vehículo de Anakin reflejada en un espejo.

La mente de Anakin funcionaba a toda velocidad. Había cometido el error de usar demasiado combustible partiendo de una posición estacionaria, y los motores remodelados no podían absorber tanta energía a menos que el vehículo ya estuviera en movimiento. Anakin tiró de las palancas impulsoras, devolviéndolas al punto neutro. Después ajustó las conexiones de la salida del alimentador, vació los conductos y volvió a sellarlos. Respirando hondo, pulsó los botones de ignición. El sistema de arranque entró en acción con un crujido y se estabilizó, y los gigantescos Radon-Ulzer cobraron vida con un estruendo. Esta vez Anakin fue abriendo las válvulas de combustible con cautela, conteniendo la impaciencia que amenzaba con devorarle, y después empujó las palancas impulsoras. Los motores salieron disparados hacia delante, llevándose consigo módulo y piloto, y dejaron atrás la línea de partida.

Anakin inició la persecución, concentrándose en los puntos perdidos en la lejanía que indicaban la situación de los otros corredores. Atravesó las llanuras a toda velocidad; el gemido de los motores del módulo se volvía más estridente mientras el suelo desfilaba vertiginosamente debajo de ellos entre una oleada de luz y calor. El primer tramo del circuito era muy llano y estaba libre de obstáculos, y Anakin adelantó un poco más las palancas impulsoras. Estaba acelerando tan deprisa que el mundo se convirtió en un borrón luminoso.

El primer conjunto de formaciones rocosas asomó por encima del horizonte, delante de él.

Anakin ya podía ver las siluetas relucientes de los otros módulos, cuyos motores escupían chorros de llamas y humo. El chico redujo rápidamente la distancia que lo separaba de ellos, mientras los Radon-Ulzer aullaban frenéticamente. En un tramo de terreno abierto no había ningún motor que pudiera igualar al suyo en velocidad, y Anakin lo sabía.

Una abrasadora oleada de excitación recorrió todo su ser cuando consiguió alcanzar a los módulos que ocupaban las últimas posiciones.

Después de alcanzarlos Anakin tiró de las palancas impulsoras, proporcionándose un poco de espacio para maniobrar. Dejó atrás a dos contrincantes con tanta facilidad como

si estuvieran parados, desviándose hacia la izquierda primero y hacia la derecha después para enhebrar la aguja de espacio que había dejado entre ellos. A continuación, y apenas hubo superado aquel obstáculo, transmitió más potencia a los motores, hizo que su cuerpo se hundiera en el asiento acolchado. Estaba alcanzando a Gasgano, el alienígena de muchos miembros. Anakin pegó su vehículo al módulo Troiden de proa achatada y se preparó para dejarlo atrás. El Cañón del Arco asomaba ante él, y Anakin quería haber rebasado a los otros corredores antes de atravesarlo.

Maniobrando cautelosamente, se preparó para adelantar a su rival por la derecha. Pero Gasgano lo había visto aproximarse, y se apresuró a cortarle el paso. Anakin esperó, y después hacia la izquierda para hacer otro intento. Gasgano volvió a cortarle el paso. Los módulos volaban sobre el suelo del desierto, acosándose el uno al otro como un dragón krayt que estuviera persiguiendo a una rata womp.

La ladera de una meseta apareció en el horizonte como un muro cubierto de grietas. Anakin redujo la velocidad para que Gasgano creyera que se estaba preparando para descender.

Después de lanzar una rápida mirada atrás para cerciorarse de la posición del chico, el flaco piloto alienígena mantuvo el curso hasta llegar al borde de la meseta, y entonces descendió bruscamente. Anakin empujó las palancas impulsoras con todas sus fuerzas apenas lo hubo hecho, y su módulo aceleró de forma tan repentina que pasó por encima del vehículo de Gasgano antes de que éste pudiera hacer algo para impedirlo.

La oscura entrada del cañón ya se alzaba delante de él, y Anakin entró haciendo una finta en las frescas sombras que se extendían al otro lado. Los Radon-Ulzer zumbaban en sincronía merced a la acción de los cohesores de energía mientras los cables de aceratón cedían juntos lo suficiente para que el módulo de carreras salvara las peligrosas curvas. Anakin manejaba las palancas impulsoras con movimientos breves y precisos, visualizando cada giro, desviación, pendiente y obstáculo del recorrido. Nada podía ocultarse a su mirada, y todo quedaba revelado con nítida precisión.

Salió del cañón para volver a las llanuras. Por delante de él, Mawhonic y Sebulba se disputaban el primer puesto seguidos por una docena de módulos. Los inconfundibles motores en forma de X del dug subían y bajaban mientras su piloto maniobraba intentando mejorar su posición, pero el esbelto módulo de Mawhonic seguía alejándose poco a poco.

Y entonces Sebulba aceleró y viró bruscamente hacia la izquierda, lanzándose sobre el otro piloto. Mawhonic reaccionó al instante, imitando su maniobra... para chocar contra una gigantesca formación rocosa. Mawhonic desapareció tragado por una inmensa bola de llamas y humo negro.

A continuación fue Xelbree quien trató de arrebatarle el primer puesto a Sebulba, sobrevolándolo tal como había hecho Anakin con el de Gasgano, pero el dug percibió su presencia y se elevó para cortarle el paso. Xelbree se desvió hacia la izquierda y se mantuvo pegado a su rival. Sebulba parecía perder la iniciativa y poco a poco cedía terreno; pero cuando tuvo a Xelbree lo bastante cerca, abrió la portilla lateral de su tobera

izquierda. Un chorro de fuego alcanzó el motor de Xelbree, devorando la carcasa metálica como si fuera de plástico.

Xelbree intentó apartarse, pero no reaccionó lo bastante deprisa. El combustible se inflamó. El motor dañado estalló, y el motor restante y su módulo chocaron contra un risco y quedaron hechos pedazos.

Sin reducir la velocidad, Sebulba se alejó de los restos calcinados; era el líder solitario que encabezaba el pelotón de corredores.

En las gradas del estadio y desde las plataformas de observación esparcidas a lo largo del circuito, la multitud seguía el desarrollo de la carrera a través de pequeñas pantallas de mano que captaban las imágenes transmitidas por diversas holocámaras estratégicamente ubicadas.

Desde lo alto de una torre de seguimiento, un comentarista bicéfalo que parloteaba incesantemente consigo mismo daba las últimas noticias sobre los líderes. Qui-Gon contemplaba una pantalla junto a Padmé y Shmi, pero ni se hablaba de Anakin ni se lo veía aparecer en las imágenes. Las voces gemelas del comentarista subían y bajaban de tono, llenando el aire con sus inflexiones para aumentar la excitación de una multitud ya enloquecida por el entusiasmo.

Qui-Gon volvió la cabeza hacia las llanuras y las escrutó en busca de algún movimiento. A su derecha, Jar Jar discutía con un delgado alienígena de expresión hosca y sombría llamado Fanta, intentando mirar por encima de su hombro mientras lo acosaba a preguntas y trataba de hacerse amigo suyo, porque, como eran vagamente parecidos, creía que el poldt correspondería a sus intentos. Pero Jar Jar no podía estar más equivocado. Fanta no quería saber nada de él y le daba deliberadamente la espalda, impidiendo así que pudiera ver la pantalla. Jar Jar estaba comenzando a impacientarse.

Qui-Gon volvió la mirada hacia el área de los técnicos, donde R2, C-3PO y Kitster aguardaban en solitario aislamiento.

Watto reía y bromeaba con sus amigos en su palco particular, no tan arriba y más alejado de la Pista que el de Jabba. El toydariano revoloteaba de un lado a otro, captando fugaces momentos de la carrera en varias pantallas visoras mientras se frotaba nerviosamente las manos. Watto vio a Qui-Gon y le dirigió un gesto bastante grosero cuyo significado no podía estar más claro.

En la línea de partida, Ben Quadinaros seguía tratando de encender los motores de su tetramódulo.

Qui-Gon cerró los ojos y se distanció de cuanto lo rodeaba, bloqueando tanto los sonidos como los movimientos para volverse uno con la Fuerza y, desapareciendo en la corriente de ésta, comenzó a buscar a Anakin. El Maestro Jedi siguió sumido en sí mismo mientras el rugido de la multitud volvía a elevarse y el sonido de los motores cohete llegaban de la lejanía. Un enjambre de puntitos negros flotaba sobre el horizonte.

En la línea de partida, Ben Quadinaros por fin había conseguido encender los motores de su vehículo: los cuatro monstruos bulbosos cobraron vida con un tremendo rugido, vibrando frenéticamente dentro de sus carcasas. Motores y módulo se bambolearon

cuando Quadinaros abrió las toberas. Pero un instante después los cohesores de energía cedieron bajo la tensión, los cables de conexión se partieron, y los motores salieron disparados en cuatro direcciones para estrellarse contra muros de piedra, formaciones rocosas e hileras de dunas. La multitud dejó escapar una exclamación de asombro mientras se protegía los ojos y se tapaban los oídos. El módulo y Ben Quadinaros se desplomaban sobre la pista convertidos en una masa informe.

Casi en el mismo instante, el módulo de Sebulba dejó atrás el estadio, atravesó el arco de la meta y se alejó a toda velocidad para iniciar la segunda vuelta. Dos vehículos más siguieron su estela y desaparecieron en la lejanía con un rugido ensordecedor; sus cuerpos metálicos, pintados de vivos colores, resplandecían bajo el mediodía de los soles gemelos.

Y no había ni rastro de Anakin.

Qui-Gon mantuvo los ojos cerrados y siguió buscando dentro de su consciencia. A su lado, Shmi y Padmé cambiaban miradas de preocupación. Jar Jar seguía agarrado a Fanta y, cada vez más excitado, había comenzado a atizarle puñetazos en la espalda mientras el otro torcía el gesto y trataba de soltarse.

Tres corredores más pasaron velozmente ante ellos, y se perdieron de vista al tiempo que el rugido de sus motores se disipaba. Un cuarto, Ody Mandrell, se dirigió a la zona de reparaciones, con los motores de su módulo vibrando y echando humo mientras Mandrell detenía el vehículo entre un chirrido ensordecedor. Los androides mecánicos se acercaron corriendo y comenzaron a trabajar en los motores. Ody, un robusto y achaparrado er'kit de aspecto reptiliano, se incorporó en la cabina y comenzó a agitar los brazos, pero cuando los motores volvieron a entrar en acción, DUM-4, un androide mecánico, todavía no se había apartado de la toma de aire izquierda y fue aspirado hacia el interior del motor, donde fue triturado y convertido en un montón de chatarra que acabó siendo escupido por la tobera.

La multitud dirigió nuevamente su atención hacia las pantallas visoras, absorta en la carrera.

Y entonces R2, que estaba junto a la barandilla con Kitster y C-3PO, emitió un pitido de excitación.

Qui-Gon abrió los ojos.

—¡Ahí viene! —exclamó.

Anakin Skywalker surgió como una exhalación de la calima del mediodía; los Radon-Ulzer aullaban salvajemente.

Rodeado por los gritos y los vítores de sus compañeros y de la multitud, Qui-Gon Jinn se limitó a sonreír. Anakin pronto daría alcance al pelotón.

Al inicio de la segunda vuelta, Anakin ocupaba la sexta posición. Conforme progresaba la carrera, el chico iba siendo absorbido poco a poco por el funcionamiento de su vehículo, volviéndose uno con sus motores y sintiendo los tirones y la tensión de cada tuerca y remache. El viento fluía alrededor de él en un torrente inacabable, encerrándolo en su ruidosa estática. El universo había quedado reducido a él y sus reacciones, la

máquina y la velocidad. La carrera siempre producía ese efecto sobre él: fundía su cuerpo con el módulo y los motores hasta que Anakin acababa por formar parte de ambos. La simbiosis se volvía cada vez más profunda, uniéndolos y proporcionándole revelaciones que trascendían sus sentidos y su conocimiento, sacándolo del presente para proyectarlo a un lugar al que los demás no podían llegar.

A medida que el Cañón del Arco se acercaba, Anakin, concentrado en cada uno de sus movimientos, fue reduciendo la distancia que lo separaba de los líderes. Una vez en las llanuras, adelantó a Aldar Beedo y a Clegg Pieseguro. Ody Mandrell, que venía disparado hacia ellos, calculó mal el viraje cuando intentaba esquivar una duna y un motor quedó atascado en la arena.

El vehículo volcó y estalló hecho pedazos.

Sólo cuatro corredores se interponían entre Anakin y Sebulba, y el chico ya podía divisar el vehículo del dug.

A partir de entonces todo ocurrió muy deprisa.

Los corredores atravesaron el Cañón del Arco y emergieron de él dispuestos en una larga hilera; Anakin estaba cada vez más cerca de los que iban por delante. Los incursores tusken escondidos entre las rocas de los riscos que formaban el ángulo de la Curva de los Tusken abrieron fuego y, ayudados por la suerte, lograron darle a Teemto Pagalies, cuyo vehículo literalmente se desintegró. Anakin atravesó los restos humeantes, absorto en su impecable persecución de los demás. Adelantó a Elan Mak y Habba Kee. Por delante de él, Marte Guo intentaba alcanzar a Sebulba, pero como recelaba de las tretas del dug, se mantenía pegado al suelo mientras esperaba la ocasión de adelantarlo. Anakin saltó sobre las dunas de una larga cañada, aproximándose por momentos a Marte Guo.

Y de pronto Sebulba se incorporó sobre su asiento y arrojó un trozo de metal directamente a la toma de aire del motor izquierdo de Marte Guo. El motor obstruido comenzó a escupir humo y llamas. Marte intentó mantener el curso de su vehículo, pero el motor se caló y la repentina pérdida de potencia hizo que aquél se desviara bruscamente y se lanzara sobre el de Anakin.

Los módulos chocaron con un estridente aullido metálico, y el borde del estabilizador vertical de Marte Guo se enganchó en el cable del motor izquierdo de Anakin y lo soltó de su punto de amarre.

El módulo de Anakin se bamboleó con violencia y comenzó a oscilar. Los Radon-Ulzer seguían funcionando en sincronía, conectados por los cohesores de energía, pero el vehículo estaba fuera de control. Anakin accionó los pedales del estabilizador con el pie, intentando mantener el curso. El cable suelto chasqueaba bajo la estela del motor, amenazando con enredarse en algún promontorio y hacer que el vehículo se estrellara. Anakin buscó a tientas por el suelo de la cabina, en busca del recuperador magnético. Cuando lo encontró, pulsó el botón activador y dirigió el extremo del recuperador hacia el cable suelto que chasqueaba a su izquierda, en un desesperado intento de engancharlo. El esfuerzo lo obligó a tirar de las palancas impulsoras para reducir el flujo de energía, y

su módulo volvió a colocarse detrás del de Sebulba. Elan Mak, Habba Kee y ahora también Oditoki pasaron como una exhalación por un lado para desaparecer detrás del dug.

Anakin echó un vistazo por encima del hombro. El grueso del pelotón volvía a acercarse.

Después de una docena de intentos, por fin consiguió concentrarse lo suficiente para atrapar con el extremo del recuperador el cable desprendido, al que volvió a asegurar en el anclaje.

Tenía la cara cubierta de sudor y manchada de grasa, y la manga casi se le había desprendido de la chaqueta. Tras arrojar el recuperador al suelo, Anakin volvió a empujar las palancas impulsoras. El módulo, ya estabilizado, volvía a estar en condiciones de soportar el empuje de los motores Radon-Ulzer sin bambolearse, y Anakin aceleró en pos de los líderes de la carrera.

Primero alcanzó a Elan Mak y enseguida lo dejó atrás. Se estaba aproximando a Habba Kee cuando Obitoki intentó adelantar a Sebulba. El dug esperó a que su rival estuviese junto a él, y cuando esto ocurrió empleó la misma táctica que contra Xelbree. Tras abrir una pequeña portilla lateral de la tobera izquierda, lanzó un chorro de fuego contra la carcasa del motor derecho de Obitoki. El combustible se inflamó y estalló, y la proa del vehículo de Obitoki se incrustó en una duna, levantando nubes de arena que se esparcieron a su alrededor.

Habba Kee, que precedía a Anakin manteniéndose pegado al suelo, entró en una de ellas.

Momentáneamente cegado, giró hacia donde no debía y se encontró con un fragmento de los motores de Obitoki que sobresalía de la arena. El módulo chocó contra él y se produjo una gran explosión. Anakin siguió a Habba Kee hacia el interior de la masa de humo y partículas, quedando cegado como él. Un trozo de metal humeante surgió de la confusión para rebotar en la carcasa de su motor derecho después de haber pasado a escasos centímetros de la cabeza del chico; pero Anakin veía con algo más que los ojos, porque, tranquilo y a salvo dentro de sí mismo, podía sentir mentalmente la presencia del peligro antes de que llegara, y dejó atrás los restos incendiados con suaves movimientos de las palancas impulsoras.

Y un instante después ya estaba en terreno abierto y se aproximaba a Sebulba.

Alcanzó al dug cuando éste pasaba por delante del estadio. Los dos módulos atravesaron el arco de la meta para dar inicio a la tercera y última vuelta.

Dentro de su cabeza, Anakin podía ver a Qui-Gon y Jar Jar observándolo; a Kitster, animándolo a gritos en la zona de los técnicos, con R2 y C-3PO, el primero soltando pitidos y zumbidos, el segundo respondiéndole con un torrente de palabras; a Padmé, cuyo hermoso rostro reflejaba una profunda preocupación, y a su madre, con expresión de terror en los ojos.

Podía verlos a todos con tanta claridad como si se encontrara entre ellos, de pie, fuera de sí mismo contemplando la carrera...

Borró aquellos rostros de sus pensamientos y se concentró en Sebulba.

Estaban saliendo del Cañón del Arco cuando Sebulba decidió librarse de Anakin. El dug conocía la situación de todas las cámaras androides de observación. Conocía los ángulos de posicionamiento y sabía qué debía hacer para que sus actos no quedaran registrados por aquéllas. Pegó su módulo al de Anakin, abrió la portilla lateral de su tobera e intentó calcinar la carcasa de su motor tal como había sido víctima de ese truco con anterioridad, y esta vez se hallaba prevenido. El chico elevó su módulo por encima del chorro de fuego y se puso fuera de su alcance. Cuando Sebulba intentó seguir su estela, Anakin volvió a descender..., pero bajó demasiado y por un instante perdió el control del vehículo. Su módulo se desvió hacia una hilera de señales de advertencia, que ante el impacto salieron despedidas en todas direcciones. En un desesperado esfuerzo por recuperar el control de su vehículo, el chico levantó el morro del módulo, empujó las palancas impulsoras y aceleró. Los Radon-Ulzer retumbaron, el vehículo dio una espantosa sacudida y Anakin saltó por encima de Sebulba para hacerse con el primer puesto.

Los módulos atravesaron la primera serie de cavernas y dejaron atrás la Curva del Tusken, con Anakin delante y Sebulba pegado a su cola. Moviéndose a tales velocidades que apenas podían controlar sus vehículos, los dos adversarios se jugaban la vida a cada metro.

Finalmente, volvieron a encontrarse en las llanuras.

Sebulba, una vez más, trató de hallar un hueco para superar a Anakin, pero éste le cortó el paso. Sin embargo, de repente uno de los estabilizadores horizontales del motor izquierdo comenzó a estremecerse con violencia. Una imagen de Sebulba golpeando su estabilizador con el puño antes del inicio de la carrera cruzó como un relámpago por la mente de Anakin. El chico tiró de las palancas impulsoras, soltó el estabilizador y activó una montura auxiliar. La maniobra lo obligó a desviarse de su trayectoria, y Sebulba pasó como una exhalación por su lado para volver a encabezar la carrera.

Anakin Skywalker estaba a punto de quedarse sin tiempo y sin espacio. Empujó las palancas impulsoras y reinició su persecución del dug. Sebulba vio que venía hacia él e hizo que su módulo comenzara a oscilar delante del vehículo del chico para obstruirle el paso. Los dos vehículos aceleraron a lo largo de la pista, luchando por el primer puesto. Anakin recurrió a todos los trucos que conocía, pero Sebulba era un veterano con mucha experiencia y logró frustrar cada uno de sus intentos. El Abismo de Metta quedó atrás, y los corredores dejaron atrás las dunas para entrar en el último tramo de llanuras.

Finalmente Anakin se desvió hacia la izquierda para luego virar hacia la derecha, pero cuando Sebulba se dispuso a obstruirle el paso, esta vez el chico fingió un tercer cambio de curso, atrayendo al dug nuevamente hacia la izquierda. En cuando advirtió que Sebulba iniciaba su maniobra de bloqueo, Anakin viró hacia la derecha y se colocó a su lado.

Los dos módulos de carreras avanzaron por el último tramo del recorrido pegados el uno al otro mientras las gradas del estadio y las esculturas comenzaban a cobrar forma ante ellos.

Sebulba soltó un alarido de frustración y lanzó deliberadamente su módulo contra el de Anakin.

Enfurecido por la tozuda insistencia del chico, embistió su vehículo una, dos veces; pero el tercer impacto hizo que las varillas de dirección se engancharan, y con ellas los vehículos. Anakin manipuló frenéticamente los controles tratando de liberarse, pero los módulos parecían estar soldados el uno al otro. Sebulba se rió y pegó todavía más su módulo al de su rival en un esfuerzo por obligarlo a tomar tierra. Anakin accionó las palancas impulsoras, moviéndolas hacia delante y hacia atrás para ver si así conseguía soltarse. Los Radon-Ulzer vibraron debido al esfuerzo a que se los sometía, y las varillas de dirección gimieron y empezaron a doblarse.

La del vehículo de Anakin acabó por partirse por la mitad, llevándose consigo una plancha y el estabilizador horizontal. El módulo del chico tembló y se bamboleó al final de los cables de aceratón, oscilando con tanta violencia que sólo el arnés de seguridad impidió que Anakin saliera despedido de la cabina.

Pero Sebulba lo pasó mucho peor. Cuando la varilla de dirección de su oponente se partió, el módulo del dug fue catapultado hacia delante; los cables de remolque se partieron y los motores volaron por los aires. Un motor chocó contra una antigua escultura y se desintegró envuelto en llamas. Después le tocó el turno al segundo motor, que se incrustó en la arena y estalló. Los cables de remolque se desprendieron de sus anclajes y el módulo del dug patinó a través de los restos llameantes de los motores, rebotando y danto tumbos sobre el suelo del desierto hasta que acabó deteniéndose entre nubes de humo. Sebulba, hecho una furia, salió de la cabina para ponerse a chillar y a arrojar trozos de su módulo en todas direcciones..., hasta que descubrió que sus pantalones estaban ardiendo.

Anakin Skywalker se elevó para pasar sobre él, y las emisiones de sus enormes motores Radon-Ulzer aguijonearon el rostro del dug con una rociada de arena y partículas de roca.

Empuñando los controles para no salirse de su trayectoria mientras cruzaba la línea de meta, Anakin Skywalker, con sus nueve años de edad, se convirtió en el ganador más joven de la historia de la carrera de Boonta Eve.

14

Mientras la plataforma de observación desde la que había presenciado la competencia con Shmi, Padmé y Jar Jar iba bajando lentamente, Qui-Gon vio que la multitud echaba a correr hacia el vehículo de Anakin. El chico detuvo el módulo en el centro de la pista, apagó los Radon-Ulzer y salió de la cabina. Kitster ya había llegado hasta él y lo estaba abrazando, mientras R2 y C-3PO daban vueltas en torno a ellos. La multitud convergió sobre los dos amigos unos momentos después y se llevó a Anakin para pasearlo a hombros por toda la pista, aclamando su nombre.

Qui-Gon y Shmi se miraron y sonrieron, y el Maestro Jedi aprobó el heroico comportamiento del chico con una rápida inclinación de la cabeza. Anakin Skywalker era realmente especial.

La plataforma de observación se detuvo con un suave chasquido y sus ocupantes se apresuraron a bajar a la pista. Tras permitir que sus compañeros se unieran a la celebración, el Maestro Jedi se volvió hacia las gradas. Subió rápidamente por las escaleras, y unos minutos después ya había llegado al palco particular de Watto. Un grupo de alienígenas salía de él, riendo y bromeando en varias lenguas mientras contaban puñados de billetes y créditos. Watto, cuyo arrugado rostro azul aparecía pegado al ventanal, contemplaba con expresión de tristeza a la multitud que cantaba y vitoreaba a su héroe.

Pero en cuanto vio al Maestro Jedi, el toydariano pareció olvidar su tristeza y voló hacia él hecho una furia.

—¡Me has estafado! —Temblando de rabia, Watto comenzó a dar saltitos en el aire delante de Qui-Gon—. ¡Sabías que el chico iba a ganar! ¡No sé cómo, pero lo sabías! ¡Lo he perdido todo!

Qui-Gon esbozó una sonrisa.

—Tarde o temprano, los que apuestan acaban perdiendo, amigo mío. Hoy no era tu día. —La sonrisa desapareció de sus labios—. Lleva los componentes del hiperimpulsor al hangar principal ahora mismo. Después pasaré por tu tienda para ver que liberas al chico.

El toydariano pegó su hocico a la nariz de Qui-Gon.

—¡No puedes llevártelo! ¡No has jugado limpio, y la apuesta no es válida!

La gélida mirada de Qui-Gon recorrió de arriba abajo el cuerpecillo azulado de Watto.

—¿Quieres discutirlo con los hutts? Estoy seguro de que les encantará aclarar este pequeño malentendido.

Con expresión de odio, Watto se estremeció como si un insecto invisible acabara de picarlo.

—¡No, no! Estoy harto de tus trucos —repuso, agitando las manos—. ¡Llévate al chico y sal de mi vista!

Giró sobre sí mismo y abandonó el palco con un frenético batir de alas. Qui-Gon lo siguió con la mirada y después bajó por las escaleras, olvidándose de Watto para comenzar a pensar en todo lo que le quedaba por hacer.

Si no hubiera estado tan absorto en sus planes, quizás hubiese visto la sonda androide que flotaba detrás de él.

Una hora después el estadio estaba vacío, los módulos habían sido guardados o llevados a los talleres donde serían reparados, y el hangar principal se hallaba casi desierto. Unos cuantos androides, que seguían recuperando componentes utilizables de los vehículos destrozados, iban de un lado a otro con su mecánica atención totalmente concentrada en el trabajo. Anakin, el único piloto que no se había ido, inspeccionaba su módulo. El chico estaba sucio y despeinado, y tenía el rostro cubierto de sudor y grasa. Su chaqueta aparecía llena de desgarrones, y la sangre había manchado su ropa después de que se cortara el brazo con un trozo de metal durante la batalla con Sebulba.

Qui-Gon esperaba en un rincón del hangar junto a Padmé y Shmi y observaba al chico con expresión pensativa. Entretanto, Anakin, Jar Jar, R2 y C-3PO examinaban el fuselaje y los motores del módulo. El Maestro Jedi se preguntó por centésima vez si estaría en lo cierto respecto a Anakin mientras recordaba la increíble habilidad con que había manejado el módulo de carreras, la madurez de que daba muestra y los instintos que poseía. Parecía imposible, y aun así...

Pero eso le correspondería resolverlo al Consejo, y Qui-Gon decidió guardarse las preguntas para otro momento. Se separó de las mujeres, fue hasta el chico y se arrodilló junto a él.

—Ya sé que no ha sido fácil, Annie, pero lo has conseguido —dijo, mirándole a los ojos y poniéndole las manos sobre los hombros. Con una sonrisa afable, le quitó una mancha de grasa de la cara y añadió—: ¿Ves? Como nuevo.

Le revolvió los cabellos y lo ayudó a vendarse la herida del brazo. Shmi y Padmé se acercaron a ellos y no pudieron resistir la tentación de obsequiar a Anakin con más besos y abrazos, después de lo cual lo examinaron minuciosamente mientras le tocaban las mejillas y la frente.

—Oh, vamos... Ya está bien, ¿no? —balbuceó el chico, que se sentía un poco avergonzado.

Su madre sonrió y sacudió la cabeza.

—Hoy has hecho algo realmente maravilloso, Annie... Lo sabes, ¿verdad? Has dado nuevas esperanzas a quienes no las tenían. Estoy tan orgullosa de ti...

—Te lo debemos todo —se apresuró a añadir Padmé, mirándolo con ojos llenos de cariño y admiración.

Anakin se ruborizó.

—Sólo por lo bien que me siento ahora, ya ha valido la pena —declaró con una amplia sonrisa.

Qui-Gon fue hasta los dos eopies que habían traído la plataforma antigravitatoria con las piezas del hiperimpulsor. Watto había cumplido con su parte del trato, aunque no sin

mucho refunfuñar y entre nada veladas amenazas de vengarse. Qui-Gon examinó las tiras del contenedor, volvió la cabeza hacia el calor del mediodía y regresó con los demás.

—Padmé, Jar Jar: venid aquí —ordenó ásperamente—. Debemos llevar estos componentes a la nave.

El grupo fue hacia los eopies, riendo y hablando. Padmé abrazó y besó a Anakin una vez más, y después subió a la grupa de uno de los eopies detrás de Qui-Gon, a cuya cintura se agarró. Jar Jar montó en el segundo animal y sólo necesitó unos segundos para resbalar por el otro lado y acabar en el suelo. R2 le dirigió unos cuantos zumbidos alentadores mientras el gungano hacía un nuevo intento y conseguía, con gran esfuerzo, permanecer sentado sobre el eopie. El intercambio de adioses y agradecimientos subsiguiente se convirtió en un momento bastante incómodo para Anakin. El chico parecía querer decirle algo a Padmé, y se acercó a ella. Sin embargo, tras lanzarle una mirada expectante no consiguió articular palabra, y se limitó a contemplarla con una expresión que era a la vez de tristeza y desconcierto.

Los eopies se pusieron en marcha lentamente, y Anakin y su madre, que se habían quedado con C-3PO, los despidieron agitando la mano.

—¡Devolveré los eopies al mediodía! —prometió Qui-Gon, volviendo la cabeza hacia ellos.

Padmé no miró atrás ni una sola vez.

Qui-Gon Jinn y sus compañeros salieron de Mos Espa para adentrarse en el desierto de Tatooine. Abría la marcha deslizándose a velocidad media por delante de los eopies y el trineo.

Los soles gemelos ascendían rápidamente en el cielo para ocupar su posición cenital, y la arena comenzaba a despedir un calor ardiente. Pero el viaje de regreso al transporte de la reina transcurrió sin incidentes, y no tardaron en llegar a su meta.

Obi-Wan, que estaba esperándolos, bajó por la rampa apenas los vio aproximarse.

—Empezaba a preocuparme —anunció muy serio, sin más preámbulos.

Qui-Gon desmontó y después ayudó a Padmé a hacer lo propio.

—Comenzad a instalar ese generador de hiperimpulsión —ordenó—. Voy a volver. Tengo un negocio pendiente.

—¿Un negocio? —preguntó su protegido, enarcando una ceja.

—No tardaré.

Obi-Wan le contempló en silencio por unos instantes y después suspiró.

—¿Por qué tengo el presentimiento de que habremos de cuidar de otro animalito perdido?

Qui-Gon le cogió del brazo y lo llevó aparte.

—Si no hubiera sido por el chico —dijo—, ahora no tendríamos esos componentes. —Hizo una pausa—. Y la muestra de sangre que anoche sometiste a la prueba de los midiclorianos era suya.

Obi-Wan lo miró fijamente a los ojos sin decir nada, y después giró sobre sus talones y se fue.

Encima de un promontorio desde el que se divisaba la nave espacial, oculto entre el resplandor de los soles y las ondulaciones de calor que emanaban de las dunas, la sonda androide permaneció suspendida brevemente en el aire para emitir una última transmisión y después se alejó rápidamente.

Anakin volvió a casa andando con su madre y C-3PO, todavía eufórico por su victoria, pero también triste por la partida de Padmé. El chico no había pensado en lo que iba a suponer para ella que ganara la carrera de Boonta Eve, y en que eso significaría que Qui-Gon obtendría el generador de hiperimpulsión que necesitaba para que su transporte pudiera volver a funcionar.

Cuando la joven se inclinó sobre él para darle un beso y un abrazo de despedida, Anakin se vio obligado a pensar seriamente en la idea de la separación por primera vez desde la llegada de Padmé. Perplejo y abrumado por una repentina mezcla de emociones, quiso pedirle que se quedara, pero no consiguió que las palabras salieran de sus labios, porque sabía lo ridículas que sonarían, y además era consciente de que Padmé tampoco podía quedarse, por mucho que se lo pidiera.

De modo que se quedó parado como un androide sin vocalizador mientras contemplaba cómo la muchacha se alejaba de él, preguntándose cómo podía seguir viviendo si no volvía a verla.

Una vez que hubo regresado a casa con su madre, Anakin descubrió que estaba demasiado nervioso para quedarse quieto, por lo que llevó a C-3PO a su dormitorio, lo desactivó y volvió a salir. Qui-Gon le había dicho que ese día no tendría que trabajar en la tienda de Watto, así que podía hacer lo que le apeteciese hasta que volviera el Jedi. Evitando pensar en lo que ocurriría entonces, Anakin bajó por la avenida principal de Mos Espa, saludando con la mano mientras su nombre era gritado a cada paso que daba, y se dedicó a disfrutar de la maravillosa sensación que producía el éxito. Aún no se lo creía del todo, pero al mismo tiempo no podía evitar presentir que siempre había sabido que ganaría la carrera. Primero se encontró con Kitster y luego aparecieron Amee y Wald, y al cabo de un rato se vio rodeado por una docena de amigos y conocidos.

Estaba llegando al conector de la avenida cuando un joven rodiano, más alto y bastante más corpulento que él, se le plantó delante. Anakin había hecho trampas, dijo el rodiano en tono burlón, de lo contrario nunca habría conseguido vencer en la carrera de Boonta Eve. Ningún esclavo podía ganar nada.

Anakin se lanzó sobre él tan deprisa que el corpulento muchacho alienígena apenas tuvo tiempo de levantar los brazos en un movimiento defensivo antes de encontrarse en el suelo.

Anakin comenzó a darle puñetazos, incapaz de pensar en nada que no fuese lo furioso que estaba y sin ser consciente de que su ira no tenía nada que ver con su víctima y sí mucho (o quizá todo) con el hecho de que había perdido a Padmé.

De repente, Qui-Gon, que acababa de volver con los eopies, se inclinó sobre él. El Maestro Jedi tiró de Anakin hasta separarlo del otro muchacho y luego quiso saber a qué venía todo aquello. Un poco avergonzado, pero todavía furioso, Anakin se lo contó. Qui-

Gon, sin poder ocultar su decepción, estudió en silencio al chico por unos instantes. Después clavó los ojos en el joven rodiano y le preguntó si aún creía que Anakin había hecho trampas. El rodiano, fulminando a Anakin con la mirada, respondió que sí.

Qui-Gon puso la mano sobre el hombro de Anakin y, apartándolo de la multitud, no dijo nada hasta que estuvieron lo bastante lejos como para que no pudieran oírlos.

—Bueno, Annie, ya has visto que el que os pelarais no le ha hecho cambiar de parecer —dijo en tono pensativo—. Las opiniones de los demás son algo que debes aprender a tolerar tanto si estás de acuerdo con ellas como si no.

Llevó al chico hacia su casa y mientras andaban le fue explicando cómo funcionaba la vida; el peso de su mano sobre el hombro hizo que Anakin se sintiera agradablemente reconfortado.

Cuando estuvieron cerca de la casa de Anakin, el Jedi sacó de debajo del poncho una bolsa de cuero llena de créditos y la tendió hacia el chico.

—Son tuyos —anunció—. He vendido el módulo. —Apretó los labios y añadió—: A un dug particularmente hosco y bastante insistente, por si te interesa saberlo.

Anakin aceptó la bolsa con una amplia sonrisa. La pelea y su causa ya habían quedado olvidadas.

Subió corriendo por los peldaños y entró en casa, seguido en silencio por Qui-Gon.

—¡Mamá, mamá! —gritó Anakin en cuanto su madre apareció para saludarlo—. ¡Nunca adivinarás lo que ha pasado! ¡Qui-Gon ha vendido el módulo! ¡Mira todo el dinero que tenemos!

Le enseñó la bolsa de cuero y la dejó caer en sus manos, disfrutando de la expresión de sorpresa que apareció en el rostro de su madre.

—¡Oh, cielos! —murmuró Shmi, bajando la mirada hacia la bolsa repleta de créditos—. ¡Eso es maravilloso, Annie!

Levantó rápidamente la mirada hacia Qui-Gon, que dio un paso adelante.

—Annie ha sido liberado —dijo.

El chico abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Qué?

—Ya no eres un esclavo —le anunció Qui-Gon.

Shmi Skywalker contempló con incredulidad al Jedi, sin poder ocultar su asombro y perplejidad.

—¿Has oído eso, mamá? —Anakin soltó un grito de alegría y dio un gran salto. ¡No podía ser! ¡Pero Anakin sabía que era verdad, que realmente había ocurrido! Consiguió calmarse y, con una sonrisa, preguntó—: ¿Eso formaba parte del premio o qué?

—Digamos que Watto acaba de recibir una lección muy importante sobre el arte de apostar —repuso Qui-Gon, risueño.

Shmi Skywalker meneaba la cabeza, todavía aturdida por aquella noticia que aún le costaba digerir. Sin embargo, la visión del rostro de su hijo bastó para que todo quedara claro en cuestión de segundos. Shmi extendió los brazos hacia él y lo estrechó contra su pecho.

—Ahora podrás hacer realidad tus sueños, Annie —murmuró, acariciándole la mejilla, con el rostro radiante de felicidad—. Eres libre. —Soltó a su hijo, se volvió hacia Qui-Gon y en tono expectante inquirió—: ¿Te lo llevarás contigo? ¿Va a ser un Jedi?

Anakin acogió la sugerencia con una amplia sonrisa y, volviéndose hacia Qui-Gon, esperó su respuesta.

El Maestro Jedi titubeó.

—Nuestro encuentro no fue una coincidencia. Nada ocurre por accidente. Estás muy unido a la Fuerza, Anakin, pero el Consejo quizá no quiera aceptarte.

El chico oyó lo que quería oír y no hizo caso a lo demás, pues de pronto veía que todos los sueños que había alimentado durante tanto tiempo se convertían en realidad en un instante.

—¡Un Jedi! —exclamó—. ¿Significa eso que iré con vosotros en vuestra nave espacial y todo lo demás?

¡Y volvería a estar con Padmé! El pensamiento iluminó su mente con el destello cegador de un rayo, trayendo consigo unas expectativas tan maravillosas que apenas consiguió oír lo que el Maestro Jedi dijo a continuación.

Qui-Gon, con expresión repentinamente sombría, se arrodilló delante del chico.

—Aprender a ser un Jedi no resultará nada fácil, Anakin. Será un auténtico desafío, y, si lo consigues, te espera una vida muy dura.

Anakin se apresuró a sacudir la cabeza.

—¡Pero es lo que quiero! ¡Es lo que siempre he soñado! —Miró a su madre—. ¿Puedo ir, mamá?

—El camino ha sido colocado ante ti, Anakin —dijo Qui-Gon reclamando su atención—. La decisión de seguirlo debe ser únicamente tuya.

El hombre y el chico se miraron. Una extraña mezcla de emociones se agitó en el interior de Anakin, pero la que predominaba por encima de todas era la felicidad que sentía al comprender que lo que más anhelaba en el mundo —ser un Jedi y recorrer la galaxia— por fin estaba a su alcance.

El chico volvió la mirada hacia el rostro resignado de su madre, y vio en los ojos de ésta que, una vez más, Shmi quería lo que era mejor para él.

Anakin miró nuevamente a Qui-Gon.

—Quiero ir —declaró.

—Pues entonces coge tus cosas —le indicó el Maestro Jedi—. No tenemos mucho tiempo.

—¡Bien! —gritó el chico, dando saltos y ardiendo en deseos de ponerse en marcha. Corrió hacia su madre y, tras abrazarla con todas sus fuerzas, salió disparado hacia su dormitorio.

Estaba a punto de entrar en él cuando cayó en la cuenta de que se había olvidado de algo. Un escalofrío recorrió su espalda mientras se volvía hacia Qui-Gon.

—¿Y qué pasa con mamá? —preguntó—. También es libre, ¿no? Vendrás conmigo, ¿verdad, mamá?

Qui-Gon y su madre se miraron con evidente preocupación, y Anakin supo la respuesta antes de que el Jedi pronunciara una sola palabra.

—Intenté obtener la libertad de tu madre, Annie, pero no hubo manera de convencer a Watto.

En Tatooine, tener esclavos proporciona prestigio y da cierta posición social.

A Anakin se le hizo un nudo en la garganta.

—Pero el dinero de la venta...

Qui-Gon sacudió la cabeza.

—Con eso no hay ni para empezar.

Se produjo un largo y tenso silencio; Shmi Skywalker se acercó a su hijo, se sentó a su lado y, cogiéndole las manos, lo atrajo hacia ella. Lo miró fijamente a los ojos y murmuró:

—Mi sitio está aquí, Annie. Mi futuro está aquí. Ya va siendo hora de que... aprendas a vivir por tu cuenta. No puedo ir contigo.

Anakin tragó saliva con dificultad.

—Entonces quiero quedarme contigo y que todo siga como hasta ahora.

—Detener el cambio es tan imposible como tratar de detener los soles cuando les ha llegado la hora de ocultarse —dijo Shmi, frunciendo el entrecejo mientras intentaba darle ánimos con una temblorosa sonrisa—. Escucha la voz de tus sentimientos, Annie. Tú ya sabes lo que has de hacer.

Anakin Skywalker respiró hondo, bajó la vista e inclinó la cabeza. Todo se estaba desmoronando dentro de él: la felicidad se derretía y la expectación se disipaba rápidamente; pero entonces sintió que la mano de su madre le apretaba los dedos, y en su contacto encontró la fortaleza que necesitaba para hacer lo que sabía que debía hacer.

Aun así, cuando volvió a alzar la mirada hacia ella sus ojos estaban arrasados en lágrimas.

—Te echaré muchísimo de menos, mamá —susurró.

Su madre asintió.

—Te quiero, Annie. —Le soltó las manos—. Y ahora, apresúrate.

Anakin le dio un rápido abrazo y después salió corriendo de la habitación, con el rostro bañado en lágrimas.

Una vez en su dormitorio, Anakin miró alrededor, súbitamente perplejo. Se iba, y no sabía cuándo volvería. Nunca había estado en otro lugar, y nunca había conocido a nadie aparte de los habitantes de Mos Espa y quienes iban allí para comerciar con ellos. Había soñado con otros mundos y otras vidas, con pilotar una gran nave espacial y convertirse en un Jedi; pero el impacto de lo que significaba estar a punto de dar el primer paso por el camino que conducía a esa vida tantas veces deseada era abrumador.

Se encontró pensando en el viejo piloto, y se acordó de que le había dicho que no le sorprendería que Anakin Skywalker llegara a ser algo más que un esclavo. Era lo que más quería en el mundo, y Anakin había deseado con todas sus fuerzas que ocurriese.

Pero nunca había pensado que quizá tendría que separarse de su madre.

Se secó las lágrimas de los ojos, intentando contener un nuevo acceso de llanto, y oyó las voces de su madre y Qui-Gon, que hablaban en la otra habitación.

—Gracias —murmuró su madre.

—Cuidaré de él. Tienes mi palabra. —La grave voz del Jedi era afable y tranquilizadora—. ¿Y tú? ¿Podrás seguir adelante sin él?

Anakin no consiguió oír la respuesta de su madre, pero sí oyó lo que dijo a continuación.

—Ha estado en mi vida durante tan poco tiempo...

Shmi se calló, abrumada por la emoción. Anakin se obligó a dejar de escuchar, y comenzó a recoger ropa que fue metiendo en una mochila. No tenía muchas cosas, de modo que terminó enseguida. Miró alrededor para comprobar si se había olvidado de algo importante y posó la mirada en C-3PO, que estaba sentado en el banco de trabajo, inmóvil. Anakin se acercó al androide de protocolo y lo activó. C-3PO ladeó la cabeza y miró al chico.

—Bueno, C-3PO, me voy —anunció Anakin solemnemente—. Soy libre. Me marcho en una nave espacial...

Se calló, pues no se le ocurría nada más que añadir.

—Bien, amo Anakin —dijo el androide—, usted me ha creado y le deseo suerte. Aunque preferiría estar un poco menos desnudo.

El chico suspiró y asintió.

—Siento no haber tenido tiempo de terminarte, C-3PO... Me refiero al recubrimiento y todo lo demás, ya sabes. Echaré de menos el trabajar en ti. Te has portado muy bien. Me aseguraré de que mamá no te venda ni nada por el estilo. ¡Adiós!

Cogió su mochila y salió corriendo de la habitación, y mientras se iba oyó la voz quejumbrosa de C-3PO a su espalda.

—¿Venderme?

Anakin se despidió de su madre, y, ya más decidido y animado, a la vez que seguro de cuál tenía que ser su futuro, salió por la puerta con Qui-Gon. Apenas se había alejado una docena de metros cuando Kitster, que los había seguido después de la pelea, corrió hacia ellos.

—¿Adónde vas, Annie? —preguntó con voz temblorosa.

Anakin tuvo que respirar hondo antes de poder contestar.

—He sido liberado, Kitster. Me marcho con Qui-Gon. En una nave espacial, ¿sabes?

Kitster lo miró con expresión de sorpresa e incredulidad. Anakin hurgó en sus bolsillos y sacó un puñado de créditos que ofreció a su amigo.

—Toma. Son para ti.

Kitster inclinó el oscuro rostro sobre los créditos y después volvió a mirar a Anakin.

—¿Tienes que irte, Annie? ¿Realmente tienes que hacerlo? ¿No puedes quedarte? ¡Eres un héroe, Annie!

—Yo... —Anakin miró más allá de Kitster y vio a su madre, que seguía contemplándolo desde la puerta, y luego volvió la vista hacia el sitio en el que lo esperaba Qui-Gon. Sacudió la cabeza—. No, no puedo.

Kitster asintió.

—Bien.

—Bien —repitió Anakin, mirándole.

—Gracias por todo, Annie —dijo el otro chico, y cuando aceptó los créditos había lágrimas en sus ojos—. Eres mi mejor amigo.

Anakin se mordió el labio inferior.

—No te olvidaré.

Dio un breve abrazo a Kitster y después se apartó de él y corrió hacia Qui-Gon; pero antes de reunirse con el Jedi, volvió a mirar a su madre. Verla inmóvil en la puerta lo obligó a detenerse.

Anakin se quedó inmóvil, indeciso y desgarrado por el conflicto de emociones que se agitaba en su interior. Luego, su ya vacilante determinación se derrumbó, y echó a correr hacia su madre.

Cuando llegó a su lado, había lágrimas en sus ojos.

—No puedo hacerlo, mamá —murmuró, aferrándose a ella—. ¡No puedo!

Anakin temblaba, sacudido por los sollozos, y dejó que lo hiciera durante unos momentos, reconfortando al chico con su calor, y después lo apartó suavemente. Se arrodilló ante él y en tono sereno pero firme, dijo:

—¿Te acuerdas de cuando te subiste a esa duna e hiciste huir a aquellos banthas para que no los mataran, Annie? Sólo tenías cinco años. ¿Te acuerdas de cómo te desplomaste varias veces, agotado por el calor mientras pensabas que no podrías hacerlo, que era un esfuerzo demasiado grande para ti?

Anakin asintió, sin dejar de llorar.

—Ésta es una de esas veces en que tienes que hacer algo que no te crees capaz de hacer —añadió Shmi, mirándolo a los ojos—; pero yo sé lo fuerte que eres, Annie. Sé que puedes hacerlo.

El chico se tragó las lágrimas, pensando que su madre se equivocaba y que no era fuerte, pero sabiendo también que, por muy difícil que lo encontrara, y aun cuando se resistiera a hacerlo, Shmi ya había decidido que tenía que irse.

—¿Volveré a verte alguna vez? —preguntó en tono de desesperación, expresando en voz alta el peor de sus temores.

—¿Qué te dice tu corazón? —repuso Shmi con dulzura.

Anakin sacudió la cabeza, confuso.

—No lo sé —contestó—. Supongo que me está diciendo que sí.

Su madre asintió.

—Entonces ocurrirá, Annie.

Anakin respiró hondo, tratando de calmarse. Había dejado de llorar, y se enjugó las lágrimas.

—Llegaré a ser un Jedi —declaró con un hilo de voz—, y volveré y te liberaré, mamá. Te lo prometo.

—Mi amor irá contigo dondequiera que vayas —le dijo Shmi, acercando el bondadoso rostro a la cara de su hijo—. Ahora sé valiente y no mires atrás.

—Te quiero, mamá —susurró Anakin.

Shmi abrazó a su hijo por última vez y después lo hizo dar media vuelta.

—No mires atrás, Annie —susurró.

Shmi le empujó suavemente y Anakin se alejó con paso decidido, echándose la mochila al hombro mientras mantenía los ojos clavados en un punto situado más allá del lugar en que estaba esperándolo Qui-Gon. Anakin fue hacia ese punto a grandes zancadas, pasando junto al Maestro Jedi sin detenerse y conteniendo las lágrimas que amenazaban con volver a brotar.

Unos minutos bastaron para que su madre y su hogar quedaran atrás.

Lo primero que hicieron fue ir a la tienda de Watto, donde el toydariano ya tenía preparados los impresos que certificarían la libertad de Anakin. El transmisor que había atado al chico a su vida de esclavitud fue desactivado para siempre, a la espera de ser extraído mediante una pequeña operación. Watto seguía quejándose amargamente de lo injusto que era el mundo cuando salieron a la calle dejándolo solo en su tienda.

A continuación, y a petición de Anakin, fueron al puesto de frutas de Jira, que no se encontraba muy lejos. El chico, ya muy recuperado del dolor que le producía el separarse de su madre, fue hacia la anciana y depositó un puñado de créditos en sus delgadas manos.

—He sido liberado, Jira —le dijo con voz firme y decidida—. Me voy. Úsalos para la unidad refrigeradora que te prometí. Así podré estar tranquilo sabiendo que no pasas calor, ¿de acuerdo?

Jira contempló los créditos con incredulidad y sacudió la canosa cabeza.

—¿Puedo darte un abrazo? —preguntó. Extendió los brazos hacia el chico y lo estrechó contra su delgado cuerpo, cerrando los ojos mientras lo hacía—. Te echaré de menos, Annie —añadió—. No hay un chico más bueno en toda la galaxia. Cuídate.

Anakin se apresuró a dejarla y echó a correr en pos de Qui-Gon, que ya se alejaba, ansioso por partir. Anduvieron en silencio por una serie de calles laterales, y Anakin grabó en su memoria aquellos lugares tan familiares que tardaría mucho tiempo en volver a ver, recordando la vida que había llevado allí y despidiéndose de ella.

Estaba absorto en sus pensamientos cuando Qui-Gon giró sobre sus talones con tal rapidez que el chico apenas lo vio moverse. La espada de luz del Jedi descendió en un brillante arco, hendiendo las sombras entre dos edificios y chocando contra algo metálico que estalló en una lluvia de fragmentos después de haber sido atravesado por el arma.

Qui-Gon desactivó la espada de luz y se arrodilló para inspeccionar los componentes que aún crujían y siseaban sobre la arena. El olor acre del ozono y el aislante quemado flotaba en el aire.

—¿Qué es? —preguntó el chico, atisbando por encima del hombro del Jedi.

Qui-Gon se levantó.

—Una sonda androide. Y muy extraña, por cierto. Nunca había visto nada parecido. —Miró alrededor, preocupado—. Vamos, Annie —ordenó, y los dos se alejaron rápidamente.

15

Qui-Gon Jinn sacó al chico de Mos Espa sin perder un instante, conduciéndolo a toda prisa por las calles atestadas en dirección a la zona menos densamente poblada de las afueras. Sus ojos y su mente no paraban de buscar, aquéllos clavados en el paisaje de Tatooine y ésta concentrada en la Fuerza. Sus instintos le habían advertido de la presencia de la sonda androide que había estado siguiéndolos, y su adiestramiento Jedi en los misterios de la Fuerza le advertía de algo mucho más peligroso. Qui-Gon podía percibir una alteración en el equilibrio de las cosas que sugería una intrusión en la armonía requerida por la Fuerza, un peso tenebroso que se disponía a precipitarse sobre ellos como una inmensa piedra.

Una vez en el desierto, Qui-Gon apretó el paso. La oscura silueta del transporte de la reina no tardó en hacerse visible, ofreciéndoles un refugio donde estarían a salvo. Oyó que Anakin le llamaba: el chico intentaba seguir su paso, pero comenzaba a quedar rezagado.

Y cuando miró por encima del hombro para darle ánimos, Qui-Gon vio el deslizador y su jinete vestido de negro lanzándose sobre ellos.

—¡Al suelo, Anakin! —gritó, volviéndose en redondo.

El chico se arrojó de bruces sobre la arena, pegándose a ella mientras el aerodeslizador sobrevolaba su cuerpo, casi rozándolo antes de dirigirse hacia Qui-Gon. El Maestro Jedi ya había activado su espada de luz y la sostenía delante de él empuñándola con ambas manos. El deslizador, un vehículo en forma de silla de montar sin armas visibles que parecía haber sido diseñado pensando más en la rapidez y la maniobrabilidad que en la potencia de fuego, venía hacia él como una exhalación. El Jedi nunca había visto un vehículo semejante, pero su repentina aparición trajo a su mente recuerdos de algo muerto y desaparecido.

Cuando el jinete salió del resplandor de los soles gemelos, Qui-Gon vio el aspecto que presentaba. Extraños dibujos geométricos rojos y negros cubrían su rostro demoníaco bajo el círculo de cuernos que coronaba su cabeza. Su anatomía y su apariencia general eran claramente humanoides, pero los ojos en forma de rendija y los dientes afilados hacían que pareciese un depredador. Su aullido recordaba el que hubiese lanzado una fiera a su presa.

Aquel alarido primigenio apenas había tenido tiempo de rasgar el aire cuando el jinete ya estaba encima de Qui-Gon, con el que chocar evitó mediante un brusco viraje en el último momento antes de cortar la impulsión y saltar de su asiento, todo ello en un solo y veloz movimiento. Empuñaba una espada de luz de extraño aspecto, que ya abatía sobre el Maestro Jedi antes de que los pies del atacante hubieran tocado el suelo. Qui-Gon, sorprendido por la rapidez y la ferocidad del recién llegado, apenas tuvo tiempo de detener el mandoble con su arma, y las dos hojas de energía se separaron con un áspero chirrido. El atacante giró sobre sus talones entre el revoloteo de ropas oscuras y después

reanudó la ofensiva, blandiendo la espada de luz con el rostro iluminado por un frenesí asesino que prometía un combate a muerte.

Anakin se había levantado y no apartaba los ojos del Jedi y su agresor, pero no sabía qué debía hacer. Qui-Gon vio al chico con el rabillo del ojo mientras intentaba detener el ataque de su adversario.

—¡Vete de aquí, Annie! —gritó.

El atacante inició una nueva acometida, obligándolo a retroceder con un diluvio de mandobles y estocadas que caían sobre él desde todos los ángulos posibles. Aunque no sabía nada acerca de aquel ser, Qui-Gon ya se había dado cuenta de que había sido adiestrado en las técnicas de lucha de los Jedi, lo cual lo convertía en un adversario tan hábil como peligroso. Y eso no era todo, porque, también era más joven, rápido y fuerte que Qui-Gon, y estaba llevando la iniciativa del combate. El Maestro Jedi detuvo un ataque detrás de otro, pero no podía encontrar un hueco que le proporcionara la ocasión de escapar.

—¡Annie! —volvió a gritar al advertir que el chico había quedado paralizado—. ¡Vuelve a la nave! ¡Diles que despeguen! ¡Vete, vete!

Y mientras se enfrentaba con renovada determinación a aquel atacante de rostro demoníaco, Qui-Gon Jinn vio que el chico por fin echaba a correr.

Dominado por el miedo y la duda, Anakin Skywalker pasó corriendo junto a los dos combatientes en dirección a la nave espacial del planeta Naboo. El del transporte posado a unos trescientos metros de él relucía bajo el resplandor de la tarde. La rampa de abordaje estaba extendida, pero no había ni rastro de sus ocupantes. Anakin intentó correr más deprisa. Cuando llegó a la rampa y entró corriendo en la nave, vio que Padmé y un hombre de piel oscura vestido de uniforme venían hacia él. Padmé contempló al chico con expresión de sorpresa.

—¡Qui-Gon tiene problemas! —logró decir Anakin mientras trataba de recobrar el aliento—. ¡Dice que despeguemos de inmediato!

—¿Quién eres? —preguntó el hombre con suspicacia.

Pero Padmé ya se había puesto en movimiento y, tras coger a Anakin del brazo, comenzó a tirar hacia la proa de la nave espacial.

—Es un amigo —respondió sin detenerse—. Deprisa, capitán.

Echaron a correr por el pasillo que llevaba a la cabina, mientras Anakin intentaba contarle a la joven lo que había ocurrido. Padmé seguía tirando nerviosamente de él, asintiendo con rápidas inclinaciones de la cabeza mientras lo instaba a darse prisa e intentaba decidir qué debían hacer.

Cuando entraron en la cabina, encontraron a dos hombres examinando el panel de control de la nave. Los dos se volvieron en cuanto los oyeron llegar. Uno lucía una insignia de piloto sobre la pechera de su chaqueta. El segundo, a juzgar por el corte de pelo y la ropa que llevaba, debía de ser otro Jedi, decidió Anakin.

—Qui-Gon tiene problemas —anunció Padmé.

—Dice que despeguemos —añadió Anakin, confirmando la terrible noticia.

El Jedi se levantó de inmediato. De mirada aguda y penetrante, era mucho más joven que Qui-Gon y llevaba el cabello muy corto salvo por una coleta trenzada que le caía sobre el hombro derecho.

—¿Dónde está? —preguntó y, sin esperar respuesta, se volvió hacia el ventanal y comenzó a escrutar las llanuras desiertas.

—No veo nada —dijo el piloto, mirando por encima de su hombro.

—¡Ahí! —La aguda mirada del Jedi acababa de captar un movimiento en un rincón del ventanal—. ¡Despega y llévanos allí! ¡Vamos, vamos! ¡Vuelo rasante!

El hombre llamado Ric ocupó el sillón del piloto mientras los demás, Anakin incluido, se apresuraron a buscar asiento. Los haces repulsores entraron en acción con un ronco gruñido, la rampa quedó sellada y el esbelto transporte se elevó y dirigió su proa hacia la dirección indicada.

—Ahí —murmuró el Jedi, señalando con un dedo.

Todos vieron que Qui-Gon Jinn libraba una encarnizada batalla con una figura demoníaca vestida de negro. Los combatientes avanzaban y retrocedían mientras las espadas de luz destellaban con cada golpe, entre torbellinos de polvo y partículas de roca que saltaban en todas direcciones. Los largos cabellos de Qui-Gon flotaban detrás de él en un agudo contraste con la cabeza calva rematada por una extraña corona de cuernos de su adversario. Ric dirigió rápidamente la nave hacia ellos, aproximándose por detrás del atacante y manteniéndose tan pegado al suelo como si estuviera manejando una moto aérea. Anakin contuvo la respiración mientras avanzaban hacia los combatientes. La mano de Ric se deslizó sobre el control que bajaría la rampa, comenzando a accionarlo con lenta cautela.

—No os mováis —ordenó, inmovilizándolos a todos en sus asientos mientras describía un rápido viraje.

Y entonces Qui-Gon apareció de repente, subiendo de un salto a la rampa desplegada del transporte y agarrándose a una vigueta con una mano para no perder el equilibrio. Ric soltó un siseo de aprobación, intentando mantener la nave lo más inmóvil posible. Pero el atacante surgió de la calima y de un salto se encaramó a la rampa mientras la nave comenzaba a elevarse.

Tambaleándose a cada sacudida del transporte y con una expresión de rabia en los ojos, luchó para mantener el equilibrio.

Sin pérdida de tiempo, Qui-Gon se lanzó sobre él para empujarlo hacia el borde de la rampa.

Ya estaban a veinte metros por encima del suelo, y Ric intentaba mantener el curso mientras veía cómo los combatientes volvían a enfrentarse y sin atreverse a subir más hasta que Qui-Gon no estuviese a salvo. El Maestro Jedi y su adversario llenaban la imagen transmitida desde la entrada de la rampa; sus rostros, cubiertos de sudor, aparecían tensos en una mueca de impecable determinación.

—Qui-Gon... —le oyó decir Anakin al segundo Jedi en tono de desesperación mientras contemplaba la batalla durante un par de segundos más antes de ponerse de pie y echar a correr por el pasillo.

En la pantalla, Anakin vio que Qui-Gon Jinn daba un paso atrás, alzaba su espada de luz con ambas manos y descargaba un terrible mandoble sobre su atacante. El hombre de la corona de cuernos consiguió detener el golpe, pero por muy poco, y acabó de perder el equilibrio al hacerlo. La potencia del impacto hizo que saliera despedido de la rampa y fuese a dar contra el suelo del desierto. Encogiéndose sobre sí mismo para amortiguar el golpe, rodó y se levantó sin perder un segundo. Pero la persecución había terminado. El atacante, en cuyos ojos amarillos ardía una llama de frustración, contempló cómo la rampa se cerraba y la nave espacial salía disparada hacia el horizonte.

Qui-Gon apenas si tuvo tiempo de entrar por la escotilla antes de que ésta se sellara y el transporte nubiano comenzara a acelerar. El Maestro Jedi permaneció inmóvil sobre el frío suelo metálico de la entrada, con la ropa polvorienta y empapada de sudor y el cuerpo dolorido y cubierto de morados. Respiró profundamente y aguardó a que se normalizaran los latidos de su corazón. Ver a la muerte tan cerca bastaba para poner nervioso a cualquiera. Su adversario era muy poderoso, y había estado a punto de vencerlo. Qui-Gon decidió que se estaba haciendo viejo, y descubrió que eso no le gustaba nada.

Obi-Wan y Anakin vinieron corriendo por el pasillo para ayudarlo a levantarse. Resultaba difícil decidir cuál de los dos estaba más preocupado, y Qui-Gon no pudo evitar sonreír al ver sus caras.

El chico fue el primero en hablar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, visiblemente consternado.

Qui-Gon asintió al tiempo que se sacudía la ropa.

—Creo que sí. Fue una sorpresa que tardaré en olvidar.

—¿Qué clase de criatura era? —quiso saber Obi-Wan, con ceño.

Quiere volver allí y reanudar el combate donde lo dejé, pensó Qui-Gon.

El Maestro Jedi sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. No sé quién o qué era, pero había sido adiestrado en las artes de los Jedi. Sospecho que andaba detrás de la reina.

—¿Crees que nos seguirá? —preguntó Anakin.

—Cuando hayamos entrado en el hiperespacio estaremos a salvo —repuso Qui-Gon, evitando responder a la pregunta—, pero no me cabe duda de que conoce nuestro destino. Si nos ha encontrado una vez, puede volver a encontrarnos.

El chico frunció el entrecejo.

—¿Y qué haremos ahora?

Obi-Wan se volvió hacia él y le lanzó una mirada con la que exigía saber, en silencio, por qué tenía tantas ganas de tomar parte en lo que hubiera que hacer. El chico le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Esperaremos sin dejarnos llevar por la impaciencia —repuso Qui-Gon, irguiéndose y atrayendo nuevamente la atención del chico hacia él—. Anakin Skywalker, te presento a Obi-Wan Kenobi.

—Encantado de conocerte —dijo Anakin con una amplia sonrisa—. Tú también eres un Caballero Jedi, ¿verdad?

Los ojos del joven Jedi fueron de su rostro al de Qui-Gon para acabar alzándose hacia el techo como si pidiera ayuda.

Echaron a andar por el pasillo que conducía a la cabina, donde Ric Olié estaba preparando la nave para el salto al hiperespacio. Qui-Gon se encargó de hacer las presentaciones, y después se encaminó hacia la consola y se detuvo junto a Ric.

—Todo listo —anunció el piloto por encima del hombro, y permaneció a la espera de nuevas instrucciones.

Qui-Gon asintió.

—Esperemos que el hiperimpulsor funcione y Watto no acabe riendo el último.

Inmóviles detrás de Ric, todos contemplaron en silencio cómo el piloto extendía las manos hacia los controles y activaba el hiperimpulsor. Se produjo un breve y estridente zumbido y las estrellas que llenaban el ventanal dejaron de ser alfilerazos plateados para convertirse en hilos de luz cuando la nave entró en el hiperespacio, dejando tras de sí Tatooine.

***

La noche cubría el planeta de Naboo, pero el silencio de Theed superaba incluso el que experimentan quienes aguardan la llegada del sueño. En la opulenta sala del trono a la que antes únicamente tenía acceso la reina Amidala, una extraña mezcla de criaturas se habían reunido para asistir al juicio y sentencia del gobernador Sio Bibble. Nute Gunray, virrey de la Federación Comercial, había convocado a un público formado por Rune Haako y varios neimoidianos más, el gobernador y un puñado de administradores al servicio de la reina, y un gran número de androides de combate que, armados con desintegradores, custodiaban a los prisioneros naboos.

El neimoidiano estaba sentado en un sillón mecánico, un deambulador robótico que lo transportaba de un rincón de la sala a otro moviendo sus piernas metálicas en respuesta a una leve presión de los dedos de su ocupante. El sillón llevó al virrey hasta Sio Bibble y los administradores naboos; las estructuras articuladas del artefacto poseían una precisión meticulosa que permitía a Nute Gunray permanecer cómodamente relajado mientras tomaba nota del miedo que había en los ojos de los administradores que apoyaban a Bibble.

Pero el gobernador no estaba asustado. Fiel a sus convicciones a pesar de las circunstancias, Bibble se enfrentó a Gunray con furiosa determinación, la canosa cabeza muy erguida y una expresión desafiante en los ojos. El neimoidiano lo fulminó con la mirada: Sio Bibble comenzaba a convertirse en una auténtica molestia.

—¿Cuándo piensa poner fin a esta ridícula huelga? —preguntó en tono áspero, inclinándose ligeramente para enfatizar su disgusto.

—Virrey, sólo pondré fin a ella cuando la reina...

—¡Su reina está perdida, y su pueblo se muere de hambre! —lo interrumpió el virrey.

—Los naboos no se doblegarán ante la intimidación —replicó Bibble—, ni siquiera si el precio que hay que pagar por ello sea de muchas vidas inocentes...

—¡Tal vez debería pensar un poco más en sí mismo, gobernador! —exclamó Gunray, colérico—. ¡Me parece que usted morirá mucho antes que su pueblo! —Temblaba de rabia, y descubrió que se le había agotado la paciencia—. ¡Ya estoy harto de esto! —estalló—. ¡Lleváoslo!

Los androides de combate avanzaron rápidamente, rodearon a Sio Bibble y lo separaron de sus colegas.

—¡No sacaréis nada de esta invasión! —gritó el gobernador por encima del hombro mientras se lo llevaban a rastras—. ¡Somos una democracia! ¡El pueblo ha decidido, virrey! Los naboos no vivirán bajo la tiranía...

El resto de lo que dijo se perdió cuando desapareció por la puerta que conducía a la sala contigua. Los administradores naboos, impotentes y en silencio, salieron detrás de él.

El neimoidiano los siguió con la mirada por unos instantes y después dirigió su atención hacia OOM-9 cuando el comandante de sus androides de combate, cuyo rostro metálico permanecía inexpresivo, se adelantó y le habló con su voz desprovista de inflexiones.

—Mis tropas estás preparadas para comenzar a registrar los pantanos en busca de las aldeas submarinas de las que tanto se rumorea —le comunicó OOM-9—. No tardaremos en dar con ellas.

Nute Gunray asintió y despidió al androide con un gesto de la mano. Los salvajes que ocupaban los pantanos no le preocupaban en absoluto, pues sería fácil aplastarlos. A todos los efectos prácticos, Nute Gunray controlaba el planeta.

Se recostó en el sillón mecánico y comenzó a calmarse. Ya sólo faltaba que los Señores del Sith le trajeran a la reina, y Nute Gunray estaba seguro de que no les costaría demasiado encontrarla.

Aun así, sabía que no dormiría tranquilo hasta que aquel pequeño problema hubiera quedado resuelto.

A bordo del transporte de la reina, Anakin Skywalker temblaba en un rincón de la cámara central mientras intentaba decidir qué podía hacer para entrar en calor. Los demás dormían; Anakin también lo había hecho, pero sólo durante un rato, y sus sueños no fueron nada agradables.

Anakin despertó para enfrentarse al silencio y, paralizado por algo más que el frío, descubrió que no podía moverse.

Jar Jar roncaba ruidosamente en un extremo de la cámara, estirado en un asiento con la cabeza echada hacia atrás. Nada parecía capaz de quitarle el sueño —o el apetito— al gungano, y Anakin no pudo evitar sonreír mientras lo contemplaba. Cerca de Jar Jar

estaba R2, inmóvil, erguido y básicamente silencioso, aunque sus luces parpadeaban lentamente.

Anakin contempló la oscuridad, deseando poder moverse para vencer la inercia, pero sus sueños seguían acosándolo. Se encontró pensando en su madre y su hogar, y algo pareció romperse dentro de él. ¡La echaba tanto de menos! Al principio Anakin creyó que lo iría superando en cuanto se hubiera ido, pero no había sido así. Todo se la recordaba, y si intentaba cerrar los ojos para apartar esos recuerdos de su mente, se encontraba con el rostro de Shmi esperándolo, preocupado y lleno de cansancio, suspendido en la oscuridad.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y pensó que tal vez no debería haber seguido a Qui-Gon.

Quizá sería mejor que volviera a casa, pero..., pero ahora no podía volver a casa. Quizá nunca podría volver.

Una esbelta figura entró en la cámara, y Anakin vio que la claridad de una pantalla visora iluminaba el delicado rostro de Padmé. La joven activó una grabación y después, permaneciendo tan rígidamente inmóvil como una estatua de piedra, contempló al gobernador Sio Bibble mientras éste suplicaba a la reina Amidala que volviera a casa para ayudar a su pueblo cuando más la necesitaba y evitar que muriera de hambre. Padmé observó la grabación hasta el final y después, desconcertada, se quedó inmóvil, cabizbaja y con la mirada fija en el vacío.

¿Qué estaba haciendo?

De repente Padmé pareció darse cuenta de que la observaba, y se volvió hacia el lugar en que Anakin estaba agazapado. Con expresión de cansancio y preocupación en el rostro, se acercó a él y se arrodilló a su lado. Anakin se esforzó cuanto pudo para dejar de llorar, pero no consiguió ocultar ni las lágrimas ni los temblores.

—¿Te encuentras bien, Annie? —preguntó Padmé suavemente.

—Hace mucho frío —repuso Anakin con un hilo de voz.

Padmé sonrió, se quitó el grueso chaquetón y lo envolvió en él.

—Vienes de un planeta cálido, Annie. El espacio es frío.

Anakin asintió, arrebujándose en la prenda.

—Pareces triste —dijo.

Si Padmé percibió la ironía que encerraba aquella observación, no lo dijo.

—La reina está preocupada. Su pueblo sufre y muere. Debe convencer al Senado de que intervenga, porque de lo contrario... —Se calló, como negándose a pronunciar aquellas palabras—. No sé qué ocurrirá —concluyó con voz distante, y apartó la mirada de Anakin para contemplar algo que no estaba allí.

—Yo tampoco sé qué va a ser de mí —admitió Anakin con voz temblorosa—. No sé si volveré a ver a... —Dejó la frase sin concluir, pues sintió un nudo en la garganta. Respiró honro, frunció el entrecejo y metió la mano en el bolsillo—. Toma —dijo—. Esto es para ti. Así me recodarás. Lo he hecho con un gránulo de japor. Te dará buena suerte —añadió, ofreciéndole un colgante de madera delicadamente tallado.

Con el rostro oculto entre las sombras, Padmé lo examinó en silencio por unos instantes y después se lo colgó del cuello.

—Es muy hermoso; pero no necesito esto para acordarme de ti. —Lo miró con una sonrisa en los labios—. ¿Cómo podría olvidar a mi futuro esposo? —Bajó la mirada hacia el colgante y lo acarició con expresión pensativa—. Cuando lleguemos a Coruscant muchas cosas cambiarán, Annie, pero lo que siento por ti no cambiará.

El chico asintió y tragó saliva con dificultad.

—Ya lo sé. Y yo tampoco dejaré de pensar en ti. Es sólo que echo de menos... —Se le quebró la voz, y los ojos volvieron a llenársele de lágrimas.

—Echas de menos a tu madre —murmuró la joven, terminando la frase por él.

Anakin asintió al tiempo que se limpiaba la cara sin poder articular palabra mientras Padmé Naberrie lo estrechaba entre sus brazos.

16

Mucho antes de que se hubieran aproximado lo suficiente para entender por qué, los viajeros procedentes de otros mundos ya podían ver que Coruscant era distinto de otros planetas. Incluso los que estaban más acostumbrados a viajar se asombraban ante el extraño aspecto que ofrecía visto desde el espacio; Coruscant no proyectaba los suaves tonos verdes y azules de los planetas vírgenes que aún no habían sido conquistados por la civilización, sino un extraño resplandor plateado que sugería los reflejos que el sol arranca a una superficie metálica.

La impresión no era engañosa. Los días en que Coruscant podía ser contemplado en alguna clase de estado natural estaban muertos y enterrados. La ciudad capital fue expandiéndose edificio tras edificio con el transcurso de los siglos hasta que acabó por abarcar la totalidad del planeta. Bosques, montañas, masas de agua y formaciones naturales desaparecieron bajo una capa de estructuras. La atmósfera era filtrada a través de reguladores de oxígeno y purificada por sistemas de barrido, y el agua era recogida y almacenada en gigantescos acuíferos naturales. Los animales, aves, plantas y peces nativos sólo podían ser encontrados en los museos o en recintos de clima controlado que cumplían la función de reservas. Como vio con toda claridad Anakin Skywalker desde el ventanal del transporte de la reina Amidala después de que éste hubiera iniciado su lento descenso, Coruscant se había convertido en un planeta de relucientes torres metálicas que se elevaban hacia el cielo formando una especie de bosque de puntas de lanza, un ejército de gigantes paralizados que cubría el horizonte se mirara hacia donde se mirase.

El chico contempló la ciudad-planeta con expresión de asombro, buscando sin encontrarla alguna interrupción en la interminable sucesión de edificios. Volvió la cabeza hacia Ric Olié, quien le sonrió desde el asiento del piloto.

—Coruscant, capital de la República, o cómo un planeta entero ha evolucionado hasta acabar convertido en una ciudad. —Le guiñó un ojo—. Es un lugar maravilloso para visitarlo, pero no querría vivir en él.

—¡Es tan enorme! —murmuró el chico.

Entraron en una ruta de aproximación para el tráfico aéreo y atravesaron lentamente el laberinto de edificios, deslizándose a lo largo de las líneas de guía magnéticas que dirigían a las aeronaves. Ric explicó a Anakin cómo funcionaba el sistema, pero el chico le escuchó distraídamente, pues aún estaba cautivado por la inmensidad del paisaje urbano. Los Jedi se movían en silencio detrás de ellos. Jar Jar atisbaba a través del ventanal por encima de la consola, encogido en un rincón y claramente aterrorizado por lo que veía. Anakin sabía que el gungano debía de echar de menos la familiaridad de su hogar pantanoso, de la misma manera que él estaba pensando que prefería el desierto a aquel lugar.

El transporte de la reina redujo la velocidad, salió del carril de tráfico y puso rumbo hacia una plataforma de descenso suspendida en el aire junto a un grupo de enormes edificios. Anakin miró temerosamente hacia abajo. Se encontraban a varios cientos de

niveles de la superficie, a centenares de metros de altura. Apartó la mirada y tragó saliva con dificultad.

La nave se posó sobre la plataforma de descenso con una leve sacudida y sus abrazaderas antigravitatorias se cerraron sobre ella. La reina estaba esperando en el corredor principal, con su séquito de doncellas, guardias y el capitán Panaka. Amidala miró a Qui-Gon y con una inclinación de la cabeza le indicó que fuera por delante. Con una rápida sonrisa dirigida a Padmé, Anakin se apresuró a seguir al Maestro Jedi mientras éste echaba a andar hacia la escotilla.

La escotilla se abrió, la rampa de abordaje descendió y los Caballeros Jedi, Anakin Skywalker y Jar Jar Binks salieron a la claridad solar de Coruscant. El chico dedicó los primeros minutos a concentrarse para no quedar abrumado por lo que veía, lo que fuera de la nave resultaba doblemente difícil. Mantuvo la mirada fija en la rampa y en Qui-Gon, sin atreverse a mirar alrededor por miedo a caer al vacío.

Dos hombres vestidos con los ropajes ceremoniales del Senado de la República aguardaban al final de la rampa, flanqueados por un contingente de guardias. El Jedi fue hacia ellos y los saludó con una reverencia. Anakin y Jar Jar se apresuraron a imitarlo, aunque sólo el primero sabía ante quién se estaban inclinando y por qué.

La reina Amidala salió por la escotilla, vestida con sus ropajes negro y oro y con el tocado emplumado que confería mayor fluidez a sus movimientos mientras descendía por la rampa, además de hacer que pareciese más alta. Sus doncellas la rodeaban, envueltas en sus capas carmesíes, cuyas capuchas cubrían sus rostros casi por completo. El capitán Panaka y sus guardias escoltaban al grupo.

Amidala se detuvo delante de los hombres que esperaban al final de la rampa y miró al dignatario de rostro bondadoso y ojos llenos de preocupación. El senador Palpatine, el emisario de la reina ante el Senado de la República, se inclinó ante ella, con las manos entrelazadas bajo los pliegues de su túnica verde azulada.

—Nos alegramos de veros, majestad —dijo con una sonrisa mientras volvía a erguirse—. Permitid que os presente a Valorum, el canciller supremo.

Valorum era un hombre alto, de cabellos plateados, que no parecía ni joven ni viejo, sino un poco de ambas cosas a la vez. Su porte y su voz eran imponentes, pero su rostro y sus ojos intensamente azules traslucían cansancio e inquietud.

—Sed bienvenida, alteza —dijo mientras una sonrisa apenas esbozada iluminaba fugazmente sus adustas facciones—. Conoceros en persona es un gran honor para mí. Todo el mundo está muy preocupado por la situación actual en Naboo. He convocado una sesión especial del Senado para que podáis presentar vuestra petición de ayuda.

La reina le sostuvo la mirada sin moverse ni un milímetro, alta y majestuosa en sus ropajes de gala y con el rostro, pintado de blanco, tan inexpresivo y frio como el hielo.

—Os agradezco vuestra preocupación, canciller —murmuró.

Con el rabillo del ojo, Anakin vio que Padmé estaba observándole desde debajo de la capucha que ocultaba su rostro. Cuando se volvió hacia ella, la joven le hizo un guiño, y Anakin se sintió enrojecer.

—Tenemos un pequeño problema de procedimiento, pero estoy seguro de que podremos resolverlo —dijo mientras la conducía rampa arriba, seguidos por las doncellas, el capitán Panaka y los guardias.

Anakin se dispuso a ir tras ellos, flanqueado por Jar Jar, pero se detuvo al ver que los Jedi todavía estaban hablando con el canciller supremo. Anakin, no muy seguro de adónde se suponía que debía ir, lanzó una mirada inquisitiva a Qui-Gon. La reina y su séquito aflojaron el paso en respuesta, y aquélla llamó a Anakin y el gungano con un gesto de la mano. El chico volvió a mirar a Qui-Gon, quien asintió en silencio.

Anakin y Jar Jar entraron en la lanzadera con la reina y tomaron asiento en la última hilera de sillones. El senador Palpatine los miró por encima del hombro desde la primera fila, y una fugaz sombra de escepticismo atravesó su cara antes de que volviera la cabeza.

—A mí no gustar nada estar aquí, Annie —susurró el gungano con voz temblorosa.

Anakin asintió y apretó los labios.

Recorrieron la escasa distancia que los separaba de otro grupo de edificios y una segunda plataforma de descenso, ésta claramente diseñada para acoger lanzaderas. Una vez allí, desembarcaron, y Palpatine los escoltó hasta sus aposentos privados, una parte de los cuales había sido preparada para acoger a la reina y su séquito. Anakin y Jar Jar vieron que se les proporcionaba una habitación y la ocasión de asearse, después de lo cual los dejaron a solas. Al cabo de un rato, una de las doncellas —no era Padmé, observó Anakin con desilusión— fue a buscarlos y los llevó hasta una sala de espera contigua a lo que parecía ser el despacho de Palpatine.

—Esperad aquí —les ordenó la doncella, y se marchó por el pasillo.

Las puertas del despacho del senador estaban abiertas, por lo que el chico y el gungano podían ver su interior. La reina se encontraba allí, vestida con un traje de terciopelo púrpura que envolvía su delgado cuerpo en una sucesión de capas mientras sus largas mangas colgaban grácilmente de sus esbeltos brazos. En la cabeza lucía una corona en forma de abanico adornada con borlas y cuentas delicadamente talladas. Amidala, sentada en un sillón, escuchaba a Palpatine. Junto a ella estaban sus doncellas, cuyo rostro permanecía oculto bajo las capuchas carmesí. Anakin sospechó que Padmé no se hallaba entre ellas. Se preguntó si debería ir en su busca en vez de esperar allí, pero no tenía ni idea de dónde podía encontrarse.

La conversación parecía fluir en un solo sentido; el senador Palpatine gesticulaba animadamente mientras se paseaba por el despacho y la reina permanecía tan inmóvil como si fuese una estatua de piedra. Anakin deseó poder oír lo que se estaba diciendo. Miró a Jar Jar, y la incesante agitación de los ojos del gungano le indicó que estaba pensando lo mismo que él.

Cuando el capitán Panaka pasó junto a ellos y entró en el despacho, ocultándolos por un instante con su cuerpo, Anakin se levantó impulsivamente. Indicando a Jar Jar que siguiera donde estaba y llevándose un dedo a los labios en un gesto de advertencia, el chico se pegó a la pared junto a una de las hojas de la puerta abierta. La rendija entre ésta y el quicio le permitía oír las voces de Palpatine y la reina.

Palpatine había dejado de pasearse y estaba inmóvil delante de Amidala, meneando la cabeza.

—La República ya no es lo que era. El Senado está lleno de delegados codiciosos que sólo piensan en sí mismos y en sus sistemas estelares. El bien común no le interesa a nadie; no hay cortesía, sólo política. —Suspiró cansadamente—. Es repugnante, creedme. He de seros franco, majestad: hay muy pocas probabilidades de que el Senado decida hacer algo con respecto a la invasión.

—El canciller Valorum parece pensar que hay esperanza —señaló Amidala pasados unos momentos.

—Majestad, permitidme que os diga que el canciller ha perdido casi todo su poder —repuso el senador en tono apesadumbrado—. Se ha visto envuelto en un escándalo cuidadosamente organizado, y debe enfrentarse a viles acusaciones de corrupción. Ahora mandan los burócratas.

La reina se puso de pie.

—¿Cuáles son nuestras opciones, senador?

Palpatine reflexionó en silencio antes de responder.

—Deberíamos forzar unas elecciones en las que se nombrara a un canciller supremo más fuerte, alguien capaz de controlar a los burócratas, hacer cumplir las leyes y proporcionarnos justicia. —Echó hacia atrás su abundante cabellera y se frotó la frente con los dedos—. Podríais solicitar que se sometiera al canciller Valorum a un voto de confianza.

Amidala no se mostró muy convencida.

—Valorum ha sido nuestro más firme partidario. ¿No hay ninguna otra manera?

Palpatine la miró fijamente.

—Nuestra única alternativa es llevar el asunto a los tribunales, y entonces...

—No hay tiempo para eso —lo interrumpió la reina con un deje de ira en la voz—. Los tribunales aún tardarían más tiempo que el Senado en tomar una decisión. —Alzó la cabeza, y cuando volvió a hablar lo hizo en un tono más áspero incluso que antes—. Nuestra gente está muriendo, y el número de víctimas no para de aumentar. Debemos actuar de inmediato. Tenemos que detener a la Federación Comercial antes de que ocurra una catástrofe.

Palpatine le dirigió una mirada sombría.

—Tratemos de ser realistas, alteza. Me parece que vamos a tener que aceptar el control de la Federación Comercial como un hecho consumado..., al menos por el momento.

La reina sacudió la cabeza en una lenta negativa.

—Eso es algo que no puedo hacer, senador.

El senador y la reina se miraron en silencio por unos instantes, y Anakin Skywalker, escondido detrás de la puerta del despacho, se preguntó qué habría sido de Qui-Gon Jinn.

A diferencia de otros edificios de la vasta aglomeración urbana de Coruscant, el Templo de los Jedi no estaba rodeado de otras estructuras. Una colosal pirámide coronada

por múltiples pináculos que se elevaba hacia el cielo desde su cima truncada, se mantenía apartado de todo el final de una gran avenida que la conectaba con voluminosas torres de líneas mucho más agresivas en las que no había tantas probabilidades de encontrar soledad y un mediador comprensivo. El Templo albergaba a los Caballeros Jedi y sus estudiantes, y servía de hogar a toda una orden que, dedicaba a la contemplación y el estudio de la Fuerza, la codificación de sus dictados y el dominio de sus disciplinas, se adiestraba incesantemente para servir al bien supremo que encarnaba.

La sala del Consejo Jedi dominaba una de las secciones centrales del complejo. El Consejo estaba reunido a puerta cerrada, ya que sus discusiones debían permanecer ocultas a los ojos y oídos de todo el universo a excepción de catorce personas. Doce de ellas —algunas humanas, algunas no humanas— formaban el Consejo, un grupo de veteranos que habían gravitado gradualmente hacia la orden desde ambos extremos de la galaxia. Los últimos dos Jedi, que habían sido invitados por el Consejo aquella tarde, eran Qui-Gon Jinn y Obi-Wan Kenobi.

Los asientos de los doce miembros del Consejo formaban un círculo y estaban encarados hacia el lugar en que Qui-Gon y Obi-Wan permanecían de pie, el primero relatando los acontecimientos de las últimas semanas y el segundo, un paso detrás de él, escuchándole con gran atención. Esbeltas columnas separadas por grandes ventanales abiertos a la ciudad y la luz sostenían la cúpula de la estancia circular. La forma de la sala y la disposición de los asientos del Consejo reflejaban la creencia Jedi de que todos los seres eran iguales y estaban interrelacionados. En el mundo de los Jedi, el equilibrio de la vida dentro de la Fuerza era el camino que llevaba a la comprensión y la paz.

Mientras hablaba, Qui-Gon estudió los rostros de sus oyentes, cada uno de los cuales le era familiar. En su mayoría se trataba de Maestros Jedi al igual que él, entre los cuales Yoda y Mace Windu eran los miembros más veteranos y de mayor rango de la orden. Todos acataban las normas de los Jedi con una docilidad de la que él nunca había sido capaz, y que probablemente nunca llegaría a alcanzar.

Qui-Gon ocupaba el círculo de mosaicos que servía de plataforma de oradores a quienes se dirigían al Consejo. Su alta y robusta figura y su voz grave exigía la atención de todos los presentes mientras sus ojos azules pasaban de un rostro a otro, buscando incesantemente una reacción de sus palabras. Los consejeros —el majestuoso Ki-Adi-Mundi, la joven y hermosa Adi Gallia, el esbelto Depa Billaba, Even Piell, con su rostro marmóreo rematado por espinas óseas, y todos los demás, cada uno distinto y único en su apariencia y poseedor de una característica vital que ofrecer como representante del Consejo— lo escuchaban atentamente.

Qui-Gon volvió a dirigir la mirada hacia Mace Windu y Yoda, los dos consejeros más respetados y poderosos de cuantos juzgarían su petición, sabedor de que era a ellos a quienes debía convencer.

—Mi conclusión es que el enemigo que me atacó en Tatooine era un Señor del Sith —dijo en voz baja, y con ello dio por terminado su relato.

Se produjo un profundo silencio, seguido de una agitación de túnicas marrones y un movimiento general de cuerpos y miembros. Se oyeron murmullos de incredulidad mientras los consejeros se miraban los unos a los otros.

—¿Un Señor del Sith? —masculló Mace Windu, inclinándose hacia delante.

Windu, robusto, de ojos penetrantes y piel oscura, llevaba la cabeza afeitada y su rostro no mostraba ninguna arruga a pesar de su avanzada edad.

—¡Imposible! —exclamó Ki-Adi-Mundi con irritación, sin molestarse en tratar de ocultar su horror ante la sugerencia de Qui-Gon—. ¡Los Sith desaparecieron hace un milenio!

Yoda, una presencia diminuta y marchita rodeada por seres mucho más grandes que él, se removió ligeramente en su sillón. Con los ojos entornados como una pantera de las arenas que estuviera digiriendo plácidamente su última presa, Yoda volvió su rostro arrugado hacia Qui-Gon y lo miró con expresión pensativa.

—Amenazada veo a la República, si los Sith involucrados están —observó con su suave y cascada voz de anciano.

Los demás volvieron a murmurar entre ellos. Qui-Gon no dijo nada y esperó a que fueran asimilando sus noticias. Habían creído que los Sith ya no existían. Creían que habían sido consumidos por sus ansias de poder. De pronto sintió que Obi-Wan se ponía tenso junto a su hombro, y comprendió que al joven Jedi le estaba costando mucho guardar silencio.

Mace Windu se recostó pesadamente en su sillón y frunció su ancha frente.

—Esto es muy difícil de aceptar, Qui-Gon. ¿Nos estás diciendo que los Sith han regresado sin que lo supiéramos? Me parece imposible.

—Difícil de ver, el lado oscuro es —dijo Yoda con un tenue bufido—. Descubrir debemos quién es este asesino.

—Quizá vuelva a revelarse a sí mismo —sugirió Ki-Adi-Mundi, dirigiendo una inclinación de la cabeza a Qui-Gon.

—Sí —convino Mace Windu—. Este ataque tenía un propósito, eso está claro. Su objetivo era la reina. Dado que ha fracasado una vez, puede que vuelva a intentarlo.

Yoda alzó un flaco brazo para señalar a Qui-Gon.

—Junto a esta reina naboo debes seguir, Qui-Gon. Protegerla deberás.

Se oyeron murmullos de aprobación, lo que evidenciaba la confianza que tenían en las capacidades del Maestro Jedi. Pero Qui-Gon continuó callado.

—Utilizaremos todos nuestros recursos para esclarecer este misterio y descubrir la identidad de tu atacante —dijo Mace Windu, y alzó una mano en un gesto de despedida—. Que la Fuerza te acompañe, Qui-Gon Jinn.

—Que la Fuerza te acompañe —repitió Yoda.

Obi-Wan se volvió para marcharse, pero se detuvo cuando advirtió que Qui-Gon, en vez de seguirlo, permanecía inmóvil ante los consejeros. Obi-Wan contuvo la respiración, pues sabía lo que iba a ocurrir.

Yoda ladeó la cabeza y le lanzó una mirada interrogativa.

—¿Algo más que decir tienes, Qui-Gon Jinn?

—Con tu permiso, maestro mío —repuso el Jedi, mirándolo fijamente—. He descubierto una convergencia en la Fuerza.

Yoda abrió un poco más los ojos.

—¿Una convergencia, dices?

—¿Focalizada alrededor de una persona? —se apresuró a preguntar Mace Windu.

Qui-Gon asintió.

—Un chico. Nunca había visto una concentración de midiclorianos tan elevada en ninguna forma de vida. —Hizo una pausa—. De hecho, es posible que fuera concebido por midiclorianos.

Se produjo un nuevo silencio, esta vez de perplejidad. Qui-Gon Jinn estaba sugiriendo lo imposible, que el chico no había sido concebido a través del contacto humano, sino por la esencia de toda la vida, por los mismísimos conectores de la Fuerza: los midiclorianos. Dotados de una inteligencia colectiva y una consciencia de grupo, los midiclorianos formaban la conexión entre la Fuerza y cualquier forma de vida.

Sin embargo, no era únicamente eso lo que inquietaba al Consejo. Una profecía tan antigua que sus orígenes se habían perdido hacía ya mucho tiempo, afirmaba que algún día aparecería un elegido imbuido por una abundancia de midiclorianos, un ser íntimamente unido a la Fuerza destinado a alterarla para siempre.

Fue Mace Windu quien expresó en voz alta los pensamientos del Consejo.

—Te refieres a la profecía que habla de aquel que equilibrará la Fuerza, ¿verdad? —aventuró—. Crees que es ese chico.

Qui-Gon titubeó.

—Nunca osaría...

—¡Pero lo haces! —lo interrumpió Yoda, desafiante—. ¡Revelada queda tu opinión, Qui-Gon!

El Maestro Jedi respiró hondo y dijo:

—Solicito que el chico sea sometido a la prueba.

La sala volvió a sumirse en el silencio mientras los miembros del Consejo se miraban mutuamente, comunicándose sin palabras.

Los ojos de todos los presentes volvieron a posarse en Qui-Gon.

—¿Que se lo adiestre como un Jedi pides para él? —preguntó Yoda.

—Si he encontrado a ese chico, ha sido porque tal era la voluntad de la Fuerza —insistió Qui-Gon—. Estoy completamente seguro de ello. Están ocurriendo tantas cosas que sólo puede tratarse de eso.

Mace Windu alzó una mano, poniendo así fin al debate.

—Entonces tráelo ante nuestra presencia.

Yoda asintió sombríamente y cerró los ojos.

—Sometido a la prueba será.

—Es hora de irse, majestad —dijo el senador Palpatine, dirigiéndose hacia su escritorio para recoger un montón de tarjetas de datos.

La reina Amidala se levantó y Anakin corrió a sentarse junto a Jar Jar, no sin lanzar otra mirada de advertencia al gungano, que puso cara de sentirse ofendido.

—Yo no ir a decírselo —protestó.

Unos momentos después Palpatine salió de su despacho seguido por la reina y sus doncellas, a quienes condujo a la antecámara en que Anakin y Jar Jar esperaban en sus asientos. El senador pasó por su lado sin mirarlos y salió a toda prisa por la puerta.

La reina Amidala aflojó el paso de manera casi imperceptible mientras pasaba junto a Anakin.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —susurró la doncella Rabé sin mirar a Anakin—. Esta vez no tendrás que escuchar desde detrás de una puerta.

Anakin y Jar Jar se miraron, apenados y sorprendidos, y después se levantaron y la siguieron.

17

Mientras los demás esperaban fuera, la reina Amidala se retiró a sus aposentos en compañía de sus doncellas el tiempo suficiente para volver a cambiarse de ropa, esta vez con la clara intención de subrayar su posición como líder de los naboos. Cuando reapareció, lucía una capa de terciopelo escarlata con bordados de oro y una corona con borlas y cuernos de tela entrelazados alrededor de una placa central de oro labrado a mano. El traje y el tocado le conferían una majestuosidad extraordinaria, y Amidala pasó por delante del chico y del alienígena como si acabara de bajar de las nubes para mezclarse con los mortales, tan distante e inalcanzable que Anakin y Jar Jar no pudieron evitar quedarse boquiabiertos ante su belleza sobrenatural y su impasible elegancia.

Eirtaé y Rabé, las doncellas que la habían acompañado antes, siguieron a la reina tan silenciosamente como si flotaran, envueltas en sus túnicas y sus capuchas carmesíes. Anakin buscó a Padmé con la mirada, pero no la encontró.

—Id delante, por favor —le pidió Amidala a Palpatine, al tiempo que indicaba con un gesto al chico, el gungano y el capitán Panaka que la acompañaran.

Salieron de los aposentos de Palpatine y recorrieron una serie de pasillos que los conectaban con otras cámaras y, finalmente, otros edificios. Los salones estaban prácticamente desiertos salvo por un puñado de guardias de la República, y la comitiva avanzó sin que nadie intentara detenerla. Anakin miró alrededor, impresionado por los altísimos techos, los enormes ventanales y el bosque de edificios que se divisaba a través de ellos, e intentó imaginarse cómo sería vivir en un sitio como Coruscant.

Cuando llegaron a la cámara del Senado, Anakin tuvo nuevos motivos de asombro.

La cámara parecía un gigantesco estadio circular, con puertas que daban a rampas exteriores situadas a distintos niveles por encima del suelo. En el centro de la cámara una esbelta columna sostenía la plataforma del canciller supremo, una gran área semicerrada que permitía a Valorum, que ya se hallaba presente, sentarse o estar de pie en compañía de su vicepresidente y sus ayudantes. Cubriendo la totalidad de los muros interiores del estadio, los palcos del Senado sobresalían de espaciosos hangares provistos de puertas de acceso, algunos sujetados por sus anclajes mientras los senadores hablaban con secretarios y visitantes, y otros flotando en el aire junto a ellos. Cuando un senador pedía permiso para hablar y era autorizado a ello por la presidencia, su palco flotaba hasta el centro del estadio y se detenía junto al estrado del canciller supremo, permaneciendo allí hasta que el senador había concluido su discurso.

Anakin captó todos aquellos detalles en cuestión de segundos mientras seguía a la reina y Palpatine hacia las puertas del palco senatorial del planeta Naboo, que los esperaba en sus anclajes. Cortinajes y estandartes colgaban en un torrente de colores del techo abovedado y una serie de luces indirectas resplandecían suavemente en cada rincón, iluminando el cavernoso interior de la rotonda. Los androides circulaban por las rampas exteriores llevando mensajes de una delegación a otra, y el movimiento de sus cuerpos metálicos hacía que la cámara pareciese una compleja maquinaria.

—Si la Federación intenta aplazar la moción, majestad —le estaba diciendo el senador Palpatine a la reina en voz baja e insistente, con la cabeza inclinada hacia ella—, os ruego cite la elección de un nuevo canciller supremo.

Amidala siguió andando hacia el palco de Naboo sin mirar al senador.

—Me gustaría poder compartir su confianza en el éxito de esta propuesta, senador, pero no sé si servirá de algo —replicó en voz baja.

—Debéis forzar unas nuevas elecciones para el cargo de canciller supremo —insistió Palpatine—. Os prometo que hay muchos que os apoyarán. Es nuestra única posibilidad —añadió, volviendo la cabeza hacia Valorum y el estrado—. Sí, es nuestra única posibilidad...

Un murmullo se elevó de los palcos cuando los delegados vieron a Amidala inmóvil junto a la entrada del palco de Naboo, con la cabeza erguida y expresión de absoluta tranquilidad en el rostro. Si la reina percibió el repentino cambio producido en el tono de las conversaciones alrededor de ella, no lo demostró. Amidala volvió la mirada hacia Palpatine y preguntó:

—¿Qué le hace creer que el canciller Valorum no someterá a votación nuestra moción?

Palpatine meneó la cabeza y frunció el entrecejo.

—Valorum tiene demasiadas cosas en que pensar y está asustado. No nos será de ninguna ayuda.

Rabé entregó una pequeña pantalla visora de metal a Anakin y Jar Jar y les indicó que permanecieran donde estaban. Amidala entró en el palco del Senado con Palpatine, y sus doncellas y Panaka se apresuraron a seguirla. Anakin experimentó cierta desilusión al ver que no se le invitaba a formar parte de la comitiva, pero lo agradeció al descubrir que la pantalla visora que les había proporcionado Rabé le permitía ver y oír lo que estaba ocurriendo en el palco de Naboo.

—La reina va a pedir ayuda al Senado, Jar Jar —murmuró con gran excitación, inclinándose hacia el gungano—. ¿Qué crees que ocurrirá?

Jar Jar sacudió la cabeza y sus orejas se bambolearon.

—Yo pensar que esto ser muy malo, Annie. Haber demasiadas personas para poder ponerse de acuerdo sobre una cosa.

El palco de Naboo se separó de sus anclajes, y avanzó unos metros hacia el estrado del canciller supremo y se detuvo, a la espera de que se le permitiese recorrer el resto de la distancia que lo separaba de éste. Palpatine, Amidala y sus otros ocupantes estaban sentados con la mirada fija en el estrado presidencial.

Valorum miró a Palpatine e inclinó hacia él su cabeza coronada de cortos cabellos blancos.

—La presidencia otorga la palabra al senador del sistema soberano de Naboo.

El palco de Naboo avanzó hacia el centro del estadio y Palpatine, tras ponerse de pie, recorrió lentamente con la mirada las filas de los delegados.

—Canciller supremo, delegados del Senado... —Su voz poderosa hizo que cesaran los murmullos—. En Naboo, mi mundo natal, ha ocurrido una tragedia. Nos hemos visto involucrados en una disputa sobradamente conocida por todos. Comenzó con la promulgación de un impuesto sobre las rutas comerciales opresiva e ilegal de un mundo pacífico. La Federación Comercial es responsable de esta injusticia y debe ser obligada a responder...

Un segundo palco acababa de iniciar un rápido avance hacia el estrado central: lucía las insignias de la Federación Comercial y estaba ocupado por Lott Dod, el senador de ésta, y un grupo de barones del comercio.

—¡Esto es un auténtico escándalo!— exclamó el senador de la Federación Comercial mientras extendía la mano hacia Valorum y el estrado. Dott, un neimoidiano alto y de rostro ajado, se elevaba sobre la barandilla del palco como el tronco de un árbol—. ¡Expreso mi más enérgica protesta ante las ridículas afirmaciones del senador Palpatine, y pido que se le retire el uso de la palabra de inmediato!

Valorum volvió su blanca cabeza hacia Lott Dod, y el canciller supremo alzó una mano.

—La presidencia no autoriza al senador de la Federación Comercial a intervenir en este momento —dijo el canciller supremo con voz suave pero firme—. Regrese a su posición.

Lott Dod se dispuso a decir algo más, pero volvió a ocupar su asiento mientras su palco retrocedía lentamente.

—Con el propósito de que exponga de forma detallada la totalidad de nuestras alegaciones —prosiguió Palpatine—, presento a la reina Amidala, que acaba de ser elegida gobernante de Naboo, para que hable en nuestro nombre.

Se hizo a un lado y Amidala, tras levantarse entre unos breves aplausos, se dirigió hacia la barandilla del palco y miró a Valorum.

—Honorables representantes de la República, distinguidos delegados y canciller supremo Valorum: comparezco ante vosotros en las más graves circunstancias. En un claro acto de repudio y violación de las leyes de la República, los naboos han sido invadidos y subyugados por ejércitos androides de la Federación Comercial...

—¡Protesto! —volvió a gritar Lott Dod, puesto de pie—. ¡Todo esto no son más que tonterías! ¿Dónde están las pruebas? —Sin esperar a que la presidencia lo autorizara a intervenir, se volvió hacia la cámara para dirigirse a los senadores—. Pido que se envíe una comisión a Naboo para determinar la verdad de estas alegaciones.

Valorum sacudió la cabeza.

—Petición rechazada.

Lott Dod soltó un profundo suspiro y alzó las manos como si aquellas dos palabras hubieran acabado con todas sus esperanzas.

—Señoría, no podéis permitir que se nos condene sin que hayamos tenido ocasión de solicitar la presencia de un observador imparcial. ¡Eso va contra todas las reglas de procedimiento!

Recorrió la cámara con la mirada en busca de ayuda, y recibió como respuesta un murmullo de asentimiento. Un tercer palco avanzó hacia el estrado central para unirse a los de Naboo y la Federación Comercial. La presidencia autorizó a intervenir a Aks Moe, el senador del planeta Malastare.

Muy corpulento y de movimientos lentos y pesados, Aks Moe puso en jarra sus gruesas manos almohadilladas mientras sus tres zarcillos oculares se mecían suavemente de un lado a otro.

—El senador de Malastare está de acuerdo con el honorable delegado de la Federación Comercial. —Su voz era ronca y un poco pastosa—. En una disputa de esta naturaleza, cuando un delegado solicita la presencia de una comisión, ésta debe ser nombrada sin pérdida de tiempo. Es la ley.

Valorum titubeó.

—Cierto, pero en este caso... —Dejó la frase sin concluir y se volvió para conferenciar con su vicepresidente, identificado en el registro impreso como Mas Amedda. Amedda pertenecía a una especie que Anakin nunca había visto antes, de apariencia general básicamente humanoide, pero con la cabeza aumentada por una gruesa capa de tejido protector que se estrechaba hasta convertirse en un par de tentáculos curvados sobre sus hombros y una hilera de antenas carnosas que brotaban de su frente. La presidencia, el vicepresidente y sus secretarios iniciaron una acalorada discusión. Anakin y Jar Jar cambiaron miradas de preocupación mientras la voz de Palpatine llegaba hasta ellos a través del diminuto altavoz de la pantalla visora portátil.

—Y ahora entran en escena los burócratas, los verdaderos gobernantes de la Republica..., que están a sueldo de la Federación Comercial, podría añadir —le susurraba con voz ominosa el senador a la reina, y Anakin vio que sus cabezas estaban tan juntas que casi se rozaban—. Ahora veremos cómo el canciller Valorum se desmorona.

Valorum acababa de volver al estrado, repentinamente tenso y sin ocultar su preocupación.

—Petición aceptada en virtud del artículo 523A —anunció, inclinando la cabeza en dirección al palco de Naboo—. Reina Amidala de Naboo, ¿aceptáis aplazar la presentación de vuestra moción hasta que una comisión del Senado haya determinado la veracidad de vuestras acusaciones?

Anakin advirtió que la reina se envaraba, visiblemente sorprendida, y que, cuando volvía a hablar, la ira y la determinación endurecían su voz.

—No —declaró Amidala sin apartar los ojos del rostro de Valorum—. He venido aquí para que el Senado ponga fin a este ataque contra la soberanía de Naboo. No he sido elegida reina para ver cómo mi pueblo sufre y muere mientras vosotros discutís acerca de esta invasión en el seno de algún comité. Me parece que el Senado necesita un nuevo líder. —Hizo una pausa—. Solicito que el canciller supremo sea sometido a una moción de censura.

Un coro de voces se elevó de inmediato en respuesta a sus palabras, algunas apoyándolas y otras oponiéndose a ellas. Senadores y espectadores se pusieron de pie, y

los murmullos no tardaron en convertirse en gritos cuyos ecos resonaron en el recinto de la cámara. Valorum había enmudecido en el estrado, desconcertado y sin dar crédito a lo que estaba viendo.

Amidala, todavía vuelta hacia él, esperaba en silencio.

Mas Amedda pasó por delante de Valorum y subió al estrado.

—¡Orden! —grito mientras su extraña cabeza se hinchaba—. ¡Orden, delegados!

La asamblea fue calmándose y los delegados volvieron a ocupar sus asientos, respondiendo al pedido de Amedda. Anakin vio que el palco de la Federación Comercial había maniobrado cautelosamente hasta colocarse junto al de Naboo. Lott Dod y Palpatine se miraron el uno al otro, pero ninguno dijo nada.

Un nuevo palco avanzó hacia el centro de la cámara, y la vicepresidencia concedió la palabra a Edcel Bar Gan, el senador de Roona.

—Roona secunda la moción de censura contra el canciller Valorum —canturreó en voz sibilante.

Mas Amedda no parecía muy complacido.

—La moción ha sido secundada.

Se volvió hacia Valorum y comenzó a hablarle rápidamente, en voz baja y tapándose la boca con la mano. Valorum se volvió hacia él con cara de no entender nada, la mirada distante y perdida.

—No debe haber retrasos —declaró Aks Moe de Malastare, atrayendo nuevamente la atención de Mas Amedda hacia él—. La moción ha sido presentada y debe ser votada de inmediato.

Lott Dod había vuelto a levantarse.

—Pido que la moción sea enviada al comité de normas de procedimiento para ser sometida a estudio...

El Senado de la República fue sacudido por un nuevo griterío cuando los delegados prorrumpieron en gritos de «¡Votemos ahora! ¡Votemos ahora!». Mas Amedda seguía discutiendo con el canciller supremo, como si creyera que la fuerza de su voluntad haría volver a Valorum de dondequiera que hubiese buscado refugio.

—¿Lo veis, majestad? La mayoría está con nosotros —le oyó anunciar Anakin a Palpatine. El chico bajó la mirada hacia la pantalla—. Os aseguro que Valorum perderá la votación y el Senado elegirá un nuevo canciller, uno decidido y enérgico que no permitirá que nuestra tragedia sea ignorada...

Mas Amedda había vuelto al estrado y se estaba dirigiendo a la cámara.

—El canciller supremo solicita un receso.

Los gritos de los delegados se elevaron en la cámara mientras Valorum contemplaba al senador Palpatine y la reina Amidala, e incluso desde su posición junto a las puertas de entrada del palco de Naboo, Anakin Skywalker pudo ver la expresión de angustia que ensombrecía el rostro del canciller supremo, súbitamente consciente de que había sido traicionado.

Menos de una hora después, Anakin cruzó corriendo el umbral de la antecámara de la reina buscando a Padmé y se encontró cara a cara con Amidala. La reina estaba inmóvil en el centro de la estancia con los ojos vueltos hacia él, radiante en su vestido de terciopelo.

—Oh. Lo siento, majestad —se apresuró a disculparse Anakin.

La reina, con el blanco y perfecto rostro impasible, asintió silenciosamente.

—Buscaba a Padmé —prosiguió Anakin, paralizado delante de la puerta como si hubiera echado raíces en el suelo y sin saber si debía quedarse o salir corriendo mientras miraba a derecha e izquierda—. Qui-Gon dice que me llevará a ver al Consejo Jedi. Quería que Padmé lo supiera.

—Padmé no está aquí, Anakin. La he enviado a hacer unas cosas.

—Oh —murmuró Anakin.

—Pero le transmitiré tu mensaje.

El chico sonrió.

—¡Quizá llegue a ser un Caballero Jedi! —exclamó, incapaz de contener su excitación.

Amidala asintió.

—Quizá.

—Creo que a Padmé le gustaría.

—Yo también lo creo.

Anakin retrocedió.

—No pretendía... —comenzó a decir, y después no supo cómo seguir.

—Buena suerte, Anakin —susurró la reina—. Espero que todo salga bien.

Anakin giró sobre sus talones y salió por la puerta con una amplia sonrisa.

El día transcurrió rápidamente para Qui-Gon Jinn y Obi-Wan Kenobi, y el ocaso los encontró contemplando Coruscant desde uno de los balcones exteriores del Templo de los Jedi. Los dos llevaban un rato en silencio. Los Jedi habían ido a los aposentos del senador Palpatine para recoger a Anakin Skywalker después de que aquél hubiera vuelto del Senado y llevaron al chico ante el Consejo para que lo examinaran. En ese momento estaban esperando una decisión.

En lo que concernía a Obi-Wan, la conclusión sólo podía ser una. El joven Jedi temía por su maestro, quien estaba claro que había vuelto a rebasar sus atribuciones. Qui-Gon no se había equivocado al sospechar que el chico poseía un nivel de midiclorianos desusadamente elevado.

Obi-Wan efectuó el análisis personalmente. Pero por sí solo eso no bastaba para demostrar que Anakin fuera el elegido..., eso suponiendo que algún día llegara a haber un elegido, algo sobre lo que Obi-Wan tenía serias dudas. Había centenares de viejas profecías y leyendas similares, transmitidas a lo largo de los siglos como parte de la tradición Jedi. En cualquier caso, Qui-Gon volvía a confiar en el instinto, y el instinto sólo era útil si surgía de la Fuerza en vez de hacerlo de las emociones. Qui-Gon insistía

en defender la causa de los oprimidos, dejándose arrastrar por una inescrutable y peculiar empatía con criaturas cuya inmensa importancia para el universo sólo él era capaz de ver.

Obi-Wan estudió disimuladamente a su mentor. ¿Por qué insistía en defender aquellas causas condenadas al fracaso? El Consejo tal vez descubriera que el chico tenía más midiclorianos de lo normal, pero nunca permitiría que Anakin fuera sometido al adiestramiento Jedi. Las reglas no podían estar más claras, y las razones en que se basaban habían demostrado su solidez una y otra vez. Iniciar el adiestramiento para entrar en la orden si se tenía más de un año de edad no servía de nada. A sus nueve años, Anakin Skywalker sencillamente era demasiado viejo.

Pero Qui-Gon seguía contemplando el interminable horizonte de rascacielos; Obi-Wan fue hacia él, se detuvo a su lado y, tras permanecer unos instantes en silencio, dijo:

—El chico no superará las pruebas del Consejo, maestro, y tú lo sabes. Es demasiado mayor.

Qui-Gon mantuvo la mirada fija en el cielo del ocaso.

—Te prometo que Anakin se convertirá en un Jedi.

Obi-Wan dejó escapar un suspiro.

—No desafíes al Consejo, maestro. Otra vez no, por favor...

Qui-Gon pareció quedarse totalmente inmóvil, casi como si hubiera dejado de respirar, antes de volverse hacia su protegido.

—Haré lo que he de hacer, Obi-Wan. ¿O acaso querrías que fuese distinto de cómo soy?

—Maestro, si te limitaras a seguir el código ahora podrías estar ocupando un asiento en el Consejo. Mereces formar parte de él. —La frustración de Obi-Wan afloró en un fugaz estallido de ira. Miró a Qui-Gon a los ojos y añadió—: Esta vez no querrán apoyarte.

Qui-Gon Jinn estudió en silencio a su protegido y finalmente repuso con una sonrisa.

—Todavía te queda mucho por aprender, mi joven padawano.

Obi-Wan tuvo que morderse los labios para no contestarle y desvió la mirada, pensando que Qui-Gon tenía razón, pero que esta vez quizá haría bien siguiendo su propio consejo.

Dentro, Anakin Skywalker se enfrentaba al Consejo Jedi desde el mismo lugar que Qui-Gon Jinn había ocupado hacía tan sólo unas horas. Cuando Qui-Gon lo llevó a la cámara y lo dejó a solas con los doce miembros del Consejo, el chico estaba bastante nervioso. De pie sobre el círculo de mosaico y rodeado por las figuras silenciosas de los consejeros, impresionado y sin saber muy bien qué se esperaba de él, se sintió vulnerable y expuesto. Los Jedi le observaban con expresión distante, pero Anakin enseguida cayó en la cuenta de que no miraban más allá de él, sino dentro de él.

Después los consejeros comenzaron a interrogarle, sin introducciones o explicaciones preliminares y sin haber tratado de hacer que se sintiera cómodo o bien recibido. Anakin conocía a algunos de nombre, pues Qui-Gon le había descrito a unos cuantos, y el chico no tardó en unir rostros a los nombres. Los consejeros le interrogaron largamente,

sondeando su memoria y sus conocimientos y buscando respuestas a preguntas que Anakin apenas podía imaginarse.

Conocían su existencia como esclavo. Parecían saberlo todo sobre los años que había pasado en Tatooine, su madre y sus amigos, Watto, las carreras de módulos y todo el pasado y el presente de su vida.

Mace Windu observaba una pantalla que el chico no podía ver, y Anakin iba dando nombre a las imágenes que se sucedían sobre su superficie líquida. Las imágenes aparecían dentro de su mente a tales velocidades que Anakin no pudo evitar acordarse de la borrosa confusión de montañas y desierto que desfilaba junto a la cabina de su vehículo cuando participaba en una carrera de módulos.

—Un bantha. Un hiperimpulsor. Un desintegrador protónico. —Las imágenes cambiaban velozmente dentro de su cabeza conforme les iba dando nombre—. Un crucero de la República. Una copa rodiana. Un deslizador hutt.

La pantalla oscureció y Mace alzó la mirada hacia el chico.

—Muy bien, muy bien, muchacho —le felicitó el diminuto y arrugado alienígena llamado Yoda. Sus ojos soñolientos, pero agudos y penetrantes, se clavaron en él—. ¿Qué tal te encuentras?

—Tengo frío, señor —confesó Anakin.

—¿Asustado estás?

El chico sacudió la cabeza.

—No, señor.

—¿Temes a la muerte? —preguntó el consejero de piel oscura llamado Mace Windu, inclinándose ligeramente hacia delante.

—No, creo que no —repuso Anakin y después titubeó, sintiéndose vagamente insatisfecho de su respuesta.

Yoda parpadeó, y sus largas orejas se inclinaron hacia adelante.

—Ver a través de ti podemos —murmuró.

—Ten cuidado con tus emociones —dijo Mace Windu.

El anciano llamado Ki-Adi-Mundi se acarició la barba.

—Tu madre siempre está presente en tus pensamientos.

La mención de su madre hizo que Anakin sintiera un repentino vacío. Se mordió el labio inferior y repuso:

—La echo de menos.

Yoda miró a los consejeros sentados junto a él.

—Perderla temes, me parece.

Anakin se sonrojó.

—¿Qué tiene que ver eso con ser un Jedi? —preguntó, a la defensiva.

—Todo —contestó Yoda—. Al lado oscuro el miedo conduce. A la ira y el odio. Al sufrimiento.

—¡No tengo miedo! —replicó el chico con repentina irritación, deseoso de acabar con aquella discusión para poder seguir hablando de lo que realmente le interesaba.

Yoda no pareció oírle.

—El más profundo compromiso un Jedi debe tener. La mente más seria. Mucho miedo en ti percibo, muchacho.

Anakin respiró hondo. Cuando volvió a hablar, ya se había calmado.

—No tengo miedo.

Yoda le estudió en silencio.

—En tal caso, continuaremos —susurró, y el examen siguió su curso.

18

El gungano Jar Jar Binks y la reina Amidala de Naboo estaban delante de una ventana que iba del suelo al techo en los aposentos de ella, contemplando los pináculos resplandecientes de Coruscant. Formaban una extraña pareja en el mejor de los casos: la reina majestuosa y solemne, el gungano siempre nervioso e incapaz de estarse quieto. Los dos se hacían compañía en silencio mientras veían cómo el crepúsculo teñía el cielo con un intenso color dorado que se reflejaba sobre las superficies de metal y cristal de la ciudad produciendo repentinos estallidos de luz.

Jar Jar, Anakin, la reina y sus doncellas habían vuelto del Senado de la República hacía unas horas. Lo hicieron sobre todo porque no parecía haber nada más que pudieran hacer para cambiar el curso de los acontecimientos en lo concerniente al futuro de Naboo, así que los aposentos de Amidala eran un lugar tan bueno como cualquier otro para esperar. Palpatine se quedó en el Senado para discutir la selección de un nuevo canciller supremo con sus colegas políticos, y el capitán Panaka fue con él después de que la reina le hubiera pedido que le comunicase cualquier novedad apenas se produjera. Aún no habían tenido noticias de él. Anakin también se había ido, conducido por Qui-Gon al Templo Jedi para comparecer ante el Consejo, y Padmé parecía haberse esfumado.

Y ésa era la razón por la que Jar Jar acabó vagando por las estancias de Palpatine como un kaadu perdido hasta que Amidala se compadeció del gungano y le invitó a sentarse con ella.

Nada más volver la reina se encerró en sus aposentos, donde sustituyó su atuendo del Senado por un traje menos imponente, negro ribeteado en oro, que revelaba cuán pequeña y delgada era en realidad. Amidala llevaba una corona en forma de luna creciente invertida con un medallón dorado que se curvaba sobre su frente, pero aun así era varios centímetros más baja que el gungano.

Se le notaba que sufría mucho, y su mirada era tan triste y distante que Jar Jar deseó poder tranquilizarla de alguna manera. Si se hubiera tratado de Annie o Padmé, habría extendido el brazo y le habría dado unas palmadita en la cabeza. Aunque no había guardias, sus doncellas Eirtaé y Rabé, envueltas en sus capas y sus capuchas carmesíes y siempre vigilantes, esperaban junto a la puerta, y Jar Jar estaba seguro de que también habría guardias cerca. El gungano pasaba por alto muchas cosas, ni siquiera se enteraba de otras y, en general, procuraba disfrutar de la vida sin hacer planes de antemano, pero no era ningún tonto.

—A veces yo preguntarme por qué dioses inventar el dolor —dijo, sin saber cómo consolarla.

Amidala volvió su serena y límpia mirada hacia él.

—Supongo que para motivarnos.

—¿Tu creer que tus gentes ir a morir? —preguntó Jar Jar, frunciendo el pico alrededor de aquellas terribles palabras como si pudiera sentir su sabor.

La reina reflexionó por unos instantes y acabó meneando la cabeza.

—No lo sé, Jar Jar.

—Gunganos también ser hechos puré, ¿eh?

—Espero que no.

Jar Jar se irguió, y una llamarada de orgullo resplandeció en sus ojos.

—Gunganos no morir sin luchar. ¡Nosotros guerreros! ¡Nosotros tener gran ejército!

—¿Tenéis un ejército? —preguntó Amidala, una sombra de sorpresa en la voz.

—¡Tener un gran ejército! Montones de gunganos. Ellos venir de todas partes. Por eso ninguna criatura del pantano meterse con nosotros, porque haber demasiados gunganos. También tener grandes escudos de energía. Nada poder pasar a través de ellos. Tener bolas de energía que lanzar con catapultas, y ellas soltar electricidad y cosas viscosas. Ser cosas muy, muy malas. ¡Gunganos nunca rendirse ante mecánicos ni ante nadie! —Hizo una pausa y se encogió de hombros, un poco avergonzado—. Quizá ser por eso que nosotros no gustar a naboos.

La reina estaba estudiándole con gran atención; su mirada absorta y distante había sido sustituida por una repentina intensidad, como si estuviera dándole vueltas a una idea inesperada que se le acababa de ocurrir. Amidala se disponía a expresarla en palabras, o por lo menos eso pensaba el gungano, cuando el senador Palpatine y el capitán Panaka entraron a toda prisa.

—¡El senador Palpatine ha sido nominado para suceder a Valorum en el cargo de canciller supremo, alteza! —anunció el capitán Panaka, conteniendo a duras penas su excitación mientras los dos hombres saludaban a Amidala con una rápida reverencia y volvían a erguirse.

La sonrisa de Palpatine estaba llena de cautelosa deferencia, y cuando habló lo hizo en un tono cuidadosamente modulado.

—Ha sido una sorpresa, desde luego, pero no cabe duda de que una sorpresa muy agradable. Majestad, os prometo que si soy elegido restauraré la democracia en la República. Acabaré con la corrupción que se ha adueñado del Senado. La Federación Comercial perderá su influencia sobre los burócratas, y nuestro pueblo será liberado de la tiranía de esta vergonzosa invasión...

—¿Quién más ha sido propuesto? —preguntó Amidala, interrumpiéndole.

—Bail Antilles, de Alderaan, y Aks Moe, de Malastare —repuso Panaka, evitando mirar a Palpatine.

El senador enseguida se recuperó de aquella inesperada interrupción de su discurso.

—Estoy seguro de que mañana nuestra situación nos proporcionará muchos apoyos cuando se celebre la votación, majestad —dijo—. Y os prometo que seré canciller —añadió después de un significativo silencio.

La reina no parecía muy impresionada. Se acercó a la ventana y contempló las luces de la ciudad.

—Me temo que para cuando usted haya conseguido controlar a los burócratas ya no quedará nada de nuestras ciudades, nuestra gente o nuestra forma de vida que salvar, senador.

Palpatine la miró, visiblemente desconcertado.

—Comprendo vuestra preocupación, majestad. Por desgracia, la Federación ha tomado posesión de nuestro planeta. Desalojarlos de inmediato es prácticamente imposible.

—Tal vez. —Amidala se volvió hacia él, con expresión de ira y determinación—. Con el Senado en esta fase de transición, aunque me quedara aquí ya no podría hacer nada. —Fue hacia Panaka y el senador—. Éste es su terreno, senador, y ahora yo debo regresar al mío. He decidido volver a Naboo. Mi lugar está con mi gente.

—¡Volver! —Palpatine palideció de horror. La mirada de Panaka fue del uno al otro—. ¡Pero debéis ser realista, majestad! ¡Correréis un gran peligro! ¡Os obligarán a firmar el tratado!

—No firmaré ningún tratado —repuso la reina sin perder la calma—. Estoy decidida a compartir el destino de mi pueblo. —Se volvió hacia Panaka—. ¡Capitán!

Panaka se puso firme.

—¿Sí, alteza?

—Prepare mi nave.

Palpatine dio un paso hacia ella para disuadirla.

—Os lo ruego, majestad... Quedaos aquí, en un lugar seguro.

—Si el Senado no condena esta invasión, no habrá ningún lugar seguro —dijo ásperamente Amidala—. No quería creerlo, pero ahora veo que la República ya no es capaz de desempeñar las funciones para las que fue creada. Si gana la elección, senador —añadió, mirándole a los ojos—, sé que hará todo lo posible para detener a la Federación. Rezo para que encuentre una forma de devolver la cordura y la compasión a la República.

Pasó junto a él andando tan deprisa que casi parecía flotar y salió por la puerta, seguida de sus doncellas y Panaka. Jar Jar Binks fue tras ellos, procurando pasar lo más inadvertido posible, y apenas se atrevió a mirar a Palpatine cuando pasó por su lado.

Y le sorprendió ver la sombra casi imperceptible de una sonrisa en el astuto rostro del senador.

En el Templo de los Jedi, Qui-Gon Jinn, Obi-Wan Kenobi y Anakin Skywalker permanecían inmóviles ante el Consejo de los doce. De pie en el centro de la plataforma de los oradores, contemplaban el círculo de sillones ocupados por los miembros del Consejo mientras aguardaban su decisión acerca del chico. Fuera, la luz palidecía a medida que la noche iniciaba su lento descenso sobre la ciudad.

—Concluido ha quedado el examen del chico —declaró Yoda con su voz gutural. Tenía los ojos entornados, y sus puntiagudas orejas se inclinaban hacia delante—. Razón tenías, Qui-Gon.

Mace Windu asintió.

—Sus células contienen una concentración muy elevada de midiclorianos —dijo, poniendo especial énfasis en el «muy».

—La Fuerza es muy intensa en él —convino Ki-Adi-Mundi.

Qui-Gon se sintió invadido por una oleada de satisfacción al oír aquellas palabras, que justificaban su insistencia en liberar al chico de la vida que llevaba en Tatooine y presentarlo ante los Jedi.

—Entonces será adiestrado —declaró con voz triunfal.

Se produjo un tenso silencio mientras los miembros del Consejo se miraban entre sí.

—No —acabó diciendo Mace Windu—. No será adiestrado.

Anakin no pudo ocultar su consternación, y cuando volvió la cabeza hacia Qui-Gon había lágrimas en sus ojos.

—¿No? —repitió el Maestro Jedi con incredulidad, casi enmudecido por la sorpresa mientras fingía no ver la expresión de reproche que acababa de aparecer en el rostro del joven Jedi.

—Es demasiado mayor —dijo Mace Windu mirando fijamente a Qui-Gon—. Ya hay demasiada ira en él.

Qui-Gon estaba furioso, pero logró controlarse. Aquella decisión no tenía ningún sentido. No podía permitir que el Consejo se saliera con la suya.

—Es el elegido —insistió con vehemencia—. ¿Cómo podéis negaros a verlo?

Yoda inclinó la redonda cabeza, pensativo, y finalmente dijo:

—Nublado el futuro del chico está. Enmascarado por su juventud.

Qui-Gon escrutó los rostros de los otros miembros del Consejo Jedi, pero no encontró la menor señal de ayuda en ellos. El Maestro Jedi se irguió e hizo una breve reverencia para indicarles que aceptaba su decisión.

—Muy bien. En ese caso, yo lo adiestraré. Tomo a Anakin Skywalker como mi discípulo padawano.

Vio con el rabillo del ojo que Obi-Wan se ponía tenso. También vio el súbito destello de esperanza que cruzó el rostro de Anakin. Qui-Gon no respondió a ninguna de esas reacciones y siguió mirando al Consejo.

—Un discípulo ya tienes, Qui-Gon —observó Yoda—. Imposible tomar un segundo.

—Te lo prohibimos —dijo Mace Windu en tono ominoso.

—Obi-Wan está preparado —declaró Qui-Gon.

—¡Lo estoy! —insistió su protegido, en un vano intento de ocultar su sorpresa y desilusión ante la inesperada decisión de su mentor—. ¡Estoy preparado para enfrentarme a las pruebas!

Yoda volvió hacia él sus soñolientos ojos.

—¿Preparado tan pronto estás? ¿Qué sabes tú de lo que supone preparado estar?

Qui-Gon y Obi-Wan se miraron en silencio con un brillo casi amenazador en los ojos, y la magnitud de su recientemente descubrimiento antagonismo se volvió casi palpable. La brecha que acababa de abrirse en su relación se ensanchaba por momentos.

Qui-Gon respiró hondo y se volvió nuevamente hacia el Consejo.

—Obi-Wan es terco y todavía le queda mucho por aprender sobre la Fuerza viva, pero posee grandes capacidades. Ya no me queda mucho por enseñarle.

Yoda torció el arrugado rostro.

—Quién está preparado eso nosotros lo decidiremos, Qui-Gon. Aprender más debe.

—Ahora no es momento de discutir esta cuestión —declaró Mace Windu, que deseaba poner punto final a aquel enfrentamiento—. Mañana el Senado elegirá a un nuevo canciller supremo. Se nos ha informado de que la reina Amidala va a regresar a su planeta, lo cual aumentará la presión a que está sometida la Federación y podría agravar la confrontación. Los líderes de la Federación se apresurarán a actuar.

—De su escondite, los atacantes de la reina saldrán —murmuró Yoda.

—La situación está evolucionando tan deprisa que no podemos perder tiempo discutiendo estas insignificancias —añadió Ki-Adi-Mundi.

La mirada de Mace Windu recorrió rápidamente los rostros de los otros miembros del Consejo y se volvió otra vez hacia Qui-Gon.

—Ve a Naboo con la reina y averigua quién era ese guerrero vestido de negro que te atacó.

Tanto si es un Sith como si no lo es, su identidad nos proporcionará la clave que necesitamos para aclarar este misterio.

Yoda inclinó lentamente la cabeza en un gesto irrevocable ante el que sólo cabía la aceptación.

—Decidido más tarde, el destino del joven Skywalker será.

Qui-Gon respiró hondo, frustrado y desilusionado ante el sorprendente curso que habían tomado los acontecimientos. Anakin no sería adiestrado, a pesar de que Qui-Gon había llegado al extremo de ofrecerse a tomarlo como su padawano. Peor aún, había ofendido a Obi-Wan, quizá no de forma intencionada, pero muy profunda pese a todo. Su distanciamiento no sería permanente, pero el orgullo del joven Jedi tardaría algún tiempo en recuperarse de aquella herida..., y no disponían de ese tiempo.

El Maestro Jedi se inclinó ante los miembros del Consejo.

—He traído a Anakin hasta aquí, y debe seguir bajo mi tutela. No tiene ningún sitio al que ir.

Mace Windu asintió.

—Eres responsable de él, Qui-Gon. Nadie lo discute.

—¡Adiestrarlo no debes! —le advirtió Yoda—. ¡Llevártelo contigo sí, pero adiestrarlo no!

Las palabras eran como aguijones, y la fuerza que había detrás de ellas no podía estar más clara. Qui-Gon tembló por dentro, pero no dijo nada.

—Protege a la reina —señaló Mace Windu—, pero si llega a estallar la guerra, no intervengas hasta que no contemos con la aprobación del Senado.

Siguió un largo silencio mientras los miembros del Consejo contemplaban solemnemente a Qui-Gon. El Maestro Jedi siguió inmóvil ante ellos, sin saber qué más podía decir e intentando encontrar algún otro argumento que ofrecer. Fuera, los últimos vestigios del crepúsculo se disiparon en la oscuridad, y las luces de la ciudad comenzaron a encenderse como ojos vigilantes.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo Yoda, alzando la mano para indicar al Maestro Jedi que la audiencia había terminado.

Después de que se les hubiera informado de que Amidala se disponía a volver a Naboo, los dos Jedi y el chico fueron directamente a la plataforma de descenso en la que estaba anclado el transporte de la reina para esperar su llegada. El viaje en lanzadera estuvo marcado por un tenso silencio entre los Jedi y, en el caso del chico, por una incomodidad de la que se sentía incapaz de liberarse. Anakin pasó la mayor parte del tiempo mirándose los pies, tratando de imaginar la manera de conseguir que Qui-Gon y Obi-Wan se reconciliaran.

Cuando bajaron de la lanzadera después de que ésta se hubiera posado en la plataforma de descenso, vieron que R2 ya se estaba ocupando de los primeros preparativos. El pequeño androide saludó a Anakin con un alegre pitido y después fue hasta el borde de la plataforma para inspeccionar el tráfico. Al hacerlo se inclinó demasiado, perdió el equilibrio y cayó al vacío.

Anakin dejó escapar un jadeo de horror, pero la unidad astromecánica reapareció un segundo después, devuelta a la plataforma por sus reactores incorporados. En cuanto oyó la ráfaga de pitidos y zumbidos que surgió de los altavoces de R2, el chico no pudo evitar sonreír.

Qui-Gon Jinn y Obi-Wan Kenobi estaban discutiendo acaloradamente delante de la rampa de carga. El viento silbaba en los desfiladeros formados por los inmensos edificios de la ciudad, ocultando sus voces al chico. Anakin se aproximó cautelosamente a ellos hasta que consiguió oír lo que decían.

—¡No es ninguna insolencia! —exclamó Obi-Wan—. ¡Es la verdad!

—Desde tu punto de vista, tal vez —repuso Qui-Gon, el rostro ensombrecido por la ira.

—El chico es peligroso —dijo Obi-Wan, bajando la voz—. Todos se han dado cuenta de ello. ¿Por qué no eres capaz de verlo?

—Su destino es incierto, pero de peligroso no tiene nada —le corrigió ásperamente Qui-Gon—. El Consejo decidirá el futuro de Anakin, y eso debería bastarte. ¡Y ahora, sube a bordo! —añadió, dándole la espalda.

Obi-Wan giró sobre sus talones, subió por la rampa y entró en la nave. R2 le siguió, todavía silbando alegremente. Qui-Gon miró a Anakin, y el chico fue hacia él.

—No quiero ser un problema, maestro Qui-Gon —balbuceó Anakin, lleno de dudas y sintiéndose culpable por todo lo que estaba ocurriendo.

Qui-Gon le reconfortó poniéndole la mano en el hombro.

—No lo serás, Annie. —Volvió la mirada hacia la nave y después se arrodilló delante del chico—. No me permiten adiestrarte, así que a partir de ahora quiero que me observes y prestes mucha atención a todo lo que veas. Y nunca olvides que tu concentración determina tu realidad —añadió, mirándole a los ojos—. No te alejes de mí y no te ocurrirá nada.

El chico asintió para indicar que le había entendido.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Al ver que el Maestro Jedi asentía, inquirió—. ¿Qué son los midiclorianos?

El viento agitaba los largos cabellos de Qui-Gon.

—Los midiclorianos son formas de vida microscópicas que residen dentro de las células de todos los seres vivos y los comunican con la Fuerza.

—¿Viven dentro de mí? —preguntó el chico.

—En tus células. —Qui-Gon hizo una pausa—. Somos simbiontes de los midiclorianos.

—¿Simbiqué?

—Simbiontes. Llamamos así a las formas de vida que viven juntas porque el hacerlo les proporciona ciertas ventajas que no tendrían si vivieran independientemente las unas de las otras. Sin los midiclorianos, la vida no podría existir y no conoceríamos la existencia de la Fuerza. Nuestros midiclorianos nos hablan continuamente, Annie, y nos revelan la voluntad de la Fuerza.

—¿De veras?

Qui-Gon enarcó una ceja.

—Cuando tu mente aprenda a guardar silencio, podrás oír cómo te hablan.

Anakin reflexionó por unos instantes y acabó diciendo con el entrecejo fruncido:

—No lo entiendo.

Qui-Gon, con expresión de misteriosa sabiduría, lo tranquilizó con una sonrisa bondadosa.

—Con el tiempo y el adiestramiento lo entenderás, Annie.

Un par de lanzaderas se posaron sobre la plataforma de descenso y la reina Amidala, sus doncellas, el capitán Panaka y una escolta de guardias y oficiales desembarcaron de ellas; Jar Jar Binks salió en último lugar de la segunda lanzadera. Amidala llevaba una capa de viaje de terciopelo púrpura y una capucha adornada con ribetes dorados que enmarcaba su impasible rostro blanco convirtiéndolo en un camafeo.

Qui-Gon se incorporó y esperó junto a Anakin mientras la reina y sus doncellas venían hacia ellos.

—Me complace poder comunicaros que seguiremos estando a vuestro servicio para protegeros en todo momento, alteza —dijo Qui-Gon, saludando a Amidala con una respetuosa inclinación de la cabeza.

Amidala asintió.

—El senador Palpatine teme que la Federación pretenda destruirme.

—Os prometo que no permitiré que eso ocurra —dijo solemnemente el Maestro Jedi.

La reina se volvió y, acompañada por sus doncellas, siguió a Panaka y los guardias naboos al interior del transporte.

Jar Jar llegó corriendo y dio un fuerte abrazo a Anakin.

—¡Nosotros irnos a casa, Annie! —exclamó sonriendo, y Anakin Skywalker le devolvió el abrazo.

Unos instantes después todos habían subido a bordo, y el esbelto transporte nubiano despegó para alejarse rápidamente de Coruscant.

***

Era de noche en Theed, la ciudad capital de Naboo, y sus calles estaban vacías y silenciosas salvo por el paso ocasional de las patrullas de androides de combate y el susurro del viento. En la sala del trono de la reina, Nute Gunray y Rune Haako contemplaban con gran atención un holograma de Darth Sidious. El holograma llenaba todo un extremo de la estancia y se alzaba, amenazador, ante ellos.

La figura vestida de negro que ocupaba el centro del holograma alzó una mano.

—La reina va hacia vosotros —susurró el Señor del Sith—. Cuando llegue, obligadla a firmar el tratado.

Se hizo el silencio mientras los neimoidianos se miraban preocupadamente el uno al otro.

—Sí, mi señor. —Nute Gunray asintió de mala gana.

—¿Habéis completado la conquista del planeta, virrey? —preguntó la oscura silueta del holograma.

—Sí, mi señor —respondió Gunray, un poco más tranquilo al saber que ahora pisaba terreno más firme—. Hemos acabado con los últimos focos de resistencia, que consistían en formas de vida básicamente primitivas. Nuestro control es absoluto.

La figura sin rostro asintió.

—Excelente. Me aseguraré de que todo siga como hasta ahora en el Senado. Voy a enviar a Darth Maul para que se reúna con vosotros. Él se encargará de los Jedi.

—Sí, mi señor.

El holograma y Darth Sidious se esfumaron. Los neimoidianos, incapaces de mover un músculo, siguieron donde estaban, con la mirada fija en el vacío.

—¿Un señor del Sith, aquí con nosotros? —preguntó Rune Haako con incredulidad, y esta vez Nute Gunray no tuvo absolutamente nada que decir.

19

A bordo del transporte de la reina, que acababa de abandonar el hiperespacio y se aproximaba al sistema estelar de Naboo, Qui-Gon Jinn entró en la cabina de control para observar a Anakin Skywalker antes de acudir a una reunión con la reina.

El chico estaba de pie junto a Ric Olié delante de la consola del piloto. El piloto naboo se inclinaba sobre los controles, señalándolos uno por uno y explicando su función. Anakin, concentrado en el panel, absorbía la información con asombrosa rapidez.

—¿Y eso de ahí? —preguntó el chico, señalando con un dedo.

—Es el estabilizador delantero —explicó Ric Olié, dirigiéndole una mirada expectante.

—¿Y ésas controlan el cabeceo? —quiso saber Anakin al tiempo que indicaba una hilera de palancas junto a la mano derecha del piloto.

Una gran sonrisa iluminó el curtido rostro de Ric Olié.

—Ya veo que aprendes deprisa.

Desde luego. Nunca había conocido a nadie que aprendiera tan deprisa..., pensó Qui-Gon Jinn. Ésa era la razón que hacía tan especial a Anakin. Evidenciaba su elevado nivel de midiclorianos, y volvía a sugerir que era el elegido.

El Maestro Jedi suspiró. ¿Por qué el Consejo no podía aceptarlo? ¿Por qué les asustaba tanto correr un riesgo con el chico, cuando las señales estaban tan claras?

Qui-Gon volvió a sentirse frustrado. Comprendía su manera de pensar. El que Anakin fuera tan mayor planteaba un serio problema, pero no lo eliminaba automáticamente como candidato al adiestramiento Jedi. Lo que de verdad les preocupaba no era la edad del chico, sino el conflicto que percibían dentro de él. Anakin estaba luchando con su pasado y con el hecho de haberse visto separado de su madre. Ya era lo bastante mayor para comprender lo que podía ocurrir, y el resultado era una incertidumbre que se revolvía dentro de él como un animal enjaulado que intentara escapar de su prisión. El Consejo Jedi sabía que esa incertidumbre sólo podía ser controlada desde dentro. Creían que Anakin Skywalker era demasiado mayor para conseguirlo, y sospechaban que ya era demasiado tarde para alterar sus convicciones y su manera de pensar. Anakin era vulnerable a su conflicto interior, y el lado oscuro se apresuraría a sacar provecho de ello.

Qui-Gon sacudió la cabeza y siguió contemplando al chico desde la entrada de la cabina. Sí, aceptarlo como discípulo entrañaba ciertos riesgos, pero en la vida muy pocas cosas de valor carecían de riesgo. La orden Jedi se basaba en una estricta observancia de los procedimientos establecidos para la educación y el adiestramiento de los jóvenes Jedi; sin embargo, todas las reglas tenían sus excepciones. Que el Consejo Jedi se negara a tomar en consideración la posibilidad de que hubiera que hacer una excepción en aquel caso era intolerable.

Aun así, Qui-Gon sabía que no debía desanimarse. Debía seguir creyendo que aún había esperanza. En cuanto hubieran vuelto la decisión de no adiestrar a Anakin sería

reconsiderada, y finalmente revocada. Si el Consejo no aceptaba voluntariamente que el chico fuera adiestrado, entonces Qui-Gon tendría que encontrar alguna manera de convencerles.

Salió de la cabina, fue por el pasillo y bajó un nivel hasta llegar a los aposentos de la reina.

Las otras personas a las que había convocado para aquella reunión ya estaban allí cuando llegó.

Obi-Wan, de pie junto a un capitán Panaka que parecía estar bastante furioso, saludó al Maestro Jedi con una rápida inclinación de la cabeza. Jar Jar Binks estaba pegado a la pared, tratando de pasar lo más inadvertido posible. Amidala se hallaba sentada en su trono de viaje sobre el estrado, flanqueada por dos de sus doncellas, Rabé y Eirtaé. Su rostro pintado de blanco estaba sereno y sus ojos sostuvieron la mirada de Qui-Gon sin inmutarse, pero había fuego en las palabras que pronunció a continuación.

—Cuando lleguemos a Naboo, tengo intención de actuar de inmediato contra la invasión —le dijo al Maestro Jedi después de que éste la saludara con una reverencia y se hubiera sentado a su lado—. Mi pueblo ya ha sufrido bastante.

Panaka no pudo contenerse.

—¡Cuando lleguemos a Naboo, alteza, la Federación Comercial os arrestará y os obligará a firmar su tratado! —exclamó con una mueca de ira.

Qui-Gon asintió con gesto pensativo mientras se preguntaba qué planes tendría la reina.

—Estoy de acuerdo con el capitán. No sé qué esperáis conseguir con esto, alteza.

Amidala podría haber estado tallada en un bloque de piedra.

—Los naboos van a recuperar lo que les pertenece.

—¡Sólo somos doce! —señaló Panaka, incapaz de seguir callado por más tiempo—. Alteza —se apresuró a añadir—. ¡No tenemos ningún ejército!

Amidala miró a Qui-Gon.

—Los Jedi no pueden librar una guerra en vuestro nombre, alteza —le advirtió el Maestro Jedi—. Sólo podemos protegeros.

La reina apartó la mirada en dirección a Jar Jar. El gungano estaba contemplándose los dedos de los pies.

—¡Jar Jar! —dijo Amidala.

Jar Jar, sorprendido con la guardia baja, se envaró.

—¿Yo, alteza?

—Sí —afirmó Amidala de Naboo—. Necesito tu ayuda.

En los pantanos de Naboo, junto al lago que ocultaba la capital gungana de Otoh Gunga, los fugitivos del transporte de la reina se agruparon en la orilla para esperar el regreso de Jar Jar Binks. Amidala y sus doncellas, los Caballeros Jedi, el capitán Panaka, Anakin, R2, Ric Olié y unos cuantos pilotos más, así como un puñado de guardias naboos, aguardaban nerviosamente en el silencio neblinoso. Sólo la reina sabía con exactitud qué pretendía hacer. Quienes se hallaban en situación de interrogarla al respecto

sólo habían podido averiguar que Amidala deseaba establecer contacto con los gunganos, y que Jar Jar sería su emisario. Amidala había insistido en tomar tierra en el pantano a pesar de que tanto Panaka como los Jedi le aconsejaron que escogiera otro sitio.

El bloqueo de la Federación Comercial había quedado reducido a un solitario navío de combate que orbitaba el planeta. El navío contenía la estación de control que dirigía al ejército de androides que había ocupado Naboo. Cuando Panaka se sorprendió de que no hubiera más navíos de combate, Qui-Gon observó en un tono bastante áspero que en cuanto se controlaba el puerto ya no se necesitaba bloqueo alguno.

Anakin, que se mantenía un poco separado de los demás con R2, estudiaba disimuladamente al grupo. Jar Jar llevaba mucho tiempo fuera, y todos comenzaban a inquietarse, salvo la reina, que permanecía inmóvil entre sus doncellas, silenciosa e impecable bajo los suaves pliegues de terciopelo. Padmé, Eirtaé y Rabé habían sustituido sus capas escarlata con capucha por un atuendo más práctico, y ahora llevaban pantalones, botas, chaqueta y una especie de chaleco largo, además de cinturón, del que colgaba un desintegrador. El chico nunca había visto a Padmé vestida de aquella manera, y se preguntó qué tal sería como combatiente.

Como si hubiera advertido que estaba pensando en ella, Padmé se apartó de los demás y fue hacia él.

—¿Cómo estás, Annie? —preguntó, y sus ojos afables y bondadosos buscaron los suyos.

Anakin se encogió de hombros.

—Bien. Te he echado de menos.

—Me alegro de volver a verte. Siento no haber tenido ocasión de hablar contigo antes, pero he estado muy ocupada.

Desde que habían salido de Tatooine apenas habían intercambiado unas cuantas palabras, y Anakin ni siquiera había visto a Padmé desde que despegaron de Coruscant. Eso le tenía un poco preocupado, pero se lo había callado.

—No... Eh... No conseguí... —balbuceó, mirándose las botas—. Decidieron no hacerme Jedi.

Le contó lo ocurrido, explicándole con todo detalle su comparecencia ante el Consejo Jedi.

Padmé le escuchó con gran atención y después le rozó la mejilla con sus suaves y fríos dedos.

—Pueden cambiar de parecer, Annie. No pierdas la esperanza. —Padmé se inclinó hacia él—. He de decirte una cosa. La reina ha tomado una decisión muy dolorosa y difícil, que hará que la vida de los naboos cambie por completo. Somos un pueblo pacífico que no cree en la guerra, pero a veces no tienes elección: o te adaptas, o mueres. La reina lo ha comprendido. Ha decidido adoptar una postura agresiva con respecto al ejército de la Federación Comercial. Los naboos van a luchar para recuperar su libertad.

—¿Habrá una batalla? —se apresuró a preguntar Anakin, tratando de ocultar su excitación, pero sin lograrlo.

Padmé asintió.

—Me temo que sí.

—¿Y tú tomarás parte en ella? —quiso saber Anakin.

—No tengo elección, Annie —repuso Padmé con una triste sonrisa.

Qui-Gon y Obi-Wan esperaban a unos metros del grupo. Los Jedi apenas se hablaban, y durante el viaje desde Coruscant prácticamente sólo habían hablado con los demás. El resentimiento provocado por Qui-Gon cuando se ofreció a entrenar a Anakin no se había disipado. El chico intentó hablar con Obi-Wan a bordo de la nave de la reina para decirle que lamentaba muchísimo lo ocurrido, pero el joven Jedi no quiso escucharle.

Obi-Wan, sin embargo, ya comenzaba a estar un poco harto de aquella situación. Llevaba demasiado tiempo junto a Qui-Gon para permitir que un desacuerdo momentáneo pusiera fin a más de veinte años de amistad. Qui-Gon era como un padre para él, el único padre que conocía, de hecho. Todavía no había perdonado al Maestro Jedi que pudiera olvidarse de él como si nunca hubiera existido para dedicarse a cuidar del chico, pero también conocía la profundidad de la pasión que sentía Qui-Gon cuando creía en algo. Adiestrar a aquel chico y convertirlo en un Jedi era una causa que Qui-Gon había defendido con una tenacidad que Obi-Wan no recordaba haber visto nunca en él. No lo hacía para humillar a su protegido, sino porque creía en el destino del chico.

Obi-Wan podía comprenderlo. Y después de todo, quizá tuviera razón. Adiestrar a Anakin Skywalker tal vez fuera una causa por la que valía la pena luchar.

—He estado pensando... —anunció Qui-Gon de repente, en voz baja y sin apartar los ojos de los demás—. Estamos pisando terreno peligroso. Si la reina tiene intención de librar una guerra, no podemos permitir que nos involucre en ella. Ni siquiera podemos tomar parte en sus esfuerzos para persuadir a los gunganos de que se alíen con los naboos contra la Federación, suponiendo que sea eso lo que pretende conseguir viniendo aquí. Los Jedi no están autorizados a tomar partido por ningún bando.

—Pero estamos autorizados a proteger a la reina —observó Obi-Wan.

Qui-Gon lo miró.

—Entonces tendremos que ir con mucho cuidado.

—Maestro —dijo Obi-Wan, volviéndose hacia él—, me porté muy mal en Coruscant, y estoy avergonzado. No pretendía faltarte al respeto. No deseo crearte problemas en lo que concierne al chico.

—Y no lo has hecho —repuso el Maestro Jedi, esbozando una sonrisa—. Has sido sincero conmigo, y la sinceridad nunca puede ser mala. Cuando le dije al Consejo que he enseñado todo lo que puedo enseñarte. Serás una gran Jedi, mi joven padawano. Harás que me sienta orgulloso de ti.

Se dieron la mano, y la brecha que había aparecido entre ellos se cerró para siempre.

Unos momentos después, una forma oscura atravesó la superficie de las aguas con un ruidoso chapoteo y Jar Jar salió del lago, sacudiéndose el agua de forma tal que mojó a todos los presentes. Con sus largas orejas goteando y el pico chorreando agua como el de un pato, el gungano meneó la cabeza con expresión preocupada.

—¡Allí no hay nadie! ¡Todos haberse ido! —Sus zarcillos oculares giraban de un lado a otro—. Mecánicos, quizá. Mucho malo. Otoh Gunga vacía. Todos los gunganos haberse ido.

—¿Creen que los habrán llevado a los campamentos? —preguntó Panaka, mirando al grupo.

—Lo más probable es que los hayan matado a todos —dijo Obi-Wan con indignación.

Pero Jar Jar negó con la cabeza.

—Eso no creerlo yo. Gunganos demasiados listos. Ellos esconderse. Cuando gunganos estar en apuros, siempre ir a lugar sagrado. Allí mecánicos no encontrarlos.

Qui-Gon se adelantó.

—¿Lugar sagrado? —repitió—. ¿Puedes llevarnos hasta allí, Jar Jar?

El gungano suspiró cansadamente, como diciendo «Ya estamos otra vez», y les hizo señas de que le siguieran.

Comenzaron a atravesar el pantano, primero rodeando el lago y después internándose en un bosque de enormes árboles y hierbas muy altas, donde siguieron un sendero rodeado de agua que unía una serie de promontorios. Las PAM de la Federación Comercial zumbaban en la lejanía, iniciando la búsqueda de los fugitivos del transporte. Jar Jar miraba con temor alrededor mientras avanzaba a través del cenegal, pero no aflojó la marcha.

Al fin llegaron a un claro de hierbas pantanosas y pequeños grupos de árboles cuyas raíces se entrelazaban formando un seto que no parecía haber forma de atravesar. Jar jar se detuvo, olisqueó el aire y asintió.

—Ser aquí.

Alzó la cabeza y su pico emitió una especie de trino que resonó fantasmagóricamente en el silencio. El grupo esperó escudriñando la penumbra.

De pronto el capitán Tarpals y una patrulla de gunganos montados en kaadus surgió de la neblina, empuñando eletrovaras y lanzas de energía listas para ser usadas.

—¡Holahey, capitán Tarpals! —le saludó alegremente Jar Jar.

—¡Binks! —exclamó el oficial gungano con incredulidad—. ¡Otra vez no!

Jar Jar se encogió despreocupadamente de hombros.

—¡Nosotros venir a ver al jefe!

Tarpals alzó sus zarcillos oculares hacia el cielo.

—Ser hora de pasarlo mal, Binks. Ser hora de pasarlo mal para todos vosotros, quizá.

Tarpals agrupó a los fugitivos, en torno a los cuales dispuso una escolta de gunganos montados sobre los kaadus, y se adentró en el pantano. El dosel formado por las ramas de los árboles se volvió tan grueso que el cielo y el sol casi desaparecieron. Fragmentos de estatuas, fachadas de piedra medio derruidas y pedestales hundidos en la ciénaga comenzaron a aparecer a su alrededor. Las lianas serpenteaban a través de los restos, cayendo de ramas que se retorcían en el aire para unirse formando enormes redes de madera.

Después de abrirse paso a través de un macizo de hierbasierra, llegaron a un claro lleno de refugiados gunganos: hombres, mujeres y niños de todas las edades y tamaños estaban acurrucados sobre un promontorio rocoso, muchos de ellos con sus posesiones esparcidas alrededor. Tarpals condujo al grupo hasta el lugar en el que las ruinas de lo que había sido un gran templo iban siendo lentamente engullidas por el pantano. Las columnas y el techo se habían derrumbado, y sólo las plataformas y las escaleras seguían intactas. Los miembros y las cabezas de enormes estatuas de piedra sobresalían del cenegal, empuñando armas con los dedos inmóviles y con la mirada perdida en una lejanía que no podían ver.

El jefe Nass apareció al final de las ruinas, surgiendo pesadamente de entre las sombras con varios miembros del consejo gungano para plantarse sobre una cabeza de piedra parcialmente sumergida en el agua. Amidala y sus acompañantes avanzaron por una red de caminos e islas, deteniéndose en cuanto estuvieron lo bastante cerca de ellos para poder hablar.

—¿Por qué tú haber vuelto, Jar Jar Binks? —gruñó el jefe Nass—. ¡Suponerse que tú llevar lejos a esas gentes de fuera y no regresar nunca! ¡Esta vez tú pagarlo bien pagado! —La gorda cabeza del jefe Nass se volvió hacia el grupo—. ¿A quiénes haber traído tú a lugar sagrado de los gunganos?

La reina se adelantó de inmediato.

—Soy Amidala, reina de los naboos —anunció, alzando el blanco rostro.

—¡Naboos! —exclamó el jefe Nass con voz de trueno—. ¡A nosotros no gustar naboos! ¡Vosotros traer mecánicos! ¡Ellos destruir nuestras casas y echarnos a todos! —Un grueso brazo surgió para señalar a la reina—. ¡Vosotros mucho malos! ¡Quizá morir todos!

De repente Anakin se dio cuenta de que estaban totalmente rodeados de gunganos, algunos montados sobre kaadus y otros de pie, pero todos empuñando electrovaras, lanzas de enegía o alguna clase de artilugio capaz de lanzar descargas. El capitán Panaka y los guardias naboos miraban, nerviosos, alrededor, y ya comenzaban a llevar las manos hacia sus desintegradores.

Los Jedis flanqueaban a la reina y sus doncellas, pero sus brazos colgaban inmóviles a los costados del cuerpo.

—Deseamos formar una alianza con vosotros —insistió Amidala.

—¡Nosotros no formar nada con naboos! —rugió furiosamente el jefe Nass.

Padmé se separó de los demás y se puso delante de la reina.

—Gracias, Sabé, pero creo que tendré que encargarme personalmente de esto —murmuró, volviéndose hacia el jefe Nass.

—¿Quién ser tú? —preguntó el líder de los gunganos.

R2, junto a Anakin, soltó un suave pitido de comprensión. El androide había sido el primero en entenderlo.

Padmé se irguió.

—Soy la reina Amidala —anunció, alzando la voz—. Sabé, mi leal guardaespaldas, también sabe actuar como señuelo cuando es necesario. Lamento haber tenido que recurrir al engaño, pero dadas las circunstancias, estoy segura de que podréis entenderlo. —Se volvió hacia los Jedi, y la mirada que les lanzó incluyó a Anakin—. Caballeros, os pido disculpas por haberos engañado. —Volvió a posar la mirada en el jefe Nass que, con el ceño fruncido y una expresión de suspicacia en los ojos, ponía cara de no entender nada—. Aunque nuestros pueblos no siempre han estado de acuerdo, señoría —prosiguió en un tono más suave—, siempre hemos vivido en paz. Hasta ahora. La Federación Comercial, con sus tanques y sus «mecánicos», ha destruido todo lo que tanto nos había costado construir. Los gunganos han tenido que esconderse, y los naboos han sido llevados a campos de prisioneros. Si no actuamos rápidamente, todo lo que valoramos se perderá para siempre. —Extendió las manos hacia el jefe Nass—. Os pido que nos ayudéis, señoría. —Hizo una pausa—. No, os suplico que nos ayudéis.

Y de repente hincó una rodilla en tierra ante el asombrado líder de los gunganos. Un murmullo de sorpresa brotó de los naboos.

—Somos vuestros humildes servidores, señoría —dijo Padmé, alzando la voz para que todos pudieran oírla—. Nuestro destino está en vuestras manos. Ayudadnos, por favor.

Alzó la mano y, uno por uno, Panaka, sus doncellas y los pilotos y guardias naboos doblaron la rodilla junto a ella. Anakin y los Jedi fueron los últimos en unirse a ellos. Con el rabillo del ojo, Anakin vio que Jar Jar, de pie en el centro del grupo, miraba perplejo alrededor.

Por un instante nadie dijo nada, y al cabo de una estrepitosa risotada surgió lentamente de la garganta del jefe Nass.

—¡Jo, jo, jo! ¡A mí gustar esto! ¡Esto ser bueno! ¡Tú no pensar que vosotros ser más grandes que gunganos! —El líder de los gunganos se inclinó y extendió una mano—. Tú levantar, reina Amodila. Tú hablar conmigo, ¿de acuerdo? ¡Quizá nosotros todavía llegar a ser amigos después de todo!

El Señor del Sith apareció entre un rielar de túnicas y sombras mientras su protegido y los neimoidianos iban por el pasillo que llevaba de la sala del trono a la plaza.

—Hemos enviado patrullas —dijo Nute Gunray, concluyendo su informe a la ominosa figura de la proyección—. Ya hemos localizado su nave espacial en el pantano. No tardaremos en dar con ellos, mi señor.

Darth Sidious guardó silencio, y Nute Gunray temió no haber sido escuchado.

—No me esperaba que la reina reaccionara de esta manera —añadió el Señor del Sith en un susurro apenas audible—. Está mostrando demasiada iniciativa. Ten cuidado, lord Maul.

—Sí, maestro —gruñó el otro Sith, y sus ojos amarillos destellaron.

—Y ten paciencia —ronroneó Darth Sidious, la cabeza inclinada bajo las sombras de la capucha y las manos ocultas entre los pliegues de su negra vestimenta—. Deja que sean ellos quienes hagan el primer movimiento.

Darth Maul y los neimoidianos siguieron andando en silencio mientras el holograma se disipaba lentamente.

El jefe Nass era tan veleidoso como corpulento, y su cambio de actitud hacia los naboos fue espectacular. En cuando hubo decidido que la reina no se consideraba superior a él, y que su súplica de ayuda a los gunganos no podía ser más sincera, se apresuró a entrar en acción. El hecho de que los androides de combate le gustaran tan poco como a ella también ayudó lo suyo, por supuesto. Quizá se había equivocado al creer que los «mecánicos» no conseguirían encontrar a los gunganos en el pantano. Otoh Gunga fue atacada al amanecer, dos días antes, y sus habitantes tuvieron que huir de sus casas. El jefe Nass no se quedaría sentado esperando un nuevo ataque. Si lograban trazar un plan para expulsar a los invasores, el ejército gungano contribuiría al esfuerzo común.

El jefe Nass llevó a Amidala y sus compañeros fuera del pantano y los condujo hasta el inicio de las llanuras cubiertas de hierba que se alejaban hacia el sur para terminar en Theed, la capital de Naboo. Cualquier ataque sería organizado desde allí, y la reina había acudido a los gunganos con un plan muy específico en la cabeza.

El primer paso de ese plan consistía en enviar al capitán Panaka a la ciudad para que efectuara un reconocimiento.

Mientras contemplaban las llanuras desde los nebulosos confines del pantano esperando el regreso de Panaka, el jefe Nass se acercó a Jar Jar.

—¡Tú haber hecho una gran cosa, Binks! —rugió, abrazando al flaco gungano—. ¡Tú haber unido a los naboos y los gunganos! Eso ser cosa muy valiente.

Jar Jar se removió nervioso, sin saber qué cara poner.

—Ah, no tener por qué decir eso. Esto no ser nada.

—¡No, tú gran guerrero! —declaró el jefe Nass, estrechando con gran fuerza a su compatriota que casi lo dejó sin aire.

—No, no, no —insistió tímidamente Jar Jar.

—¡Por eso, nosotros hacerte terrible general en el ejército gungano! —concluyó el jefe Nass con una gran sonrisa.

—¿Qué? —exclamó Jar Jar, horrorizado—. ¿General? ¿Yo? ¡No, no, no! —boqueó, puso los ojos en blanco y, sacando la lengua, se desmayó.

Padmé estaba conferenciando con los Jedi y los generales gunganos, a cuyas filas acababa de añadirse Jar Jar, por lo que Anakin, que no sabía cómo pasar el rato, decidió ir a hacerle compañía a los centinelas gunganos que habían apostado para proteger a Panaka. Los gunganos patrullaban el perímetro del pantano montados en kaadus y vigilaban con macrobinoculares desde las copas de los árboles y los restos de las antiguas estatuas, asegurándose de que ninguna patrulla de la Federación pudiera sorprenderlos. Anakin, que aún estaba intentando digerir la revelación de Padmé, se detuvo junto a la base de una de las columnas del templo. Todos se habían quedado muy sorprendidos, por supuesto, pero el chico había sido el más sorprendido de todos. Ahora que sabía que Padmé no era simplemente una joven, sino la reina, Anakin ya no estaba muy seguro de cuáles eran sus sentimientos hacia ella.

Había declarado que algún día se casarían, y él había estado convencido de que así sería, pero ¿cómo podía casarse con una reina alguien que había sido un esclavo durante toda su vida?

Anakin quería hablar con Padmé, pero allí no había ninguna oportunidad de hacerlo.

Suponía que nada sería igual después de aquello, pero le hubiera gustado que todo siguiese como hasta entonces. Padmé seguía gustándole y, a decir verdad, le daba igual que fuera reina o que no lo fuese.

Miró a la joven y los Caballeros Jedi y pensó en lo mucho que había cambiado todo desde que se fueron de Tatooine. Nada había salido como Anakin esperaba, y aún estaba por ver si el dejar a su madre y su hogar para venir con ellos había sido una buena idea después de todo.

El gungano que montaba guardia desde lo alto de una estatua junto a él soltó un gruñido.

—¡Ellos venir ya! —anunció, examinando las llanuras a través de sus macrobinoculares.

Anakin le respondió con un chillido, y corrió hacia Padmé, los Jedi y los generales gunganos.

—¡Ya han vuelto! —gritó.

Todos se volvieron para ver que cuatro deslizadores de superficie cruzaban la llanura y se detenían entre las sombras del pantano. El capitán Panaka y varias docenas de soldados, oficiales y pilotos de caza naboos salieron de los vehículos, y Panaka fue directamente hacia la reina.

—Creo que logramos pasar sin ser detectados, alteza —anunció, sacudiéndose el polvo de la ropa.

—¿Cuál es la situación? —preguntó la reina mientras los demás formaban un círculo alrededor de ella.

Panaka sacudió la cabeza.

—La mayoría de nuestra gente está internada en los campos de prisioneros. Unos cuantos centenares de oficiales y guardias han organizado un movimiento clandestino de resistencia. He traído a todos los líderes que conseguí encontrar.

—Excelente —dijo Padmé—. Y los gunganos tienen un ejército bastante más grande de lo que imaginábamos —añadió, dirigiendo una respetuosa inclinación de la cabeza al jefe Nass.

—¡Ejército muy, muy temible! —gruñó el jefe gungano.

Panaka suspiró cansadamente.

—Lo necesitaréis. El ejército de la Federación también es mucho más grande de lo que pensábamos, y más poderoso. —Contempló a la reina con expresión pensativa—. En mi opinión, alteza, no es una batalla que podamos ganar.

Jar Jar Binks, que estaba escuchando, bajó la mirada hacia Anakin e hizo girar los ojos con desesperación.

Pero Padmé no se inmutó.

—No tengo intención de ganarla, capitán. La batalla será una maniobra de distracción.

Necesitamos a los gunganos para alejar al ejército androide de Theed, porque así lograremos infiltrarnos en el palacio y capturar al virrey neimoidiano. La Federación Comercial no puede funcionar sin él. Los neimoidianos son incapaces de pensar por sí mismos. Sin el virrey para darles órdenes, dejarán de constituir una amenaza.

Les concedió unos momentos para que meditaran su plan, y volvió automáticamente la mirada hacia Qui-Gon Jinn.

—¿Qué opinas, Maestro Jedi? —preguntó.

—El plan está bien concebido, alteza —admitió Qui-Gon—. Creo que es lo mejor que podéis hacer, aunque el riesgo es grande. Incluso con el ejército androide fuera de la ciudad, el virrey estará muy bien protegido. Y muchos gunganos morirán.

El jefe Nass hizo un gesto despectivo.

—¡Sus cañones no poder atravesar nuestros escudos! ¡Nosotros estar listos para luchar!

Jar Jar miró a Anakin e hizo girar nuevamente los ojos, pero esta vez el jefe Nass lo advirtió y lanzó una severa mirada de advertencia a su general.

Padmé estaba pensando.

—Podríamos reducir las bajas gunganas tomando el hangar principal y enviando a nuestros pilotos para que dejaran fuera de combate a su nave de control orbita. Sin la nave de control para que les indique lo que han de hacer, los androides quedarán incapacitados.

Todos asintieron.

—Pero si el virrey lograra escapar, alteza —observó Obi-Wan en tono ominoso—, volvería con otro ejército androide, y entonces no estaríais mejor de lo que estáis ahora. Ocurra lo que ocurra, debéis capturar al virrey.

—Cierto —convino Padmé—. Todo depende de eso. Córtale la cabeza, y la serpiente muere. Sin el virrey, la Federación Comercial se derrumbará.

Pasaron a tratar otras cuestiones, iniciando una detallada discusión de tácticas de combate y responsabilidades de mando. Anakin estuvo escuchando unos momentos, y después fue hasta Qui-Gon y le tiró de la manga.

—¿Y yo? —preguntó en voz baja.

El Maestro Jedi puso la mano sobre la cabeza del chico y sonrió.

—No te alejes de mí, Annie. Haz todo lo que te diga y estarás a salvo.

Los proyectos del chico iban un poco más allá del mero «estar a salvo», pero Anakin no quiso insistir y se conformó con saber que mientras se mantuviera cerca de Qui-Gon, no estaría demasiado lejos de la acción.

En la sala del trono del palacio de Theed, el holograma de Darth Sidious se alzaba ante Darth Maul, el comandante de los androides de combate OOM-9 y los neimoidianos. Su voz sonaba suave.

—Nuestra joven reina me sorprende —murmuró en tono pensativo, con el rostro oculto por sus oscuros ropajes—. No es tan inteligente como creía.

—Estamos enviando todas las tropas disponibles al encuentro de ese ejército suyo —se apresuró a decir Nute Gunray—. Parece que se están agrupando junto al pantano. Sólo son unos cuantos salvajes, mi señor... No esperamos mucha resistencia.

—Estoy incrementando las medidas de seguridad en todos los campos de prisioneros —canturreó OMM-9.

Darth Maul clavó la mirada en el vacío y después sacudió su cabeza erizada de cuernos.

—Presiento que aquí hay algo más de lo que sabemos, maestro. Los dos Jedi podrían estar usando a la reina para sus propios fines.

—Los Jedi no pueden involucrarse —lo tranquilizó Darth Sidious—. Sólo pueden proteger a la reina. Ni siquiera Qui-Gon Jinn puede quebrantar esa regla. Eso nos beneficiará.

Darth Maul resopló, impaciente por poner manos a la obra.

—¿Cuento con vuestra aprobación para proceder, mi señor? —preguntó Nute Gunray con voz temblorosa, rehuyendo los ojos de fiera del joven Sith.

—Procede —ordenó Darth Sidious—. Acaba con ellos, virrey. Que no quede ni uno con vida.

20

A mediodía, con el sol brillando en un cielo sin nubes y el viento totalmente encalmado, los herbazales que se extendían al sur de Theed entre la capital de Naboo y el pantano de los gunganos estaban desiertos e inmóviles. El calor parecía brotar de las llanuras con un suave temblor, y todo estaba tan silencioso que el trinar de los pájaros y el zumbido de los insectos podían oírse a cien metros de distancia.

Y entonces los transportes militares de proa bulbosa y los tanques acorazados de la Federación Comercial entraron rugiendo en las praderas, deslizándose sobre las altas hierbas en relucientes oleadas metálicas.

Los pantanos también estaban silenciosos, con el crepúsculo perpetuo callado y expectante bajo el vasto dosel de ramas y lianas, la superficie de las aguas cenagosas tan lisa como un cristal, los juncos y las hierbas inmóviles en la atmósfera sin viento. Aquí y allá un insecto acuático saltaba silenciosamente de un lado a otro, doblando los tallos de hierba como si fueran trampolines y haciendo que los charcos cobraran vida allí por donde había pasado. Los pájaros surcaban el aire en destellos de color, revoloteando de rama en rama. Pequeños animales salían al descubierto para beber y alimentarse, con la mirada atenta, los hocicos temblorosos y todos los sentidos alerta.

Y entonces el ejército gungano emergió del pantano entre una ondulación de aguas fangosas y un estallido de burbujas; sus cabezas de largas orejas subían y bajaban igual que corchos, primero una, luego la otra, y finalmente centenares que acabaron convirtiéndose en millares.

Tanto en las llanuras como en los pantanos, los animales se apresuraron a esconderse, los pájaros alzaron el vuelo y los insectos buscaron refugio bajo tierra.

Montados en sus kaadus, los gunganos salieron de sus madrigueras, protegidos por armaduras y las armas preparadas. Éstas consistían en largas lanzas de energía y hondas de empuñadura metálica que lanzaban bolas a larga distancia, así como escudos de energía para el combate cuerpo a cuerpo. Los kaadus se sacudieron nada más pisar tierra firme, quitándose el agua pantanosa de sus lisas pieles y buscando las partes más sólidas del suelo mientras sus jinetes les ordenaban avanzar. Nuevos contingentes de guerreros se fueron añadiendo al ejército conforme éste avanzaba, hasta que finalmente las hileras de jinetes se perdieron de vista en la lejanía.

Cuando la primera oleada salió de la espesura, el pantano volvió a cobrar vida con la repentina aparición de los fambaas, enormes lagartos cuadrúpedos de largas colas y cuellos y descomunales cuerpos escamosos. Los fambaas transportaban generadores de escudo sobre sus anchas espaldas, máquinas que cuando quedaran conectadas entre sí activarían un campo de fuerza para proteger a los soldados gunganos del armamento de la Federación Comercial.

Los fambaas avanzaban pesadamente bajo sus cargas, balanceando los cuellos mientras sus conductores los espoleaban con impaciencia.

Jar Jar Binks cabalgaba con ellos al frente de su unidad, preguntándose qué se suponía que debía hacer. Lo principal, o eso creía, era no estorbar. Los otros generales, e incluso sus propios subordinados, le habían dejado claro que no esperaban otra cosa de él. El jefe Nass podía estar convencido de que nombrarlo general del ejército gungano constituía una idea excelente, pero a los militares de carrera no les había hecho ninguna gracia. Al ser informado de su nuevo cargo, el general Ceel, que era el comandante en jefe, miró fijamente a Jar Jar y, gruñendo, le dijo que esperaba que diera un buen ejemplo a su gente y supiese morir heroicamente.

Jar Jar respondió a todo aquello procurando pasar lo más inadvertido posible hasta que comenzaron a salir del pantano, momento en el que asumió su puesto al frente de sus tropas.

Apenas llevaba recorridos cien metros tras salir de la espesura cuando se cayó de su kaadu.

Nadie se detuvo para ayudarle a volver a montar, por lo que ahora marchaba entre sus soldados.

—Esto muy, muy malo ser —murmuraba para sus adentros mientras avanzaba a través de la calima pantanosa con los demás.

Poco a poco, el ejército gungano fue saliendo de los pantanos y entró en las llanuras cubiertas de hierba donde ya lo esperaba el ejército de la Federación Comercial.

Anakin Skywalker estaba escondido entre las sombras de un edificio enfrente del hangar principal de la flota estelar de Naboo, en la ciudad de Theed. Allí también reinaba el silencio, pues el grueso de los androides de combate habían sido enviados a las llanuras para que se ocuparan del ejército gungano y el resto de los efectivos dispersados por la ciudad en labores de patrullaje y vigilancia del perímetro. Aun así, la plaza estaba llena de tanques, y un numeroso contingente de androides de combate vigilaba la flota naboo. Hacerse con los cazas estelares no iba a ser fácil.

Anakin miró a sus compañeros. Padmé, vestida de doncella, estaba agazapada junto a los Jedi con Eirtaé, esperando la orden del capitán Panaka para ocupar su posición al otro lado de la plaza. Sabé, la reina-señuelo, y sus doncellas llevaban ropas de combate, holgadas y resistentes, con desintegradores colgados de la cintura. Las luces de R2 parpadeaban silenciosamente detrás de ellos entre una veintena de oficiales, guardias y pilotos naboos, todos armados y listos para entrar en acción. Al chico le parecía que un ejército tan patéticamente pequeño nunca podría vencer, pero era todo lo que tenían.

Por lo menos Qui-Gon y Obi-Wan volvían a hablarse. Comenzaron a hacerlo durante el viaje desde los pantanos, unas cuantas palabras ocasionales, intercambiando cautelosos comentarios y tanteando el terreno. Anakin había escuchado con atención todo lo que decían, más sensible a los matices de su conversación de lo que podían serlo otros, y pendiente de la inflexión de sus voces. Pasado un tiempo, cuando las palabras hubieron curado la brecha lo suficiente para que dejaran de sentirse tensos cuando estaban juntos, hubo sonrisas, breves y casi tristes, pero muy claras en su propósito. Los Jedi eran viejos amigos y su relación recordaba la de un padre y su hijo. No querían arrojar por la borda

todo eso debido a un simple desacuerdo. Anakin se alegró muchísimo de que así fuera... sobre todo porque él había sido la causa de su desacuerdo.

Padmé también había hablado con él, poniéndose a su lado durante unos momentos mientras avanzaban hacia la ciudad a través de los bosques, y su sonrisa disipó todas las dudas y temores del chico en un segundo.

—Lamento no haber podido decírtelo antes —se disculpó ella—. Ya sé que te llevaste una sorpresa.

—Oh, no te preocupes —dijo el chico, encogiéndose de hombros.

—Supongo que el saber que soy una reina habrá cambiado lo que sientes por mí, ¿verdad? —preguntó ella.

—Supongo que sí, pero no importa. Me conformo con seguir gustándote..., porque tú sigues gustándome —respondió el chico con ojos esperanzados.

—Pues claro que me gustas, Annie. Decirte quién soy en realidad no significa que lo que siento por ti haya cambiado. Antes era la misma persona, tanto si sabías la verdad acerca de mí como si la ignorabas.

—Supongo que sí —convino Anakin tras reflexionar por un instante, y sonrió—. Bueno, entonces supongo que lo que siento por ti tampoco debería haber cambiado.

Padmé se alejó, con la cabeza vuelta hacia él y una amplia sonrisa en los labios; mientras la seguía con la mirada, Anakin se sintió como si midiera diez metros.

Así que ahora estaba en paz consigo mismo respecto a Padmé y los Jedi, pero se veía acosado por nuevas preocupacones. ¿Y si les ocurría algo durante el combate que iban a librar? ¿Y si los herían, o los...? Anakin no pudo terminar el pensamiento. No les ocurriría nada malo, y eso era todo. Él no lo permitiría. Los miró, arrodillados en silencio junto a la plaza, y se prometió a sí mismo que los protegería ocurriera lo que ocurriese. Ése sería su trabajo. Anakin apretó los labios con expresión decidida mientras hacía aquel juramento.

—Una vez que estemos dentro, Annie, busca un sitio donde puedas permanecer escondido hasta que todo esto haya terminado —le ordenó Qui-Gon de repente mientras se inclinaba hacia él, casi como si pudiera leer la mente del chico.

—Claro —prometió Anakin.

—Y no te muevas de allí —añadió firmemente el Maestro Jedi.

Panaka y su contingente de combatientes ya habían ocupado sus posiciones, preparados para atrapar a los tanques y los androides de combate en un fuego cruzado con el grupo de Padmé.

Ésta sacó una varilla luminosa de un bolsillo y envió una señal en código a Panaka a través de la plaza.

Alrededor de Anakin, las armas salían de sus fundas y correajes y los seguros eran desactivados.

Los combatientes de Panaka abrieron fuego sobre los androides de combate, haciendo pedazos sus cuerpos metálicos bajo un diluvio de disparos láser. Otros androides se volvieron rápidamente en respuesta al ataque y comenzaron a intercambiar ráfagas con

los hombres de Panaka, atraídos hacia el origen del conflicto y alejándose del grupo de Padmé.

Qui-Gon se puso en pie.

—No te alejes de mí —le susurró a Anakin.

Un instante después, el chico corría hacia la puerta abierta del hangar con los Jedi, Padmé, Eirtaé, R2 y su contingente de soldados y pilotos naboos.

Jar Jar Binks cabalgaba sobre su kaadu con el cuerpo bien erguido, al frente de sus tropas. El ejército gungano se había desplegado sobre las praderas, flanqueando a Jar Jar y perdiéndose de vista en la lejanía. Los kaadus avanzaban a través de la alta hierba con sus rápidos andares de pájaro, inclinando la cabeza a cada paso que daban mientras sus jinetes gunganos se balanceaban con el movimiento. Los gunganos llevaban cascos de cuero y corazas metálicas, pequeños escudos circulares colgados de la cadera y mochilas energéticas para dispersar el campo de energía cuyas placas difusoras sobresalían de las grupas de sus monturas como plumas metálicas. Los fambaas, que cargaban con los generadores de campo, habían sido espaciados a lo largo de las filas para obtener un máximo de protección cuando los generadores fueran activados. Parecidos a tanques, los gigantescos lagartos avanzaban pesadamente entre los más ágiles kaadus, y las praderas temblaban bajo su peso.

El general Ceel y su unidad de mando cabalgaban al frente del ejército, seguidos por las banderas de Otoh Gunga y otras ciudades gunganas.

El ejército llegó a lo alto de la colina, y la gigantesca ola de cuerpos oscuros se detuvo a una señal del general Ceel.

El ejército de la Federación Comercial esperaba en una angosta depresión del terreno, protegido por el risco que se alzaba detrás de ellas. Hileras de PAM y tanques formaban la primera línea, desplegada a lo largo de más de un kilómetro; sus blindajes y armas relucían bajo el sol de mediodía. Los enormes transportes de la Federación se elevaban sobre los vehículos más pequeños proporcionándoles cobertura; sus colosales estructuras aparecían suspendidas a unos centímetros del suelo, con las puertas de las proas bulbosas cerradas y dirigidas hacia los gunganos. Los androides de combate que controlaban tanques y PAM, eran vacíos cascarones metálicos sin rostro invulnerables al dolor, desprovistos de emociones y programados para combatir hasta que fueran destruidos.

Jar Jar Binks contempló, sobrecogido, al ejército androide. No había ni un solo ser vivo visible, ni una sola criatura de carne y hueso, nadie que fuera a reaccionar a la terrible confusión de la batalla de la manera en que lo harían los gunganos. Pensar en lo que significaba eso hizo que se le erizaran los pelos.

Los fambaas ya estaban en sus puestos, y el general Ceel activó los generadores de campo.

Las enormes turbinas cobraron vida con un zumbido y un arco de luz roja saltó del generador de un fambaa al plato de antena del reptil apostado junto a él, produciendo un haz que fue adquiriendo anchura y grosor conforme iba creciendo para abarcar a la totalidad del ejército gungano, hasta que cada soldado y cada kaadu estuvo a salvo debajo

de él. La coloración de la luz protectora pasó del rojo al dorado, rielando como un espejismo en el desierto. El efecto creado hizo que el ejército gungano pareciera estar sumergido bajo las aguas, como si hubiera sido engullido por un mar de luz cristalina.

La Federación se apresuró a poner a prueba la efectividad del escudo. A una señal del comandante androide OOM-9, que a su vez estaba respondiendo a una orden del centro de control espacial, los tanques abrieron fuego, y sus cañones láser descargaron andanada tras andanada sobre la pantalla protectora. Haces llameantes llovieron sobre el escudo y se disiparon sin producir ningún efecto al chocar contra la superficie de energía líquida, incapaces de atravesarla.

Los gunganos esperaron pacientemente con las armas preparadas bajo su cubierta protectora, confiando en la solidez de su escudo. Jar Jar se removía temerosamente sobre la grupa de su kaadu mientras mascullaba plegarias para mantener alejada a la destrucción que estaba seguro caería sobre él en cuanto se callara. Los cañones de la Federación Comercial prosiguieron su implacable ataque, escupiendo cintas de energía que martilleaban la cobertura.

Los destellos, fogonazos y explosiones cegaban y ensordecían, pero los gunganos mantuvieron sus posiciones.

Finalmente, los cañones de la Federación Comercial guardaron silencio. Por mucho que lo intentaran, no podían atravesar el escudo de energía gungano. Debajo de su dosel protector, los gunganos prorrumpieron en vítores de triunfo y blandieron sus armas.

Pero un instante después los tanques y las PAM se hicieron a un lado, y los gigantescos transportes avanzaron hasta quedar en primera línea. Las puertas de sus bulbosas proas se abrieron, separándose para revelar una batería de colgadores en el interior. Los colgadores se deslizaron hacia delante sobre largas guías, revelando fila tras fila de androides de combate plegados y suspendidos de ganchos. Cuando hubieron acabado de extenderse, los colgadores comenzaron a bajar y se fueron prolongando hacia fuera, llenando la pradera con millares de androides.

Apostados a la cabeza de su ejército, el general Ceel y sus comandantes gunganos cambiaron miradas de preocupación.

Los androides de combate se desplegaron rápidamente para quedar de pie, con el cuerpo erguido y las piernas y los brazos extentidos. Manos metálicas se alzaron por encima de sus hombros para empuñar los rifles desintegradores con que estaba equipada cada unidad.

A una orden de OOM-9 el contingente de androides de combate empezó a avanzar hacia el ejército gungano, cubriendo el prado de un extremo del horizonte a otro con sus relucientes hileras metálicas.

El muro-escudo gungano había sido diseñado para detener objetos voluminosos y lentos de gran densidad y masa, como los vehículos artillados, y objetos pequeños y rápidos que generaran un intenso calor, como los proyectiles disparados por armas de fuego. Pero no detendría a unos androides pequeños que se movieran despacio, ni

siquiera cuando esos androides se encontraban agrupados en unos efectivos tan numerosos como los que había allí.

Jar Jar Binks comenzó a desear estar en otro sitio, pensando que pese a lo poderoso que era el ejército gungano, parecía insignificante ante la máquina de metal que avanzaba hacia él.

Pero los gunganos estaban decididos a luchar, y el que su enemigo fuera tan numeroso no bastó para disuadirles de ello. Lanzas de energía y hondas manuales fueron activadas una tras otra a lo largo de las líneas. Las primeras filas de androides de combate llegaron al perímetro del campo de energía que se alzaba delante de la colina sobre la que esperaban los gunganos y comenzaron a atravesarlo sin que esto los afectase. Tras llevarse los desintegradores al hombro, los androides abrieron fuego.

Los gunganos respondieron entre un gemir de enormes trompas de guerra. Una lluvia de lanzas cayó sobre los androides, destrozando miembros y torsos metálicos cuando sus astas y sus puntas estallaron al hacer impacto. Las siguieron bolas de energía lanzadas por las hondas, que infligieron nuevos daños. Los morteros dejaron caer sus cargas sobre el centro de las hileras de androides, abriendo enormes huecos. Los androides de batalla se tambalearon y aminoraron la marcha, pero recuperaron el ímpetu y siguieron avanzando cuando centenares más ocuparon el puesto de los que habían caído para atravesar maquinalmente el escudo protector y entrar en el radio de alcance de las armas gunganas.

En el centro de su unidad de mando, el general Ceel ordenó avanzar a sus guerreros, reforzando sus líneas defensivas delante de los fambaas y los generadores de escudo para protegerlos, consciente de que si el campo de fuerza caía, los tanques de la Federación Comercial también se unirían al ataque.

Hileras de androides de combate, cuyos componentes metálicos reflejaban el sol, y filas de gunganos, ágiles criaturas de piel anaranjada, se dispusieron a entablar batalla.

Resistiendo la tentación de cerrar los ojos para no ver lo que sabía que iba a ocurrir, Jar Jar Binks hundió los talones en los flancos de su kaadu y se lanzó a la carga con el resto de su unidad.

En el relativo recogimiento de la sala del trono del palacio de Theed, un lugar donde habían creído que estarían a salvo de todo peligro, Nute Gunray y Rune Haako observaban en una pantalla gigante las imágenes cambiantes de la batalla que se estaba librando. Los Caballeros Jedi estaban dentro del complejo, acompañados por soldados y pilotos naboos, y sus espadas de luz sembraban la destrucción entre los androides de combate que intentaban detenerlos.

—¿Cómo han entrado en la ciudad? —preguntó en voz baja Rune Haako, horrorizado por lo que estaban viendo.

Nute Gunray meneó la cabeza.

—No lo sé. Creía que la batalla tendría lugar lejos de aquí —dijo con los ojos desorbitados por el terror—. ¡Pero ahora los tenemos demasiado cerca!

Los dos se volvieron como un solo neimoidiano cuando Darth Maul entró en la sala blandiendo una espada de luz de larga empuñadura. Los ojos amarillos del Sith destellaban en su rostro tatuado de rojo y negro, y su oscura capa ondulaba detrás de él.

Nute Gunray y Rune Haako retrocedieron instintivamente, pues no querían interponerse en su camino.

—Lord Maul —dijo Gunray, saludando al Sith con una rápida inclinación de la cabeza.

Darth Maul le dirigió una mirada de desdén.

—¡Ya os dije que aquí estaba ocurriendo algo más de lo que parecía! —exclamó con expresión de furia—. Los Jedi han venido a Theed por una razón, virrey. Tienen su propio plan para derrotarnos.

—¿Un plan? —preguntó el neimoidiano con evidente preocupación.

—Un plan que fracasará, os lo aseguro. —Su rostro cubierto de franjas relucía malévolamente bajo la luz—. Llevo mucho tiempo esperando esto. He dedicado toda mi vida a prepararme para ello, y los Jedi lamentarán su decisión de volver aquí.

Su voz se había vuelto aterradoramente áspera. El Señor del Sith, con el cuerpo tenso, preparado para entrar en acción mientras flexionaba las manos sobre el arma, anhelaba aquel enfrentamiento. Los neimoidianos no envidiaban a sus adversarios.

—Esperad aquí hasta que vuelva —les ordenó bruscamente Darth Maul, pasando junto a ellos.

—¿Adónde vais? —se apresuró a preguntar Nute Gunray mientras el Señor del Sith echaba a andar hacia los muelles de los deslizadores.

—¿Adónde crees que voy, virrey? —repuso burlonamente Darth Maul—. Voy al hangar principal para libraros de esos Jedi que tanto os preocupan.

21

Anakin Skywalker entró corriendo por las puertas abiertas del hangar principal detrás de Padmé y los Jedi, con R2 y el resto de los combatientes por la libertad de Naboo pisándole los talones.

Los androides de combate se volvieron hacia ellos, pero espadas de luz y haces desintegradores hicieron pedazos a la primera hilera antes de que los demás se percataran de lo que ocurría. Los androides se reagruparon y pidieron ayuda al exterior, pero Panaka y sus hombres ya tenían muy ocupados a los androides de la plaza, y por unos instantes los Jedi y los naboos pudieron hacerse con el control de la situación.

Acordándose de la orden de Qui-Gon, Anakin buscó refugio debajo del fuselaje del caza estelar más próximo mientras en torno a él los haces desintegradores surcaban el aire entre cegadores fogonazos de llamas láser.

—¡Subid a vuestras naves! —les gritó Padmé a los pilotos, persiguiendo a los androides de combate en retirada al frente de su contingente de soldados naboos.

Agazapándose y poniéndose a cubierto, Padmé disparó su desintegrador con movimientos veloces y precisos y abatió a un androide tras otro, lanzando ráfagas que siempre localizaban a sus objetivos con infable precisión. Los Jedi luchaban delante de ella, deteniendo los haces láser con sus espadas de luz y convirtiendo en chatarra a los androides que tenían la desgracia de cruzarse en su camino. Pero era Padmé la que atraía irresistiblemente la mirada de Anakin, pues el chico no sólo nunca había visto aquella faceta de ella anteriormente, sino que ni siquiera había sabido que existiera. Padmé, que había dejado de ser una joven doncella para convertirse en una temible combatiente, se movía con la rapidez y los reflejos bien entrenados de una veterana luchadora curtida en mil batallas.

Aquel sueño en el que había visto a Padmé al frente de un ejército en otro tiempo y otro lugar volvió a su memoria, y de pronto el sueño ya no le pareció tan imposible.

Pilotos de la fuerza de ataque y unidades R2 liberadas de los compartimientos del hangar en los que habían estado almacenadas se apresuraron a subir a los cazas naboos, dispersándose rápidamente a través de la granizada de haces desintegradores. Tras subir a sus naves estelares, los pilotos fueron a las cabinas y las unidades R2 a sus huecos de conexión, donde conectaron sus paneles de control y encendieron los motores. Un rugido de energía impulsora llenó el gigantesco hangar, ahogando el sonido de las ráfagas láser e incrementándose rápidamente hasta convertirse en un estruendo ensordecedor. Uno a uno, los cazas empezaron a levitar y fueron colocándose en posición para el despegue.

Una piloto naboo pasó corriendo junto a Anakin y subió al caza detrás del que se había agazapado el chico.

—¡Será mejor que salgas de ahí, muchacho! —le gritó desde la cabina—. ¡Búscate un nuevo escondite, porque estás a punto de quedarte sin éste!

Anakin echó a correr, manteniéndose agachado para eludir los haces láser disparados contra las naves a punto de despegar que se entrecruzaban en el aire por encima de él. El

caza que había abandonado comenzó a elevarse y dirigió su proa hacia las puertas abiertas del hangar. Otras naves aceleraban ya por el cielo entre un retumbar de motores.

Mientras los Jedi y los combatientes naboos seguían obligando a retroceder a los androides que custodiaban el hangar, Anakin buscó a toda prisa un nuevo escondite. Entonces oyó que R2 lo llamaba con un silbido desde otro caza estacionado cerca de él: el pequeño androide ya se había introducido en el hueco de conexión, y la cúpula de su cabeza rotaba de un lado a otro mientras sus luces de control se encendían y apagaban. El chico corrió por entre los restos de androides de combate que cubrían el suelo del hangar, esquivando los haces láser que crujían y siseaban a su alrededor, y saltó a la cabina con un jadeo de alivio.

Sacando la cabeza del hueco de la cabina, Anakin vio que el último par de cazas naboos salía del hangar. El primero logró elevarse, pero el segundo fue alcanzado por las ráfagas de los tanques y, desviado de su curso por el impacto, cayó al suelo para estallar entre una bola de llamas. Anakin hizo una mueca y se apresuró a agacharse.

Panaka, Sabé y los soldados naboos que habían estado combatiendo delante del hangar entraron por las puertas, disparando mientras corrían. Atrapados en un fuego cruzado, los androides de combate que aún seguían en pie no tardaron en ser destruidos. Los Jedi, Padmé y Panaka mantuvieron una rápida conversación, y después toda la fuerza de combatientes naboos fue hacia una salida del hangar que quedaba justo al lado del escondite de Anakin.

—Eh, ¿adónde vais? —preguntó el chico a los que pasaban por delante de él.

—¡Quédate ahí, Annie! —le ordenó Qui-Gon, haciéndole señas de que volviera a agacharse. Estaba muy serio, y sus largos cabellos le caían sobre la cara—. ¡No te muevas de donde estás!

En vez de hacerle caso, el chico se incorporó.

—¡No, quiero ir contigo y con Padmé!

—¡No salgas de esa cabina! —lo conminó ásperamente Qui-Gon en un tono de voz que no admitía discusión.

Anakin se quedó quieto, sin saber qué hacer, mientras el contingente se dirigía a la carrera hacia la puerta de salida, con las armas listas para abrir fuego. Quería tomar parte en la acción y no estaba dispuesto a permitir que siguiera adelante sin él, porque sabía que mientras permaneciera atrapado dentro de aquel hangar vacío no podría hacer nada para ayudarlos.

Aún estaba intentando decidir qué haría cuando todo el grupo se detuvo ante la puerta de salida. Una figura vestida de negro entró por el acceso para encararse con ellos. Anakin contuvo la respiración. Era el Señor del Sith que había atacado a Qui-Gon en el desierto de Tatooine: un peligroso adversario, según le había explicado Qui-Gon posteriormente, un enemigo de los Caballeros Jedi. El Señor del Sith salió de las sombras como una enorme pantera de las arenas; su rostro, tatuado de rojo y negro, era una máscara aterradora, y en sus ojos amarillos ardían la expectación y la rabia.

Bloqueando la salida, esperó a los Jedi y sus protegidos, blandiendo ante él una espada de luz de larga empuñadura. El capitán Panaka y sus combatientes se apresuraron a retroceder.

Después, a una orden de Qui-Gon, Padmé y sus doncellas los imitaron, aunque no tan deprisa y obviamente renuentes a hacerlo.

Qui-Gon Jinn y Obi-Wan Kenobi se habían quedado solos ante el Señor del Sith. Los Jedi se quitaron las capas y activaron sus espadas de luz. Su misterioso antagonista también se quitó la capa, y después alzó su espada de luz como ofreciéndosela para que la inspeccionaran. Una resplandeciente columna de energía brotó de ambos extremos de la empuñadura, revelando una mortífera arma de doble hoja. Una sonrisa atravesó el rostro de fiera de su portador mientras éste hacía girar el arma ante él con tranquilidad, invitando a avanzar a los Jedi.

Qui-Gon y Obi-Wan se separaron para dejar un espacio entre ellos y fueron lentamente a su encuentro.

En las llanuras al sur de Theed, la batalla entre el ejército de la Federación Comercial y las huestes gunganas se hallaba en su apogeo. Gunganos y androides de combate libraban feroces enfrentamientos cuerpo a cuerpo, luchando entre un amasijo de caparazones metálicos y formas anfibias. Los generadores de campo seguían manteniendo a raya a los tanques de la Federación Comercial. Sólo los androides habían logrado atravesar el escudo, pero éstos superaban en número a los gunganos, y el general Ceel había enviado todas sus reservas a la batalla.

Jar Jar Binks luchaba en el centro del torbellino, blandiendo una lanza de energía como si fuera un garrote, volviéndose y tropezando mientras se tambaleaba de un lado a otro. Enredado en los cables de un androide al que había decapitado, no había conseguido librarse de los restos, y arrastraba con sus movimientos el trozo sin cabeza. El androide, que seguía operando en piloto automático pese a estar decapitado, disparaba continuamente su desintegrador mientras Jar Jar lo hacía volar por los aires en torno a él; las ráfagas del androide encontraban más congéneres que gunganos y dejaban una estela de destrucción en sus ya diezmadas líneas.

—¡Esto ser muy malo! ¡Esto ser muy malo!

El gungano gritó las palabras una y otra vez mientras agitaba su lanza rota e intentaba librarse de su compañero sin cabeza.

Cuando por fin logró desprenderse de su carga y aplastó los restos del androide contra el suelo, se encontró de pie en el centro de un gran círculo que los combatientes de ambos trataban de evitar a toda costa. Por un instante aterrado, Jar Jar se quedó paralizado sin saber qué hacer.

Y entonces un griterío se elevó de los gunganos más próximos.

—¡Jar Jar Binks! ¡Jar Jar Binks!

—¿Quién, yo? —resolló, atónito, el gungano.

Combatientes enardecidos se reagruparon alrededor de él y reanudaron el avance, arrastrando consigo a Jar Jar en un impetuoso e inesperado contraataque.

Pero la Federación Comercial, a diferencia de los gunganos, disponía de armas que aún no había empleado. Respondiendo a las órdenes de la nave de control que orbitaba el planeta, OOM-9 hizo desembarcar de los transportes un batallón de androides destructores. Éstos descendieron deslizándose por largas rampas, cruzaron las llanuras pasando por encima de los restos de los androides de combate hechos pedazos y atravesaron el escudo de energía gungano. Luego de transformarse para pasar a la modalidad de batalla, comenzaron a avanzar con sus desintegradores gemelos disparando en una cadencia incesante. Docenas de gunganos y kaadus cayeron ante ellos, pero otros gunganos se apresuraron a llenar los huecos en sus líneas, conteniendo el avance de los androides destructores y luchando desesperadamente para mantener sus posiciones.

Y la batalla, cuyo desenlace aún era incierto, siguió su terrible curso.

Anakin Skywalker se había prometido a sí mismo que protegería a Qui-Gon Jinn y Padmé Naberrie, y que encontraría la manera de evitar que les ocurriese nada malo. Cuando hizo aquella promesa, el chico ya sabía que sería difícil de cumplir. Una parte de su mente sabía que asumir esa responsabilidad era una auténtica locura, pero era joven y valiente, y había vivido su vida siguiendo sus propias normas, porque hacerlo de otra manera le habría partido el corazón.

No había resultado fácil, sobre todo para un esclavo como él. Anakin había sobrevivido porque era capaz de encontrar pequeñas victorias en situaciones difíciles, y porque siempre había creído que algún día encontraría una forma de superar las circunstancias de su nacimiento.

Su fe en sí mismo había sido recompensada. Sólo hacía unos días de eso, pero su victoria en la carrera de módulos de Boonta Eve había cambiado su existencia para siempre.

Por eso no tenía nada de raro que hubiera decidido que también podía afectar de alguna manera las vidas de un Caballero Jedi y una reina de Naboo, aun cuando no supiese exactamente cómo. Anakin no temía asumir semejante responsabilidad, y no retrocedería ante los desafíos que pudiera suponer semejante decisión.

Pero ahora su resolución iba a ser puesta a prueba.

Qui-Gon y Obi-Wan se enfrentaron al Señor del Sith entre un entrechocar de espadas de luz que chirriaban como una sierra de diamante al atravesar el metal. Girando velozmente por el centro del hangar, los combatientes asestaron mandobles y los detuvieron, atacando y contraatacando en una batalla sin cuartel donde cada bando haría todo lo posible para aniquilar al contrario. El Señor del Sith era ágil y veloz, y maniobraba entre los Jedi con la celebridad del rayo, moviendo de un lado a otro su espada de luz doble tan deprisa que apenas tenía que esforzarse para contrarrestar los intentos de abatirlo. Anakin advirtió enseguida que era un combatiente muy capaz —tal vez más que los hombres a los que se enfrentaba—, y que poseía una inquietante seguridad en sí mismo. Vencerlo no iba a ser fácil.

Padmé y los naboos, por su parte, se enfrentaban a una situación todavía más peligrosa. En el otro extremo del hangar, lejos de la plaza, tres androides destructores

entraron por la puerta y comenzaron a desplegarse, asumiendo sus configuraciones de combate. R2 los vio primero y advirtió al chico con un pitido. Anakin apartó la mirada de los Jedi y el Señor del Sith. Los androides destructores ya se habían transformado y empezaban a avanzar, abriendo fuego sobre los naboos con sus cañones láser. Varios soldados se desplomaron y un haz rozó a Sabé, lanzándola hacia atrás y haciéndola caer en los brazos de Panaka. Padmé y sus compañeros resistieron valientemente, pero ya comenzaban a retroceder para ponerse a cubierto.

—Debemos ayudarlos, R2 —declaró el chico, incorporándose en la cabina con la intención de hacer algo, lo que fuese, y buscando un arma sin encontrar ninguna.

R2, sin embargo, ya iba muy por delante de él. El pequeño androide se había conectado al ordenador del caza estelar, y las luces parpadearon en el panel de control cuando R2 encendió los poderosos motores. Todo cobró vida con un súbito rugido, sobresaltando a Anakin, que se dejó caer en el asiento del piloto, sorprendido.

Lentamente, la nave comenzó a levitar y fue saliendo de su espacio de atraque.

—¡Buen trabajo, R2! —gritó Anakin, extendiendo las manos hacia las palancas de dirección—. Y ahora, vamos a ver...

Hizo girar el caza para que su proa quedara dirigida hacia los atacantes. Sus ojos recorrieron frenéticamente el panel de control, buscando los sistemas de armamento. Entendía un poco de cazas por haber recuperado algunos componentes de sus restos, pero no sabía absolutamente nada sobre los cazas de Naboo en particular o los sistemas de armamento en general. Sus conocimientos se reducían a los motores y los sistemas de guiado, y sus experiencias con ellos nunca habían ido más allá de los módulos, los deslizadores y los viejos transportes.

—¿Cuál, cuál? —murmuró, pasando las manos por encima de botones, palancas e interruptores sin poder decidirse por ninguno.

Levantó la vista del panel por un instante. Un soldado naboo se desplomó como un fardo, y su casco y su desintegrador cayeron al suelo con un estrépito metálico. Haces láser ennegrecían las paredes y las vigas metálicas alrededor de los defensores mientras los androides destructores continuaban su implacable ataque sobre la cada vez más mermada fuerza de Padmé.

Desesperado, Anakin accionó la hilera de interruptores de un panel rojo. El caza comenzó a estremecerse con violencia, reaccionando al cambio de posición de los estabilizadores.

—Oh, oh. Creo que me he equivocado de interruptores —masculló el chico para sí, y los devolvió a su anterior posición. Sus ojos se posaron en una hilera de cuatro orificios digitales rodeados por círculos verdes que contenían botones oscuros—. Puede que estos...

Pulsó los botones. Los cañones láser de proa abrieron fuego de inmediato, descargando sus haces sobre los androides de combate, tres de los cuales cayeron, convertidos en humeantes montones de chatarra.

—¡Sí! ¡Androides desintegrados! —gritó alegremente Anakin, y R2 emitió un pitido de aprobación a sus espaldas.

Los androides destructores restantes se volvieron hacia él, desplegándose para presentar un blanco más difícil. Detrás de ellos, Padmé, sus doncellas, Panaka y soldados naboos que aún estaban en condiciones de luchar corrían hacia la puerta que conducía al palacio. Anakin los siguió con la mirada por encima del borde de la cabina mientras desaparecían por la puerta.

—Buena suerte —murmuró.

Los androides destructores habían comenzado a avanzar hacia él disparando haces desintegradores que estallaban alrededor del chico y hacían temblar la esbelta silueta del caza.

Anakin entrevió al Señor del Sith, que obligaba a retroceder a los Jedi a lo largo del hangar y a través de un corredor que llevaba a una sala contigua, por el que los persiguió con una furia aterradora sin darles un solo instante de respiro.

Detrás ellos también salieron de su campo visual, y el chico se quedó solo con sus atacantes.

Un haz láser dio contra la proa de su nave y el caza se bamboleó. El chico cerró los dedos en torno a la palanca de control. Anakin disparó sus cañones láser, pero los androides destructores estaban situados demasiado hacia los lados para que los disparos pudieran afectarlos, y las ráfagas sólo encontraron las paredes del hangar.

Anakin se inclinó por debajo del borde de la cabina y volvió a estudiar el panel de control.

—Tengo que levantar los escudos —siseó, obligándose a concentrarse mientras los haces láser surcaban el aire a su alrededor—. ¡Los escudos están a la derecha! ¡Siempre a la derecha!

Accionó varios interruptores y el turbocompresor entró en acción con un rugido ahogado.

Anakin accionó otro interruptor, y luego otro más. La palanca de control huyó de su mano como si tuviera vida propia y el caza dirigió su proa hacia las puertas, salió del hangar y comenzó a elevarse.

La burbuja protectora de la cabina avanzó sobre sus guías y quedó sellada en torno al chico.

—¿Qué está pasando, R2? —gritó Anakin. Los nerviosos pitidos y zumbidos de R2 brotaron de los altavoces del intercomunicador—. ¡Sí, ya sé que he activado algo! —respondió el chico—. ¡No, no estoy haciendo nada! —Contuvo el aliento mientras la unidad astromecánica emitía una nueva serie de pitidos y leyó las palabras de R2 en la pantalla de su cabina—. ¿Qué está en piloto automático? ¡Bueno, pues intenta desconectarlo!

El esbelto caza amarillo había salido de la atmósfera de Naboo y estaba entrando en el espacio profundo, dejando atrás el planeta, una joya verde y azul que iba empequeñeciéndose en la negrura.

Unos cuantos puntitos plateados aparecieron delante de ellos y comenzaron a aumentar de tamaño. Eran otras naves.

—¿Hacia dónde vamos, R2?

Una especie de graznidos brotó del sistema de comunicaciones, y de repente Anakin se encontró oyendo las voces de Ric Olié y los pilotos naboos que habían despegado por delante de él.

—Aquí Jefe Bravo —dijo Ric entre un crepitar de estática—. Bravo Dos, intercepta a los cazas enemigos. Bravo Tres, ocúpate de la estación transmisora.

—Recibido, Jefe Bravo —respondieron los otros pilotos.

Anakin ya podía verlos. Los puntos plateados adquirieron unos contornos reconocibles, transformándose en cazas estelares naboos desplegados sobre la negrura que se aproximaban rápidamente a la silueta, mucho más grande y voluminosa que ellos, del navío de combate de la Federación.

—Cazas enemigos delante de nosotros —les advirtió de pronto Ric Olié a través del comunicador.

Al mismo tiempo, R2 emitió un estridente pitido. El chico echó un vistazo a las lecturas y sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué quieres decir con eso de que el piloto automático está buscando a las otras naves? ¿Qué otras naves? —Anakin alzó la cabeza hacia los cazas naboos que los precedían—. ¿Quieres decir que no está buscando a esas naves de ahí delante?

R2 soltó un silbido de confirmación. Anakin se dejó caer en el asiento.

—¿El piloto automático nos está llevando allí arriba, con ellos? ¿Quiere que tomemos parte de la batalla? —preguntó, pensando a toda velocidad—. ¡Bueno, R2, pues entonces desconecta el piloto automático!

El androide astromecánico soltó unos cuantos pitidos y zumbidos más.

—¡No hay ningún sistema de anulación manual! —gritó Anakin, desesperado—. ¡O por lo menos yo no consigo encontrar ninguno! ¡Tendrás que alterar el cableado o algo por el estilo! ¡Deprisa, R2!

Impotente y atrapado, el chico contempló a través del cristal de la cabina cómo su caza seguía avanzando hacia el navío de combate de la Federación Comercial y se preguntó si habría algo que pudiera hacer para salvarse.

22

Qui-Gon Jinn era uno de los mejores espadachines de la orden Jedi. El Maestro Jedi que se había encargado de su adiestramiento lo consideraba uno de los mejores discípulos que había tenido durante sus más de cuatrocientos años en la orden. Qui-Gon se había pasado la vida luchando en distintos conflictos por toda la galaxia y se había enfrentado a situaciones desesperadas de las que muchos Jedi nunca habrían logrado salir. Había sobrevivido a batallas que pusieron a prueba de todas las maneras concebibles sus habilidades y su determinación.

Pero aquel día acababa de encontrarse con un rival digno de él. El Señor del Sith al que se estaba enfrentando junto con Obi-Wan sabía manejar las armas tan bien o incluso mejor que Qui-Gon, y además era más joven y fuerte que él. Qui-Gon pronto cumpliría sesenta años; su juventud ya había quedado muy atrás, y no era tan fuerte como antes. Su ventaja, en la medida en que tuviera una, sólo podía venir de su larga experiencia y su comprensión intuitiva de cómo un adversario podía emplear su espada de luz contra él.

Obi-Wan aportaba juventud y resistencia física al combate, pero sólo había peleado en unas cuantas competiciones y aún no había tenido ocasión de participar en una auténtica batalla.

Entre los dos podían mantener a raya al Señor del Sith, pero sus esfuerzos para atacarlo, para tomar la ofensiva conta aquel peligroso adversario, eran lamentablemente ineficaces.

Darth Maul se hallaba en su mejor momento como guerrero, y había alcanzado el apogeo de su poder. Además, el odio y el desdén que sentía hacia los Caballeros Jedi, enemigos de los Sith desde hacía milenios, lo hacían aún más temible. Darth Maul había dedicado toda su vida a trabajar y entrenarse para aquel momento, esperando una oportunidad de enfrentarse a los Caballeros Jedi en combate. Que pudiera luchar con dos a la vez era un premio extra. Seguro de su victoria, era incapaz de sentir miedo. Estaba concentrado de una forma que Qui-Gon reconoció de inmediato: Darth Maul, consciente del presente y absorto en lo que era necesario hacer en cada momento, había alcanzado el estado de concentración de los Jedi. Qui-Gon podía verlo claramente en sus ojos enloquecidos y en la mueca que tensaba sus facciones tatuadas de rojo y negro. El Señor del Sith era un ejemplo viviente de lo que el Maestro Jedi siempre le decía a Obi-Wan cuando trataba de enseñarle a escuchar la voluntad de la Fuerza.

Los tres combatientes recorrieron el hangar luchando entre un destellar de haces láser, recurriendo a todos los trucos y habilidades que habían aprendido a lo largo de los años. Los Caballeros Jedi intentaban tomar la ofensiva, y lo cierto era que el Señor del Sith se iba alejando de los naboos y los cazas estelares para retroceder hacia la pared del hangar. Pero Qui-Gon ya se había dado cuenta de que aunque pudiera parecer que los Jedi lo obligaban a ceder terreno, en realidad era el Señor del Sith quien controlaba el combate. Girando, saltando y haciendo piruetas con una asombrosa facilidad, su enemigo los arrastraba consigo, atrayéndolos hacia un lugar elegido por él. Su agilidad y destreza le

permitían mantener a raya a los Jedi, atacando constantemente al tiempo que contrarrestar todos sus contraataques sin dejar de buscar una abertura en su defensa.

Al principio Qui-Gon se lanzó a una implacable ofensiva, deseoso de poner fin al combate lo antes posible, pues percibía que aquel hombre era extraordinariamente peligroso. Atacó con ferocidad y determinación, y Obi-Wan se unió a él, siguiendo el ritmo que le marcaba. Maestro y discípulo ya habían luchado juntos anteriormente, y cada uno conocía la forma de moverse del otro. Qui-Gon había adiestrado a Obi-Wan, y aunque el joven Jedi aún no lo había igualado, Qui-Gon estaba convencido de que algún día llegaría incluso a superarlo.

Por eso los dos se lanzaron al ataque, y enseguida descubrieron que sus mejores esfuerzos no bastarían para obtener una rápida resolución del combate. Adoptaron un patrón de lucha que les permitía operar como un equipo contra su enemigo mientras esperaban que éste descuidara su guardia, pero el Señor del Sith era demasiado astuto para eso, y el combate se fue prolongando.

Salieron del hangar principal por una puerta que daba a una central de energía auxiliar. Una serie de pasarelas y accesos se entrecruzaban sobre el pozo de los generadores que suministraban energía al complejo de las naves estelares. El cavernoso recinto vibraba con el estruendo de la maquinaria pesada. La luz se filtraba a través de nubes de vapor y capas de sombras. Los Jedi y el Señor del Sith lucharon sobre una de las pasarelas suspendidas encima de los generadores, y la estructura metálica resonó con el ruido de sus botas y el entrechocar de sus espadas de luz.

Solos en la central de energía, ocultos al resto de Theed y sus ocupantes, los tres combatientes siguieron luchando encarnizadamente.

El Señor del Sith saltó del puente en que habían estado combatiendo al del nivel inferior. Los Jedi lo siguieron, uno saltando delante de él y el otro aterrizando a su espalda, para así atraparlo por los flancos. Los tres combatientes continuaron luchando a lo largo de la pasarela; las espadas de luz relucían entre chorros de chispas que brotaban de la barandilla metálica cada vez que las hojas de energía chocaban entre ellas.

Darth Maul advirtió que Obi-Wan había perdido el equilibrio por un instante y arrojó al Jedi al vacío de una potente patada. Aprovechando su ataque contra su discípulo, Qui-Gon obligó a Darth Maul a seguir a éste por encima de la barandilla. El Señor del Sith cayó sobre una pasarela situada varios niveles por debajo de Obi-Wan. El impacto de la caída, o tal vez el que no se la esperara, lo dejó visiblemente aturdido. Qui-Gon saltó tras él, pues vio la ocasión de poner fin al combate; pero el Señor del Sith se levantó rápidamente y echó a correr, dando un nuevo curso a la batalla.

Cuando Obi-Wan se hubo recuperado, Qui-Gon ya perseguía a Darth Maul, siguiéndolo por la pasarela hacia una pequeña puerta al otro extremo de la central de energía. El Maestro Jedi corrió tras él entre los destellos de su espada de luz. Qui-Gon estaba al borde del agotamiento, pero el Señor del Sith por fin había tenido que ponerse a la defensiva, y Qui-Gon no quería darle ocasión de que volviera a tomar la iniciativa.

—¡Qui-Gon! —gritó Obi-Wan intentando darle alcance, pero el Maestro Jedi no aflojó el paso.

Uno tras otro, los tres antagonistas pasaron por la pequeña puerta para entrar en el pasillo que había al otro lado. Los tres se movían rápidamente en su frenética persecución, y entraron en el pasillo sin darse cuenta de lo que era en realidad.

Los haces láser rebotaban en los remaches y viguetas, entrecruzándose para segmentar el pasillo en cinco puntos. Los haces láser habían entrado en acción un instante después de que el Señor del Sith y los Caballeros Jedi cruzaran corriendo la entrada. Darth Maul, que iba delante, fue el que llegó más lejos por el pasillo antes de encontrarse atrapado entre la cuarta y la quinta pared. Qui-Gon, que iba detrás de él, quedó atrapado en una pared de distancia. Obi-Wan, que ocupaba el último lugar, ni siquiera logró rebasar la primera pared.

Paralizados por los zumbidos y destellos de los haces láser, los antagonistas permanecieron inmóviles allí donde habían quedado atrapados y miraron alrededor, buscando alguna escapatoria sin encontrarla. Qui-Gon evaluó rápidamente su situación. Estaban en el pasillo de servicio del pozo de fundición, la unidad que servía para eliminar los residuos de la central de energía. El pasillo de servicio disponía de cañones láser para protegerlo de cualquier intruso. En cada extremo del pasillo habría un interruptor de desconexión que desactivaría el sistema defensivo, pero ahora ya era demasiado tarde para buscarlo.

Los Caballeros Jedi contemplaron al Señor del Sith a través del pasillo repleto de haces láser, y Darth Maul les dirigió una sonrisa malévola. No temas, pudieron leer en su tenebroso rostro, que no haré esperar demasiado.

Qui-Gon y Obi-Wan se miraron significativamente, y después el Maestro Jedi se puso en cuclillas para meditar y esperar.

Padmé Naberrie, reina de los naboos, junto con sus doncellas y el capitán Panaka y sus soldados, avanzó por los corredores que salían del hangar principal, atravesaban la ciudad y terminaban en el palacio. A cada paso debían luchar contra los miembros de la guarnición de androides de combate que habían permanecido en Theed. Iban tropezando con ellos de uno en uno o en pelotones, y a cada encuentro tenían que abrirse camino luchando y procurando no detenerse por mucho tiempo.

Como consecuencia, evitaron una ruta directa a favor de otra donde había menos probabilidades de que se viesen obligados a establecer contacto con los androides. Al principio no tuvieron más elección que correr hacia el palacio, huyendo de la batalla en el hangar principal con la esperanza de que la velocidad y la sorpresa les permitieran alcanzar su objetivo. Cuando ese método no dio resultado, Panaka comenzó a ser más cauteloso. Usaron túneles subterráneos, pasajes ocultos y pasarelas de conexión que les permitían evitar a las patrullas que recorrían las calles y las plazas. Cuando eran descubiertos, se abrían paso lo más deprisa posible luchando desesperadamente y volvían a las rutas más escondidas sin detenerse en ningún momento.

Al final, llegaron al palacio mucho antes de lo que Padmé se había atrevido a esperar, y entraron en él por una pasarela que terminaba en una atalaya para atravesar a la carrera las estancias palaciegas hacia la sala del trono.

Ya estaban cerca cuando toda una patrulla de androides de combate dobló una esquina del pasillo por delante de ellos y abrió fuego. Padmé y sus seguidores buscaron refugio en las alcobas y puertas de la sala, disparando sus armas en respuesta al ataque mientras buscaban una salida. Más androides de combate llegaban por momentos, y las alarmas resonaban por todo el palacio.

—¡Capitán! —gritó Padmé por encima del estruendo de los disparos—. ¡No tenemos tiempo para eso!

Volviendo su desintegrador hacia un ventanal, Panaka hizo pedazos el marco y la lámina de transpariacero. Mientras sus doncellas y el grueso de los soldados naboos les proporcionaban fuego de cobertura, la reina, Panaka y media docena de guardias abandonaron sus refugios y salieron rápidamente por el ventanal.

Sin embargo, Padmé y sus defensores se encontraban de pronto atrapados en una gran cornisa a seis pisos por encima de una atronadora cascada que alimentaba una serie de estanques interconectados esparcidos por el recinto del palacio. Pegando la espalda al muro de piedra, la reina miró alrededor en busca de una ruta de huida. Panaka gritó a sus hombres que usaran sus pistolas de ascensión y les señaló una cornisa situada cuatro pisos más arriba. Los naboos cogieron las unidades de garfio con cable que colgaban de sus cinturones, las encajaron en los cañones de sus desintegradores y pulsaron el gatillo después de haberlas dirigido hacia el cielo. Delgados cables se desenrollaron como serpientes lanzadas al ataque, y sus extremos rematados por garras de acero se incrustaron en la piedra.

Padmé y los otros naboos activaron los mecanismos de ascensión sin perder un instante y fueron remolcados pared arriba.

Detrás de ellos, en la sala donde sus doncellas y el resto de los soldados naboos seguían conteniendo a los androides de combate, el tiroteo se intesificó. Padmé hizo caso omiso del estruendo y se obligó a seguir adelante.

Cuando estuvieron en la cornisa superior, desprendieron los cables y Panaka hizo estallar una ventana con su desintegrador. Trozos de transpariacero y permacreto salieron despedidos en todas direcciones mientras Padmé y sus defensores volvían a entrar en el edificio para encontrarse en otro pasillo. Ya estaban muy cerca de la sala del trono, que se encontraba a unos cuantos pasillos de distancia, en el piso de arriba. Padmé sintió un júbilo feroz. ¡Todavía conseguiría hacer prisionero al virrey neimoidiano!

Apenas había acabado de completar el pensamiento cuando una pareja de androides destructores se deslizó hacia ellos por el pasillo, transformándose rápidamente a la modalidad de combate. Unos segundos después otra pareja apareció en el extremo opuesto del pasillo, con los desintegradores preparados para abrir fuego.

Con una voz hueca y metálica, el primer androide les ordenó que arrojaran las armas.

Padmé vaciló. Su única posibilidad de escapar era volver a salir por la ventana, y hacerlo significaría quedar atrapados en la cornisa, donde estarían indefensos. Podían tratar de abrirse paso luchando, pero aunque tenían bastantes probabilidades de acabar con los androides de combate en un enfrentamiento, nunca conseguirían vencer a sus más poderosos primos.

Y un instante después de haber llegado a aquella desalentadora conclusión, Padmé tuvo una idea y creyó haber encontrado la solución que, a pesar de su situación, podía darles la victoria que buscaban. La reina se irguió, extendió los brazos en un gesto de rendición y arrojó a un lado su desintegrador.

—Tiren las armas —les ordenó al capitán Panaka y sus soldados—. Este asalto lo han ganado ellos.

Panaka palideció.

—Pero majestad, no podemos...

—He dicho que tiren las armas, capitán —le interrumpió Padmé, mirándolo fijamente a los ojos.

El capitán no hizo nada por disimular que pensaba que se había vuelto loca, pero tiró su desintegrador al suelo e indicó a sus hombres que lo imitaran.

Los androides destructores avanzaron para hacerlos prisioneros, pero antes de que hubieran llegado hasta los naboos, Padmé pudo completar una rápida transmisión a través de su comunicador.

—Confíe en mí, capitán —le pidió a un perplejo Panaka con voz firme y tranquila mientras se guardaba el comunicador.

Las cosas no iban bien para el ejército gungano. Al igual que los naboos, los gunganos no eran rival para los androides destructores. Lenta pero inexorablemente, estaban siendo obligados a retroceder, incapaces de resistir el implacable ataque de la Federación Comercial. Grietas que amenazaban con convertirse en grandes brechas comenzaban a aparecer aquí y allá en las acosadas líneas defensivas.

Jar Jar Binks se encontraba en uno de aquellos puntos.

Durante un rato su posición había sido una de las más sólidas después de que sus soldados, enardecidos por lo que creían equivocadamente era la bravura sin igual de su comandante, hubieran convertido una desbandada en un contraataque. Pero éste fue perdiendo ímpetu poco a poco y, con la aparición de los androides destructores, acabó por demoronarse. Jar Jar y sus camaradas comenzaron a retroceder hacia el lugar en que el resto del ejército se agazapaba bajo la sombra de los cada vez más sobrecargados generadores de campo, en un desesperado intento de encontrar una manera de reagruparse.

Jar Jar, que había perdido a su kaadu hacía rato, corría para salvar la vida. Mientras trataba de poner cada vez más distancia entre él y los androides destructores que lo perseguían, alcanzó a un carro cargado con las bolas de energía que usaban las catapultas gunganas, que huía por delante de él. Agarrándose a la portilla del carro, Jar Jar intentó izarse a la plataforma mientras el vehículo crujía y se bamboleaba sobre el accidentado

terreno. Sin embargo, en un esfuerzo por salvarse desbloqueó involuntariamente el cierre de la portilla e hizo que ésta se abriera de golpe.

Las bolas de energía cayeron de la plataforma, rebotaron en el suelo y rodando hacia atrás. Jar Jar logró apartarse de su trayectoria saltando de un lado a otro para evitar ser arrollado. Lo consiguió, pero los menos ágiles androides destructores que le pisaban los talones no tuvieron tanto éxito. Las bolas de energía se estrellaron contra ellos y estallaron, y un androide tras otro desapareció en medio de una lluvia de fuego y fragmentos metálicos.

—¡Esto ser bueno! —aulló alegremente Jar Jar al ver que los androides de la Federación echaban a correr tratando de escapar de las bolas de energía que rodaban hacia ellos.

Pero en otro lugar, la batalla no iba tan bien. Los androides destructores habían logrado abrirse paso a través de las líneas gunganas delante de los generadores de escudo, y disparaban una y otra vez sus armas. Los fambaas se estremecían e hincaban las rodillas en el suelo mientras los generadores instalados sobre sus espaldas humeaban y echaban chispas. El campo de fuerza comenzó a temblar, amenazando con disiparse, y OOM-9, que observaba el ataque a través de sus electrobinoculares, se apresuró a informar de ello al alto mando neimoidiano. Los tanques de la Federación recibieron la orden de avanzar de inmediato, y sus cañones volvieron a abrir fuego.

Cuando el general Ceel observó que los generadores de escudo perdían potencia, comprendió que la batalla estaba perdida. Los gunganos habían hecho cuanto estaba en su mano por la reina de los naboos. Volviéndose hacia sus comandantes, Ceel dio la orden de retirada. Las trompas de guerra resonaron y el ejército gungano empezó a retroceder.

Jar Jar había logrado hacerse con una nueva montura y galopaba hacia la seguridad del campamento. Estaba huyendo por entre los contingentes de tanques y androides que perseguían a los gunganos cuando de repente una explosión lo arrojó de su montura contra la torreta de un tanque cercano. Aferrándose desesperadamente a ella, Jar Jar subió al vehículo enemigo que avanzaba por la llanura mientras la batalla rugía alrededor. Los androides que tripulaban el tanque no tardaron en percatarse de su presencia, y el conductor intentó arrojarlo al suelo volviendo la tortea de un lado a otro. Pero Jar Jar se había agarrado con fuerza al cañón y se negaba a ser desalojado.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme! —gritaba.

El capitán Tarpals logró alcanzar al tanque a lomos de su kaadu y le gritó a Jar Jar que saltara. Un haz láser rebotó en el vehículo blindado y a punto estuvo de rozar a Jar Jar mientras éste intentaba vencer su miedo y saltar del tanque en marcha. Las escotillas comenzaban a abrirse y varias cabezas de androides asomaban por ellas. Jar Jar, horrorizado, vio que unas manos metálicas alzaban sus armas para apuntarle con ellas.

Y entonces se arrojó desde el tanque para aterrizar torpemente detrás del gungano que había seguido junto a él para salvarle. El kaadu se tambaleó bajo el peso de los dos jinetes y después recuperó el equilibrio y se apresuró a huir.

Una cortina de explosiones surgió de la nada proyectando surtidores de tierra en torno a ellos, y Jar Jar Binks, con los brazos alrededor de otro jinete y los ojos bien cerrados a causa del pánico que sentía, estuvo seguro de que aquello era el fin.

Anakin Skywalker, mientras tanto, se había visto metido en una feroz batalla entre los cazas estelares naboos y las naves de la Federación. El chico, que seguía tratando de desconectar el piloto automático, había evitado el enfrentamiento directo con el enemigo gracias a que su nave estaba siguiendo una errática trayectoria evasiva que la sacaba del área de combate cada vez que ésta se aproximaba demasiado. Los cazas estallaban aquí y allá, algunos tan cerca que Anakin podía ver los restos metálicos cuando éstos pasaban volando junto a su cabina.

—¡Vaya, de buena me he librado! —exclamó para sí mientras probaba un interruptor tras otro y el caza respondía con una serie de virajes y cabeceos.

Pero Anakin iba aprendidendo a manejar el panel de control a medida que su exploración, a base de tanteos y errores, iba informándole de las distintas funciones de cada palanca, interruptor y botón. La mala noticia era que los botones de disparo de los cañones láser habían quedado bloqueados, y pese a todos sus esfuerzos Anakin no conseguía encontrar la manera de desbloquearlos.

Un estridente pitido de R2 lo obligó a levantar la mirada del panel para ver a un par de cazas de la Federación que venían directamente hacia él.

—¡R2, R2, sácanos de aquí antes de que...!

El androide astromecánico le impidió seguir hablando con una serie de frenéticos silbidos.

—¿Tengo el control? —exclamó Anakin, muy sorprendido.

Empuñó la palanca de control, conectó los alimentadores de combustible y desplazó las barras impulsoras hacia la izquierda. Para su sorpresa y etena gratitud, el caza giró bruscamente en respuesta a la orden y pasó como una exhalación junto a los cazas en dirección a un nuevo grupo de combatientes.

—¡Sí! ¡Tengo el control! —Anakin estaba extasiado—. ¡Lo has conseguido, R2!

El androide astromecánico respondió con un seco pitido a través del intercomunicador.

Anakin leyó la pantalla y enarcó las cejas.

—¿Volver a Naboo? ¡Olvídalo! ¡Qui-Gon me ordenó que me quedara en esta cabina, y eso es lo que voy a hacer! ¡Y ahora, agárrate bien!

El entusiasmo se impuso al sentido común, y Anakin dirigió el caza hacia el centro de la batalla. Todos sus instintos de piloto entraron en acción, y el chico volvió a estar en las carreras de módulos de Tatooine, con toda su atención concentrada en el embriagador desafío de vencer.

Se olvidó de su promesa de cuidar a Qui-Gon y Padmé; ambos se encontraban demasiado lejos para que pudiera pensar en ellos en ese momento. Lo único que importaba era que había logrado llegar al espacio, que pilotaba un caza estelar y se le había concedido la oportunidad de vivir su sueño.

Un caza enemigo entró en sus miras, delante de él.

—Sujétate, R2 —avisó Anakin—. Voy a hacer pedazos a ese tipo.

Colocó su nave en posición de disparo detrás del caza de la Federación Comercial y entonces, acordándose de que los gatillos de sus cañones láser estaban bloqueados, comenzó a buscar frenéticamente el control de liberación.

—¿Cuál es, R2? —gritó—. ¿Cómo se dispara esta cosa?

R2 respondió con una frenética serie de pitidos.

—¿Cuál? ¿Éste?

Pulsó el botón indicado por el androide astromecánico, pero en vez de desbloquear el mecanismo de disparo, el botón aceleró el caza haciendo que dejara atrás a la nave enemiga.

—¡Uf! —jadeó Anakin.

El caza de la Federación Comercial estaba justo detrás de su cola, maniobrando para colocarse en posición de disparo y abrir fuego sobre él. Anakin tiró de la palanca de control, pasó junto al gigantesco navío de combate de la federación se alejó por el vacío en una vertiginosa serie de acciones evasivas.

—¡Eso no era el control de liberación! —gritó por el intercomunicador—. ¡Era el hiperimpulsor!

R2 respondió con un tembloroso zumbido. El caza enemigo volvía a estar detrás de ellos y se aproximaba rápidamente. Anakin viró hacia la derecha, lo que lo llevaría de vuelta al grupo de cazas. Ajustando los estabilizadores para que actuaran siguiendo vectores opuestos, hizo que su caza girase como una peonza. R2 soltó un chillido de desesperación.

—¡Ya sé que tenemos problemas! —dijo Anakin—. ¡Tú sujétate bien! ¡Sólo hay una manera de salir de este lío, y es volver por donde vinimos!

Fue hacia la estación de control con el caza enemigo detrás de él. Una ráfaga de haces láser pasó por su lado, fallando el blanco por muy poco. Anakin dejó transcurrir un segundo más, esperando hasta que estuvo tan cerca del navío de combate que el emblema de la Federación Comercial sobre la estructura del puente se elevó ante él como una pared, y después conectó las toberas de inversión y volvió a virar hacia la derecha.

Los motores amenazaron con calarse, y por un instante aterrador el caza cayó como una piedra antes de estabilizarse. El caza enemigo, por su parte, no tuvo tiempo de reaccionar a la maniobra y pasó como un rayo junto a Anakin para estrellarse, en medio de una lluvia de fuego y esquirlas, contra el flanco del navío de combate.

Anakin volvió a conectar las toberas impulsoras, viró y comenzó a buscar nuevos enemigos.

Delante de él, un puñado de cazas estelares naboos estaban atacando el navío insignia de la Federación Comercial.

La voz de Ric Olié surgió del intercomunicador.

—¡Ocúpate del puente, Bravo Tres!

—Recibido, Jefe Bravo —respondió el piloto.

Cuatro cazas se lanzaron sobre el navío de combate disparando ráfaga tras ráfaga con sus cañones láser, pero los escudos deflectores de la enorme nave desviaron el ataque sin ninguna dificultad. Dos de los cazas fueron alzandos por sus cañones y estallaron. Los otros dos se dieron a la fuga.

—¡Sus escudos son demasiado potentes! —gritó furiosamente uno de los pilotos supervivientes—. ¡Nunca conseguiremos atravesarlos!

Anakin, mientras tanto, volvía a ser atacado. Otro caza de la Federación lo había visto y estaba persiguiéndolo. El chico empujó las palancas impulsoras y se deslizó por el casco del navío insignia, serpenteando a través de sus canales y en torno a sus protuberancias mientras los haces láser rebotaban junto a él.

—¡Ya sé que esto no es una carrera de módulos! —le dijo ásperamente Anakin a R2 después de que el androide astromecánico emitiera un pitido de reprobación.

El chico, sin embargo, no podía evitar sentirse como si estuviera tomando parte de una carrera. Experimentó una intensa alegría mientras pilotaba el caza naboo a lo largo del navío de combate. La vertiginosa rapidez de la batalla era como una inyección de adrenalina. ¡Anakin no hubiese querido estar en otro lugar por nada del mundo!

Pero esta vez se le acabó la suerte. Cuando se aproximaba a la cola del navío, un haz láser le dio de lleno y el caza comenzó a girar sobre su eje. R2 volvió a chillar, y Anakin luchó desesperadamente para recuperar el control.

—¡Por todos los cuernos de bantha! —siseó, tratando de estabilizar su nave herida.

Iba directamente hacia el casco, y tiró de las palancas impulsoras, reduciendo la entrada de energía para convertir su caída en un lento deslizarse por el espacio. Recuperó el control demasiado tarde para virar, y dirigió el caza hacia una gigantesca abertura en el centro del navío de combate. Los haces láser surcaban el vacío alrededor de él mientras los androides que controlaban los cañones enemigos intentaban derribarlo, pero Anakin los dejó atrás en un microsegundo para entrar en el cavernoso hangar principal. Con las toberas de inversión a máxima potencia, esquivó transportes, cazas, tanques y pilas de suministros, tratando de mantener su nave en el aire mientras buscaba un sitio donde aterrizar.

R2 soltaba un pitido tras otro.

—¡Estoy intentando parar! —gritó Anakin—. ¡Lo estoy intentando!

El caza naboo chocó con la cubierta y rebotó; las toberas de inversión incrementaban sus descargas en un esfuerzo por frenarlo. Un mamparo se elevó ante ellos, obstruyéndoles el paso.

Anakin posó el caza sobre la cubierta con un violento impacto y lo mantuvo allí, patinando a lo largo de la rampa entre un chirrido de metal. El caza fue reduciendo la velocidad, dio media vuelta y finalmente se detuvo. El sistema impulsor se caló y dejó de funcionar.

R2 soltó un silbido de alivio.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —resolló Anakin, asintiendo para sus adentros—. Hemos bajado. ¡Ahora volvamos a encender los motores y salgamos de aquí!

Se agachó para ajustar los alimentadores a los conductos de combustible, comprobó los indicadores del panel de control y frunció el entrecejo.

—Todas las luces se han puesto rojas, R2. Todo está recalentado.

Anakin estaba examinando los refrigerantes cuando R2 soltó un pitido de advertencia. El chico asomó la cabeza por encima del borde de la cabina y lanzó una rápida mirada al hangar.

—Oh, oh —murmuró.

Docenas de androides de combate se aproximaban, blandiendo peligrosamente sus armas.

Su única ruta de huida estaba bloqueada.

23

Obi-Wan iba y venía por la entrada del corredor de servicio del pozo de fundición como un animal enjaulado. Estaba furioso consigo mismo por haberse dejato atrapar tan lejos de Qui-Gon, y estaba furioso con Qui-Gon por haber permitido que ocurriera aquello echando a correr delante de él en vez de esperarlo. Pero también estaba preocupado. Aunque le costara, Obi-Wan no podía por menos que admitir que deberían haber ganado aquella batalla hacía mucho rato. Contra cualquier otro oponente, lo habrían conseguido; pero nunca se habían enfrentado a un enemigo dotado de la veteranía y el adiestramiento del Señor del Sith. Luchaba tan bien como ellos, y los Jedi no se encontraban más cerca de la victoria de lo que habían estado al inicio del combate.

Obi-Wan miró por el pasillo, midiendo la distancia que debería recorrer para llegar hasta Qui-Gon y su antagonista cuando los haces láser dejaran de funcionar. Estaba intentando alcanzar a Qui-Gon cuando vio que se desactivaban para volver a reactivarse en cuestión de segundos.

Tendría que ser muy, muy rápido. No quería que su maestro se enfrentara solo a aquel loco tatuado.

Delante de él, Qui-Gon Jinn meditaba arrodillado en el suelo, atrapado entre dos paredes de haces láser, con la cabeza inclinada sobre su espada de luz y el cuerpo vuelto hacia el Señor del Sith y el pozo de fundición. Se estaba preparando para una última ofensiva, armonizando todo su ser con la Fuerza. A Obi-Wan no le gustó nada el cansancio que percibió en sus hombros hundidos y en la curva de su espalda. Nunca había visto a nadie mejor que Qui-Gon en el manejo de la espada de luz, pero se estaba haciendo viejo.

Más allá de la última pared láser, el Señor del Sith vendaba sus heridas, una serie de quemaduras y cortes indicadas por desgarrones chamuscados en sus negras vestiduras. Había retrocedido hasta el acceso de la cámara contigua y no perdía de vista a Qui-Gon; tenía el rostro negro y rojo contraído en una mueca de concentración y sus ojos amarillos relucían en la penumbra. El Señor del Sith vio que Obi-Wan le miraba y esbozó una sonrisa burlona.

Los haces láser que defendían al corredor de servicio se desactivaron.

Obi-Wan echó a correr por el estrecho pasillo con la espada de luz alzada ante él. Qui-Gon también se había incorporado, y su arma destellaba. El Maestro Jedi se catapultó a través de la abertura que llevaba al pozo de fundición y atacó al Señor del Sith, empujándolo hasta obligarlo a salir del pasillo. Obi-Wan corrió todavía más deprisa, lanzando alaridos a los antagonistas que luchaban, como si el sonido de su voz pudiera hacerlos volver.

Y un instante después oyó el zumbido de los capacitadores al iniciar el ciclo que reactivaría los haces láser. Obi-Wan siguió corriendo, todavía demasiado lejos del final del pasillo. Dejó atrás todas las puertas salvo la última, y entonces los láser se

entrecruzaron ante él formando una muralla mortífera que lo obligó a detenerse a unos pocos metros de donde necesitaba estar.

Empuñando la espada de luz con ambas manos, contempló impotente cómo Qui-Gon Jinn y Darth Maul luchaban sobre la estrecha cornisa que rodeaba el pozo de fundición. Lo único que lo separaba de los combatientes era un chorro de electrones, pero creaba una barrera tan impenetrable como si hubiera sido un muro de permacreto de tres metros de grosor. Obi-Wan miró desesperadamente alrededor en busca de algún interruptor que le permitiera desconectar el sistema, pero no tuvo más suerte de la que había tenido al otro extremo del pasillo. Sólo podía observar, esperar y rezar para que Qui-Gon pudiera resistir el esfuerzo.

Y al parecer el Maestro Jedi podría resistirlo. Qui-Gon había encontrado una nueva reserva de fortaleza durante su meditación, y ahora estaba atacando con una ferocidad que el Señor del Sith parecía incapaz de frenar. Con rápidos y potentes mandobles de su espada de luz, Qui-Gon acosaba a su adversario en un incesante combate cuerpo a cuerpo que no le daba a Darth Maul ocasión de emplear su arma de doble hoja, obligándolo a retroceder a lo largo de la cornisa y manteniéndolo constantemente a la defensiva sin dejar de atacar en ningún momento. Qui-Gon Jinn quizá ya no fuera joven, pero seguía siendo muy poderoso. La rabia ensombreció el rostro tatuado de Darth Maul, y un destello de incertidumbre se añadió al brilo de sus extraños ojos.

Bravo, maestro, pensó Obi-Wan, animando a Qui-Gon en silencio y anticipando cada movimiento de su espada como si fuera él quien la estuviera empuñando.

Entonces Darth Maul atravesó el pozo de fundición con un rápido salto mortal, proporcionándose un poco de espacio para recuperarse y ganando el tiempo necesario para adoptar una nueva postura de combate. Qui-Gon enseguida se lanzó sobre él, cubriendo en una fracción de segundo la distancia que los separaba para continuar atacando al Señor del Sith.

Pero tener que librar la batalla en solitario comenzaba a agotarlo. Sus golpes ya no eran tan vigorosos como antes, y su rostro estaba bañado en sudor y tenso por la fatiga.

Poco a poco, Darth Maul comenzó a tomar la iniciativa del combate.

¡Vamos, vamos!, pensó Obi-Wan mientras esperaba que los haces láser se desactivaran y las puertas cayeran ante él.

Qui-Gon y Darth Maul siguieron intercambiando golpes alrededor del pozo de fundición, enzarzados en una interminable batalla que ninguno de los dos parecía capaz de ganar.

Y entonces el Señor del Sith detuvo el mandoble que Qui-Gon acababa de descargar sobre él, giró velozmente hacia la derecha y, dando la espalda al Maestro Jedi, lanzó su arma hacia atrás en un vertiginoso ataque a ciegas. Qui-Gon se percató del peligro, pero ya era demasiado tarde.

La espada de luz del Señor del Sith se hundió en su estómago, atravesando la tela, la carne y el hueso con la columna de energía abrasadora de su hoja.

Obi-Wan creyó oír gritar al Maestro Jedi, y un instante después comprendió que estaba oyendo su propia voz mientras gritaba desesperadamente el nombre de su amigo. Qui-Gon guardó silencio cuando la hoja entró en su cuerpo: el Maestro Jedi se envaró bajo el impacto, y después dio un paso atrás cuando la hoja fue extraída. Permaneció inmóvil por unos instantes, luchando con la conmoción de la estocada asesina. Después se le nublaron los ojos, bajó los brazos y un inmenso cansancio se extendió por sus orgullosos rasgos. Qui-Gon cayó de rodillas, y su espada de luz chocó contra el suelo de piedra.

Seguía inmóvil, inclinado hacia delante cuando los haces láser volvieron a desactivarse y Obi-Wan Kenobi, hirviendo de rabia, acudió en su ayuda.

Nute Gunray, Rune Haako y cuatro miembros del Consejo de Ocupación de la Federación Comercial contemplaron cómo el capitán Panaka, una de las doncellas de la reina y los seis soldados naboos que habían tratado de protegerlos entraban en la sala del trono del palacio de Theed custodiados por diez androides de combate. El virrey reconoció de inmediato a Panaka, pero no logró determinar la identidad de la doncella que lo acompañaba. Gunray esperaba ver a la reina, y aunque aquella doncella se le parecía un poco...

Dio un respingo de sorpresa. Era la reina, sin su maquillaje y su complicado atuendo, despojada de los símbolos del cargo. Se la veía aún más joven que cuando llevaba los ropajes ceremoniales, pero sus ojos y aquella mirada serena eran inconfundibles.

El virrey miró a su lugarteniente, Rune Haako, y vio la misma confusión reflejada en su rostro.

—Alteza... —la saludó mientras era conducida ante él.

—Virrey —repuso ella, confirmando las conclusiones de Gunray en cuanto a su identidad.

Una vez aclarado aquello, Gunray adoptó la postura de un captor que se enfrenta a su cautiva.

—Vuestra pequeña insurrección ha llegado a su fin, alteza. El ejército de primitivos que enviasteis contra nosotros al sur de la ciudad ha sido aplastado. En cuanto a los Jedi, ahora se están ocupando de ellos en otro lugar. Y vos sois mi cautiva.

—¿Lo soy? —preguntó ella suavemente.

La forma en que pronunció las palabras resultaba un poco inquietante. Había un cierto desafío en su voz, como si estuviera retándole a mostrarse en desacuerdo con ella. Incluso Panaka se volvió hacia ella.

—Sí, lo sois —insistió el virrey, preguntándose si no habría pasado por alto alguna cosa. Alzó la mirada—. Ya es hora de que pongáis fin al debate sin sentido que habéis provocado en el Senado de la República. Firmad el tratado.

De pronto hubo una súbita agitación ante la puerta de la sala del trono. Se oyeron disparos de desintegradores entre un estrépito repentino de metal destrozado y al cabo de un instante la reina Amidala estaba de pie en la antesala, con unos cuantos androides de

combate caídos en el suelo y un puñado de soldados naboos protegiendo a su reina de la aparición de más enemigos.

—¡No firmaré ningún tratado, virrey! —gritó la reina al tiempo que se apartaba de él—. ¡Habéis perdido!

Nute Gunray quedó paralizado por el estupor. ¿Una segunda reina? Pero aquélla era la auténtica reina, el rostro pintado de blanco y ataviada con sus ropajes ceremoniales, hablándole con la voz imperiosa que tan bien había llegado a conocer.

Se volvió hacia los androides de combate que custodiaban a Panaka y la falsa reina.

—¡Vosotros seis, id tras ella! —Señaló la dirección por que había desaparecido Amidala—. ¡Traédmela! ¡Y esta vez traedme a la verdadera, no a un señuelo!

Los seis androides salieron corriendo de la sala en persecución de la reina y sus guardias, dejando a los neimoidianos y los cuatro androides restantes con sus cautivos naboos.

Gunray se volvió hacia la doncella.

—¡Vuestra reina no se saldrá con la suya! —rugió, furioso por haber sido engañado.

La doncella, repentinamente acobardada, inclinó la cabeza en un gesto de derrota, fue lentamente hacia el trono de la reina y se sentó en él como si no supiera qué hacer. Nute Gunray se olvidó de ella al instante y, volviendo su atención hacia los otros naboos, se dispuso a ordenar que los llevaran a los campos.

Pero un segundo después la doncella volvía a estar de pie, sin dar ninguna señal de abatimiento o cansancio, empuñando dos desintegradores que había sacado de un compartimiento disimulado en el brazo del trono. Tras arrojar uno al capitán Panaka, abrió fuego con el segundo sobre el pelotón de androides de combate. Éstos, cuya atención estaba concentrada en los guardias naboos, fueron pillados totalmente por sorpresa y la sala del trono vibró con los ecos de los disparos mientras la doncella y Panaka los abatían en cuestión de segundos.

Gritando instrucciones a los naboos, la doncella —suponiendo que realmente fuese una doncella, porque a esas alturas Nute Gunray ya empezaba a sospechar que no era lo que aparentaba— se encaminó hacia las puertas de la sala del trono y activó los cerrojos. Las puertas giraron sobre sus goznes, los pestillos entraron en sus orificios y la joven destrozó el mecanismo de cierre con la culata de su arma.

Después se volvió hacia los neimoidianos que, paralizados por la confusión, en el centro de la sala, volvían desesperadamente la cabeza de un lado a otro en una inútil búsqueda de ayuda.

Todos los androides de combate yacían hechos pedazos en el suelo, y los naboos se habían apoderado de sus desintegradores.

La doncella se acercó a Gunray.

—Volvamos a empezar, virrey —dijo con voz gélida.

—Alteza... —repuso él, apretando los labios y comprendió la verdad demasiado tarde.

La reina asintió.

—Éste es el fin de vuestra ocupación.

Nute Gunray no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente.

—No seáis absurda. Sois demasiado pocos. Dentro de poco, centenares de androides destructores derribarán esas puertas para salvarnos.

Apenas acababa de hablar cuando en la antesala se oyó un ruido de ruedas al que siguió el sonido de los cuerpos metálicos al desplegarse. El virrey esbozó una sonrisa de satisfacción.

—¿Lo veis, alteza? El rescate se aproxima.

La reina lo miró sin inmutarse.

—Antes de que entren por esa puerta habremos negociado un nuevo tratado, virrey. Y vos lo habréis firmado.

Al fin libre de la pared láser, Obi-Wan Kenobi salió del túnel de servicio y entró en el recinto que albergaba el pozo de fundición. Abandonando cualquier pretensión de observar aunque sólo fuese la menor cautela, se lanzó sobre Darth Maul en una acometida tan salvaje que faltó poco para que los dos cayeran de la cornisa y se precipitaran al abismo. Obi-Wan descargó su espada de luz sobre el Señor del Sith como si su seguridad ya no significara nada para él, perdido en una neblina rojiza de rabia y frustración, consumido por el dolor de haber perdido a Qui-Gon sin haber podido evitar que su amigo cayera ante él.

Sorprendido por la furiosa acometida de su adversario, el Señor del Sith retrocedió lentamente hasta que llegó a la pared del pozo de fundición. Una vez allí, intentó contener el ataque del joven Jedi y al mismo tiempo separarse lo bastante de él para defenderse. Las espadas de luz chirriaban al entrar en contacto, y la cámara resonó con los ecos del estruendo que producían.

Esquivando los golpes ágilmente, Darth Maul recuperó la ofensiva y contraatacó, usando ambos extremos de su espada de luz en un intento de segar las piernas de Obi-Wan con ellos. Pero aunque no poseía la experiencia de Qui-Gon, Obi-Wan era más rápido que su maestro.

Anticipándose a cada golpe, el joven Jedi logró eludir los esfuerzos de su adversario.

Luchando sin parar, rodearon el pozo de fundición en dirección a los recovecos y alcobas que había más allá de él, a espacios llenos de sombras y alrededor de columnas envueltas en vapores y haces de tuberías. Dos veces cayó Obi-Wan ante su adversario, perdiendo el equilibrio al resbalar sobre el liso suelo del borde del pozo de fundición. En un momento dado Darth Maul atacó con tal determinación que su arma desgarró la túnica del joven Jedi desde el hombro hasta la cintura, y sólo la rapidez con que Obi-Wan detuvo el mandoble alzando su espada de luz hacia el estómago de su adversario mientras rodaba por el suelo y volvía a incorporarse le permitió sobrevivir a aquella terrible acometida.

Volvieron al pasillo surcado por los haces láser y, sin dejar de luchar, pasaron junto al cuerpo inmóvil de Qui-Gon y entraron en un laberinto de conductores de ventilación y cajas de circuitos.

El vapor brotó de los conductos perforados, y el acre olor del aislante quemado impregnó el aire.

Darth Maul comenzó a valerse de su dominio de la Fuerza para lanzar objetos pesados contra Obi-Wan, en un intento de desequilibrar al joven Jedi y debilitar el ímpetu de su ataque. Obi-Wan respondió empleando el mismo método, y el aire se llenó de proyectiles letales. Las espadas de luz giraban de un lado a otro para detener los objetos, y el estrépito del metal al rebotar en las paredes de piedra arrancó de éstas un coro de gritos ultraterrenos.

La batalla prosiguió, y durante un rato ambos combatientes estuvieron igualados. Pero Darth Maul era el más fuerte de los dos y estaba impulsado por un frenesí todavía más intenso que la desesperada determinación que acababa de dar nuevas energías a Obi-Wan, por lo que se imponía posar en un intento de sorprenderlo con la guardia baja. Obi-Wan notó que su cuerpo comenzaba a debilitarse, y el temor a lo que significaría que él también cayera ante Darth Maul fue creciendo dentro de él.

¡Nunca!, se juró furiosamente.

Las palabras de Qui-Gon volvieron a su mente. «No te concentres en tus temores. Concéntrate en el aquí y el ahora.» Obi-Wan trató de hacerlo, luchando por contener las emociones que se agitaban en su interior y le impedían pensar con claridad. «Sé consciente de la Fuerza viva, mi joven padawano. Sé fuerte.»

Al advertir que estaba quedándose sin fuerzas y que iba a perder su oportunidad, Obi-Wan se preparó para lanzar una última ofensiva. Atacó al Señor del Sith con una serie de golpes laterales calculados para obligarlo a colocar su espada de luz de doble hoja en posición horizontal. Después hizo una finta hacia la izquierda y descargó un golpe tan terrible que la hoja de energía atravesó el arma de su adversario, partiéndola por la mitad.

Lanzando un grito de furia, Obi-Wan lanzó un golpe letal sobre la cabeza del Señor del Sith.

Y falló.

Darth Maul, que esperaba la maniobra, se hizo a un lado. Tras arrojar al suelo la mitad más corta de su arma partida, contraatacó rápidamente, golpeando al joven Jedi con tal ferocidad que Obi-Wan se tambaleó y perdió el equilibrio. Darth Maul se apresuró a asestar un segundo golpe todavía más violento que el primero, y esta vez Obi-Wan, que había perdido el equilibrio por completo, cayó al pozo mientras la espada de luz se le escapaba de la mano. Por un instante estuvo cayendo hacia la oscuridad y después, manoteando frenéticamente, logró aferrarse a un travesaño metálico justo debajo del borde del pozo.

Y allí se quedó, indefenso y suspendido en el vacío, alzando la mirada hacia un triunfante Darth Maul.

En cuanto Anakin Skywalker vio que su caza estelar estaba rodeado de androides de combate, volvió a agacharse sin perder un instante. Si hubiese podido, se habría fundido con el fuselaje del caza y habría hecho que atravesara el suelo del hangar en busca de un lugar más seguro.

—Esto no me gusta nada —murmuró para sí.

El sudor perló su frente mientras intentaba decidir qué debía hacer. Sólo era un chico, pero tenía mucha experiencia en lo referente a estar en apuros y sabía conservar la calma cuando había problemas. ¡Encuentra alguna manera de salir de aquí!, se ordenó.

Un rápido vistazo a los paneles principal y auxiliar le mostró que todas las luces indicadoras seguían en rojo.

—Los sistemas todavía están recalentados, R2 —murmuró—. ¿Puedes hacer algo?

Unos pasos se aproximaron al caza y una voz metálica preguntó:

—¿Dónde está tu piloto?

R2 respondió con una rápida serie de pitidos.

—¿Tú eres el piloto?

La pequeña unidad astromecánica emitió un silbido afirmativo.

Se produjo una pausa llena de confusión.

—Enseñame tu identificación —ordenó el androide de combate.

Una serie de chasquidos procedentes de los interruptores y los circuitos indicó a Anakin que R2 seguía intentando salvarlos. Ah, el bueno de R2... El androide astromecánico emitió un suave pitido, y Anakin vio que las luces de los sistemas acababan de pasar del rojo al verde.

—¡Sí, R2! —siseó Anakin, aliviado—. ¡Los sistemas vuelven a funcionar!

Accionó los interruptores de ignición y los motores del caza cobraron vida con un rugido. El chico salió de su escondite, se dejó caer sobre el asiento del piloto y extendió las manos hacia las palancas de control.

El comandante androide lo vio y levantó su arma.

—¡Sal de la cabina de inmediato o destruiremos tu nave!

—¡No si puedo evitarlo! —repuso el chico, extendiendo la mano hacia el interruptor de los deflectores—. ¡Escudos arriba!

Tirando de la palanca de control, activó los haces antigravitatorios. El caza estelar se elevó, empujando al comandante androide y tirándolo al suelo. Los androides bajo su mando comenzaron a disparar sus desintegradores y los haces rebotaron en los deflectores del caza, alejándose de ellos en una serie de cintas resplandecientes.

R2 emitió un pitido estridente.

—¡Los sistemas de disparo ya no están bloqueados! —exclamó Anakin, soltando un grito de alegría—. ¡Ahora verán!

Pulsó los botones de disparo y los mantuvo presionados mientras hacía que el caza girara lentamente sobre el suelo del hangar. Los haces láser disparados por los cañones formaron una rueda de fuego que segó las filas de los indefensos androides de combate, acabando con ellos antes de que pudieran pensar en huir. Anakin aullaba de alegría, embriagado por la excitación de volver a tener el control de su nave. Sin dejar de disparar los cañones láser, limpió de androides el suelo del hangar, viendo que los que se encontraban más lejos se apresuraban a buscar refugio y las naves y los suministros volaban por los aires en cuanto eran atravesados por los haces letales.

Y entonces algo se movió al final de un largo pasillo; era apenas una sombra, los instintos de Anakin entraron en acción y, galvanizando todo su cuerpo, lo sacaron de su estupor. El chico no sabía si lo que estaba viendo era un arma, una máquina o alguna otra cosa, y en cualquier caso le daba igual lo que fuera. Anakin volvía a estar en las carreras de módulos librando una feroz batalla con Sebulba, y podía ver lo que estaba oculto a los ojos de todos los demás, aquello que nadie más era capaz de ver. Reaccionó sin pensar, respondiendo a una voz que sólo se dirigía a él, que le hablaba en susurros del futuro mientras le advertía del presente.

Su mano se apartó de los botones de disparo como si tuviera vida propia y, moviéndose más deprisa que el pensamiento, accionó un interruptor doble a la derecha del panel. Un par de torpedos surcaron el pasillo en dirección a la sombra. Los torpedos dejaron atrás transportes, montones de suministros, androides de combate y todo lo demás, y desaparecieron por un acceso de ventilación.

El chico gimió.

—¡Maldición! ¡He fallado todos los blancos!

Pero no había tiempo para pensar en eso, y Anakin dirigió la proa del caza hacia el vacío y empujó las palancas impulsoras. Los motores cobraron vida y el caza estelar atravesó la cubierta del hangar como una exhalación, dispersando a los androides ante él para salir catapultado al espacio, perseguido por las andanadas de los cañones del navío de combate, que formaban un chorro de mortíferas llamas blancas.

Darth Maul anduvo lentamente hacia el borde del pozo de fundición; sus ojos reflejaban una feroz alegría y tenía el rostro tatuado bañado en sudor. La batalla había terminado. El último Jedi estaba a punto de ser aniquilado. Darth Maul sonrió mientras se pasaba la espada de luz partida de una mano a la otra, saboreando el momento.

Con la mirada fija en el Señor del Sith, Obi-Wan Kenobi se sumió en las profundidades de su ser, estableciendo contacto con la Fuerza, a cuya comprensión había dedicado toda su vida.

Expulsando la ira y el miedo de su mente y apaciguando los temblores de su corazón, buscó refugio en la calma mientras recurría a sus últimas reservas. Con firme determinación, Obi-Wan se apartó de la pared del pozo y se catapultó hacia su borde. Imbuido por el poder de la Fuerza, dejó atrás el borde del pozo y saltó por encima del Señor del Sith en un único y fluido movimiento. Antes de que sus pies se posaran en el suelo, Obi-Wan ya estaba atrayendo la espada de luz de Qui-Gon Jinn hacia su mano extendida.

Darth Maul se volvió velozmente hacia él, con una expresión de estupor y pesar en el rostro.

Pero antes de que pudiera hacer algo para salvarse, la espada de luz de Qui-Gon le atravesó el pecho, abrasándolo con su fuego mortífero. El Señor del Sith soltó un alarido de dolor e incredulidad.

A continuación, Obi-Wan se volvió, desactivó su espada de luz con una presión del pulgar y contempló como su enemigo agonizante caía por el pozo.

—¡Vaya, esto es mucho mejor que las carreras de módulos! —le gritó Anakin Skywalker a R2, sonriendo de oreja a oreja mientras viraba para despistar a los artilleros.

El androide astromecánico pitaba y silbaba como si se le acabaran de fundir los circuitos, pero el chico se negó a escucharlo y, maniobrando frenéticamente, comenzó a alejarse de la estación de control para regresar a Naboo.

De pronto, una voz llena de perplejidad procedente de otro caza surgió del intercomunicador.

—¿Qué le está pasando a la nave de control, Jefe Bravo?

Un instante después, una temblorosa oleada de luminosidad pasó junto a él y se perdió en el vacío. Anakin miró por encima del hombro y vio que el navío de combate del que acababa de huir era sacudido por una serie de explosiones. Fragmentos enormes se desprendían del núcleo para salir despedidos al espacio.

—¡Está reventando por dentro! —exclamó la voz que brotaba del intercomunicador.

—No hemos sido nosotros, Bravo Dos —se apresuró a explicar Ric Olié—. Nunca llegamos a darle.

El navío de combate siguió desintegrándose. Las explosiones se extendieron por todo el casco, haciéndolo pedazos y engulléndolo rápidamente hasta que toda la estructura fue consumida por una brillante bola de luz.

—¡Mirad! —Bravo Dos volvió a romper el silencio—. ¡Ése era de los nuestros! ¡Le ha dado justo en el hangar principal! ¡Tiene que haber sido él!

Anakin se encogió. Había esperado poder volver al planeta sin ser visto, y sin tener que explicar a Qui-Gon qué había estado haciendo allí arriba. Ahora ya no podría hacerlo.

R2 emitió un pitido de reprobación.

—Lo sé, lo sé —murmuró Anakin, y se preguntó en qué clase de lío se habría metido esta vez.

En el palacio de Theed, los haces desintegradores llovían sobre la puerta de la sala del trono. El capitán Panaka y los soldados naboos se habían desplegado a los lados de la entrada, preparándose para lanzar un fuego cruzado sobre los androides. Nute Gunray quería ponerse a cubierto, pero la reina seguía vigilándolo con el desintegrador dirigido hacia su estómago, y Gunray no se atrevía a correr el riesgo de que cualquier movimiento suyo la obligara a actuar. El virrey y los otros miembros del Consejo Comercial siguieron donde estaban, paralizados por el terror.

Y de repente se hizo el silencio. Los sonidos de disparos y movimiento de androides al otro lado de las puertas de la sala del trono cesaron.

El capitán Panaka miró a la reina con expresión de perplejidad.

—¿Qué está pasando? —preguntó nerviosamente.

Amidala, que seguía apuntando a Nute Gunray, meneó la cabeza.

—Pruebe con las comunicaciones. Active las pantallas visoras.

Su jefe de seguridad se apresuró a obedecer. Los ojos de todos los presentes se posaron en él mientras, poco a poco, iba enfocando las pantallas.

En las praderas de Naboo, el ejército gungano había sido derrotado. Unos cuantos gunganos habían salido huyendo hacia el pantano a lomo de sus kaadus, y algunos habían escapado en dirección a las colinas del oeste. Todos eran perseguidos por androides montados en PAM y tanques de la Federación. Los fugitivos no tardarían en ser capturados.

La mayoría de gunganos ya habían sido hechos prisioneros, Jar Jar Binks entre ellos. Había pasado a formar parte de un grupo de oficiales gunganos que incluía al general Ceel. Los pelotones de androides de la Federación comenzaban a llevarse a los cautivos.

—Esto ser muy malo —dijo Jar Jar, desconsolado.

El general Ceel asintió, tan abatido como él.

—Yo esperar que esto haber ayudado a la reina —dijo.

Jar Jar suspiró. Y a Quiggon, Annie, Obi-señor, R2 y todos los demás. Se preguntó qué habría sido de ellos. ¿Los habrían capturado también? Y de repente pensó en el jefe Nass. Aquello no le iba a gustar ni pizca. Jar Jar esperaba que no le culparan de lo ocurrido, pero no podía descartar esa posibilidad.

De pronto, todos los androides comenzaron a estremecerse. Algunos empezaron a correr en círculos, mientras otros tropezaban y daban tumbos de un lado a otro como si les hubieran roto las articulaciones. Los tanques se detuvieron y las PAM se estrellaron contra el suelo. Toda la actividad se interrumpió súbitamente.

Jar Jar y el general Ceel se miraron, confusos. El ejército de androides se había quedado inmóvil. Estaban paralizados. Los prisioneros gunganos miraron fijamente a los androides inmóviles. Finalmente, a una orden del general Ceel, Jar Jar salió cautelosamente del círculo de confinamiento y tocó a uno de sus captores metálicos con la punta de los dedos. El androide cayó sobre la hierba, inerte y sin vida.

—Esto ser una locura —murmuró Jar Jar, y se preguntó qué estaba pasando.

Sin detenerse a pensar en el precio que había tenido que pagar para vencer a Darth Maul, Obi-Wan se apresuró a reunirse con Qui-Gon. Arrodillándose junto al Maestro Jedi, le levantó la cabeza y los hombros y lo sostuvo en sus brazos.

—¡Maestro! —murmuró.

Qui-Gon abrió los ojos.

—Demasiado tarde, mi joven padawano.

—¡No! —exclamó Obi-Wan, sacudiendo la cabeza con vehemencia.

—Ahora debes estar preparado —prosiguió Qui-Gon—, tanto si el Consejo cree que lo estás como si no. Debes ser el maestro. —Una mueca de dolor retorció sus enérgicas facciones, pero su mirada no perdió la serenidad—. Prométeme que adiestrarás al chico.

Obi-Wan asintió de inmediato, accediendo sin pensar, dispuesto a decir o hacer cualquier cosa que aliviara el sufrimiento de Qui-Gon, pensando únicamente en salvarlo.

—Sí, maestro.

La respiración de Qui-Gon se aceleró.

—Él es el elegido, Obi-Wan. Traerá equilibrio a la Fuerza. Adiéstralo bien. —Clavó la mirada en el rostro de Obi-Wan, y se le nublaron los ojos. Dejó de respirar, y el ánimo y la vida huyeron de su cuerpo.

—Maestro —musitó Obi-Wan Kenobi sin dejar de abrazarlo y, estrechándolo contra su pecho, sostuvo el cuerpo sin vida junto a él y se echó a llorar—. Maestro...

24

Tres días después, Obi-Wan Kenobi aguardaba en una pequeña habitación del templo de Theed donde se lloraban las muertes de los héroes y se conmemoraban sus vidas. El cuerpo de Qui-Gon Jinn yacía sobre un catafalco en la plaza, esperando a ser incinerado. Los ciudadanos y altos cargos de los pueblos naboo y gungano ya estaban reuniéndose en honor del Maestro Jedi.

Muchas cosas habían cambiado en las vidas de quienes participaron en la lucha por la soberanía de Naboo. El desmoronamiento del ejército androide había puesto fin al control de la Federación Comercial. Todos los vehículos de superficie, tanques y PAM, armas y suministros se hallaban en manos de la República. El virrey Nute Gunray, su lugarteniente Rune Haako y el resto del consejo de ocupación neimoidiano fueron hechos prisioneros y trasladados a Coruscant para ser juzgados. El senador Palpatine había sido elegido canciller supremo de la República, y había prometido que la justicia se ocuparía rápidamente de los cautivos.

La reina Amidala había superado en astucia a los neimoidianos por última vez fingiendo rendirse para poder llegar hasta el virrey antes de que éste tuviera tiempo de huir. La reina ordenó a Sabé que escapara del combate que se estaba librando varios pisos más abajo, usara los pasajes de servicio para llegar a las cámaras reales y apareciera ante el virrey. Era un riesgo calculado, y cabía la posibilidad de que Sabé no lograra llegar a tiempo. Si no lo hubiera conseguido, Amidala habría abierto el compartimiento secreto y habría luchado por su libertad.

Pese a su juventud, Amidala era tan atrevida como valiente. Desde que los Jedi llegaron a Naboo para ayudarla, había demostrado una y otra vez que era una joven inteligente y perspicaz. Obi-Wan estaba seguro de que sería una gran reina.

Pero era un niño de nueve años quien los había salvado a todos. Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, Anakin Skywalker había pilotado un caza estelar hacia las fauces de la defensas de la Federación, había atravesado sus escudos y, después de posarse en el centro del navío insignia neimoidiano, había torpedeado el reactor del navío, provocando una reacción en cadena de explosiones que destruyeron la estación de control. La destrucción del transmisor central averió las comunicaciones de la Federación, paralizando al ejército de androides. Anakin aseguraba haber atacado a ciegas y disparado los torpedos de su caza estelar sin albergar ninguna esperanza de darle al reactor. Pero después de escuchar su historia y haber interrogado concienzudamente al chico, Obi-Wan creía que Anakin había sido guiado por algo que se encontraba muy por encima de cualquier lógica. La concentración de midiclorianos extraordinariamente elevada presente en su sangre le permitía alcanzar un grado de sintonía con la Fuerza que estaba vedado incluso a Maestros Jedi tan eminentes como Yoda.

Obi-Wan paseaba por la habitación; para asistir al funeral se había puesto la holgada vestimenta color arena de un Caballero Jedi y la espada de luz de Qui-Gon, que había pasado a ser suya, colgaba de su cinturón. El Consejo Jedi había ido a Naboo para el

funeral y para volver a hablar con Anakin. Eso era lo que estaban haciendo en ese momento en una sala cercana, donde llevarían a cabo una última evaluación basada en lo ocurrido desde su anterior sesión con el chico. Obi-Wan creía que sus deliberaciones sólo podían concluir de una manera, y no imaginaba siquiera que tuvieran otro final.

Se detuvo y, con la mirada perdida en el vacío, pensó en Qui-Gon Jinn, su maestro, profesor y amigo. En vida le había fallado, pero ahora proseguiría su obra: ocurriera lo que ocurriese, Obi-Wan honraría a Qui-Gon en la muerte cumpliendo su promesa de adiestrar al chico.

Escuchadme, pensó, sonriendo melancólicamente. Ya hablo igual que él...

La puerta se abrió y Yoda apareció en el umbral. Apoyándose en su bastón, entró en la habitación con paso lento y ojos soñolientos en su rostro arrugado y pensativo.

—Maestro Yoda... —lo saludó Obi-Wan, y se acercó a él para inclinarse respetuosamente.

El Maestro Jedi asintió.

—Otorgarte el nivel de Caballero Jedi ha decidido el Consejo. La cuestión del chico también decidida está, Obi-Wan —dijo solemnemente.

—¿Será adiestrado?

El Maestro Jedi inclinó las orejas hacia delante y entornó los ojos.

—Tan impaciente estás. ¿Tan seguro de lo que ha sido decidido te sientes?

Obi-Wan se mordió la lengua y no respondió, esperando a que el Maestro Jedi volviera a hablar. Yoda le estudió en silencio.

—Un gran guerrero Qui-Gon Jinn fue —gorgoteó finalmente en tono de tristeza—, pero mucho más grande habría podido ser si tan deprisa corrido no hubiese. Más despacio debes proceder, Obi-Wan.

—Qui-Gon comprendió lo que el resto de nosotros no fue capaz de entender acerca del chico —insistió tozudamente Obi-Wan.

Yoda meneó la cabeza.

—A juzgar no te apresures. La comprensión no lo es todo. No todo a la vez es revelado. Años se necesitan para llegar a ser un Caballero Jedi. Años más para llegar a ser uno con la Fuerza.

Yoda fue hasta un ventanal por el que entraba la suave luz dorada del atardecer. El crepúsculo se aproximaba, trayendo consigo el momento en el que deberían despedirse de Qui-Gon.

Con la mirada distante y pensativa, Yoda añadió:

—Decidido el Consejo está. Adiestrado el chico será.

Obi-Wan, lleno de alivio y alegría, no pudo reprimir una sonrisa de gratitud.

—¿Complacido estás? —preguntó Yoda—. ¿Tan seguro de que es lo correcto te sientes? —Su rostro surcado de arrugas se endureció de repente—. Nublado sigue estando el futuro de este chico, Obi-Wan. Un error adiestrarlo es.

—Pero el Consejo...

—Sí, decidido está. —Los ojos soñolientos se alzaron hacia él—. Estar de acuerdo con esa decisión no puedo.

Se produjo un largo silencio mientras los dos se miraban, escuchando los sonidos de los preparativos del funeral que tenía lugar fuera. Obi-Wan no sabía qué decir. Estaba claro que el Consejo no había tenido en cuenta la opinión de Yoda, y por sí solo eso ya era inusual. Que el Maestro Jedi le hubiera hablado de ello indicaba hasta qué punto le preocupaba Anakin Skywalker.

Obi-Wan escogió cuidadosamente sus palabras antes de hablar.

—Tomaré a Anakin como mi padawano, maestro. Lo adiestraré lo mejor que pueda; pero no olvidaré lo que aquí me has dicho. Iré con mucho cuidado y recordaré tus advertencias. Seguiré atentamente sus progresos.

Yoda contempló en silencio a Obi-Wan por unos instantes y finalmente advirtió.

—Tu promesa, entonces, recuerda bien, joven Jedi —murmuró—. Suficiente es, si lo haces.

Obi-Wan se inclinó ante él.

—La recordaré.

Juntos, salieron a un estallido de luz.

La pira funeraria ya estaba encendida y las llamas subían rápidamente alrededor del cuerpo de Qui-Gon Jinn, envolviéndolo y consumiéndolo. Los que habían sido elegidos para honrarle formaban un círculo en torno a la pira. La reina Amidala permanecía inmóvil junto a sus doncellas, el canciller supremo Palpatine, el gobernador Sio Bibble, el capitán Panaka y un guardia de honor compuesta por cien soldados naboos. El jefe Nass, Jar Jar Binks y veinte guerreros gunganos aguardaban de pie frente a ellos. Uniéndolos estaban los miembros del Consejo Jedi, Yoda y Mace Windu entre ellos. Otro grupo de Caballeros Jedi, los que conocían a Qui-Gon desde hacía más tiempo y habían sido sus mejores amigos, completaban el círculo.

Anakin Skywalker se encontraba junto a Obi-Wan, muy serio mientras intentaba contener las lágrimas.

Un redoble de tambores siguió el avance de las llamas conforme éstas reducían a Qui-Gon a espíritu y cenizas. Cuando el fuego se lo hubo llevado, una bandada de palomas blancas como la nieve fue lanzada a un crepúsculo escarlata. Alzando el vuelto entre una agitación de alas y una pincelada de pálido resplandor, las palomas se perdieron rápidamente de vista.

Obi-Wan estaba sumido en sus recuerdos. Durante toda su vida había estudiado bajo la tutela de los Jedi, y de Qui-Gon Jinn en particular. Ahora Qui-Gon se había ido, y Qui-Gon había dado por terminada su antigua existencia para iniciar una nueva. Ya no era un padawano, sino un Caballero Jedi. Todo lo que había ocurrido antes se encontraba detrás de una puerta cerrada que nunca volvería a abrirse. Le costaba aceptarlo y, al mismo tiempo, hacía que se sintiera extrañamente liberado.

Bajó la vista hacia Anakin, que contemplaba las cenizas que cubrían el catafalco funerario y lloraba en silencio.

Puso la mano sobre un delgado hombro.

—Ahora es uno con la Fuerza, Anakin. Debes dejar que siga su camino.

El chico meneó la cabeza.

—Lo echo de menos.

Obi-Wan asintió.

—Yo también, y siempre le recordaré. Pero se ha ido.

Anakin se enjugó las lágrimas y preguntó:

—¿Qué será de mí ahora?

Los dedos de Obi-Wan Kenobi le apretaron suavemente el hombro.

—Te adiestraré, tal como habría hecho Qui-Gon —murmuró el joven Jedi—. Soy tu nuevo maestro, Anakin. Estudiarás conmigo, y te prometo que llegarás a ser un Caballero Jedi.

El chico se irguió de forma apenas perceptible. Obi-Wan asintió para sus adentros y pensó que Qui-Gon Jinn estaría sonriendo en algún lugar.

Enfrente de ellos, Mace Windu, de pie junto a Yoda, contempló con expresión pensativa cómo Obi-Wan ponía la mano sobre el hombro de Anakin Skywalker.

—Una vida termina y otra empieza en la orden Jedi —murmuró, casi como si hablara consigo mismo.

Yoda se inclinó, apoyándose sobre su nudoso bastón, y sacudió la cabeza.

—No estoy tan seguro de ésta como lo estaba Qui-Gon, me parece. Turbado el chico está. Envuelto en sombras y difíciles alternativas.

Mace Windu asintió. Ya sabía lo que opinaba Yoda sobre el asunto, pero el Consejo había tomado su decisión.

—Obi-Wan hará un buen trabajo con él —dijo, cambiando de tema—. Qui-Gon tenía razón. Está preparado.

Los dos sabían qué había tenido que hacer el joven padawano para no perecer ante el Señor del Sith en el pozo de fundición después de que Qui-Gon hubiera caído ante su adversario. Lo que hizo requería una fuerza de voluntad y un coraje extraordinarios. Sólo un Caballero Jedi en plena armonía con la Fuerza podía sobrevivir a semejante prueba. Aquel día Obi-Wan Kenobi había demostrado ser un auténtico Jedi.

—Preparado aquella vez estaba —admitió Yoda de mala gana—. Preparado para adiestrar al chico, quizá no lo esté.

—Derrotar a un Señor del Sith en combate es una buena manera de demostrar que está preparado para cualquier cosa —insistió el líder del Consejo sin apartar los ojos de Obi-Wan y Anakin—. No cabe duda. Quien lo puso a prueba era un Sith.

Yoda entrecerró los ojos.

—Siempre dos hay. No más, no menos. Un maestro y un discípulo.

Mace Windu asintió.

—Entonces ¿cuál crees que fue destruido…, el maestro o el discípulo?

Se miraron fijamente, pero ninguno tuvo respuesta para aquella pregunta.

Esa noche Darth Sidious, solo en un balcón que dominaba la ciudad, era una figura oscura entre una multitud de luces que parpadeaban. Mientras meditaba en la pérdida de su discípulo, la furia ensombrecía su rostro. Había invertido años de adiestramiento en preparar a Darth Maul para que llegara a ser un Señor del Sith. Darth Maul era muy superior a los Caballeros Jedi con los que se había enfrentado, y debería haber podido derrotarlos con facilidad. Su muerte había sido fruto del azar y la mala suerte, una combinación que a veces ni siquiera el poder del lado oscuro era capaz de vencer.

No de inmediato, al menos.

Frunció el entrecejo. Darth Maul tendría que ser sustituido. Debería adiestrar a otro discípulo, y no sería fácil encontrar a un alumno tan dotado como él.

Darth Sidious se acercó a la barandilla y apoyó las manos sobre el frío metal. De una cosa estaba seguro: los responsables de la muerte de Darth Maul responderían de sus actos. Quienes se habían opuesto a él no serían olvidados. Todos pagarían muy caro lo que habían hecho.

Una llama maléfica iluminó los ojos. Aún así, lo más difícil ya estaba hecho. Darth Maul no había muerto en vano. Darth Sidious tendría paciencia. Sabría aguardar su ocasión, y mientras tanto iría haciendo los preparativos necesarios.

Una tenue sonrisa aleteó sobre sus delgados labios. El ajuste de cuentas no tardaría en llegar.

Al día siguiente hubo un gran desfile para conmemorar públicamente la nueva alianza entre los pueblos naboo y gungano, celebrar su victoria sobre los invasores de la Federación Comercial y honrar a quienes habían luchado en defensa de la libertad del planeta. Las multitudes llenaron las calles de Theed mientras columnas de guerreros gunganos montados en kaadus y soldados naboos a bordo de deslizadores recorrían la ciudad entre vítores bordados avanzaban pesadamente por las avenidas, balanceando la cabeza. Aquí y allá, un tanque capturado a la Federación flotaba entre los integrantes del desfile con las banderas gunganas y naboos que ondeaban sobre sus cañones y escotillas. Jar Jar Binks y el general Ceel cabalgaban al frente de los gunganos a lomos de su kaadu, y esta vez Jar Jar logró mantenerse encima de su montura durante todo el desfile, aunque a los espectadores les parecío que tenía ciertas dificultades para conseguirlo.

El capitán Panaka y los guardias de la reina veían aproximarse el desfile desde lo alto de la escalinata de piedra de la plaza central. El uniforme de Panaka estaba recién planchado, y sus insignias metálicas relucían orgullosamente.

Anakin Skywalker acompañaba a Obi-Wan Kenobi cerca de la reina. El chico se sentía incómodo y fuera de lugar. El desfile le parecía maravilloso y agradecía que le honraran junto con los demás, pero sus pensamientos estaban muy lejos de allí.

Estaban con Qui-Gon, que había vuelto a la Fuerza.

Estaban con Padmé, que apenas le había dirigido la palabra desde que el Consejo Jedi lo había aceptado como discípulo para que fuese adiestrado.

Estaban con su hogar, al que quizá nunca volvería.

Estaban con su madre, que deseaba que hubiera podido verlo en ese momento.

Anakin lucía las vestiduras de un padawano Jedi y los cabellos cortos al estilo de los padawanos, como correspondía a un estudiante que sería adiestrado hasta convertirse en un Jedi de la orden. Todo aquello con lo que soñaba cuando había ido a Coruscant con Qui-Gon se había hecho realidad. Debería haberse sentido feliz y satisfecho, y lo estaba, pero su felicidad y su satisfacción se veían enturbiadas por la tristeza que experimentaba al haber perdido a Qui-Gon y su madre. Los había perdido de maneras distintas, por supuesto, pero los dos habían salido de su vida. Qui-Gon le había proporcionado la estabilidad que necesitaba para seguir adelante sin su madre. Con la muerte del Maestro Jedi, Anakin se había quedado solo y a la deriva. Ya no había nadie que pudiera proporcionarle la seguridad que le había dado Qui-Gon:

Obi-Wan no podía hacerlo, y ni siquiera Padmé era capaz de dársela. Algún día, tal vez. Algún día, cada uno desempeñaría su propio papel en la vida de Anakin y cambiaría al chico para siempre con su presencia. Anakin lo presentía. Pero en ese momento, cuando más necesitaba estar acompañado, se sentía muy solo.

Por eso, y a pesar de que sonreía, por dentro estaba muy triste y se sentía perdido.

Como si hubiera percibido su inquietud, Obi-Wan apoyó una mano sobre su hombro.

—Es el comienzo de una nueva vida para ti, Anakin —le dijo.

El chico sonrió, pero permaneció en silencio.

Obi-Wan contempló a la multitud inmóvil delante de ellos.

—A Qui-Gon nunca le gustaron las celebraciones, pero comprendía que eran necesarias. Me pregunto qué habría pensado de ésta...

Anakin se encogió de hombros.

El Jedi sonrió.

—Habría estado orgulloso de ti al ver que formabas parte de ella.

El chico lo miró.

—¿Tú crees?

—Sí. Tu madre también estaría orgullosa de ti.

Anakin apretó los labios y desvió la mirada.

—Ojalá estuviera aquí. La echo de menos.

El Jedi apretó suavemente el hombro con la mano.

—Algún día volverás a verla; pero cuando lo hagas, serás un Caballero Jedi.

El desfile atravesó la plaza central en dirección al sitio en que la reina y sus invitados contemplaban la ceremonia. La reina estaba acompañada por sus doncellas, el gobernador Sio Bibble, el canciller supremo Palpatine, el jefe Nass de los gunganos, y los doce miembros del Consejo Jedi. R2 ocupaba un espacio justo debajo de las doncellas al lado de Anakin y Obi-Wan; su cabeza en forma de cúpula giraba de un lado a otro y sus luces parpadeaban a medida que sus sensores percibían cuanto estaba ocurriendo alrededor de él.

R2 dirigió un pitido a Anakin, que acarició la carcasa del pequeño androide con la punta de los dedos.

El jefe Nass se adelantó y alzó el Globo de la Paz por encima de su cabeza.

—¡Ésta ser gran fiesta! —gritó un exuberante Jar Jar por encima del estruendo de los vítores y los aplausos—. Gunganos y naboos ser amigos para siempre, ¿eh?

Su entusiasmo hizo sonreír a Anakin. El gungano no paraba de dar saltos. Anakin pensó que Jar Jar, cuyas largas orejas se balanceaban sin parar, nunca permitiría que las desgracias de la vida llegaran a deprimirlo. Quizá hubiera una lección que aprender de eso.

—¡Nosotros ser grandes héroes, Annie! —Jar Jar rió, levantando los brazos por encima de la cabeza y enseñando todos los dientes.

El chico no pudo evitar reír también, y se dijo que quizá lo fueran después de todo.

En la gran avenida, una larga y abigarrada cinta de vida, el cortejo que los había llevado hasta aquel lugar y aquel momento, siguió desfilando.